

WARREN FAHY

# HENDERS

Bienvenido al último rincón salvaje de la tierra



Planeta Internacional

Lectulandia

Un equipo de científicos llega a una desconocida isla. La isla de Henders se separó del resto del mundo hace cientos de millones de años, y desarrolló su propio ecosistema, de una agresividad nunca vista. Si una de estas criaturas consiguiera salir de la isla...seguramente destruiría todo el planeta. Henders es un intenso bio-thriller de ciencia ficción en el que hay cabida para la aventura, el peligro, la ciencia, la tecnología, el debate, la política, los intereses económicos, la amistad y el amor. Una novela para poner a prueba nuestra idea del mundo. ¿Qué haríamos si descubriéramos una especie, o varias, que puede ser utilizada como arma de destrucción masiva? ¿O si existiera la posibilidad de que nos barriera del planeta por superioridad de adaptación?

# Lectulandia

Warren Fahy

## HENDERS

ePUB v1.1

Mezki 20.06.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

ISBN: 9788408090502

Nº Edición:1ª

Año de edición:2010

Plaza edición: BARCELONA

# PRÓLOGO

*Anihinihi ke ola*

«La vida está en una situación precaria.»

Antiguo refrán hawaiano

Cuando la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia se reunió en 1999 en Anaheim, California, para analizar un informe urgente sobre el impacto causado por las especies invasoras, los científicos allí congregados no estaban hablando de especies procedentes de otros planetas, sino que su informe se refería a especies importadas a Estados Unidos desde otros lugares del planeta Tierra.

El ecologista David Pimentel y los estudiantes de posgrado Lori Lach, Doug Morrison y Rodolfo Zúñiga, de la Universidad de Cornell, calcularon que el coste que representaba la presencia de especies extranjeras para la economía de Estados Unidos era de unos 123 mil millones de dólares anuales, aproximadamente el producto nacional bruto de Tailandia.

En 2005, un informe titulado «Millennium Ecosystem Assessment» reveló que las invasiones biológicas habían alcanzado proporciones epidémicas. Al menos ciento setenta especies extranjeras habitaban la región de los Grandes Lagos, una sola especie de medusa norteamericana había eliminado a veintiséis clases de peces comerciales en el mar Negro, y el mar Báltico albergaba a más de un centenar de invasores ajenos a ese entorno.

En 1988, los mejillones cebra de agua dulce absorbidos dentro de los compartimentos de lastre de un barco en el mar Negro o el mar Caspio fueron arrojados en el lago Sinclair y, con el tiempo, se extendieron a través de los Grandes Lagos y el canal San Lorenzo. Desde allí, los mejillones invadieron los sistemas fluviales de Estados Unidos. La hembra del mejillón cebra pone entre treinta mil y cuatrocientos mil huevos cada vez y, hacia 1991, el pequeño molusco de concha dura se había extendido hacia el oeste hasta llegar al río Misisipi, llevando al borde de la extinción a la mayoría de las especies autóctonas. Como consecuencia del consumo de algas y oxígeno y la excreción de amoníaco, este laborioso molusco amenazaba todo el ecosistema fluvial oriental de Estados Unidos al embarcarse en su alocado paseo biológico. Todo parecía indicar que nada podría detener al mejillón cebra.

En 2000, sin embargo, el mejillón cuaga, un pariente procedente del mar Caspio, ya estaba alcanzando al mejillón cebra. En sólo cinco años, el cuaga había reemplazado casi totalmente a la población de mejillones cebra en el lago Michigan, obstruyendo las tomas de riego, infestando tortugas y barcos y amenazando toda la cadena alimentaria.

A comienzos de los años noventa, el gusano del maíz occidental tomó un avión y aterrizó en la Yugoslavia destruida por la guerra. Mientras los humanos estaban ocupados en su breve y sangrienta contienda, el gusano del maíz inició su propia guerra permanente. Una sola hembra preñada podría haber provocado lo que actualmente representa más de mil millones de dólares de pérdidas en cosechas en Europa.

Los invasores extranjeros, por supuesto, han causado estragos y han guiado el curso de la evolución a través de la historia natural de la vida en nuestro planeta. Hace cinco millones de años se formó un puente terrestre entre América del Norte y del Sur, y ese accidente geográfico permitió que los felinos de dientes largos y afilados aniquilaran a las terroríficas aves de casi tres metros de altura e incapaces de volar que habían dominado América del Sur durante veinte millones de años.

Hace tan sólo doce mil años, los hombres primitivos que perseguían a los bisontes a través del puente de hielo que unía Siberia con América del Norte encontraron un mundo dominado por felinos de dientes largos y afilados. Mil años más tarde, los felinos, los mamuts lanudos, los osos gigantes y un sistema completo de fauna interdependiente se había esfumado.

Cuando Cristóbal Colón y otros exploradores europeos llegaron a las costas del continente americano 10.500 años más tarde, llevaron consigo enfermedades como la viruela y la gonorrea, que virtualmente borraron del mapa a las poblaciones indígenas del llamado Nuevo Mundo. A cambio, es posible que los nativos americanos obsequiaran al Viejo Mundo con la sífilis. Pero los barcos de los exploradores europeos llevaron a sus diferentes destinos algo más que enfermedades. La rata negra europea y la rata marrón noruega también llegaron a bordo de esas naves y tuvieron, sin duda, mucho más éxito que los hombres en su conquista de las Américas.

El cangrejo de río norteamericano fue exportado a Europa a mediados del siglo XIX para que reemplazara a las especies nativas que habían sido aniquiladas por una plaga. Lamentablemente, la especie norteamericana resistente a la plaga tuvo tanto éxito que se apoderó de todos los sistemas fluviales europeos donde fue introducido, barriendo las poblaciones de cangrejos de río autóctonas que aún quedaban.

En la década de 1930, el mariscal del Reich Hermann Goering decidió que el astuto mapache norteamericano representaba un agradable y estético añadido a las criaturas que habitaban los bosques de Alemania. Hoy en día, el mapache norteamericano amenaza con erradicar los viñedos de la región del Rin y diezmar la industria vitivinícola alemana.

Los propietarios de mascotas han introducido su cuota de especies inesperadas en sus propios patios traseros. Eugene Schieffelin, un admirador de la obra de Shakespeare que pensaba que todas las aves mencionadas por el Bardo de Avon debían habitar el Nuevo Mundo, dejó en libertad a sesenta estorninos en Central Park

un agradable día de marzo de 1890. A causa de una sola línea de *Enrique TV*, hoy vuelan en Estados Unidos doscientos millones de estorninos, todos ellos descendientes de las treinta parejas originales llevadas allí por Schieffelin.

En 2000, el dueño de un acuario dejó en libertad dos ejemplares adultos de peces chinos cabeza de serpiente en un estanque de Maryland. Dos años más tarde fueron descubiertos en el estanque un centenar de estos voraces carnívoros, que alcanzan casi un metro de largo y comen peces, anfibios, mamíferos e incluso aves. Las autoridades mostraron su preocupación porque el pez cabeza de serpiente primitivo puede andar sobre sus aletas y sobrevivir hasta tres días fuera del agua, y el estanque se encontraba a tan sólo setenta metros del río Patuxent. Aunque el estanque fue bombeado con veneno, los peces cabeza de serpiente comenzaron a aparecer en el Potomac e incluso en lugares tan meridionales como Florida en 2004.

La laboriosa abeja melífera que podemos ver en nuestros jardines de flores fue introducida de forma deliberada en América del Norte por los conquistadores españoles en el siglo XVI, y sigue siendo un socio indispensable de la agricultura que ha aniquilado a la mayoría de las especies nativas que polinizaban las plantas autóctonas. No satisfecho con la producción de miel de la abeja italiana, el genetista Warwick Kerr llevó reinas de una especie de abeja africana a Brasil en 1956. Después de haber producido abejas melíferas africanizadas, veintiséis reinas híbridas escaparon accidentalmente. Desde entonces, su agresiva progenie africanizada ha seguido ampliando su campo de acción en dirección al norte a un promedio de seiscientos kilómetros por año, amenazando con erradicar a su paso todas las colonias de abeja italiana.

En 1986, la garrapata «vampiro» *Varroa* llegó a América del Norte desde el sureste asiático. Hacia el año 2005, entre el cuarenta y el sesenta por ciento de las colmenas de América del Norte fueron barridas en sólo seis meses por las garrapatas vampiro, y millones de colmenas tuvieron que ser importadas con urgencia desde otros continentes para salvar la cosecha de ese año.

En todas las épocas nos encontramos en una situación asombrosamente precaria en relación con la inmensa red de especies que nos rodean. Todo lo que se necesita es un nuevo invasor -una serpiente en un trozo de madera flotante, una semilla en los excrementos de un pájaro, o un insecto preñado en el tren de aterrizaje de un avión intercontinental- para eliminar todas las viejas reglas. El equilibrio que vemos a nuestro alrededor es una instantánea de una guerra mundial permanente que, en su mayor parte, se libra de un modo demasiado lento para que podamos percibirla. Apreciamos el frágil entorno ecológico de las islas Hawai y, sin embargo, hace cinco millones de años dicho archipiélago no existía. Todas las especies que habitan en las islas evolucionaron a partir de especies que fueron, en un momento determinado, «invasores» que alteraron lo suficiente el equilibrio existente como para establecerse

y prosperar, o perecer en el intento.

Es en las islas, de manera especial, donde estas batallas de desgaste, que habitualmente tienen lugar fuera de la escala cronológica humana, se hacen más visibles. En la islas, las batallas son rápidas y las aniquilaciones totales, y las especies dominantes, que no tienen competencia, pronto proliferan hasta crear múltiples nuevas especies.

Las personas que viajan a las islas tropicales están familiarizadas con los formularios que deben cumplimentar declarando que no transportarán ninguna especie animal hacia o desde sus puntos de destino. En el pasado, sin embargo, los hombres llevaban deliberadamente consigo animales y plantas en su séquito biológico allí a donde viajaban, especialmente a las islas.

Cuando los polinesios colonizaron las islas Hawai, los pollos que llevaban consigo portaban la viruela aviar, que diezmó rápidamente las especies de aves nativas. Los viajeros europeos se encargarían más tarde de introducir gatos, cerdos y serpientes arbóreas, con lo que ahora son consecuencias previsibles.

En 1826, el buque de guerra *Wellington* introdujo mosquitos accidentalmente en la isla de Maui. Los mosquitos eran portadores de malaria aviar. Como consecuencia de ello, poblaciones enteras de aves autóctonas, que carecían de inmunidad a la enfermedad, fueron aniquiladas o bien obligadas a trasladarse a lugares más altos. Los cerdos salvajes contribuyeron a agravar el problema hurgando el monte bajo de la selva y creando caldos de cultivo de agua estancada para los mosquitos. Por consiguiente, veintinueve de las sesenta y ocho especies de aves autóctonas de la isla desaparecieron para siempre.

Como David Pimentel les dijo a los científicos que asistían a la convención de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia tras presentar sus descubrimientos: «No se necesitan muchos agitadores para causar un daño tremendo.»

Nadie hubiera podido imaginar, sin embargo, que las especies de las islas podrían influir en las ecologías de los territorios continentales. Nadie, había oído hablar jamás de la isla Henders.

Elinor Duckworth, Ph. D., Prólogo, *Almost destiny* (fragmento extraído con permiso)

## 1791 - 21 DE AGOSTO

17.27 horas

—Capitán, el señor Grafton está tratando de llevar a un hombre a tierra.

—¿A quién, señor Eaton?

A doscientos cincuenta metros de la escarpada pared de la isla, el buque de guerra *Retribution* se mecía sobre un oleaje de tres metros de altura, alejándose de la costa. La corbeta estaba al paio, sus velas grises hinchándose en direcciones opuestas para mantener su posición en el mar mientras el piloto no perdía de vista un banco de nubes que crecía hacia el norte.

Observando en silencio desde las cubiertas, algunos de los hombres rezaban mientras el bote se acercaba al acantilado. Iluminado por la luz anaranjada y pálida del sol crepuscular, el risco aparecía dividido en dos por una grieta sombreada de azul, que discurría por la cara de piedra a lo largo de más de doscientos metros hasta alcanzar la cima.

El *Retribution* era un barco capturado a los franceses, que anteriormente se había llamado *Atrios*. Durante los últimos diez meses, su tripulación había estado persiguiendo de manera implacable al buque de guerra *Bounty*. Aunque el almirantazgo británico no se oponía al robo de barcos de otras armadas, no olvidaba fácilmente cualquier navío que hubiera sido robado de la suya. Ya habían pasado cinco años desde que los marineros amotinados se habían fugado con el *Bounty*, y la caza aún continuaba.

El teniente Eaton aseguró el catalejo del capitán e hizo girar el tubo de latón para enfocar la imagen: nueve hombres estaban colocando el bote de remos en posición debajo de la grieta en el acantilado. Eaton se percató de que el marinero que trataba de alcanzar la fisura llevaba una gorra roja.

—Parece que se trata de Frears, capitán —informó.

La oscura grieta comenzaba a unos cinco metros por encima del fondo del oleaje y discurría en zigzag cientos de metros a través de la cara de roca dentada como si de un rayo se tratara. Los marineros británicos casi habían completado un círculo alrededor de la pequeña isla de poco más de tres kilómetros de ancho antes de encontrar esa única grieta en su armadura.

Aunque el capitán insistía en que debían investigar exhaustivamente todas y cada una de las islas en busca de alguna señal de la tripulación del *Bounty*, ahora era una cuestión más apremiante la que preocupaba a los hombres del *Retribution*. Después de cinco semanas sin una gota de lluvia, todos elevaban sus plegarias al cielo para encontrar agua dulce, no señales de los amotinados. Mientras aparentaban encargarse de sus tareas a bordo, los trescientos diecisiete hombres dirigían furtivas miradas de esperanza hacia el grupo de desembarco.

El bote se elevaba y caía en medio de la espuma del mar mientras los nueve hombres evitaban chocar contra el acantilado ayudándose de los remos. Cuando la barca estuvo en la cumbre de una ola, el hombre que llevaba la gorra roja consiguió aferrarse al borde inferior de la fisura al tiempo que el bote retrocedía.

—¡Ha conseguido un punto de apoyo, capitán!

Una contenida exclamación de júbilo se elevó de entre la tripulación.

Eaton vio que los hombres que estaban en el bote arrojaban pequeños toneles en dirección a Frears.

—¡Señor, los hombres le están lanzando algunos barriles para que los llene!

—La Providencia nos ha sonreído en esta ocasión, capitán —dijo el señor Dunn, el rubicundo capellán que había abordado el *Retribution* en su camino hacia Australia-. ¡No hay duda de que estábamos destinados a encontrar esta isla! ¿Por qué otra razón, si no, la habría puesto aquí el Señor, tan lejos de todo?

—Sí, señor Dunn. Mantened un estrecho contacto con el Señor —contestó el capitán mientras entornaba los ojos y vigilaba el bote—. ¿Cómo va nuestro hombre, señor Eaton?

—Ha entrado, señor.— Al cabo de un angustioso lapso, Eaton vio que el hombre cubierto con la gorra roja volvía a emerger de entre las sombras—. Frears está haciendo señas. ¡Ha encontrado agua dulce, capitán! ¡Está devolviendo los toneles al bote!

Eaton miró al capitán con expresión fatigada y sonrió cuando la cubierta estalló en gritos de júbilo.

El capitán esbozó una sonrisa.

—Disponga cuatro botes de desembarco para el aprovisionamiento, señor Eaton. Montemos una escalera y llenemos nuestros barriles.

—Es la Providencia, capitán -exclamó el capellán por encima de la ruidosa respuesta de los hombres-. ¡Ha sido el buen Dios quien nos ha guiado hasta aquí!

Eaton se llevó el catalejo al ojo derecho y vio cómo Frears lanzaba otro pequeño barril desde la grieta hacia el mar. Los hombres que ocupaban la chalupa lo acercaron al costado.

—¡Está lanzando otro! —gritó Eaton.

La tripulación en cubierta volvió a proferir vítores de alegría. Ahora se movían de un lado a otro y reían mientras los barriles eran izados desde la bodega.

—El Señor nos protege.

El capellán asintió sobre el amplio cojín de grasa que tenía debajo de la barbilla.

El capitán sonrió en dirección al capellán, consciente de que el sacerdote había padecido la conmoción de su vida en esos últimos meses, observando la vida a bordo de un barco de servicio en la marina de su majestad.

Con un rostro pecoso como la Vía Láctea, el capitán Ambrose Spencer Henders

parecía un Nelson pelirrojo, el héroe de Trafalgar, para su tripulación.

—Una isla de este tamaño sin rompientes, aves o focas -gruñó.

Observó los desvaídos colores que se arremolinaban en el acantilado de la isla. Algunas bandas de color parecían brillar como si fuesen de oro bajo la última luz del sol poniente. Después de haber sondeado la profundidad alrededor de la isla no habían encontrado ningún lugar donde echar el ancla, y ese solo hecho bastaba para desconcertarlo.

—¿Qué piensa de esta isla, señor Eaton? —preguntó.

—Es extraña -contestó Eaton bajando el catalejo, pero un breve vistazo a Frears que caía de rodillas en el borde de la grieta lo obligó a llevárselo nuevamente al ojo.

A través de la lente de aumento encontró a Frears arrodillado en la grieta y vio que dejaba caer lo que parecía ser el embudo de cobre que estaba utilizando para llenar los pequeños barriles. El embudo se deslizó de su mano, rebotó contra la pared de piedra y cayó al mar.

De pronto, un fogonazo rojo apareció en la espalda del marinero. Unas fauces rojas parecían abalanzarse desde la penumbra y cerrarse sobre el pecho y la cabeza de Frears desde ambos lados, empujándolo bruscamente hacia atrás.

Unos gritos se oyeron débilmente por encima de las olas, resonando contra el acantilado.

—¡Capitán!

—¿Qué ocurre?

—¡No estoy seguro, señor!

Eaton trató de estabilizar el catalejo mientras la cubierta se sacudía. Entre las olas alcanzó a ver que otro de los tripulantes del bote se cogía del borde de la grieta y trepaba hacia la oscuridad de la fisura de piedra.

—¡Han enviado a otro hombre a tierra!

El oleaje le impidió de nuevo la visión. Un momento después, otra ola se desplazó por debajo del barco. Mientras la cubierta ascendía, Eaton apenas si pudo captar la imagen del segundo hombre lanzándose al mar desde la grieta.

—¡Ha saltado al agua, señor, junto al bote!

—¿Qué demonios está pasando allí, señor Eaton?

El capitán Henders se llevó al ojo un catalejo de guardiamarina.

—Los hombres lo están arrastrando hacia el bote. ¡Están regresando, señor, bastante apresuradamente!

Eaton bajó un poco el catalejo sin dejar de mirar la grieta, dudando ahora de lo que acababa de ver.

—¿Está Frears a salvo, entonces?

—No lo creo, capitán -contestó Eaton.

—¿Qué es lo que ocurre?

El teniente meneó la cabeza.

El capitán Henders vio que ahora los hombres del bote remaban velozmente de regreso al barco. El hombre que había saltado al mar desde la grieta estaba apoyado contra el espejo de popa, aparentemente afectado por alguna clase de ataque mientras sus compañeros luchaban por dominarlo.

—Dígame qué fue lo que vio, señor Eaton -le ordenó.

—No lo sé, señor.

El capitán bajó el catalejo y dirigió una dura mirada a su primer oficial.

Los hombres de la chalupa gritaban mientras se acercaban al *Retribution*.

El capitán se volvió hacia el capellán.

—¿Qué me dice usted, señor Dunn?

Desde la grieta en la pared del acantilado llegó un aullido que subía y bajaba, parecido al de un lobo o una ballena, y los sonrosados mofletes del señor Dunn se tornaron cenicientos mientras esa voz atroz se convertía en lo que sonaba como el tartajeo de algún bebé gigante. Luego chilló una cascada de notas penetrantes como si de un órgano de vapor loto se tratara.

Los hombres miraron el acantilado sumidos en un azorado silencio.

El señor Grafton gritó desde la barca.

—¡Capitán Henders!

—¿Qué ocurre, hombre?

—¡El mismísimo demonio!

El capitán miró a su primer oficial, que no era un hombre dado a supersticiones.

Eaton asintió con expresión sombría.

—Sí, señor.

La voz que surgía de la grieta en el acantilado se astilló mientras más voces aterradoras se unían a ella formando un coro de absoluta demencia.

—Deberíamos abandonar este lugar, capitán -dijo el señor Dunn-. Es evidente que nadie estaba destinado a encontrarlo. ¿Por qué otra razón, si no, lo habría puesto aquí el Señor, tan lejos de todo?

El capitán Henders miró distraídamente al capellán y luego dijo:

—¡Señor Graves, icen la chalupa y desplieguen las velas, rumbo este! — Luego se volvió hacia todos sus oficiales-. Sitúen la isla en el mapa pero no hagan mención del agua o de lo que hemos encontrado hoy aquí. Que Dios prohíba que demos a ninguna alma un motivo para buscar este lugar.

El horrendo chillido que salía de la grieta en la isla no dejaba de oírse.

—¡Sí, capitán! — respondieron al unísono los oficiales, con los rostros cenicientos.

Cuando los hombres bajaron del bote, el capitán Henders preguntó:

—Señor Grafton, ¿qué ha sido del señor Frears?

—¡Ha sido devorado por monstruos, señor!

El capitán Henders palideció bajo sus pecas.

—¡Maestro artillero, disparen una andanada completa contra esa grieta, doble descarga, proyectil y metralla, por favor! ¡Cuando esté preparado, señor!

El maestro artillero le respondió desde el combés del barco.

—¡A la orden, señor!

El *Retribution* disparó una andanada contra la grieta del acantilado como si de una lanza de fuego y humo se tratara al tiempo que viraba.

*21.02 horas*

El capitán Henders mojó el extremo de una pluma de milano en un tintero de porcelana que tenía en su escritorio y miró la página en blanco de su cuaderno de bitácora. La lámpara de aceite oscilaba como un péndulo, moviendo la sombra de la pluma a través del papel mientras hacía una pausa y sopesaba lo que debía escribir.

# EN LA ACTUALIDAD - 22 DE AGOSTO

14.10 horas

*El Trident* cortaba las aguas profundas con su proa monocasco y dejaba tres estelas con su popa de trimarán. Tenía todo el aspecto de una elegante nave espacial que dejara tras de sí el humo blanco de tres cohetes mientras atravesaba un universo azul. Las nubes de tormenta que lo habían obligado a navegar en dirección sur durante tres semanas se habían esfumado de la noche a la mañana. El mar reflejaba una cúpula inmaculada de ardiente cielo azul.

El barco de exploración de más de cincuenta metros de eslora se aproximaba al centro del océano desierto de casi setenta millones de kilómetros cuadrados que se extendía desde el ecuador hasta la Antártida, un vacío que globos terráqueos y mapas aprovechaban para incluir la leyenda «Océano Pacífico Sur».

*El Trident*, alquilado por el programa «SeaLife», un *reality show* que emitía una cadena de televisión por cable, alojaba confortablemente a cuarenta pasajeros. Ahora, un equipo del programa compuesto de diez personas que simulaba dirigir el barco, catorce profesionales que realmente dirigían el barco, seis científicos y ocho miembros del personal de producción, junto con un bonito bull terrier llamado *Copepod*, completaban su lista de pasajeros.

«SeaLife» narraba la odisea del *Trident* alrededor del mundo durante un año, una travesía que prometía la visita a los lugares más remotos y exóticos de la Tierra. En sus primeros cuatro episodios semanales, el reparto de científicos jóvenes y entusiastas y una tripulación falsa, también joven y sofisticada, había explorado las Galápagos y la Isla de Pascua, colocando a «SeaLife» en la segunda posición en el índice de audiencia de los programas que se emitían por cable. Sin embargo, después de las últimas tres semanas en el mar, tras tener que soportar una tormenta tras otra, el *reality* se estaba hundiendo.

La botánica del barco, Nell Duckworth, contempló su reflejo en la ventana de babor del puente del *Trident* y se acomodó la gorra de los Mets. Al igual que el resto de los científicos elegidos para el programa, Nell aún no había llegado a la treintena. De hecho, había cumplido veintinueve años hacía exactamente siete días y lo había celebrado inclinada sobre la taza perfumada con olor a menta y productos químicos de un váter náutico. Había perdido peso, ya que hacía diez días que era incapaz de retener la comida en el estómago. El mareo y las náuseas habían comenzado a remitir sólo cuando, la noche anterior, la última de las colosales tormentas se había alejado, dejando esa mañana un mar y un cielo limpios y azules. Hasta el momento, el mal tiempo, el protector solar y su fiel gorra de los Mets habían protegido su tez blanca de cualquier nuevo y radical incidente relacionado con la pigmentación. Pero ella no estaba comprobando el reflejo en el cristal en busca de arrugas, pecas o pérdida de

peso. En cambio, lo único que vio fue la mirada de desesperación que le devolvía el improvisado espejo.

Nell llevaba unas bermudas vaqueras de color gris oscuro hasta la rodilla, una camiseta del mismo color y abundante protector solar factor 24 distribuido por el rostro y los brazos desnudos. Sus gastadas zapatillas Adidas blancas no les habían hecho ninguna gracia a los productores del programa, puesto que la marca no se contaba entre los patrocinadores del programa, pero ella se había negado obcecadamente a cambiarlas por un par nuevo de otra marca.

Miró hacia el sur a través de la pequeña ventana, y la aplastante sensación de decepción en la que intentaba no pensar volvió a caer sobre ella. Debido a los retrasos como consecuencia del mal tiempo y el bajo índice de audiencia del programa, el *Trident* estaba evitando la isla que se encontraba justo detrás de ese horizonte, pasando de largo frente a la única razón por la que Nell se había presentado al programa.

En las últimas horas había tratado de no recordarles a los hombres que ocupaban el puente el hecho de que se encontraban más cerca de lo que, salvo un puñado de personas, nadie había estado jamás del lugar que ella había estudiado y sobre el que había teorizado durante más de nueve años.

En vez de poner proa al sur durante un día y desembarcar en la isla, ahora se dirigían al oeste, hacia la isla Pitcairn, donde los descendientes de la tripulación amotinada del *Bounty* aparentemente habían organizado una fiesta en su honor.

Nell apretó los dientes y captó en el cristal el reflejo de su rostro con el ceño fruncido. Se volvió y miró a través de la ventana de popa.

Allí vio el minisubmarino que descansaba debajo de una grúa en el pontón central del barco. En los pontones de babor y estribor había portillas de visión submarina, los lugares preferidos de Nell para almorzar, donde había podido ver ocasionalmente peces como el atún, el pez vela o el pez luna siguiendo la estela del barco.

El *Trident* se jactaba de tener un estudio de producción de televisión de última generación, y una estación de comunicación vía satélite; su propia planta desalinizadora, que producía quince mil litros de agua potable al día, y un laboratorio oceanográfico operativo dotado de microscopios de investigación científica y una amplia variedad de instrumentos. El *Trident* disponía incluso de una sala de cine. En conjunto, mucho ruido y pocas nueces, pensó Nell. La premisa científica del programa no había sido más que un decorado de escaparate, como la cínica que había en ella había estado advirtiéndole desde el principio.

Abajo, en la cubierta de popa, vio a Andy Beasley, el biólogo marino del barco, que trataba de enseñarle al equipo del programa, castigado por las últimas semanas de mal tiempo, una lección sobre la vida en el mar.

### 14.11 horas

Andrew Beasley era un científico alto y delgado, de hombros estrechos, con una mata de pelo rubio y gafas de gruesa montura de carey. Su rostro alargado, como el de un pájaro, acostumbraba a exhibir una sonrisa de optimismo.

Criado por su amada pero alcohólica tía Althea en Nueva Orleans, el amable y joven científico había crecido rodeado de peceras, ya que vivía encima del restaurante de marisco y pescado de su tía. Cualquier espécimen que fuera objeto de su estudio evitaba automáticamente la cacerola.

Andrew había hecho realidad el sueño de su tía Althea y se había convertido en biólogo marino, enviándole todos los días un correo electrónico desde el momento en que abandonó la casa para entrar en la universidad hasta el día en que aceptó su primer trabajo como investigador.

La tía Althea había fallecido tres meses antes. Tras haber sobrevivido al huracán *Katrina*, había sucumbido a un cáncer de páncreas, dejando a Andy más solo de lo que jamás hubiera imaginado posible, después de sentirse tan terriblemente solo durante toda su vida.

Un mes después del funeral, Andy había recibido una carta en la que se lo invitaba a una audición para el programa «SeaLife». Sin haberle dicho nada, la tía Althea había enviado su curriculum y una fotografía suya a los productores del programa después de haber leído un artículo sobre la convocatoria de un casting para biólogos marinos. Andy había visitado la tumba de su tía para llevarle flores y luego había volado a Nueva York para presentarse a la prueba. Como si de la realización del deseo póstumo de la tía Althea se tratara, había conseguido uno de los disputados camarotes a bordo del *Trident*.

Andy usaba habitualmente colores brillantes y llamativos que le conferían una apariencia ligeramente bufonesca, lo que lo convertía en un blanco natural para el sarcasmo. Era un joven tan ciegamente optimista y fácilmente vulnerable como un cachorro, una combinación que despertaba en Nell un intenso impulso maternal que no dejaba de sorprenderla.

Andy jugueteaba nerviosamente con el micrófono inalámbrico sujeto a su estrecha corbata amarilla de cuero. Llevaba un polo Lacoste de rayas azules, blancas, anaranjadas, amarillas, moradas y verdes que parecía un chicle de la marca Fruit Stripe. A juego con el polo de rayas verticales, vestía unas bermudas Tommy Hilfiger de rayas horizontales azules, verdes, rosas, rojas, anaranjadas y amarillas. Para completar su atuendo, calzaba unas zapatillas verdes de caña alta del 45.

Los elementos que Andy empleaba en sus clases, un grupo de títeres de goma que representaban a diversas criaturas marinas, estaban esparcidos sobre la cubierta blanca delante de él. A su lado se encontraba un jadeante bull terrier de hocico ancho que llevaba un chaleco salvavidas sujeto con correas a su poderoso pecho.

Zero Monroe, el cámara principal, cambió la tarjeta de memoria en su cámara de vídeo digital. La anterior había parpadeado lleno en medio de la lección de Andy algo que había sido planeado, para disgusto de Zero, con el fin de confundir al biólogo y prepararlo para otro estallido de ira.

—¿Ya estamos preparados? —preguntó Andy con evidente fastidio pero tratando de mantener la sonrisa.

Zero alzó la cámara hasta su ojo derecho y abrió el otro para mirar a Andy.

—Sí -contestó.

El larguirucho cámara era parco en palabras, especialmente cuando no era feliz. Y ese trabajo lo estaba haciendo infeliz.

Su físico delgado, los grandes ojos color aguamarina y un humor impasible le conferían a Zero cierto parecido con Buster Keaton, aunque medía dos metros y tenía las espaldas anchas. Llevaba una camiseta gris de la maratón de Boston, que había ganado en tres ocasiones, y un par de gastadas zapatillas New Balance RXTerrain con cordones anaranjados y suelas de gel. Sus desteñidos pantalones Orvis marrones tenían catorce bolsillos llenos de tarjetas de memoria, lentes, filtros, limpiadores de filtros, filtros de micrófono y un montón de pilas.

Zero se había ganado la vida y la reputación fotografiando la vida salvaje. Había perfeccionado su oficio en algunos de los lugares más inhóspitos del mundo, aceptando trabajos desde los infestados pantanos de mangle de Panamá (filmando a los cangrejos de mar) hasta los corrosivos lagos alcalinos en el valle del Rift, en África oriental (filmando a los flamencos). Después de las últimas tres semanas a bordo del *Trident*, Zero se preguntaba qué trabajo era peor, si ése o estar de pie en un lecho de lodo que atravesaba sus botas acolchadas mientras un enjambre de moscas negras le chupaba la sangre.

—Adelante, Gus -dijo Zero.

Un ayudante hizo resonar una claqueta de plástico en las narices de Andy, sobresaltándolo.

—¡«SeaLife», día 52, cámara 3, toma 2!

—¡Y... acción! —gritó Jesse Jones.

Jesse era el miembro detestable obligatorio de la «tripulación» ficticia. La tripulación auténtica llevaba uniforme y trataba de mantenerse fuera del foco de las cámaras tanto como le fuera posible. Universalmente detestado tanto por sus compañeros en el barco como por los espectadores en sus casas, Jesse Jones estaba encantado de interpretar un papel protagonista. Los *reality shows* necesitaban tener en el reparto al menos a un miembro al que todo el mundo pudiera odiar a placer, alguien que provocara crisis y conflictos, alguien a quien los marineros en tiempos pasados hubieran llamado un «pájaro de mal agüero» y lanzado por la borda a la primera oportunidad.

Bronceado y musculoso, con los brazos profusamente tatuados, Jesse llevaba el pelo muy corto, de punta y aclarado por el sol. Nadie se había aprovechado como él de la legión de patrocinadores que tenía el programa. Iba vestido con un traje de baño Bodyform negro que lo cubría desde las costillas hasta las rodillas, un taparrabos azul unido con grapas y, encima, una camiseta ceñida con motivos de palmeras y flores. Sus pies calzaban zapatillas Nike plateadas, y sobre el puente de la nariz descansaban unas galas de sol Matsuda de quinientos dólares con montura plateada y cristales color turquesa pálido.

—¿Dónde estábamos, Zero? —preguntó Andy, sonriendo.

—Copépodos -respondió el cámara.

—Oh, sí -asistió Andy-. Eso es, ¿Jesse?

Jesse le arrojó un muñeco de guiñol a Andy, quien se agachó demasiado tarde. El títere rebotó en su cara.

Todo el mundo se echó a reír mientras Andy volvía a colocarse sus gafas de imitación de carey y miraba a la cámara con una sonrisa torcida. Deslizó la mano dentro del muñeco y movió con los dedos su único ojo y las dos largas antenas.

—Así que *Copepod* toma su nombre de esta microscópica criatura marina.

El perro con el hocico parecido a un plátano ladró una vez y continuó jadeando junto a la pierna de Andy.

—¡Pobre *Copey*! -dijo Dawn Kipke-. ¿Por qué alguien le pondría a un perro el nombre de esa horrible cosa?

—Sí, eso no está bien, colega -gritó Jesse.

Andy bajó el títere y frunció el ceño mirando a Zero, quien tomó un primer plano de su cara.

El rostro de Andy enrojeció intensamente, los ojos casi saliéndosele de las órbitas mientras bajaba la marioneta.

—¿Cómo puedo enseñar nada si nunca nadie me presta atención? —gritó, furioso. Luego abandonó la cubierta desapareciendo por la escotilla.

La tripulación se volvió hacia Zero.

—Eh, yo no estoy al mando, chicos -dijo Zero, retrocediendo sin dejar de filmar-. ¡Preguntadles a los tipos de arriba!

Hizo girar la cámara en una toma panorámica del puente, donde Nell se hallaba observándolos. Detrás de la ventana, ella hizo cuernos con las manos y les sacó la lengua.

*14.14 horas*

—Parece un motín, capitán. Creo que tendremos que atracar a la primera oportunidad.

El capitán Sol miró a Nell con socarronería por encima del hombro. Una barba

blanca y recortada enmarcaba su rostro bronceado y sus ojos azules.

—Buen intento, Nell.

—¡Hablo en serio!

Glyn Fields, el biólogo del programa, se situó junto a él para observar a través de la ventana del puente.

—Ella tiene razón, capitán. Sinceramente creo que esa tripulación de pega se está preparando para tomar la Bastilla.

Nell había conocido a Glyn durante su segundo año como profesora ayudante impartiendo clases de botánica a alumnos de primer año en la Universidad de Nueva York. Glyn daba clases en primer curso de la carrera de biología y, al principio, su aspecto causaba bastante conmoción entre los alumnos de la facultad. Había sido Glyn quien la había convencido para que se presentara al casting de «SeaLife».

Alto, pálido, delgado y muy británico, Glyn tenía unas facciones angulosas y atractivas, los ojos casi negros y una mata de pelo negro heredado de su madre galesa. El biólogo era un tipo demasiado presumido para el gusto de Nell, pero era probable que se sintiera de ese modo simplemente porque él nunca parecía percatarse de su presencia (en *ese* sentido, en cualquier caso). Glyn vestía el atuendo típico de un académico inglés: camisas Oxford, pantalones de pana, sobrios zapatos de cuero e incluso chaquetas de lana azules de vez en cuando. Ahora iba vestido con una camisa Oxford, pantalones caqui y zapatos náuticos sin calcetines, con un estilo tan informal como era capaz de llevar, incluso en los trópicos. Nell sospechaba que al inglés jamás lo sorprenderían llevando pantalones cortos, una camiseta o, Dios no lo permitiera, zapatillas.

Nell recordó cómo había protestado ante Glyn un año antes argumentando que «SeaLife» provocaría un retraso de un año en sus estudios. Cuando Glyn le mencionó que la expedición marítima podría pasar por esa oscura y pequeña isla de la que siempre estaba hablando, Nell supo que quizá nunca volvería a tener una oportunidad semejante. Ante su propia sorpresa, se presentó a la audición del programa y, en efecto, la eligieron, junto con Glyn.

Ahora, al ver que todas las esperanzas de Nell se desvanecían, Glyn obviamente sintió una punzada de culpa.

—Tal vez un breve desembarco podría ser positivo para la moral de la tripulación, capitán.

En ese momento, el segundo de a bordo, Samir el-Ashwah entró a través de la escotilla de estribor, vestido con el uniforme blanco estilo «Vacaciones en el mar» que llevaba el personal profesional del *Trident*. Samir, un individuo fuerte y delgado de origen egipcio, sorprendía al principio por su fuerte acento australiano.

—El Turbosail está en forma, ¿verdad, capitán? ¿Qué velocidad llevamos, sólo por curiosidad?

—Catorce nudos, Sam -dijo el capitán Sol.

—¡Calculo que, a esta velocidad, seguro que llegaremos!

—Yo diría que sí.

El capitán Sol se echó a reír mientras se rascaba el atolón coralino de pelo blanco que rodeaba su cabeza calva.

Nell alzó la vista en dirección a la claraboya y vio el Turbosail de treinta metros de largo que se alzaba encima del puente como la chimenea de un crucero injertada en el barco de investigación científica. El poderoso eje cilíndrico pasaba a través del centro del puente alojado en el interior de una ancha columna que estaba cubierta de fotografías y recortes de periódico. Nell podía oír el sonido de los motores zumbando dentro de la columna mientras la vela giraba por encima de sus cabezas.

Los Turbosails fueron utilizados por primera vez por Jacques Cousteau en los años ochenta para sus barcos de investigación científica, incluido su propio *Calypso II*. Ideal para los barcos de investigación de largo alcance, la vela tubular empleaba pequeños ventiladores para lanzar aire dentro de una juntura vertical mientras el viento que pasaba a su alrededor producía una velocidad mucho mayor que cualquier vela tradicional en la superficie de sotavento. Ahora que la tormenta finalmente se había alejado, la tripulación había izado los dos Turbosails del *Trident* y hecho girar las juntas para coger el viento que soplaba del nordeste.

El barco navegaba con rumbo oeste a una buena velocidad, a diez grados al sur del Trópico de Capricornio.

—¡Capitán Sol, nunca volveremos a estar tan cerca de esa isla! —se lamentó Nell.

—La tormenta nos obligó a desviarnos mucho hacia el sur -dijo Glyn-. Y, aunque como biólogo debo decir que la pequeña isla de Nell me resulta bastante intrigante, la idea de pisar tierra firme es incluso más atractiva en este momento, capitán. Sin duda nos haría mucho bien poder estirar las piernas.

—¿Por qué no podemos ir? —gimoteó Nell.

Sol Meyers frunció el ceño. Parecía Santa Claus de vacaciones con su camiseta anaranjada extra grande y un logotipo blanco de «SeaLife» bordado en seda sobre el bolsillo delantero.

—Lo siento, Nell. Tenemos dos días para compensar el tiempo perdido si queremos llegar a Pitcairn para la celebración que han organizado para nosotros. No podemos hacerlo.

—«¡Una expedición científica para explorar los lugares más remotos de la Tierra!» -Nell citó con evidente sarcasmo el reclamo de apertura del programa.

—Es más parecido a una serie de televisión flotante que se ha quedado sin burbujas -musitó Glyn.

—Lo siento, Nelly -repitió el capitán Sol-. Pero éste es el barco de Cynthea. Ella

es la productora del programa. Debo ir a donde ella quiere, salvo que se produzca alguna emergencia.

—Creo que Cynthea está tratando de emparejarnos a *nosotros* -reflexionó Glyn-. Aparentemente, toda la tripulación al completo ya han follado entre ellos.

Nell se echó a reír y apretó con fuerza el hombro de Glyn.

El biólogo retrocedió y se frotó el tríceps como si lo hubiese golpeado.

—Eres la mujer más susceptible que he conocido jamás, Nell -dijo, arreglándose la camisa donde ella lo había tocado.

Nell se dio cuenta de que todos estaban muy irritables.

—Lo siento, Glyn. Una parte de mí debe de ser un chimpancé bonobo. Ellos emplean el contacto físico para proporcionar una sensación de seguridad a los miembros de su grupo.

—Bueno, nosotros los británicos tenemos exactamente la reacción opuesta -repuso Glyn frunciendo los labios.

—Eh, a mí no me molesta, Nell -dijo Cari Warburton. El primer oficial del *Trident* tenía una belleza bronceada de actor de televisión, pelo negro rizado encanecido en las sienes y una voz de pinchadiscos trasnochado que hacía juego con su divertido sentido del humor, todo lo cual lo hacía irresistible.

—Considérame un bonobo de esos -añadió, rascándose las costillas y mostrándole la lengua a Nell de un modo realmente encantador.

El capitán Sol miró en dirección a la cámara del puente, que estaba colocada encima de la ventana delantera. Cynthea Leeds, la productora del programa, vigilaba a todo el mundo a través de cámaras como ésta, que estaban repartidas por todo el barco. El programa que se emitía semanalmente era montado a partir del material que grababan esas cámaras, aparte del que rodaban los tres operadores de cámara del barco.

El capitán Sol cubrió sus labios con la mano y susurró:

—Creo que Cynthea está tratando de emparejarme con Jennings, el médico del barco.

—No, está tratando de emparejarme a mí con Jennings -dijo Warburton.

Nell hizo su mejor imitación de Cynthea:

—¡*Drama!*

Un sonido estridente se oyó de pronto en el puente y todos los presentes dieron un brinco.

—Capitán -dijo Samir. Comprobó la lectura de los instrumentos-. Estamos captando una EPIRB, señor.

—¡Dios santo, pensé que había sido Cynthea! —exclamó el capitán Sol, suspirando aliviado.

—¿Una EPIRB? —preguntó Warburton-. ¿Aquí?

—Vuelve a comprobarlo, Sam -indicó el capitán Sol.

—¿Qué es una EPIRB? —preguntó Nell.

—Una radiobaliza que indica una posición de emergencia -explicó Warburton al tiempo que se acercaba rápidamente a donde estaba Samir.

—¿Tienes una posición? —preguntó el capitán.

—Deberíamos tenerla después del siguiente paso del satélite -dijo Samir.

—Ahí viene.

Warburton miró a Nell por encima del hombro.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nunca lo creerás.

Samir se volvió hacia ella con una expresión de sorpresa en su rostro redondo y una sonrisa que revelaba su hermosa dentadura.

—Según estas coordenadas, la señal procede de tu isla, colega.

Nell sintió que su corazón se aceleraba cuando confirmaron la procedencia de la señal.

—Un momento, espera, la estamos perdiendo -advirtió Warburton.

El capitán Sol pasó junto a Samir y observó la pantalla de navegación.

—Es muy extraño.

Warburton asintió.

Nell se acercó un poco más.

—¿Qué es extraño?

—Nadie lanza una señal de EPIRB a menos que esté en un grave aprieto -explicó el capitán-. Y, si lo hace, la batería de litio debería durar cuarenta y ocho horas como mínimo. Esta señal se está debilitando.

—Ahí va -informó Samir cuando la siguiente actualización de datos borró la señal de la pantalla.

—Sam, será mejor que llames a la estación LUT más próxima. Y comprueba el registro de la baliza en el satélite, Cari.

Warburton ya estaba examinando la base de datos de la Administración Atmosférica y Oceánica Nacional.

—La baliza está registrada. ¡Joder, es un velero de diez metros!

—¿Qué cono está haciendo aquí? —dijo el capitán Sol.

Warburton comprobó la información que constaba en los archivos.

—El nombre del velero es *Balboa Bilbo*. El nombre del propietario es Thad Pinkowski, de Long Beach, California. Muy bien, esto es interesante: el derecho de matrícula de la baliza expiró hace tres años.

—¡Ja! —El capitán Sol gruñó-. Se trata de un barco abandonado.

—¿Es posible que los archivos del satélite no estén actualizados? —sugirió Glyn.

—No es probable.

Samir se llevó el teléfono vía satélite a la oreja.

—El LUT informa que somos el barco que se encuentra más cerca, capitán. Como su posición se halla demasiado lejos de una pista de aterrizaje para enviar a un avión de búsqueda, nos piden que respondamos a la señal de emergencia si podemos.

—¿Cuándo podremos llegar allí, Cari?

—Mañana, aproximadamente a las dos de la tarde.

—Preparados para virar con rumbo sur. Sam, hazle saber a la estación LUT que respondemos a la llamada de emergencia.

—¡Sí, señor!

—Y trata de comunicarte con ese velero.

—¡A la orden!

El capitán Sol pulsó un botón y habló a través del sistema de megafonía del barco.

—A toda la tripulación. Como podéis ver, estamos haciendo un ajuste en nuestro curso. Tocaremos tierra antes de lo planeado, mañana por la tarde, en una isla inexplorada. Durante la cena recibiréis más detalles acerca de este cambio. ¡A vuestros puestos!

Unos débiles gritos de júbilo se dejaron oír en la cubierta exterior.

El capitán Sol se volvió hacia Glyn.

—Motín abortado. Eso debería contenerlos durante algún tiempo. Bien, Nell, parece que el viento sigue soplando a tu favor.

El horizonte austral apareció ante las amplias ventanas cuando el *Trident* completó la maniobra de viraje. El capitán Sol señaló el borde izquierdo de la pantalla del monitor de navegación, donde un pequeño círculo blanco se elevaba sobre un arco hacia la parte superior de la pantalla.

Warburton sonrió.

—Ahí la tienes, Nell.

Nell corrió hacia el monitor de navegación mientras los hombres se hacían a un lado.

—Si queréis encontrar un ecosistema intacto, habéis venido al lugar adecuado -dijo Glyn.

—Calculo que esa isla debe de encontrarse a unos dos mil doscientos kilómetros de la mota de tierra más próxima -dijo Samir.

—Dos mil seiscientos -dijo Nell. Su corazón latía con tanta fuerza que temió que los demás pudieran oírlo-. Cada planta polinizada por insectos en esta isla debería ser una especie nueva -explicó.

Glyn asintió.

—Si tu teoría se sostiene...

Los motores aceleraron cuando el Turbosail giró encima del puente.

Mientras los ojos de Nell casi se salían de sus órbitas, los demás se preguntaron si estaba buscando algo más que una nueva flor en la isla Henders.

Todos retrocedieron cuando una voz tronó a través de uno de los altavoces situado junto a la cámara sobre la ventana delantera.

—¡Por favor, decidme que esto no es una broma!

—Esto no es una broma, Cynthea -contestó el capitán Sol.

—¿Quiere decir que realmente hemos recibido una señal de socorro?

—Sí.

—¡Capitán Sol, es usted mi héroe! ¿Es muy grave?

El capitán Sol miró a Warburton con expresión cansada.

—Es probable que sólo se trate de un velero abandonado. Pero la radiobaliza estaba activada, de modo que debemos ir a comprobarlo.

—¡Dios santo, eso es oro puro! ¡Nell, dime que estás emocionada!

Nell alzó la vista sorprendida hacia el altavoz que estaba sobre la ventana.

—Sí, sería agradable llevar a cabo un poco de investigación científica de verdad.

—¡Glyn, cuéntame más cosas acerca de esa isla! —chirrió la voz electrónica.

—Bueno, según Nell, fue descubierta por un capitán británico en 1791. Sus hombres desembarcaron pero no pudieron encontrar ninguna forma de llegar al interior de la isla. No existen noticias de que nadie más haya desembarcado allí, y sólo existen registros de tres avistamientos en los últimos doscientos veinti...

La escotilla de estribor se abrió de golpe y Cynthea Leeds entró impetuosamente en el puente vestida con un ceñido mono Newport negro con bandas blancas.

Todos se quedaron inmóviles.

—Eso me gusta. Me gusta mucho -exclamó Cynthea-. Peach, ¿has cogido eso? ¡Genial! ¡Caballeros, y dama, felicidades!

Cynthea sonrió ampliamente, exhibiendo su cara dentadura mientras se echaba hacia atrás el flequillo con la alegría propia de una niña pequeña. Un fino juego de auriculares negros inalámbricos se arqueaba sobre su pelo negro, que estaba cortado estilo paje.

Cynthea era una mujer notablemente bien conservada que, a sus cincuenta años, seguía manteniendo su atractivo sexual. Cuando tenía cinco, su madre había insistido en que recibiera una estricta formación en el arte del ballet, el único gesto que ella consideraba como un acto de bondad por parte de su progenitora. Con un metro ochenta sin tacones, Cynthea conservaba la postura de una bailarina, si bien su imponente estatura se adaptaba mucho mejor al terreno de alta testosterona al que había elegido acceder que al ballet.

Como si de un cangrejo ermitaño sin su caparazón se tratara, Cynthea lucía ridículamente fuera de lugar en el mar, o incluso lejos de una ciudad. Pero en los últimos tiempos no podía evitar darse cuenta de que la estaban llevando fuera de la

ciudad para que paciera en la jungla que habitaba y que tenía la juventud como su centro.

Cynthea había producido anteriormente dos programas para la MTV que habían cosechado un gran éxito. Pero el ambiente despiadado en el que vivía no toleraría un solo tropiezo. Después de que su último *reality show* para la cadena de televisión, el espurio «Bulcher Shop», fracasara estrepitosamente, su única oferta fue el trabajo que todos los demás productores de la ciudad habían rechazado: un viaje por mar alrededor del mundo desprovisto de todas las comodidades de que disfrutaba en casa.

Con la íntima sensación de que debía adaptarse o extinguirse, y en mitad de un ataque de pánico, le dijo a su representante que aceptara la propuesta.

Ella sabía muy bien que había conseguido el trabajo de «SeaLife» gracias a su talento para sazonar el contenido de un programa, algo que los productores del *reality* eran dolorosamente conscientes de que podía ser un problema si la parte científica era un muermo. Sin embargo, a lo largo de las últimas tres semanas sus esfuerzos para emparejar a los científicos mareados habían sido un horrible fracaso.

Si el programa era retirado de la parrilla, estaba convencida de que sería el final de su carrera. Sin esposo, sin hijos y sin carrera: todas las profecías de su madre cumplidas. Una situación que sería mucho más fácil de sobrellevar si la madre de Cynthea estuviera muerta, pero no lo estaba. Ni mucho menos.

Cynthea juntó con fuerza las manos en un gesto de agradecimiento a las fuerzas que habían acudido en su rescate.

—¡Amigos, esto no podría haber ocurrido en un momento más oportuno! Creo que nos hubiéramos matado y comido entre nosotros antes de haber puesto el pie en Pitcairn. ¡Glyn, cuéntame más cosas acerca de esa isla!

—Bueno, según Nell, jamás ha sido explorada.

—¿Cuándo podremos desembarcar?

—Mañana por la tarde -contestó Glyn-. Si es que podemos encontrar un lugar donde hacerlo. Y, por supuesto, si el capitán nos concede autorización para bajar a tierra.

—¿Quieres decir que podemos filmar nuestro desembarco en una isla inexplorada para la sección «Cualquier cosa puede suceder» de la emisión de mañana a las 17.50? Si respondes que sí, Glyn, serás mi superhéroe.

—Yo diría que es posible, siempre que el capitán esté de acuerdo. —El inglés se encogió de hombros-. Sí.

—¡Glyn, Glyn, Glyn! —Cynthea daba brincos de alegría-. ¿Qué era eso que me estabas diciendo acerca de un capitán inglés?

—La isla fue descubierta en 1791 por el capitán Ambrose Spencer Henders -dijo Glyn.

A Nell le resultaba entretenida la manera en que la vanidad de Glyn aumentaba

bajo la mirada de Cynthea.

Glyn miró a Nell.

—Sin embargo, es Nell quien debe...

—¡Esto es oro puro, Glyn! Hazme el favor de anunciarlo a los demás miembros del programa, ¿quieres? —lo interrumpió Cynthea-. ¿Al ponerse el sol, justo después de la cena, y que suene realmente grandioso? ¡Oh, por favor, por favor, por favor!

Glyn miró a Nell disculpándose. Ella asintió, aliviada de que fuera él quien hiciera los honores.

—Sí, de acuerdo.

—¿Conoces a Dawn? ¿Esa chica morena, de piernas largas, que lleva un tatuaje? —Cynthea hizo un gesto hacia las inmediaciones de sus nalgas-. ¿Sí? Hace poco me estaba diciendo que consideraba que los científicos ingleses eran los hombres más atractivos que conocía. —Cynthea se inclinó hacia adelante y canturreó en la oreja de Glyn-: ¡Creo que estaba hablando de ti!

Los ojos de Glyn se abrieron como platos mientras Cynthea se volvía hacia el capitán Sol.

—Capitán Sol, ¿podemos desembarcar? —La productora brincaba arriba y abajo como una niña pequeña rogándole a su abuelo-. ¿Podemos, podemos, podemos?

—Sí, podemos desembarcar, Cynthea. Después de que hayamos comprobado esa baliza.

—¡Gracias, capitán Sol! ¿Sabe que el doctor Jennings está loco por usted?

Warburton sacudió la cabeza.

—Si pudiésemos encontrar a alguien para Nell -insistió la productora-. ¿Qué me dices, querida? ¿Cuál es tu tipo de hombre, en cualquier caso?

Nell vio que Glyn miraba a través de la ventana hacia donde se encontraba Dawn, quien estaba practicando estiramientos de yoga en la cubierta del entresuelo. Con el cuerpo firme y con su negra cabellera, Dawn llevaba un top color mostaza que dejaba al descubierto su abdomen soberbiamente tonificado. El tatuaje que representaba un sol amarillo y púrpura asomaba por encima de la parte de abajo de su bikini negro.

—No tengo un «tipo» de hombre, Cynthea -repuso Nell-. Y tampoco me gustaría ser el «tipo» de nadie.

—La solitaria de siempre, ¿verdad, Nell? —dijo Cynthea-. Tienes que saber lo que estás buscando para poder encontrarlo, querida.

Nell la miró fijamente a los ojos.

—Lo sabré cuando lo vea -replicó.

—Bueno, mañana tal vez encuentres una nueva flor o algo a lo que ponerle nombre, ¿sí? ¡Si lo encuentras, danos un poco de *drama*, Nell! Por favor, ¿sí?

Cynthea se volvió y desapareció a través de la escotilla.

Nell volvió a concentrarse en la pantalla del monitor de navegación, con los ojos

fijos en la isla a medida que se movía hacia abajo con pasos diminutos desde la parte superior de la pantalla. Abrumada por la visión, casi se olvidó de respirar.

El capitán Sol miró a Nell con afecto paternal. Apoyó una mano sobre su hombro. —Yo diría que ha sido el destino, Nell, si creyera en esa clase de cosas.

Ella lo miró con los ojos brillantes y le apretó impulsivamente su mano grande y bronceada.

—Todavía no hemos obtenido ninguna respuesta en las frecuencias de emergencia, capitán -dijo Warburton.

Sobre la pantalla de plasma azul, Nell recorrió con la punta del dedo la distancia que había entre la posición del *Trident* hasta el círculo blanco debajo de unas minúsculas letras blancas:

## Isla Henders

### o

*19.05 horas*

Acurrucada en el interior del pequeño y estrecho centro neurálgico de «SeaLife», encajado dentro del pontón de estribor del *Trident*, Cynthea observaba atentamente tres cámaras que se alimentaban del capitán Sol y Glyn mientras anunciaban el cambio de rumbo a la tripulación después de la cena.

*Peach* McCloud estaba sentado junto a Cynthea y se encargaba del compartimento de edición y conexión vía satélite. Cualquiera que fuera el equipo audiovisual con el que *Peach* hubiera nacido, ahora estaba sepultado bajo el pelo y la barba, y había sido reemplazado por micrófonos, auriculares y gafas de seguridad.

Cynthea había trabajado con *Peach* en programas en directo de la MTV en Fort Lauderdale y en la isla de Santorini. La única condición que había impuesto cuando aceptó el trabajo como productora de «SeaLife» fue que *Peach* la acompañara como ingeniero. Sin la ayuda de *Peach*, el trabajo habría sido impensable.

*Peach* se había mostrado de acuerdo. Siempre lo estaba. Su sala de estar se encontraba en cualquier lugar si disponía de una conexión inalámbrica. A *Peach* en realidad no le importaba si se hallaba a bordo de un barco resistiendo el embale de olas de cinco metros de altitud o en su apartamento del Soho. Siempre y cuando su hábitat digital fuese con él, *Peach* ora feliz.

Cynthea habló con tono urgente a través de sus auriculares en una comunicación a larga distancia con los productores de «SeaLife» en Nueva York. Mientras ella hablaba, *Peach* compensaba los niveles de sonido y cambiaba las tomas siguiendo los movimientos del lápiz de Cynthea.

—Necesitamos hacer esa transición, Jack. La estamos obteniendo en este preciso

momento y puedo enviártela dentro de diez minutos. Mañana, durante el rodaje de la sección «Cualquier cosa puede suceder», desembarcaremos en una isla inexplorada, Fred, venga, ¡ése es el anzuelo! ¡Y se trata de una misión de rescate! ¡Estamos respondiendo a una señal de socorro!

Cynthea le hizo un gesto a Peach pidiendo confirmación y él le mostró los diez dedos dos veces.

—Peach puede enviarte el material antes de quince minutos -mintió Cynthea-. Danos la alimentación vía satélite, Fred. Sí, Jack, como ya lo has mencionado en repetidas ocasiones, no hay sexo. ¡Todos los del equipo jodieron unos con otros durante las primeras cuatro semanas de viaje, y ahora lo único que tengo para trabajar son los científicos, Jack, de modo que dame un respiro! ¿Cómo podía saber que esos tipos habían subido pastillas de éxtasis a bordo? De todos modos, eso es agua pasada, Fred, y tuvimos suerte de poder mantenerlo fuera del «Informe Drudge», ¿de acuerdo? ¿Me tomas el pelo? Debes de estar de broma. Entonces Barry debería hacer un programa con científicos y tratar de que hubiese sexo en él. Lo desafío a que lo haga..., menudo gilipollas, ¡especialmente mientras están todos vomitando encima de los demás! ¡Si hubiese quedado algo de éxtasis ya lo habría deslizado en su maldito té verde, Jack! Sólo estoy sugiriendo que volvamos al ángulo original, la cuestión científica. ¡Sí, *aventura*, Fred, exactamente! ¡Gracias! ¿Y qué produce la aventura sino *romance*, Jack? Juro que si ésta no es la jugada que salva a este programa puedes emitir mi ejecución en directo. No tuviste que pensar demasiado en eso, ¿verdad, Fred? Bien, chicos, me alegra saber de qué manera llegar a vuestros corazones. No te preocupes, querido, ¡entraremos en la historia de la televisión!

Cynthea apretó el hombro de Peach.

—¡Lo conseguimos!

Él sonrió y asintió, ajustando los niveles de sonido mientras el capitán Sol se dirigía a la tripulación.

—Éste es un buen material, jefa.

### *19.05 horas*

Zero estaba rodando una toma de estribor a babor a través de la cubierta del entresuelo y enmarcó un crepúsculo puntillista de cirros anaranjados, lavanda y bermellón.

Las mesas dispuestas para la cena, iluminadas con velas, salpicaban la cubierta de proa mientras el *Trident* navegaba con rumbo sur. Un viento cálido jugueteaba sobre las mesas. Los científicos y el equipo del programa estaban acabando su cena compuesta de filetes de pargo alazán, arroz pilaf y judías verdes. Los tres camarógrafos se paseaban entre las mesas mientras los comensales susurraban con curiosidad acerca del inminente anuncio.

El capitán Sol finalmente golpeó ligeramente su copa con un cuchillo y, con el crepúsculo del Pacífico Sur a sus espaldas, Glyn y él se dirigieron a la tripulación.

—Como seguramente os habréis dado cuenta, ahora navegamos hacia el sur -comenzó el capitán, y señaló dramáticamente con el brazo derecho sobre la proa.

Cynthea le indicó a Peach que pinchara la cámara que estaba montada en el puente y que mostraba al *Trident* navegando en dirección al horizonte austral, luego otra cámara que enfocaba la proa hendiendo el agua azul, y luego nuevamente al capitán Sol.

—Hace unas horas captamos una señal de una radiobaliza de un velero que está en peligro.

La gente en las mesas comentó la noticia visiblemente excitada.

—Sabemos que el propietario del velero fue rescatado por la Guardia Costera de Estados Unidos cerca de Kaua hace cinco años durante una fuerte tormenta. De modo que, o bien ese velero ha navegado a la deriva durante cinco años, o encalló en la isla que se halla al sur de nosotros antes de eso, o alguien más se encuentra a bordo en este momento. Hemos tratado de ponernos en contacto con el velero a través de frecuencias de emergencia pero no hemos obtenido respuesta. Puesto que los aviones de rescate no llevan combustible suficiente para llegar a su posición desde el campo de aviación más próximo, nos han pedido que respondamos a la llamada de socorro.

Un coro de voces de sorpresa y asombro se elevó desde las mesas.

Glyn se aclaró la garganta. El biólogo estaba visiblemente nervioso ahora que las cámaras y las luces se volvieron hacia él.

—La buena noticia -anunció el inglés- es que la señal parece provenir de una de las últimas islas inexploradas que quedan en el mundo.

Después de veintiún miserables días en alta mar, la sola señal de socorro era causa de celebración. Pero la posibilidad de desembarcar en una isla inexplorada provocó una estruendosa salva de aplausos de todos los presentes.

—La isla tiene poco más de tres kilómetros de ancho -dijo Glyn, animado. Leía la información de unas tarjetas con apuntes que Nell le había preparado-. Puesto que se encuentra situada por debajo del paralelo 40, una zona muy traicionera que los marinos llaman los «Locos años cuarenta», las rutas de navegación oceánica la han evitado durante los últimos doscientos años. En este momento nos dirigimos hacia lo que muy bien podría ser el trozo de tierra geográficamente más remoto del planeta. Este espacio vacío del océano tiene el tamaño de la masa continental de Estados Unidos y lo que sabemos de él es equivalente aproximadamente a lo que se puede ver de Estados Unidos desde su sistema de autopistas interestatales. Así de escasamente frecuentada sigue estando hoy esta parte del mundo. ¡Y en esta zona el lecho marino está menos cartografiado que la superficie de Marte!

Glyn recibió un murmullo de reconocimiento por parte de la gente y continuó con

su relato.

—Existen muy pocos informes de alguien que haya avistado esa isla, y sólo uno escrito por alguien que efectivamente desembarcó en ella, recogido en 1791 por Ambrose Spencer Henders, el capitán del buque de guerra *Retrihution*.

Glyn desplegó una copia del cuaderno de bitácora del capitán Henders. Ésa había sido la extraordinaria mirada a lo desconocido que había disparado la imaginación de Nell, entonces aún una estudiante universitaria, nueve años antes. Sin tropezar demasiado con los arcaísmos y las abreviaturas náuticas, Glyn comenzó a leer:

Viento del oeste-suroeste a las cinco de la mañana con el que viramos hacia el oeste, y a las siete divisamos una isla de poco más de tres kilómetros de ancho que no pudimos encontrar en la carta de navegación, situada a 46° de latitud sur y 135° de longitud oeste. No hay fondo para echar el ancla alrededor de la isla. Navegamos a lo largo de la costa buscando un lugar apto para desembarcar, pero la isla está completamente rodeada de altos acantilados. Con nuestras esperanzas frustradas y no queriendo perder más tiempo del que teníamos, ordené que todo el mundo ocupara sus puestos para virar cuando, a las cuatro de la tarde, un hombre divisó una fisura de la que brotaba agua que manchaba de oscuro el acantilado. El señor Grafton pensó que se podía alcanzar esa fisura con una chalupa, de modo que bajamos un bote inmediatamente y los hombres llevaron algunos toneles para llenarlos con agua dulce.

Recogimos tres toneles de una cascada que había dentro de la grieta. Sin embargo, en la empresa perdimos a Stephen Frears, un hombre de fuerte naturaleza muy querido por todos y a quien echaremos terriblemente de menos, así que juzgamos que era demasiado grande el riesgo de enviar a otro hombre.

Atendiendo a las exhortaciones de nuestro capellán y habiendo determinado que la isla no era habitable y tampoco accesible para los malvados tripulantes del buque de guerra *Bounty*, partimos con prisa y abatidos nuestro rumbo hacia el oeste en dirección a Wellington, donde todos esperamos con ansiedad un puerto amigable.

Capitán Ambrose Spencer Henders, 21 de agosto de 1791

Glyn dobló la gastada copia impresa que Nell le había dado.

—Eso es todo. El único informe que existe de un desembarco en la isla. Si podemos encontrar una forma de acceder al interior, seremos los primeros en explorar la isla olvidada del capitán Henders.

Glyn asintió y sonrió en dirección a Nell.

Se produjo una sonora salva de aplausos y *Copepod* ladró.

—De modo que, después de todo, las tormentas han servido para algo -dijo el capitán Sol-. Poseidón nos ha situado rumbo a ayudar a un compañero que se encuentra en dificultades. ¡Y todos tendremos la oportunidad de visitar uno de los últimos confines de la Tierra, un lugar en el que no ha estado antes ningún hombre!

El capitán Sol alzó su puño al cielo en un gesto melodramático.

19.07 horas

—Dios bendiga al capitán Sol -murmuró Cynthea en la sala de control, señalando con la goma en el extremo de su lápiz las diferentes pantallas mientras todos brindaban y aplaudían-. Tendremos que incluir algo de música como fondo del discurso de Glyn y editarlo de inmediato.

—Sí, eso estuvo a punto de matarnos -convino Peach.

—Encuentra algo relacionado con el mar, algo como lo que suena en *Tiburón* cuando Robert Shaw está hablando acerca de escualos y buques de guerra. Colócalo detrás de ese discurso y será un toque de belleza. Luego enlátalo y envíalo, Peach. Que llegue a esos cabrones en Los Ángeles antes de que los gilipollas de Nueva York puedan decir que no. —Cynthea habló a través de los auriculares con su equipo de camarógrafos-. Muy bien, chicos, hemos terminado. Id a comer algo. ¡Buen trabajo, encantos!

19.08 horas

Los ánimos se elevaron después del anuncio del capitán, y cuando las molestas luces y las cámaras finalmente se apagaron, todo el mundo volvió a proferir gritos de júbilo con obvio sarcasmo.

Nell desvió la mirada hacia la mesa contigua.

Aún disfrutando de su exitoso debut, Glyn se había sentado delante de Dawn y parecía terriblemente interesado en lo que ella decía en ese momento.

Nell reprimió una risita ante ese emparejamiento casi imposible. Dawn parecía capaz de comerse vivo a Glyn.

Zero estaba sentado frente a Nell en su misma mesa y confiscó un plato de comida que nadie había reclamado. Mientras cortaba un pedazo de filete de pargo alazán, el jefe de los camarógrafos alzó la vista y la miró.

—¿Qué fue lo que hizo que una chica como tú quisiera ser botánica? —preguntó mientras se metía en la boca un trozo de pescado. Luego cortó otro pedazo y se lo dio a *Copepod*.

Nell sonrió. Zero le caía bien y se sentía feliz en su compañía. Bebió un pequeño sorbo de agua fría mientras pensaba en la pregunta.

—Cuando a mi madre la mató una medusa en Indonesia, decidí que me dedicaría a estudiar las plantas.

Zero se llevó el tenedor colmado de pescado a la boca con una expresión de sorpresa dibujada en el rostro.

—¿De verdad?

No le quitó los ojos de encima mientras masticaba.

—¡Por supuesto que es verdad! —dijo Andy, quien estaba sentado junto a Nell

con actitud protectora, como de costumbre, aunque habitualmente era ella quien lo protegía a él.

Nell había conseguido convencer a Andy de que abandonara su camarote después de su rabieta en cubierta y él había cambiado su atuendo por una camisa plisada de franela de color azul, abierta sobre una camiseta amarilla con un rostro sonriente en la pechera. La camiseta decía: «¡Que pases un buen día!», sin ningún irónico agujero en la cabeza ni nada fuera de lo común, sólo una cara sonriente esperando a que el mundo la borrara.

Nell apretó la muñeca de Andy y palmeó la mano de Zero, fascinando al instante a los dos hombres con su breve contacto.

—Mi madre era oceanógrafa -le explicó a Zero-. Murió cuando yo era pequeña. Nunca la vi demasiado, excepto cuando aparecía en la televisión. La mayor parte del tiempo la pasaba en el extranjero, realizando documentales sobre la naturaleza en lugares muy peligrosos para los niños.

—Tú no serás la hija de Janet Planet, ¿verdad?

—Humm..., sí.

—«La doctora Janet explora el mundo salvaje» -dijo Zero, imitando a la perfección la introducción del programa-. ¿No?

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro del camarógrafo al recordar aquella primera serie de televisión en color a la que era adicto de pequeño.

Nell asintió.

—Sí. ¿Recuerdas el programa?

—¡Diablos, por supuesto que lo recuerdo! ¡Llevó por primera vez a la televisión fotografías submarinas a todo color! Es un programa legendario entre los chicos de mi edad. ¿Y cómo es que no te llamas Nell Planet?

Nell se echó a reír.

—Nuestro apellido no daba bien en televisión.

—De modo que estás siguiendo los pasos de tu madre.

—Sí, excepto que yo elegí la botánica -protestó Nell, haciendo un quite con el tenedor-. Las plantas no se comen a la gente.

—Continúa. —Zero cogió un vaso de té helado de una bandeja que portaba uno de los camareros y lo alzó para brindar con ella-. Conquistar tus miedos, ¿verdad?

Nell brindó alzando su vaso con agua y frunció el ceño hacia el horizonte ya oscuro. —Algo así.

## 23 DE AGOSTO

*06.29 horas*

Nell estaba sentada frente al resplandor azul que despedía la pantalla del televisor y sostenía una extraña flor en la mano.

Una imagen de su madre apareció en la televisión, vestida con ropa caqui y cubriéndose la cabeza con un sombrero ligero. Dibujos animados de la mañana del sábado en colores desvaídos de los años setenta, un triste reestreno del subconsciente destacable por sus detalles de bajo presupuesto.

Detrás de su madre se balanceaba una jungla de dibujos animados compuesta de hojas, espinas, piel, ojos, latidos, respiración, todo ello combinándose en un líquido corriente de anatomía. La jungla se congeló en un rostro gigante y de pronto dio la impresión de que ese rostro siempre había estado allí. Su madre seguía haciendo gestos con las manos mientras la boca en el rostro de la jungla se abría detrás de ella como un cielo de medianoche. Como acostumbraba a hacer.

Nell gritó sin proferir sonido alguno; todo el sueño era profundamente silencioso, excepto por el sonido de sus uñas sobre el cristal de la pantalla. Su madre siempre extendía los brazos hacia ella, pero Nell nunca podía tocarla a través de la pantalla. De pronto, supo que podía romperla.

Nell blandió la extraña flor que llevaba en la mano en dirección a la pantalla como si de un hacha se tratara y el Monstruo lanzó un aullido de furia mientras su voz se encogía dentro del reloj despertador que sonaba junto a ella.

Nell se despertó de un salto y apagó la alarma del reloj, irritada ante la complicidad del pequeño aparato.

Se apoyó sobre un codo y miró de soslayo los débiles rayos de sol que se filtraban a través de los ojos de buey de su camarote. Tenía el cuello y el pecho cubiertos por un sudor frío.

Muy bien, pensó, recordando el sueño que acababa de tener: había recibido una visita del Monstruo.

Hacía muchos años que Nell no tenía ese sueño. Sin embargo, las imágenes la aplastaban bajo el mismo miedo debilitante que la embargaba cuando tenía diez años y soñaba con el Monstruo todas las noches.

Ese día, en la isla Henders, encontraría una nueva clase de flor y le pondría el nombre de su madre. Y, finalmente, dejaría que descansara, en una ceremonia privada que se celebraría tan apropiadamente lejos de casa.

Y con esa flor también acabaría finalmente con el Monstruo, otorgándole un rostro nuevo y hermoso.

*12.01 horas*

Una astilla de luz trémula apareció en el horizonte y luego el acantilado coronado de guano comenzó a alzarse desde la superficie del océano como una cordillera cubierta de nieve.

Nell y los demás se reunieron en la cubierta del entresuelo para observar la isla a medida que ésta surgía delante de ellos.

—¡Qué pared! —exclamó Dante de Santos. El musculoso ayudante de cocina de veintitrés años llevaba los brazos bronceados cubiertos de tatuajes maoríes y el pelo negro peinado hacia atrás. Tenía un rostro de aspecto beligerante y ojos de tigre color ópalo.

Nell recordó que Dante era aficionado a escalar paredes de piedra y estaba ansioso por darle algún uso al equipo de escalada que había llevado consigo en el viaje.

—¡Joder, podría subir sin problemas esa pared si encontrara algún lugar donde desembarcar! —alardeó—. Recuerda decírselo por mí al capitán si no podemos desembarcar, ¿vale, Nell?

Ella sonrió.

—Vale, Dante.

Nell contempló la enorme pared de la isla Henders que se elevaba sobre el horizonte más de dos veces la altura de la Estatua de la Libertad. Parecía un trozo de tierra terriblemente solitario en medio de ninguna parte. Ese pensamiento le sirvió para recordar, con una punzada de inquietud, cuán lejos se encontraban de todo.

*17.48 horas*

El sonido de motores rebotaba en la pared de roca de la cala cuando cuatro Zodiac se acercaban a toda velocidad a la playa creciente.

Los dos poderosos motores fueraborda Evinrude de 150 caballos impulsaban la gran Zodiac que navegaba al frente con Jesse al timón. Los pasajeros de Jesse temían por sus vidas: Nell y Glyn se aferraban a la barandilla lateral mientras la lancha hinchable brincaba sobre las grandes olas con los motores gimoteando al salir despedidos de cada cresta espumosa.

El acantilado que rodeaba la cala se elevaba en línea recta poco más de doscientos metros, cubierto con franjas de color desvaído como si fuesen pigmentos en un bote de pintura puesto del revés. En el centro del risco una fisura oscura había escupido pedazos de roca sobre la playa y el mar. A juzgar por los vivos colores verde y rojo de los escombros, la grieta había sido abierta no hacía mucho tiempo.

Varado y bañado por las olas sobre ese desprendimiento de rocas dentadas, el casco de un velero de unos diez metros de eslora yacía sobre un costado, como si del abultado esqueleto de una ballena se tratara.

—Esa grieta parece nueva —gritó Glyn.

Nell sonrió al tiempo que asentía.

—Podría proporcionarnos un camino hacia el interior de la isla —dijo.

El *Trident* se mecía sobre las olas en la cala, anclado a una de las escasas cornisas submarinas que su sonar había localizado alrededor de la isla. Habían circunnavegado casi la totalidad de la isla antes de descubrir esa pequeña ensenada, un accidente geográfico que podrían haber encontrado en pocos minutos si la hubieran rodeado en la dirección contraria.

Ahora no tenían tiempo para planificar nada. Tenían que marcharse en las lanchas y emitir en directo.

Peach activó el funcionamiento de las cámaras mientras iniciaba la cuenta atrás para el enlace vía satélite en la sala de control.

Los tres camarógrafos recibían la cuenta regresiva de Peach en sus auriculares a bordo de las veloces lanchas Zodiac. Llevaban cámaras de vídeo impermeables y mochilas transmisoras con un alcance de mil metros.

Cynthea observaba la escena desde la popa del *Trident* mientras no dejaba de dar órdenes a su equipo de camarógrafos.

—¡Muy bien, pero esa maldita isla tiene una playa después de todo, y ya son casi las 17.49, Fred! ¡Ya estamos muy cerca! Peach, por favor, dime que tienes el enlace con el satélite.

—Dos, uno, cero. Estoy allí, estamos en vivo —dijo Peach, pasando primero la señal a Zero.

Cynthea corrió a través del pasillo que discurría por debajo de la cubierta hacia la sala de control en el pontón de estribor.

—¡Glyn! ¡Glyn! ¿Puedes oírme, Glyn?

*17.49 horas*

Glyn llevaba un transmisor inalámbrico sujeto a la oreja derecha y había colocado la bandera de «SeaLife» en la proa de la Zodiac. El biólogo británico vestía una camiseta «SeaLife» anaranjada, unos pantalones cortos y unas zapatillas Nike, la última prenda que Nell pensaba verle algún día.

—Sí, Cynthea —dijo Glyn—. ¡Te oigo perfectamente!

Nell también podía oír a Cynthea, que gritaba a través del auricular de Glyn.

—¡Planta la bandera en la playa!

Nell sonrió excitada mientras aferraba la barandilla de la veloz Zodiac y estudiaba la playa. La adrenalina que bombeaba a través de sus venas hacía que deseara saltar de la embarcación y volar hacia la costa.

17.50 horas

Cynthea irrumpió en la sala de control, donde tres cámaras tomaban primeros planos de la playa en la hilera de monitores que había encima de la cabeza de Peach.

La Zodiac pequeña fue la primera en llegar a la playa. Zero y *Copepod* saltaron al agua. El perro ladraba excitadamente y salió disparado hacia la arena. Zero salió del agua y se hizo a un lado para filmar la llegada de las otras Zodiac.

El resto de la tripulación observaba atentamente desde las cubiertas del *Trident*.

Andy corrió hacia la barandilla del barco con un pijama de rayas.

—¡No puedo creer que no me hayan despertado! —gritó—. ¿Me asignan la guardia nocturna y luego no me despiertan? ¡Maldita sea, estoy cansado de que me jodan todo el tiempo!

Andy se volvió para toparse con una cámara que estaba grabando el momento y advirtió que algunos miembros de la tripulación uniformada se reían a pocos metros de allí.

—¡Que os jodan! —gritó.

Cynthea pinchó nuevamente la imagen de Glyn, que plantaba la bandera de «SeaLife» en la arena.

—¡Reclamo esta isla para «SeaLife»! —exclamó.

Los seguidores del programa expresaron su júbilo en sus salas de estar de todo el mundo; Glyn acababa de convertirse en una estrella.

Los jefes de la cadena sonrieron y, por primera vez en un mes, se reclinaron aliviados sobre los respaldos de sus sillones mientras contemplaban las imágenes en sus pantallas.

Millones de personas exclamaron «¡Ooooh!» cuando Cynthea sorprendió a Dawn lanzando una mirada a Glyn, y a Nell mirando de soslayo a Dawn.

Cynthea le guiñó un ojo a Peach.

—Drama —asintió él.

17.51 horas

—¡Muy bien! —dijo Glyn—. Echemos un vistazo a ese velero.

El grupo de desembarco trepó sobre la avalancha de rocas.

Zero y los otros camarógrafos estaban filmando a través de cámaras de televisión inalámbricas Voyager Lite con mochilas transmisoras que enviaban señales al *Trident*. Peach cambió las tomas y envió la señal a los satélites, que la redirigieron a estaciones repetidoras que alimentaban a cientos de cadenas por cable y millones de pantallas de televisión en todo el mundo.

El grupo se acercó al maltrecho casco del velero, recubierto por una gruesa capa de percebes. Cuando se acercaron lo suficiente pudieron ver el nombre pintado en el espejo de popa en letras verdes desteñidas:

---

## Balboa Bilbo

---

—¡Ésa es nuestra chica! —gritó Jesse, golpeando con fuerza la popa del barco.

Rodearon el velero y vieron entonces la cubierta superior, que estaba inclinada hacia ellos en un ángulo de treinta grados. A la embarcación le habían quitado el mástil y su aparejo colgaba sobre la borda. Era evidente que el velero había estado mucho tiempo en el mar antes de quedar varado en la isla.

—Muy bien, vamos a registrarlo —dijo Glyn, haciendo una pequeña improvisación en la narración mientras miraba a Zero, quien le hizo un gesto con la mano para que se moviera.

Jesse subió a cubierta. Glyn subió a bordo detrás de Jesse, y Zero los siguió. (Jesse avanzó a gatas dentro de la cabina. En las escotillas y las ventanas faltaban los cristales. Gran parte del interior de la cabina parecía haber sido arrasado: las puertas de los armarios habían desaparecido, incluidos los goznes; el vidrio de las ventanas parecía haber sido quitado utilizando una palanca. Jesse vio la baliza en el asiento del piloto y la recogió.

—Sí, aquí está la EPIRB. Aún está en posición de encendido.

Apuntó a Glyn con la antena del aparato cilíndrico y amarillo como si fuese un arma y se echó a reír.

—¿Qué significa eso? —preguntó Glyn mirando a cámara. Zero lo excluyó rápidamente de la toma.

Jesse echó un vistazo a la cabina en ruinas.

—Bueno, algo tuvo que poner en funcionamiento la EPIRB, profesor.

En la distancia se oían los ladridos frenéticos de *Copepod*.

—Tal vez un pájaro voló a través de la ventana y picoteó el aparato o algo por el estilo. —Glyn señaló la ventana—. Falta el vidrio, ¿lo ves?

Jesse miró directamente a cámara y negó con la cabeza.

—Se necesitarían tres pájaros trabajando en equipo para poner en marcha una EPIRB, tío.

Simuló ser un pájaro picoteando su cabeza.

—Oh —Glyn asintió—. ¡Es verdad!

Nell se encontraba sobre las rocas, encima del casco inclinado del velero.

Al tiempo que se sujetaba la visera de la gorra de los Mets, examinó la base del acantilado. Una parcela de vegetación púrpura llamó su atención a poca distancia hacia la izquierda de la fisura en la pared de roca. A su alrededor, todo pareció evaporarse mientras se concentraba en los arbustos de intenso color.

—Eh, ¿dónde se ha metido *Copepod*? —gritó Dawn.

Los camarógrafos hicieron un barrido panorámico de la zona próxima al velero. Los frenéticos ladridos habían cesado por completo. Al bull terrier no se lo veía por ninguna parte.

Nell saltó a través de las rocas hasta llegar a la arena gruesa y rojiza de la playa. Luego echó a correr en dirección al acantilado. El sol del atardecer iluminaba la imponente pared de piedra y las brillantes plantas color púrpura que crecían en su base. Nell divisó motas doradas en la arena. «El oro de los tontos», pensó. En los acantilados debía de haber un montón de sulfato de hierro.

Se sentía aliviada de que ningún camarógrafo la hubiese seguido. El bullicio provocado por el grupo de desembarco se apagaba detrás de ella mientras la adrenalina aceleraba sus pasos.

Nell hincó las rodillas en la arena y contuvo el aliento delante de la pequeña parcela de hojas púrpura que crecían en la base del acantilado.

Los pedúnculos semejabán los de una planta de jade, pensó, excepto porque los tallos rectos carecían de ramas, y su color era de un lavanda intenso. Advirtió que el centro de cada pedúnculo tenía un tono púrpura azulado, mientras que las hojas, parecidas a las de la alcachofa, estaban teñidas de verde en sus puntas vellosas. Parecían gruesos espárragos pero no podía identificar la familia a la que pertenecían, mucho menos su género o especie, ya que no había ninguna pauta de crecimiento que fuera reconocible.

Trató de calmar sus palpitations al tiempo que hojeaba rápidamente la taxonomía botánica en su memoria, diciéndose que seguramente estaba demasiado excitada y debía de haber pasado por alto algo obvio.

Buscó el espécimen más grande y arrancó una de las hojas puntiagudas de la planta. Ésta se deshizo al instante como si de un trozo de fieltro viejo se tratara, convirtiéndose en un jugo que le escoció en las yemas de los dedos.

Agitó la mano, sorprendida, y se limpió el jugo azulado en su camisa blanca. Luego abrió la botella de Evian y vertió un poco de agua sobre la mano izquierda y la camisa.

Para su asombro, la planta reaccionó como un helecho común ante su contacto, plegando contra el tallo todos los apéndices similares a hojas. Luego se replegó bajo tierra, una acción que requería de músculos o mecanismos internos de los que las plantas carecían.

Atónita, Nell estaba a punto de llamar a los demás cuando vio lo que parecía ser un sendero de hormigas blancas que se movían a lo largo de la base del acantilado.

Se inclinó hacia adelante y observó atentamente las grandes criaturas, separadas por espacios regulares, que se lanzaban por un surco en la arena hacia el esqueleto de un cangrejo. Las hormigas se movían más de prisa que cualquier otro bicho que hubiera visto antes.

17.52 horas

—Copey debe de haber subido por el cañón —gritó Jesse.

—¡Copey! —llamó Dawn.

—Tal vez fue allí donde se dirigieron los supervivientes —sugirió Glyn—. Quiero decir, en caso de que haya alguno.

—Alguien desmanteló este barco, tío —gritó Jesse, sacudiendo la cabeza y golpeando el casco con el puño—. Y alguien encendió esa baliza.

Cynthea aprovechó el momento, cambiando al canal de Glyn.

—¡Adelante, Glyn, adelante! ¡Nos quedan siete minutos de enlace con el satélite!

—Vamos —dijo Glyn.

Cynthea dio unos golpecitos en la pantalla de la cámara dos con el extremo del lápiz.

—¡Sí! —gritó Jesse, y alzó el puño para encabezar la marcha.

Los tres camarógrafos cubrieron a los cinco científicos y a los cinco miembros del equipo del programa mientras ascendían la rampa natural de rocas partidas hacia el interior de la grieta.

17.53 horas

Nell recogió de la arena una lata de cerveza Budweiser descolorida por el sol que de alguna manera había conseguido llegar a la playa y la utilizó para bloquear el camino de los bichos blancos.

Una de las criaturas cayó sobre uno de sus lados.

Un disco blanco y ceroso de unos dos centímetros y medio de largo yacía inmóvil en la arena.

Nell apartó la lata de Budweiser y observó con más atención. Del borde del disco blanco emergieron unas patas parecidas a las de un ciempiés. Las patas se agitaron y el bicho giró como un *frisbee* sobre la arena en una maniobra evasiva.

Llegaron entonces más bichos blancos y se congregaron delante de ella. Estaban *rodando* sobre sus bordes, como si fuesen pilotos de motocrós en monociclos a lo largo del surco. En pocos segundos se reunieron docenas de aquellos extraños bichos. De pronto bascularon en diferentes direcciones. ¿Acaso se estaban preparando para un ataque?

Sin poder salir de su asombro, Nell se puso de pie y retrocedió rápidamente unos pasos. Animales como aquéllos no podían existir, pensó.

Miró a su alrededor en busca del resto del grupo. Se habían marchado.

Corrió en dirección a la grieta mientras gritaba:

—¡Esperad! ¡Esperad! ¡Esperad!

*17.54 horas*

Desde la sala de control, Cynthea observó cómo la partida de búsqueda se adentraba en el cañón, cuyas paredes curvas estaban oscurecidas por la niebla que flotaba en la parte superior del acantilado. El sol del crepúsculo esculpía luces y sombras a través de las alturas de la grieta mientras el agua corría y goteaba sobre ellos.

Luchando sobre grandes peñascos y subiendo por escaleras naturales formadas por rocas más pequeñas, Glyn empujó a Dawn para que superara un saliente, admirando de paso el tatuaje que asomaba desde la parte de atrás de sus vaqueros de talle bajo.

—¡Eh, mirad todos! —gritó Jesse—. ¡La grieta de Dawn!

Peach cambió la orientación de las cámaras siguiendo los movimientos del lápiz de Cynthea.

—¡Éste es un material de primera, jefa!

—Acabamos de salvar «SeaLife», Peach —dijo ella.

*20.55, hora oficial de la costa Este*

En su pantalla mural Hitachi de 55 pulgadas fina como una oblea, en su oficina ubicada en el centro de Manhattan, Jack Nevins observó cómo Glyn ayudaba a Dawn a superar un gran peñasco apoyando ambas manos en sus nalgas.

—Esto es genial, Fred —dijo Jack en su teléfono móvil.

Fred Huxley observaba la misma escena en su televisor en la oficina contigua, con el móvil en la oreja mientras encendía un Cohiba.

—¡Esto es oro puro, Jack!

—Tío, creo que esa zorra acaba de salvarnos el culo.

—¡Podría besarla!

—Yo podría follarla.

—Esa veterana muchacha tiene un endiablado instinto de supervivencia.

—¡Los números de la próxima semana se dispararán, pequeño Fred!

—¡Los números de la próxima semana *matarán*, hermano Jack!

*17.57 horas*

El grupo de búsqueda se desplegó en un reborde de piedra donde la grieta se ensanchaba. Una exuberante vegetación colgaba de las paredes: unos extraños brotes color púrpura chapoteaban bajo los pies.

La vegetación que cubría las paredes se arqueaba y se entrelazaba hasta formar un túnel en forma de vaso que se extendía hacia la distancia crepuscular, atravesada por

los rayos del sol poniente.

—¡Nell, has dado con la veta madre! —musitó Glyn.

Algunas de las plantas altas y brillantes parecían cactus; otras, corales. La bóveda vegetal temblaba con el follaje sinuoso y de intensos colores que había encima de ella. El aire tenía un olor dulce y penetrante, como a flores y rocío, con una pizca sulfurosa de sentina.

Glyn observó la bóveda de hojas con expresión escéptica. Las gotas de sudor se le metían en los ojos y la sal le escocía al frotárselos. Aún respiraba agitadamente a causa de la ascensión. Lo que deberían ser hojas, pensó, parecían más bien las orejas de hongos multicolores que brotaban de las ramas superiores.

—Esperad un momento —dijo, parpadeando repetidamente con el ojo izquierdo para aclarar la visión.

—Sí, esperad —convino Zero.

Las «plantas» y los «árboles» crecían describiendo formas radiales como el agave, la mandioca y las palmeras, pero con múltiples ramas. Se movían como si las agitara una brisa, pero el aire, denso, permanecía completamente inmóvil.

Un sonido zumbador, agudo, se elevó como un coro de barítonos canturreando a través de silbatos policiales. El túnel verde se volvió ligeramente púrpura y se onduló como si un intenso viento estuviera soplando sobre él.

—¡Eh! —gritó Jesse, provocando que todo el mundo se sobresaltara—. ¡Esa planta se está moviendo, tío!

El grito proferido por Jesse reverberó a través de las alturas de piedra, y el ruido de los insectos cesó abruptamente. El cañón quedó sumido en un silencio total, excepto por el distante siseo del oleaje más abajo.

La cámara de Zero apenas si consiguió captar una forma borrosa que pasó como una exhalación a través de las ramas que había sobre sus cabezas.

El ruido de los insectos se reanudó, ahora con más fuerza.

Dawn dejó escapar un grito. Unas espinas como dardos, unidas a un árbol por finos cables, habían atravesado su cintura desnuda. Mientras el grupo miraba aterrado, el árbol disparó otras dos espinas al cuello de Dawn.

Los cables transparentes se volvieron rojos, extrayéndole la sangre. Con un movimiento desesperado, Dawn rompió los cables y lanzó un chillido, sangrando a través de los tubos rotos mientras corría hacia los demás.

Glyn percibió que las ramas superiores comenzaban a descender sobre ellos y luego captó algo por el rabillo del ojo: una oleada de formas oscuras que corrían hacia ellos a través del túnel.

Sintió una dolorosa picadura en la pantorrilla y gritó.

—¡Mierda!

Miró sus piernas blancas y pálidas, expuestas por primera vez en ese viaje por los

malditos pantalones cortos L. L. Bean que había accedido a ponerse para el desembarco en la isla. Casi no pudo detectar a su agresor contra la piel pálida. Luego lo descubrió al sentir un segundo y doloroso pinchazo: una araña blanca en forma de disco colgaba de su pantorrilla izquierda.

Alzó la mano para aplastarla cuando cientos de bichos diminutos surgieron del lomo de la araña. Una herida profunda y roja se abrió en la pantorrilla antes de dos segundos, el borde amarillo de la tibia quedó expuesto y más discos blancos se lanzaron hacia la herida.

Antes de que Glyn pudiera gritar, un berrido sibilante llegó directamente hacia él.

Alzó la vista justo en el momento en que un animal del tamaño de un búfalo se lanzaba hacia él a través del túnel.

Zero apartó la cámara mientras Glyn gritaba y la bestia cerraba sus fauces verticales como las de un hipopótamo sobre la cabeza y el pecho del biólogo. Con un crujido agudo, el atacante clavó sus dientes traslúcidos en las costillas de Glyn y arrancó la parte superior del cuerpo del inglés a la altura del plexo solar. La sangre arterial, roja y brillante, del corazón palpitante de Glyn se proyectó violentamente entre los dientes de la bestia, empapando la camisa y la lente de la cámara de Zero.

Zero bajó la cámara y vio un ciclón de animales que chillaban y chasqueaban alrededor de lo que quedaba del cuerpo de Glyn.

El resto del grupo profería gritos de terror mientras eran bombardeados por bichos voladores y más sombras que surgían a través del túnel.

Zero arrojó la cámara hacia los atacantes y varios de ellos giraron y se lanzaron a por ella.

Se deslizó del reborde rocoso tan rápidamente como pudo y se lanzó en zigzag saltando sobre las rocas caídas en la grieta.

### *17.58 horas*

Cynthea, Peach y el mundo entero observaban atónitos las pantallas mientras los tres camarógrafos tomaban panorámicas alocadamente.

—¡Dios mío! —gritó alguien, y entonces se oyó un espantoso crujido.

Un caos de chillidos saturó los micrófonos mientras las cámaras se sacudían con fuerza y giraban sin sentido.

Una cámara cayó sobre un costado. Un líquido azul y rojo salpicó su lente.

Otra cámara también cayó al suelo y una prenda empapada de sangre bloqueó la visión.

La audiencia que seguía el programa en todo el mundo oyó gritos que surgían de sus pantallas de televisión súbitamente oscurecidas.

Cynthea pinchó la única cámara que quedaba activa justo para ver que algo volaba en dirección a la lente. Luego la cámara cayó y la imagen quedó empañada

por un enjambre de siluetas.

—Acabamos de perder la conexión con el satélite, jefa —dijo Peach.

Ciento diez millones de personas en todo el mundo se habían conectado antes de que la señal se desvaneciera.

Cynthea se quedó mirando las pantallas.

—¡Oh, Dios mío!

*20.59, hora oficial de la costa Este*

—Estamos jodidos —dijo Jack Nevins.

—Ha estado bien, compañero —repuso Fred Huxley al tiempo que aplastaba su Cohiba.

*18.01 horas*

Nell saltó por encima de las rocas en dirección a la grieta en el momento en que Zero la abandonaba a toda velocidad. Su camiseta gris estaba manchada con un líquido rojo y azul. No llevaba consigo la cámara y tampoco la mochila con el transmisor.

Nell lo llamó pero Zero aceleró al pasar junto a ella, salvando las piedras con la mirada perdida a veinte kilómetros de distancia y dirigiéndose directamente al agua. Ella lo siguió instintivamente, pero a mitad de camino de la orilla se volvió y miró nuevamente hacia la boca de la grieta en sombras.

Lo que parecía un perro salió de la oscuridad de la fisura.

La criatura parecía estar olfateando el rastro dejado por Zero. Cuando saltó a una piedra bañada por el sol, Nell vio claramente que su pelaje era de un rojo brillante. No era un perro. Su tamaño era al menos el doble del de un tigre de Bengala.

Su cabeza se volvió hacia ella.

Nell retrocedió, dio media vuelta y tropezó en las rocas que rodeaban el velero abandonado.

Divisó la pequeña Zodiac en la playa y echó a correr hacia ella.

Vio que Zero se zambullía en el mar y comenzaba a nadar hacia el *Trident*.

Finalmente, sus pies entraron en contacto con la arena dura y húmeda y continuó corriendo a toda velocidad. Sin volver la vista atrás, llegó a la Zodiac, la empujó en dirección al agua y se dejó caer de espaldas apoyando los pies en el espejo de popa.

Tiró con fuerza de la cuerda del encendido del motor fuera—borda y dirigió una rápida mirada hacia la playa.

Tres de las criaturas saltaron de las rocas a la arena.

Aparte de su pelaje de rayas, no se parecían en nada a los mamíferos, eran más bien tigres de seis patas cruzados con alguaciles. Con cada impulso de sus patas

traseras saltaban una decena de metros sobre la arena.

Nell volvió a tirar de la cuerda de encendido y el motor giró y se puso en marcha.

La Zodiac salvó el rompiente y las tres criaturas retrocedieron ante una imponente ola. Hundiendo sus patas delanteras profundamente en la arena se impulsaron hacia atrás con saltos de varios metros de largo para evitar el agua siseante.

Luego se alzaron sobre sus patas traseras y abrieron sus poderosas fauces verticales, dejando escapar unos penetrantes aullidos que sonaban como alarmas de coches y que rebotaron y se rompieron en mil ecos sobre los acantilados y alrededor de ellos.

Nell vio entonces que las bestias regresaban dando saltos por la playa en dirección a la fisura abierta en la pared de piedra.

Alzó la vista hacia el retorcido acantilado que se inclinaba sobre ella en el cielo y se quedó inmóvil, sin aliento. Se sintió como si fuera pequeña otra vez, paralizada mientras su némesis irrumpía a la luz del día. El rostro de su monstruo apareció en la pared de piedra como si hubiera estado esperándola en mitad de ninguna parte.

La cabeza comenzó a darle vueltas y se le revolvió el estómago. Vomitó por encima de la borda, aferrándose con una mano a la caña del timón.

Mientras jadeaba, se salpicó la cara y se enjuagó la boca con agua salada. Sabía que no había forma alguna de hacer las paces con eso, ninguna manera de reemplazarlo por una flor o una cara bonita. Tenía que luchar contra eso. Tenía que luchar. Lágrimas de furia veteaban sus mejillas mientras dirigía la Zodiac hacia Zero.

Lo llamó. El camarógrafo extendió el brazo y ella lo agarró para izarlo al bote neumático.

## 24 DE AGOSTO>

12.43 horas

La mascarilla quirúrgica atenuó la risa de sorpresa de Geoffrey Binswanger. Sus ojos brillaban con una felicidad infantil.

Uno de los técnicos del laboratorio dobló la cola de un gran espécimen de cangrejo bayoneta e introdujo una aguja a través de un pliegue expuesto directamente dentro de la cavidad cardíaca del fósil viviente. El líquido claro que pasó a través de la aguja se tornó de un azul pálido al llenar una probeta. El color le recordó a Geoffrey el Gatorade azul.

El director de Associates of Cape Cod Laboratory, en Woods Hole, Massachusetts, había invitado a Geoffrey a presenciar la operación de extracción de sangre del cangrejo bayoneta cada primavera y cada verano. Puesto que la sangre tenía una base de cobre en lugar de hierro, se volvía azul y no roja cuando era expuesta al oxígeno.

Geoffrey había pasado diversos veranos como investigador invitado en el Instituto Oceanográfico de Woods Hole, o WHOI (pronunciado «*hooey*» por los habitantes locales), pero nunca había visitado las instalaciones de Cape Cod Associates. De modo que ese día había montado en su bicicleta Q—Pro de fibra de carbono y había recorrido unos tres kilómetros por la carretera 28 hasta el laboratorio, que se encontraba casi escondido en medio de un bosque de pinos blancos, robles blancos y hayas, para echar un vistazo.

Geoffrey llevaba ropa de hospital desechable color granate sobre su atuendo de ciclista, una gorra estéril sobre su peinado de rastas, unos botines plásticos sobre los zapatos y guantes de látex. Un grupo de técnicos de laboratorio vestidos de la misma manera sacaron a los retorcidos artrópodos de unos tambores de plástico azul, doblaron sus colas hacia adelante y los colocaron en posición vertical en cangrejeras sobre cuatro encimeras de laboratorio de dos lados.

—Este procedimiento no les causa daños, ¿verdad? —dijo Geoffrey.

—No —dijo el técnico que había sido asignado para que le mostrara las instalaciones del laboratorio—. Sólo extraemos una tercera parte de la sangre, luego los devolvemos al océano. Los cangrejos regeneran la sangre en cuestión de días. Algunos, sin embargo, están destinados a servir de carnada en los palangreros, de modo que es razonable que primero sean enviados aquí para poder extraerles la sangre. A partir de las cicatrices podemos deducir que muchos de ellos ya han donado sangre una o dos veces antes.

Geoffrey sabía que, técnicamente, esas criaturas primitivas no eran cangrejos. Se parecían a trilobites cámbricos gigantes alineados en filas sobre los estantes de acero inoxidable, un extraño maridaje entre lo primordial y la alta tecnología. Pero,

reflexionó Geoffrey, ¿cuál era cuál? Esa forma inferior de vida era aún más sofisticada que la tecnología más avanzada conocida por el hombre. De hecho, todo el equipamiento y la experiencia reunidos allí estaban dedicados a desvelar los secretos y utilizar las capacidades de ese organismo aparentemente primitivo.

—¿Cuál es el nombre científico de esta cosa? —preguntó Geoffrey.

—*Limulus polyphemus*, que significa «gigante tuerto inclinado», creo.

—Claro, Polifemo, el monstruo con el que se enfrenta Ulises en las islas de los Cíclopes.

—¡Oh, genial!

—¿Cuál es su expectativa de vida?

—Unos veinte años.

—¿En serio? ¿Cuándo alcanzan la madurez sexual?

—Creo que a los ocho o nueve años.

Geoffrey asintió mientras tomaba nota mentalmente de ese dato.

—Todo este laboratorio —dijo el técnico— fue construido para extraer sangre de los cangrejos y analizarla mediante el test de lisado de amebocito de *limulus*, o LAL, una proteína que coagula en contacto con endotoxinas peligrosas, como la *E. coli*.

Geoffrey miró en uno de los barriles donde los cangrejos se encaramaban sistemáticamente unos encima de otros. Él ya conocía la mayor parte de los datos que estaba escuchando, pero quería que el joven técnico de laboratorio tuviera su público.

—Las endotoxinas son comunes en el medio ambiente, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —contestó el joven—. En su mayoría consisten en fragmentos de determinadas bacterias que están suspendidas en el aire y sólo son nocivas si entran en el torrente sanguíneo de un animal. El agua del grifo, por ejemplo, aunque se puede beber sin problemas, mataría a la mayoría de las personas si se la inyectaran. Incluso el agua destilada dejada en un vaso durante toda la noche sería demasiado letal para inyectarla.

—¿Cómo extraen el LAL?

—Centrifugamos la sangre para separar las células. Las abrimos osmóticamente, luego procedemos a extraer la proteína que contiene el agente coagulante. Se necesitan alrededor de 184 kilos de células para obtener media onza de proteína.

—¿Y por qué esos bichos tienen un sistema de defensa tan sofisticado contra las bacterias?

—Bueno, los cangrejos nadan en el cieno —dijo el técnico.

Geoffrey asintió.

—Tiene sentido.

—Sí, los cangrejos nunca han desarrollado un sistema inmunológico, de modo que si reciben una herida mueren rápidamente a causa de la infección sin ninguna clase de defensa química. —El técnico retiró la aguja de uno de los ejemplares y lo

alzó de una pinza, enderezándole la cola. Luego metió al animal vivo dentro de un barril—. Antes de disponer de los cangrejos bayoneta teníamos que utilizar la «prueba del conejo» para ver si las drogas y las vacunas contenían impurezas bacterianas. —El técnico cogió un nuevo donante y se lo pasó a un colega—. Si el conejo tenía fiebre o moría, entonces sabíamos que había endotoxinas presentes en la muestra que estábamos examinando. Pero, desde 1977, el LAL de estos bichos se ha estado empleando para comprobar equipos médicos, jeringuillas, soluciones intravenosas, cualquier cosa que entre en contacto con la sangre humana o animal. Si la proteína se coagula, sabemos que hay un problema. Este material ha servido para salvar millones de vidas.

—Especialmente las de los conejos, supongo.

El técnico se echó a reír.

—Sí, especialmente las de los conejos.

Geoffrey tocó el caparazón duro y rojo de uno de los cangrejos. La concha tenía la suavidad y la densidad de un recipiente de Tupperware. Sonrió nerviosamente cuando el técnico le ofreció un cangrejo patas arriba.

Cogió el gran espécimen con mucha cautela. Cinco patas acabadas en pinzas hacían movimientos de escalas de piano a cada lado de una boca central en la parte inferior de la criatura. Geoffrey cubrió la parte posterior con cuidado para no ser pellizcado por una de las pinzas.

—No se preocupe, en realidad estos animales son bastante inofensivos. Y también son fuertes como el demonio. Conozco a un científico que trabaja aquí que cuenta que una vez guardó algunos cangrejos en la nevera y se olvidó de ellos durante dos semanas. Cuando finalmente se acordó de que estaban allí, abrió la nevera y aún seguían pataleando.

Geoffrey observó con placer infantil mientras el artrópodo doblaba la cola puntiaguda hacia arriba y revelaba las agallas en forma de libro dispuestas en haces cerca de su espina caudal.

—¡Por Dios, menuda bestia!

—Cuando comencé a trabajar aquí pensaba que sólo los alienígenas de las películas de ciencia ficción tenían diez ojos y la sangre azul. —El joven técnico se echó a reír—. Este bicho tiene incluso un ojo sensible a la luz en la cola.

—La naturaleza produce un montón de pigmentos sanguíneos diferentes. —Geoffrey observó las fauces en el centro del cangrejo y le recordó la boca de un antiguo *Anomalocaris*, el artrópodo que dominó los mares durante la primera explosión «cámbrica» de vida compleja hace quinientos millones de años. Estaba impresionado por el color de la criatura, que guardaba un gran parecido con el color verde rojizo de los fósiles trilobites que había recogido en las Marble Mountains, en California, cuando era pequeño: ese cangrejo era, literalmente, un fósil viviente—.

He visto sangre violeta y sangre verde en los gusanos poliquetos —continuó—. He visto sangre verde amarillenta en pepinos de mar. Cangrejos, langostas, pulpos, calamares, incluso las cochinillas de humedad, todos tienen un pigmento azul con base de cobre que cumple la misma función que el pigmento rojo, con base de hierro, en nuestra sangre.

El técnico enarcó las cejas.

—Usted ha estado complaciéndome al permitir que soltara mi discurso, ¿verdad, doctor Binswanger?

—Oh, puede llamarme Geoffrey. No, en realidad he aprendido muchas cosas que ignoraba —le aseguró él—. Nunca había visto nada parecido a esta bestezuela. Gracias por permitir que lo examinara.

El técnico alzó ambos pulgares.

—Ningún problema. Por cierto, ¿vio anoche «SeaLife»?

Geoffrey se alteró ligeramente. Era la cuarta vez que alguien le hacía esa pregunta durante el día. Primero había sido su atractiva vecina cuando estaba abandonando su cabaña. Luego Sy Greenberg, un colega de Oxford que estaba investigando los axones gigantes de los calamares en el Marine Biological Laboratory le había preguntado lo mismo cuando paseaban con sus bicicletas junto al Steamboat Authority. A continuación le tocó el turno al encargado de la dársena en el WHOI, cuando estaba asegurando la bicicleta fuera del edificio Water Street donde se encontraba su despacho.

—Humm, no —contestó Geoffrey—. ¿Por qué?

El técnico negó con la cabeza.

—Sólo me preguntaba si usted creía que esas imágenes eran reales.

Eso era lo que los otros tres habían dicho. Exactamente.

Alguien golpeó la ventana en el corredor fuera del laboratorio. Al otro lado del cristal estaba el doctor Lastikka, el director del laboratorio que había organizado su visita. El doctor Lastikka se llevó la mano a la oreja haciendo el gesto de hablar por teléfono.

—Caramba, es la hora del almuerzo. Oh, bien, de acuerdo, ya he terminado.

Geoffrey le devolvió el cangrejo bayoneta al técnico y por gestos le indicó al doctor Lastikka: «¡Dícales que esperen!»

El doctor Lastikka asintió con la cabeza.

—Gracias, ha sido realmente instructivo —le dijo Geoffrey al técnico.

—¿Pronunciará su conferencia esta noche, doctor Binswanger, eh... Geoffrey?

—Oh, sí.

—¡Allí estaré!

—Pero no podré reconocerlo.

—Llevaré la mascarilla.

Geoffrey asintió.

—¡Muy bien!

Ésa era la razón de que Geoffrey amara Woods Hole: todo el mundo estaba fascinado por la ciencia, todo el mundo era inteligente, y no sólo sus colegas investigadores. El público en general, de hecho, habitualmente era más inteligente. Los habitantes de Woods Hole, estaba convencido, constituían la población más científicamente curiosa e informada de cualquier ciudad del mundo. Y era uno de los únicos lugares, aparte de un puñado de campus universitarios, donde a los científicos se los consideraba tíos guays. Todo el mundo acudía a las disertaciones que se celebraban por la noche. Y luego todo el mundo se reunía en las diversas tabernas para hablar acerca de ellas.

Geoffrey abandonó la sala del laboratorio a través de dos puertas herméticamente cerradas. Mientras se quitaba la gorra y la mascarilla, uno de los ayudantes de laboratorio le señaló un teléfono. Pasó al otro lado del mostrador principal.

—Aquí Geoffrey.

—¡Al fin te encuentro, *El—Geoffe!*

Era Ángel Echevarría, su compañero de oficina en el WHOI. Ángel estaba estudiando los estomatópodos, siguiendo los pasos de su héroe, Ray Manning, el experto pionero en el tema. Ángel había estado fuera de la oficina esa mañana y le había dejado un mensaje diciéndole que regresaría tarde. Ahora, el investigador prácticamente saltaba del otro lado del teléfono.

—¡Geoffrey! ¡Geoffrey! ¿Lo viste?

—¿Ver qué? Tranquilízate, Ángel.

—Viste «SeaLife» anoche, ¿verdad?

Geoffrey dejó escapar un leve gemido.

—No veo *reality shows* en la tele.

—Sí, pero se trata de científicos.

—¿Que viajan a todos los lugares turísticos, como la isla de Pascua y las Galápagos? Venga, Ángel, eso no se sostiene.

—¡Oh, Dios mío! Pero has oído hablar de ello, ¿verdad?

—Sí.

—¿Entonces sabes que la mitad de ellos fueron masacrados salvajemente?

—¿Qué? Es un programa de televisión, Ángel. Yo en tu lugar no estaría tan seguro.

Geoffrey se quitó la bata blanca mientras hablaba. Asintió cuando uno de los técnicos, una mujer, la cogió.

—Es un programa en directo —insistió Ángel.

Geoffrey se echó a reír.

—Lo tengo grabado. Tienes que verlo.

—Oh, colega.

—¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡Y trae algunos **bocadillos!**

—De acuerdo, te veré dentro de media hora. Geoffrey colgó el teléfono y miró a la técnico de laboratorio.

—¿Vio el programa «SeaLife» anoche, doctor Binswanger? —preguntó ella.

*13.37 horas*

Geoffrey entró en la oficina que compartía con Ángel llevando un par de bolsas con bocadillos comprados en Jimmy's.

—El almuerzo está ser...

Fue silenciado por un grupo de colegas que se habían congregado en el corredor para ver a Ángel cuando alimentaba a su esquila de agua.

Observar la caza de un estomatópodo, o «esquila de agua», era un espectáculo digno de verse.

Geoffrey abortó su saludo al instante y dejó el casco y las bolsas con los bocadillos. En el gran tanque de agua salada, Ángel había colocado una gruesa capa de grava coralina y un jarrón de cerámica decorado con una representación de un tigre al estilo asiático. El jarrón descansaba sobre un costado, la boca en dirección a la parte posterior del acuario.

Ángel pinchó un cangrejo azul vivo con unos fórceps.

—Don me dio uno de sus cangrejos azules. Gracias, Don.

—Creo que estoy empezando a arrepentirme —repuso Don mientras se acomodaba las gafas sobre el puente de la nariz.

—¡Vaya! —exclamaron varios de los presentes cuando la mascota de Ángel apareció.

—¡*Banzai!* —Ángel dejó caer al desdichado crustáceo dentro del tanque. Una morbosa fascinación obligó a todo el mundo a mirar el espectáculo.

La criatura segmentada de veinticinco centímetros de largo se movía como si de un primitivo dragón se tratara. Sus elegantes placas superpuestas ondulaban como lamas de jade mientras avanzaba a través del agua. Una navaja multiusos con miembros y patas que se agitaban por debajo. Sus ojos acechantes giraban en diferentes direcciones. Los colores del cuerpo eran asombrosamente intensos, casi iridiscentes.

—Ahí viene —anunció Don.

El cangrejo azul se impulsó con las patas al hundirse en el agua y a mitad de camino del lecho del tanque descubrió la presencia de la esquila de agua. El cangrejo nadó inmediatamente hacia el extremo más alejado del jarrón pero la esquila se lanzó hacia adelante y sus poderosas patas atacaron a su presa con un movimiento demasiado veloz para el ojo humano. Con un *pop* alarmante, se tambaleó hacia atrás.

El caparazón entre los ojos del cangrejo estaba destrozado y el pobre animal flotaba inmóvil en el agua.

La esquila de agua arrastró a su presa de regreso al interior del jarrón.

La audiencia profirió una exclamación de asombro.

—Y eso, amigos míos, es el impresionante poder del estomatópodo. —Ángel parecía más un presentador de circo que un experto en esas criaturas—. Su golpe tiene la potencia de una bala del calibre 22. Es capaz de captar millones de colores más que el hombre con los ojos, que poseen una percepción de profundidad independiente, y sus reflejos son más rápidos que los de cualquier criatura viviente. Este misterioso milagro de la madre naturaleza es tan diferente de los demás artrópodos que muy bien podría haber llegado de otro planeta. Es posible incluso que algún día nos reemplace. *Bon appétit, Freddie!*

—Hablando del tema, Jimmy's ha llegado —dijo Geoffrey.

—Bien por Jimmy's —exclamó una compañera del laboratorio.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo Ángel a Geoffrey—. Tengo algo que enseñarte.

Todos cogieron sus bocadillos. Un monitor de ordenador colocado sobre la encimera del laboratorio mostraba una noticia en un canal de televisión por cable con el volumen quitado. El logotipo de «SeaLife» brillaba intermitentemente detrás del presentador del telediario.

—¡Eh, subid el volumen! —gritó alguien mientras Ángel lo hacía.

—*Tiene poco más de tres kilómetros de ancho, pero si lo que el programa «SeaLife» emitió hace tres noches es real, algunos científicos dicen que podría tratarse del descubrimiento insular más importante desde que Charles Darwin visitó las Galápagos hace casi dos siglos. Otros afirman que «SeaLife» está empeñado en llevar a cabo una burda maniobra publicitaria. Anoche el programa ofreció una pavorosa visión en directo de algo que parecía ser una isla habitada por criaturas horrendas y extrañas que atacaron cruelmente a los miembros del programa. Ejecutivos de la cadena se han negado a hacer cualquier tipo de comentario. Está con nosotros el eminente científico Thatcher Redmond para ofrecernos una opinión experta acerca de lo que realmente sucedió allí.*

Todos los presentes gimieron cuando la cámara enfocó al comentarista invitado.

—*Doctor Redmond, ante todo, felicidades por el éxito que ha obtenido su libro, The human effect, y por el Premio Tetteridge que recibió ayer. Gracias por haber acudido esta noche para darnos sus impresiones sobre este caso* —dijo el presentador—. *¿Es real lo que pudimos ver?*

—Fotosíntesis en acción —dijo Ángel—. El hombre se crece cuando es el centro de atención.

—Venga ya, Ángel —dijo Geoffrey jocosamente—. El doctor Redmond lo sabe

todo.

Thatcher sonrió, exhibiendo una fila de dientes recién blanqueados en su rostro rubicundo. Llevaba su chaleco de explorador de marca y lucía su famoso bigote rojo y unas exuberantes patillas.

—¡Gracias! Bueno, Sandy sólo espero que la vida en esa isla sea capaz de resistir el descubrimiento por parte de seres humanos, para ser totalmente honesto.

—En eso lleva razón —musitó una de las investigadoras mientras mordía un trozo de su bocadillo.

Thatcher continuó:

—La llamada vida inteligente es la mayor amenaza para cualquier medioambiente. No envidio a ningún ecosistema que entre en contacto con ella. Ésa es precisamente la tesis que expongo en mi libro, *The human effect*, y me temo que si este «SeaLife» no es alguna especie de montaje, pronto tendré otro capítulo trágico que añadir para ilustrar mi argumento.

—¡Joder! —exclamó Geoffrey.

—Caramba, me pregunto si habrá escrito un libro o algo así —masculló Ángel.

—Pero ¿cree usted que se trata de un montaje? ¿O es algo real? —insistió el presentador.

—Bueno —dijo Thatcher—, yo desearía que fuera verdad, por supuesto, como científico quiero decir, pero precisamente como científico debo decir que probablemente se trate de un montaje, Sandy.

—Gracias, doctor Redmond.

El presentador se volvió mientras la cámara se apartaba de Thatcher.

—Imposible —insistió Ángel—. ¡No es un montaje!

El resto de los presentes siguieron comentando la controversia mientras se llevaban los almuerzos a sus respectivas oficinas.

—Muy bien, Geoffrey, tienes que ver esto. Tengo las imágenes grabadas aquí mismo.

—Vale, vale.

Sentado junto a Ángel en su atestada oficina que dominaba Great Harbor, Geoffrey contempló las caóticas imágenes del último minuto de «SeaLife» que Ángel había grabado.

Si alguien estuviera tratando de escenificar una película de terror con un presupuesto muy bajo, el resultado probablemente sería algo así, decidió Geoffrey. Realmente se parecía a esa película, *El proyecto de la bruja de Blair*, como si las cámaras estuvieran intentando evitar deliberadamente echar un vistazo a los burdos efectos especiales.

—En realidad, no puedo distinguir mucho en esas imágenes —dijo Geoffrey.

—Espera. —Ángel pulsó el botón de pausa en el mando a distancia y luego hizo

avanzar la imagen—. ¡Allí!

Ángel congeló el encuadre cuando un grupo de sombras ennegrecían casi por completo la pantalla. Luego señaló con un lápiz una forma que parecía la pata de un cangrejo.

—Muy bien —dijo Geoffrey—. ¿Y?

—¡Eso es una langosta marina! ¡Es la pinza de un estomatópodo!

Geoffrey se echó a reír.

—Eso es un test de Rorschach, Ángel. Y estás viendo las especies que has estado estudiando durante los últimos cinco años porque las ves en tus sueños, en tus cereales del desayuno y en las manchas de humedad del techo.

Ángel frunció el ceño.

—Tal vez. Pero no lo creo.

Entonces Geoffrey detectó algo. Mientras Ángel avanzaba las imágenes, unas gotas rojas salpicaron el objetivo de la cámara, luego apareció una única gota azul celeste justo un instante antes de que la cámara quedara a oscuras.

Ángel abrió una mininevera con un rótulo pegado en la puerta: sólo comida. Sacó un cartón de leche y lo olisqueó.

—¿Piensas seguir adelante con tu Disertación Escupe Fuego de esta noche?

Geoffrey apartó la vista de la pantalla y apagó el aparato de vídeo.

—Sí. La Disertación Escupe Fuego se llevará a cabo a pesar de la intensa competencia de los *reality shows*.

La Disertación Escupe Fuego era una tradición que Geoffrey había mantenido desde sus días en Oxford. Se trataba de un foro para ideas heréticas con el que podía escandalizar a sus colegas de manera más o menos regular. Luego ellos podían atacarlo con sorna hasta quedar satisfechos. El público estaba invitado a disfrutar del espectáculo y unirse a él.

—Todo el mundo te preguntará por «SeaLife», ya lo sabes.

—Sí, probablemente tengas razón.

—Deberías darme las gracias por prepararte para la ocasión.

—Tomo nota de ello.

—¿Realmente piensas seguir esta noche con ese asunto de que la ontogenia resume la filogenia?

—Así es. Abróchate el cinturón, Ángel, promete ser una noche movida.

—¿Cuándo piensas llevarte a casa a una de tus admiradoras, Geoffrey? Todo el mundo piensa que eres un donjuán, de modo que podrías sacar provecho de tu reputación. Las chicas te esperan fuera después de cada charla, tío, pero tú, en cambio, prefieres compartir discusiones científicas con un puñado de vejestorios.

—Esta noche tal vez me meta en una absurda discusión científica con una de mis admiradoras. Ésa es la clase de juego erótico previo que realmente me excita.

Ángel frunció el ceño.

—Nunca te las llevarás a la cama, amigo mío.

—Eres un pesimista, Ángel. Y un chovinista también. No pienses en ello. Yo no lo hago.

—Pero yo sí. Y tú no. ¡La vida no es justa! Necesitas acostarte con una mujer incluso más que yo. En la vida hay más cosas aparte de la biología. Y en la biología hay más cosas que biología también.

—Tienes razón, tienes toda la razón.

Cualquiera que fuera la reputación de «donjuán» que Geoffrey tuviera, era algo totalmente inmerecido. No tenía la paciencia necesaria para la chanza amistosa y superficial. Seguía siendo incorregiblemente distraído ante las señales románticas tradicionales. Las ideas lo excitaban, pero pensaba que los rituales del flirteo eran degradantes e inexplicablemente obtusos.

A sus treinta y cuatro años había tenido nueve compañeras sexuales. Todos habían sido romances de corta duración, con grandes períodos de abstinencia entre ellos. El científico era un hombre que atraía a las presuntas rebeldes, pero cuando las mujeres inevitablemente intentaban obligarlo a algún tipo de ortodoxia, él seguía su camino.

Aunque a veces le preocupaba llegar solo al cabo del día, se negaba a negociar su cordura por un rato de compañía. No se trataba de vanidad y tampoco de algún noble sacrificio en nombre de sus principios. Era simplemente un hecho que había llegado a aceptar de sí mismo. Como consecuencia de ello, sabía que probablemente acabaría solo.

De modo que el amor era el único misterio al que tendría que acercarse con fe: fe en que llegaría a conocer a alguien, fe contra la evidencia, una necesaria irracionalidad que lo mantuviera en movimiento, mirando hacia el siguiente horizonte con una indefinida esperanza. Porque debía reconocer que era un solitario y Ángel tenía una manera irritante de recordárselo.

—¿Cuál es la vestimenta ceremonial para lo de esta noche? —preguntó Ángel.

La tradición de la Disertación Escupe Fuego exigía que el disertante llevara una prenda elegida al azar, de procedencia histórica o exótica: un gorro de pescador portugués, un casco etrusco, un albornoz marroquí... La última vez, Geoffrey se había presentado con una toga bastante prosaica, y los asistentes a la disertación manifestaron ruidosamente su descontento.

—Esta noche creo que me pondré... una falda escocesa —dijo Geoffrey.

—Amigo mío —dijo Ángel—, creo que estás loco de remate.

—O eso, o todos los demás lo están. Aún no he decidido quién. ¿Por qué todo el mundo viste lo mismo en un lugar y un momento determinados? Todos tenemos mentes propias y, sin embargo, tememos no ir a la moda. Es un ejemplo de miedo y absoluta irracionalidad, Ángel.

—Oh, claro. Eso suena bien.

—Gracias. Yo también he pensado que sonaba bien.

Geoffrey volvió a encender el aparato de vídeo y congeló la imagen mientras hablaban, reflexionando acerca de la solitaria gota de líquido azul celeste en el borde derecho de la pantalla.

Alguien inteligente podría haber añadido dos pistas convincentes, la pinza de un estomatópodo y unas gotas de sangre azul, simplemente para engañar a la comunidad científica y mantener activa la maniobra publicitaria, pensó. Pero, de alguna manera, no parecía probable que unas pistas tan sofisticadas pudieran ser conocidas por los productores de un *reality show* tan pobre. O bien que contaran con que una evidencia tan sutil fuera captada por el puñado de expertos capaces de reconocerla.

Geoffrey se encogió de hombros y dejó el puzzle sin resolver a un lado.

### *19.30 horas*

Un aplauso entusiasta recibió a Geoffrey cuando subió al escenario del Lillie Auditorium.

El recinto estaba lleno hasta la bandera con una mezcla de jóvenes estudiantes que habían caído bajo el embrujo del guapo y animoso científico evolucionista y colegas escépticos y mayores que buscaban ansiosamente una trifulca científica.

Geoffrey Binswanger, con treinta y cuatro años y un aspecto intemporal, era un hombre físicamente llamativo que seguía siendo un enigma para el conjunto de sus colegas. Su ascendencia antillana y alemana había producido una improbable mezcla de rasgos insulares, tez color caramelo y ojos celestes. Sus rastas y su cuerpo atlético atentaban contra su seriedad académica, en opinión de sus colegas. Otros, intrigados, querían contar con él en sus rincones políticos.

Sus teorías, sin embargo, mostraban una absoluta ausencia de fidelidad hacia nada que no fuera su propio juicio, una consecuencia, quizá, de que Geoffrey jamás pensaba en sí mismo como parte de un grupo. Por las razones que fueran, siempre había necesitado ver las cosas por sí mismo. Quería extraer sus propias conclusiones sin obligaciones para con nada salvo con aquello que pudiera ser demostrado y reproducido en las condiciones de un laboratorio.

Desde que era un crío, y hasta donde era capaz de recordar, Geoffrey había sido científico. Siempre que los adultos le preguntaban qué quería ser de mayor, él literalmente no entendía la pregunta. A los cuatro años ya llevaba a cabo experimentos formales. En lugar de preguntarles a sus padres por qué algunas cosas rebotaban al caer mientras que otras se hacían añicos, lo comprobaba personalmente, marcando sus libros ilustrados con un grueso punto junto a las fotografías de objetos que conseguían sobrevivir a la ley de la gravedad y con un círculo junto a las que no, algo que su madre había descubierto un día con una mezcla de horror y

complacencia.

Sus padres, quienes lo criaron en La Cañada Flintridge, una zona residencial de clase alta en Los Ángeles, aceptaron finalmente que tenían entre manos a un chico muy especial cuando, una noche, al regresar de su trabajo en el Laboratorio de Retropropulsión de la NASA, encontraron a la canguro durmiendo acurrucada en el sofá, delante del televisor encendido, y a su hijo de seis años sentado en el patio trasero sosteniendo una manguera de jardinería de la que brotaba un chorro de agua. «Bienvenidos a Triphibian City», les había dicho al tiempo que les presentaba su proeza de ingeniería con un ampuloso gesto de la mano.

Geoffrey había inundado todo el patio trasero justo cuando habían desovado millones de sapos de la aguada de la represa de Devil's Gate. Miles de diminutos anfibios grises habían irrumpido por debajo de la valla a través del pequeño túnel de Geoffrey y ahora habitaban una metrópolis formada por canales e islas y presidida por enanos de jardín.

Desde ese momento en adelante, los padres de Geoffrey hicieron todo lo posible por ocupar la curiosidad de su hijo de manera más constructiva. Lo enviaron a un campamento en la isla Catalina, donde estuvieron a punto de arrestarlo por diseccionar un garibaldi, el belicoso pez nacional de California, aunque sus compañeros de campamento ya habían arponeado todos los peces que se les habían puesto a tiro y los habían lanzado sobre las rocas.

Cuando lo inscribieron en un curso de neurobiología para niños superdotados en un instituto tecnológico cercano, Geoffrey jamás se había sentido tan a sus anchas. Exploró el campus con sus amigos genios y se introdujo en el laberinto de túneles de vapor que discurrían por debajo del mismo, una acción por la que, nuevamente, a punto estuvo de ser arrestado.

Geoffrey se graduó a los quince años en la escuela preparatoria Flintridge e inmediatamente se aceptó su ingreso en Oxford, para horror de sus padres. Su madre finalmente accedió y Geoffrey permaneció en Oxford siete años, tras los cuales obtuvo licenciaturas en biología, bioquímica y antropología.

Durante sus años universitarios, Geoffrey había obtenido numerosos premios pero jamás los exhibía. Mirar esos trofeos hacía que se sintiera intranquilo. Sospechaba de cualesquiera lazos que pudieran estar unidos a esos honores. Los había aceptado por educación, pero incluso a prudente distancia.

Su último libro había sido algo parecido a un bestseller, tratándose de una obra de carácter científico, aunque, para disgusto de su agente literario, Geoffrey se resistió tenazmente a convertirse en lo que él llamaba un «científico mediático», pontificando en televisión acerca de la última moda en el campo de la ciencia y divulgando la posición de la mayoría sin tener ninguna experiencia personal en la plétora de temas sobre los que los periodistas pedían a los científicos que se explayaran. Sufría cuando

veía a otros colegas en esa misma posición, aunque habitualmente parecían satisfechos de haber aparecido en la pequeña pantalla.

Por su parte, Geoffrey prefería la clase de foro de esa noche. El celebrado Lillie Auditorium de Woods Hole era uno de los verdaderos templos de la ciencia. Durante el siglo pasado, ese humilde salón había albergado a más de cuarenta laureados con el Nobel.

A finales del siglo XIX, cuando se construyó el pequeño auditorio, Woods Hole ya era una pujante comunidad de laboratorios escasamente asociados, con una cultura progresista estilo campus. Allí, hombres y mujeres habían encontrado una notable igualdad desde el principio, los hombres con sus sombreros de paja y sus trajes blancos, y las mujeres con sus corsés, sus vestidos de algodón con miriñaque y sus sombrillas, agachados juntos en el barro buscando especímenes.

El Lillie Auditorium alojaba cómodamente a unas doscientas personas, su elevado techo sostenido por anchas columnas victorianas pintadas de un blanco amarillento como si de gruesas velas de sebo se tratara. Debajo de sus sillas de tablillas de madera aún podían verse las fijaciones de alambre donde los hombres dejaban sus sombreros.

Las Conferencias Nocturnas de los Viernes eran las más esperadas de las disertaciones de verano en Woods Hole, y regularmente convocaban a los científicos más importantes del mundo como oradores invitados. Las Disertaciones Escupe Fuego, sin embargo, se celebraban tradicionalmente los jueves por la noche.

La primera presentación de Geoffrey, hacía ya ocho años, había estado a punto de provocar un tumulto, de modo que las autoridades habían reservado algunas noches importantes de los jueves para su visita esperando una repetición.

Geoffrey había inventado la Disertación Escupe Fuego durante sus años en Oxford, de modo que él y algunos otros jóvenes bárbaros, después de convencer al propietario del pub King's Head de que reservara una sala los jueves por la noche, pudieran cometer diversos sacrilegios científicos de manera regular. Su entusiasta audiencia no tardó en aumentar hasta ocupar el salón de entrada y resultó ser una época excelente sin tener en cuenta, al echar la vista atrás, cuan risibles habían sido la mayoría de las teorías expuestas entonces. Sin embargo, el objetivo de esas reuniones no era tanto tener razón como desafiar el conocimiento convencional y comprometerse con el razonamiento científico, aun cuando eso provocara la demolición de la teoría propuesta. Habían instituido un premio especial para esos casos: el Premio Icaro a la teoría que era derribada más de prisa.

Era ciencia de tiro rápido, teoría en acción, método en movimiento y, a menudo, en la llameante muerte de una hipótesis podían verse los rescoldos de una solución brillante. Arrojar una idea audaz a los lobos tenía un excitante atractivo para Geoffrey. Incluso cuando no destrozaba sus teorías, las mejoraba, de modo que

llevaba esa tradición allí adónde iba como una prueba para sus ideas menos escrupulosas. Consideraba esas disertaciones como una «muestra para sus pares».

Geoffrey cruzó el estrado con una falda escocesa de cuadros blancos y negros y alzó una mano para aplacar los aplausos al llegar al atril y dar unos golpecitos en el micrófono para probar el sonido. Un coro de vítores y silbidos brotó de la audiencia y Geoffrey se apartó del atril para hacer una reverencia.

Sobre la falda escocesa llevaba una camiseta de color cobrizo, teñida por el lodo de la isla de Kaua'i. En grandes letras mayúsculas verdes sobre su pecho podía leerse «Proteged los hábitats de la isla». Geoffrey había pasado media docena de veranos en esa pequeña isla hawaiana disfrutando de las vacaciones en la casa de su tío, construida sobre pilotes y escondida en la estrecha franja de bosque tropical que se extendía entre un risco cubierto de plantas trepadoras y Tunnels Beach. No había encontrado una manera mejor de escapar de la civilización que colocarse unas gafas de buceo, un tubo de respiración y unas aletas. Había atravesado los antiguos conductos de lava, persiguiendo ídolos moros, esos bellos peces negros listados de amarillo, siguiendo a las despreocupadas tortugas marinas y alimentando de erizos al descarado pez ballesta, que se los cogía prácticamente de las manos. Había usado esa misma camiseta en docenas de esas inmersiones a través de esos túneles y era el único denominador común para cada Disertación Escupe Fuego: la llevaba en cada charla.

Levantó una mano hacia el atril que había junto a él y que anunciaba el tema de esa noche:

*Depredador y presa: ¿el origen del sexo?*

Otra ronda de silbidos, aplausos y gritos brotó de la audiencia.

Geoffrey se instaló detrás del atril y comenzó a hablar.

—Buenas noches, damas y caballeros. En primer lugar, una breve historia del mundo.

Una oleada de divertidos murmullos se levantó de entre los presentes mientras se acomodaban y las luces se atenuaban en el pequeño auditorio.

Geoffrey accionó un mando a distancia y la versión de un artista de dos mundos en colisión apareció proyectada en una pantalla detrás de él.

—Después de que un planeta del tamaño de Marte chocó con el nuestro y penetró su superficie, escupiendo un penacho de deyecciones fundidas que se congelarían en la Luna, la madre Tierra permaneció en forma de una bola de lava que se fue enfriando a lo largo de cien millones de años.

Geoffrey mostró un primer plano de la luna llena sobre el océano.

—Fue esta fantástica violencia la que, irónicamente, creó la mano que meció la cuna de la vida. Hace cuatro mil millones de años, cuando la hija lunar de la Tierra giraba en una órbita baja, los primeros océanos eran agitados por sus tremendas

mareas. Cuatrocientos millones de años más tarde, la Tierra y la Luna serían bombardeadas por otra oleada de impactos masivos mientras nuestro bisoño sistema solar continuaba diseñando sus caprichos en el mecanismo de relojería que observamos hoy.

Pasó a la siguiente imagen, que mostraba lo que parecía ser el espacio exterior sembrado de racimos de esferas de colores.

—Durante esta era increíblemente violenta conocida como era arqueozoica, las primeras moléculas autorreplicantes se combinaron en los océanos de nuestro planeta. Esas moléculas se pueden recrear fácilmente en nuestros laboratorios empleando los mismos ingredientes inorgánicos y fuerzas que bombardearon los mares primitivos de la Tierra. Durante los mil millones de años siguientes, la acumulación de errores de replicación en estas células creó el ARN, ¡que no sólo se replicó a sí mismo, sino que catalizó reacciones químicas como si de un metabolismo primitivo se tratara! Los errores de replicación del ARN llevaron a la evolución del ADN, una molécula más estable que el ARN que podía copiarse a sí misma de un modo más exacto y fabricar ARN.

Geoffrey pasó a exhibir una imagen generada por ordenador de una molécula de ADN.

—De esta máquina molecular autorreplicante surgió la primera forma de vida como una simple organización de reacciones químicas. Las primeras y toscas bacterias utilizaban metano, azufre, cobre, luz solar y posiblemente incluso energía térmica que surgía de las oscuras profundidades del océano para alimentar esos procesos metabólicos.

La siguiente diapositiva mostraba una variedad de formas simples que parecían células procariotas primitivas.

—Los primeros organismos primitivos chocaban y, a veces, se consumían unos a otros, mezclando su material genético. Un porcentaje mínimo de estas combinaciones proporcionó ventajas a los híbridos resultantes.

Geoffrey mostró varias imágenes de olas que chocaban contra las costas.

—Si se combinan las mareas extremas causadas por la acción de la cercana Luna, que aún sigue alejándose de nuestro planeta casi cinco centímetros por año, con el bombardeo constante de radiación ultravioleta procedente del Sol, y luego revolvemos y cocinamos la sopa primigenia durante mil quinientos millones de años, obtenemos la innovación más importante en la historia de la vida.

Geoffrey accionó el mando a distancia y la siguiente diapositiva provocó risas entre los asistentes.

—Sí, amigos míos, parece una célula espermática, pero en realidad se trata de un protozoo provisto de cola llamado *Euglena viridis*. Es un animal unipersonal, una especie única, un organismo unicelular que guarda un notable parecido con el

espermatozoide. El océano primordial produjo las primeras criaturas con la capacidad de *cazar*, utilizando colas atizadoras para perseguir a otros organismos unicelulares y consumirlos. En ocasiones, estos primeros depredadores explotaban realmente los sistemas reproductivos de sus presas para facilitar su propia reproducción y, a veces, su presa se perpetuaba a sí misma secuestrando los genes de su atacante.

»En cualquier caso, la propuesta de la charla de esta noche es que estos primeros cazadores y sus presas dieron origen a una nueva y mutuamente beneficiosa relación que llamamos «sexo». Cuando ciertas células comenzaron a especializarse para consumir a otras células o penetrar en ellas para reproducirse, otras distintas se especializaron en alojar la propia reproducción, desviando de este modo la muerte y perpetuando ambas líneas de ADN. El sexo es el tratado de paz firmado entre el depredador y su presa. El vástago de su unión no sólo combinaba las propiedades de ambos, sino que llevaba hacia adelante cada organismo unicelular original, ahora modificado como espermatozoide y óvulo. De modo que aquí tenéis la leña para la Disertación Escupe Fuego de esta noche, damas y gérmenes. Propongo que el sexo comenzó al principio con organismos unicelulares. Propongo que la respuesta a la ancestral pregunta, de qué fue primero, si el huevo o la gallina, sea el huevo... y el esperma.

Geoffrey se apartó del atril y saludó con una breve reverencia.

Desde el fondo del auditorio llegaron numerosos gritos y algunos gruñidos de disconformidad se oyeron entre los científicos que ocupaban las primeras filas, especialmente aquellos que peinaban canas.

Geoffrey pasó a la siguiente diapositiva —un óvulo rodeado de serpenteantes espermatozoides—e hizo una pausa para disfrutar de las risitas levemente nerviosas de reconocimiento que esa imagen provocaba siempre en el público.

—Óvulo y esperma pueden ser, de hecho, el eco viviente de un momento revolucionario que se produjo hace mil quinientos millones de años en los antiguos mares de la Tierra. Precisamente, propongo que esta historia de amor original se ha repetido en una cadena continua desde que comenzó el proceso de reproducción en las células eucarióticas, o sea, aquellas células que poseen en su interior núcleos encerrados en la membrana. Cuando las primeras células cazadoras desarrollaron colas para poder atrapar a sus presas, las células cazadas hicieron la paz, si queréis, absorbiendo el ADN de la célula cazadora y facilitando su reproducción, asegurando de este modo la supervivencia de la célula y convirtiendo una guerra en una sociedad.

»Y, puesto que el hecho de compartir material genético llevó a una variación convergente en la morfología de sus descendientes, esta innovación aceleró la evolución de formas superiores una tras otra, asegurando la supervivencia de ambas clases de la célula original en los portadores masculinos y femeninos. La elaboración de vida multicelular que surgía de esa sociedad cada vez más acelerada lanzaría

ambos organismos originales hacia medioambientes de una diversidad salvaje.

Los gruñidos ganaron intensidad entre los presentes. Geoffrey alzó ligeramente la voz.

—Sugiero que esta proposición es validada cada vez que un espermatozoide penetra en un óvulo y produce un vástago. Toda la vida compleja puede haberse desarrollado simplemente para representar esta danza ancestral de dos especies unicelulares. De los pulpos a los seres humanos, pasando por las ballenas o los helechos, son innumerables las expresiones de vida en este planeta que escenifican esta unión unicelular original, del mismo modo que ocurría en los antiguos mares, a fin de reproducirse.

Los presentes hablaron entre dientes y volvieron a acomodarse en sus asientos mientras Geoffrey coronaba su discurso.

—¿Por qué, entonces, unos animales tan complejos son propicios para continuar la sociedad del óvulo y el esperma? Porque, damas y caballeros, a diferencia del óvulo y el esperma, los animales pueden explotar una asombrosa variedad de condiciones y ambientes cambiantes a través de la evolución. Nosotros, animales de reproducción sexual, somos una flota asombrosamente diversificada de portadores de esperma y óvulos que llevamos los mares ancestrales con nosotros hacia fronteras medioambientales siempre nuevas.

«Naturalmente, esos vehículos tan elaborados también eran aptos para la replicación de los organismos unicelulares originales, porque se divertían más replicándose que los organismos unicelulares. No hay nada como los incentivos para aumentar la producción. Pero creo que dejaremos ese tema para otra charla.

Geoffrey hizo otra pequeña reverencia, esta vez para recibir una entusiasta ovación, impertérrito ante los abucheos y los semblantes ceñudos de los ocupantes de las primeras filas.

Ahora era cuando empezaba la verdadera diversión. Recibió el primer torpedo de un colega particularmente contrariado que estaba sentado justo frente a él.

—¿Sí, doctor Stoever?

—Bueno, en realidad no sé por dónde comenzar, Geoffrey —dijo el científico calvo arrastrando las palabras—. El sexo comenzó con gametos isógamos: dos células sexuales del mismo tamaño que se fusionan y unen sus ADN, que luego se dividen en más células con una recombinación de los genes de las dos células. ¡No comenzó con los ancestros del esperma y el óvulo! ¡Jamás había oído una teoría tan disparatada!

—Ésa es la suposición general —repuso Geoffrey alegremente—. Pero todo el mundo reconoce que es muy poco lo que se sabe acerca de los detalles. Estoy seguro de que conoce usted el principio de Haeckel, ¿verdad, doctor Stoever?

—La ontogenia resume la filogenia, por supuesto. Todo el mundo conoce el

principio de Haeckel, Geoffrey.

Hubo un amago de risa ante este último comentario y Geoffrey alzó la mano en dirección a la audiencia.

—Bien, sólo para recordárselo a todo el mundo, durante mucho tiempo los científicos observaron que, en determinadas fases del desarrollo, el embrión humano se parece notablemente a un renacuajo, con cola y agallas, y continúa pasando por otras etapas en las que parecen ser animales completamente diferentes. Lo que Haeckel proponía era que el desarrollo embrionario es en realidad una recapitulación del pasado evolutivo de un animal.

—La teoría de Haeckel ha sido completamente desacreditada —gritó uno de los científicos desde la última fila.

—De todos modos, sólo se aplica al desarrollo de embriones —protestó otro—. ¡No al esperma y a los óvulos!

—Ah. —Geoffrey asintió—. ¿Por qué no? Piense de un modo creativo, doctor Mosashvili. Y Haeckel está muy lejos de ser desacreditado, doctor Newsom. De hecho, esta proposición, si se demuestra correcta, podría representar su reivindicación final.

—No puede afirmar que esperma y óvulo son simplemente ecos de las primeras células eucarióticas —gritó otro airado científico.

—¿Por qué no? —replicó Geoffrey.

—Porque el esperma y el óvulo no se parecen a ningún otro organismo. ¡Sólo son portadores de la mitad de los cromosomas!

—Que se combinan para producir la siguiente etapa de su desarrollo —repuso Geoffrey—, que, yo propongo, puede ser la etapa portadora, si quieren, que naturalmente se volvió cada vez más especializada para alcanzar nuevos medioambientes.

El hecho de que los espermatozoides y el óvulo sean sólo portadores de la mitad de los cromosomas de sus vástagos podría ser un efecto ulterior de especialización a la reproducción simbiótica, o podría ser también una prueba de que el sexo comenzó con organismos separados que se combinaron y duplicaron el número de sus cromosomas, para producir portadores sexualmente diferenciados de cada célula original que sólo posee la mitad de los cromosomas. Sugiero que el principio de Haeckel no sólo es correcto, sino que puede no haber sido desarrollado suficientemente.

—Pero que se haya originado como una relación entre depredador y presa..., no lo creo —repuso el doctor Stoeber con el ceño fruncido.

—Echemos un vistazo a las abejas y las flores —dijo Geoffrey—. Cuando los insectos invadieron la tierra devoraron la vida vegetal, pero las plantas consiguieron adaptarse a esa invasión. Convirtieron a los insectos en agentes de su propia

reproducción ofreciéndoles néctar en las flores y semillas en los frutos. Los ejemplos son abundantes en cuanto a las relaciones entre depredador y presa que se convierten en relaciones simbióticas, incluso en relaciones reproductivas. Cada uno de nosotros es una colonia de organismos cooperativos, millones de los cuales habitan en nuestro tracto intestinal, pastorean en nuestra epidermis y devoran las bacterias que los párpados expulsan de nuestros globos oculares entre nuestras pestañas. Todas esas criaturas debieron de comenzar siendo depredadoras, pero luego se adaptaron en cooperación con nuestros cuerpos para no destruir sus propios hogares y, de hecho, ayudar a sus anfitriones a sobrevivir y prosperar. Sin esa vasta horda de criaturas que habitan dentro de nosotros, moriríamos. No podríamos haber evolucionado sin ellas, ni ellas sin nosotros. En lugar de una guerra permanente, creo que este tratado de cooperación es el auténtico tema de la vida, la misma esencia de un ecosistema viable. En lugar de la situación sin salida de una guerra, que muchos ven que refleja el mundo natural, quizá la evolución siempre está trabajando hacia la estabilidad, los tratados de paz, el beneficio recíproco de las alianzas. Y su piedra fundamental es el tratado entre el primer depredador unicelular y su presa: el sexo. Ese tratado de paz tenía que ser establecido antes de que la incesante violencia entre depredador y presa los seleccionara a ambos para la extinción, de manera inevitable algo que probablemente sucedió en numerosas ocasiones.

—El desarrollo del sexo en las células eucariotas sigue siendo un misterio —gruñó otro científico maduro, sacudiendo enfáticamente su cabeza canosa.

—Tal vez la respuesta a ese misterio ha sido demasiado obvia para que hayamos podido verla, doctor Kuroshima —dijo Geoffrey—. Tal vez la explicación ha estado todo el tiempo delante de nuestras narices o, al menos, debajo de nuestras faldas escocesas. ¿Tal vez hemos sido demasiado tímidos para mirar?

Una oleada de gruñidos, resoplidos y silbidos saludó este floreo retórico, y el octogenario científico japonés se sonrió afablemente, sosteniendo un audífono contra la oreja con una mano y moviendo la otra hacia Geoffrey, por quien sentía un gran afecto, a pesar de, y probablemente debido a, la tendencia del joven científico a agitar las aguas.

Una joven estudiante presente entre el público alzó la mano.

—¿Sí?

—Doctor Binswanger, ¿puedo hacerle una pregunta sobre otro tema distinto?

—Por supuesto —dijo Geoffrey—. No existen reglas, salvo que no hay reglas en las Disertaciones Escupe Fuego.

El público secundó estas últimas palabras con un animoso aplauso.

—Su campo de experiencia es el estudio geoevolutivo de los ecosistemas insulares —recitó la joven. Era evidente que había memorizado su programa de oradores del verano—. ¿Es eso correcto?

La muchacha sonrió nerviosamente, lo que suscitó algunas risas solidarias entre la animada concurrencia.

—Bueno, he abordado superficialmente el análisis de los modelos en la naturaleza y de los sistemas de comunicación biológica en particular —convino Geoffrey—, pero la deriva genética y la formación de las islas es mi proyecto actual aquí en Woods Hole, donde estoy supervisando un estudio de la vida endémica insular en Madagascar y las Seychelles en un contexto geoevolutivo. ¡De modo que creo que se podría decir sí!

Se produjo un coro de risitas ahogadas entre los académicos y Ángel Echevarría puso los ojos en blanco; la chica era realmente muy guapa y Geoffrey había puesto la guinda... otra vez.

—¿Vio el capítulo de «SeaLife»? —preguntó ella.

Esta pregunta provocó una explosión unánime de risas.

—Por cierto, tiene usted unas piernas estupendas —añadió ella.

Geoffrey asintió ante los gritos que siguieron a este comentario y efectuó un paso de baile de las Rockettes.

Geoffrey pensó en el vídeo que Ángel había grabado del *reality show*. Aquella gota de sangre azul lo había dejado preocupado. Las imágenes borrosas de las plantas parecían extrañas pero no ridículas; de hecho, parecían más sutiles de lo que hubiera imaginado que un programa de televisión podría mostrar. Pero no era suficiente para él.

Meneó la cabeza como si estuviera en un punto muerto.

—Teniendo en cuenta lo que se sabe acerca de acontecimientos de aislamiento y la duración de los microecosistemas, así como lo que pueden hacer en las películas de Hollywood en estos tiempos..., tendré que suponer que se trata de un engaño, como *Nessy* y *Bigfoot*.

Las expresiones de júbilo y de protesta dividieron a los asistentes.

—¡Lo siento, amigos!

—¿Pero no tendría que verlo personalmente para estar seguro, doctor Binswanger? —preguntó una atractiva pasante.

Geoffrey sonrió.

—Por supuesto. Ésa es la única manera en que me sentiría cómodo y satisfecho comentando ese hecho de forma definitiva. Pero no creo que pidan la ayuda de ningún experto para que vaya a examinar este asunto más detenidamente. Es un lugar perfecto para organizar un bulo. Se trata del punto más remoto que pueda encontrarse. Y no es un lugar al que cualquiera simplemente pueda ir para comprobarlo personalmente. Eso despierta mi suspicacia, y puesto que ya soy una persona escéptica, mucho me temo que la combinación es mortal. Sí, tú, allí, el de barba, en la parte de atrás...

Ángel se encogió en su asiento y cerró los ojos con expresión de tristeza. Geoffrey no tenía ni idea de que su ineptitud en la búsqueda de oportunidades sexuales era la mejor prueba contra su teoría de que las células sexuales habían creado animales más complejos para perpetuarse a sí mismas: si el producto final era Geoffrey, pensó Ángel, la extinción total era inevitable.

## 3 DE SEPTIEMBRE

14.30 horas

A dos mil seiscientos kilómetros aproximadamente al sur—sureste de la isla Pitcairn, la mota de roca de poco más de tres kilómetros de ancho era demasiado insignificante como para aparecer en globos terráqueos, mapas y cartas de navegación. Ahora esa mota se encontraba rodeada por el *Enterprise*, el *Gettysburg*, el *Philippine Sea*, dos destructores, tres destructores con misiles teledirigidos, una fragata con misiles teledirigidos, un buque logístico, dos submarinos de ataque antisubmarino de la clase Sea Wolf, dos submarinos nodriza y tres barcos de reabastecimiento. La Fuerza de Operaciones Conjuntas Enterprise se encontraba de camino al mar de Japón cuando el presidente impartió la orden de establecer un bloqueo alrededor de la minúscula isla. En mitad de la mayor superficie de ninguna parte sobre la faz de la Tierra, una ciudad flotante habitada por más de trece mil hombres y mujeres se había materializado súbitamente cinco días después de que se hubo emitido el último capítulo del programa «SeaLife».

Durante los últimos ocho días, la marina de guerra de Estados Unidos había decretado cuarentena en toda la zona mientras incesantes helicópteros eran portadores de rumores extraños y secretos desde la isla hasta los barcos que la rodeaban por completo. Todos los participantes en la operación tenían terminantemente prohibida cualquier comunicación con el mundo exterior, bajo órdenes de un silencio informativo total, pero los barcos rebosaban de rumores propagados por aquellos que habían visto la emisión original de «SeaLife».

La tripulación del *Enterprise* observaba ahora cómo la última sección del StatLab, un laboratorio modular desarrollado por la NASA para ser lanzado en zonas calientes afectadas por enfermedades, era izada desde la cubierta por un poderoso helicóptero MH-53E Sea Dragón.

Los grandes rotores del Sea Dragón atronaron en el aire mientras se inclinaba hacia la isla, balanceando el tubo blanco y octogonal en el cable de sujeción al elevarlo en dirección al acantilado de más de doscientos metros de altura.

Para los hombres y mujeres que se encontraban en la cubierta del gran portaaviones, la sección del laboratorio móvil parecía la etapa de un cohete o un módulo de una estación espacial. No tenían ni la más remota idea de por qué había sido enviado desde Cabo Cañaveral en tres transportes hovercraft de alta velocidad o dónde lo instalarían exactamente en el interior de la isla. Todo cuanto sabían era que en el lugar se había descubierto un grave peligro biológico potencial.

Nadie entre los miles de hombres y mujeres que integraban el grupo de operaciones era capaz de imaginar lo que debía de haber al otro lado de los acantilados para justificar todo ese despliegue, y algunos de ellos preferían no

saberlo.

### *14.56 horas*

Nell se quitó la gorra de los Mets y se alisó el pelo distraídamente mientras se inclinaba hacia adelante para mirar intensamente a través de la burbuja de observación.

Un anillo roto de densa jungla envolvía la base del interior profundo y en forma de cuenco de la isla Henders. Esa sección del laboratorio experimental estaba designada como Sección Uno y había sido colocada en un pequeño claro chamuscado cerca del borde de la selva. Una falange de troncos de árbol parecidos a cactus saguaro se elevaba entre diez y doce metros en el límite de la jungla. Nell podía ver a través del hemisferio norte de la ventana sus hojas grandes y verdes que se encrespaban en las copas.

Sospechaba que esos «árboles» no eran más plantas que las primeras hojas de lavanda que había tocado en la playa hacía ahora trece días. Observó con cautela sus movimientos al capricho del viento. Zero le había advertido que en la grieta había visto árboles que se movían. De hecho, Zero había jurado que los estaban atacando.

Cuando Nell se enteró de que la NASA sería la encargada de dirigir la investigación en la isla, y que Wayne Cato, su antiguo profesor en el Instituto de Tecnología de California, estaba a cargo del equipo de tierra, le había rogado prácticamente que la dejara participar en la operación. El doctor Cato, sin dudarle un instante, la había puesto a cargo del equipo de observación in situ a bordo del laboratorio móvil.

Unos elevadores hidráulicos habían nivelado y alineado dos nuevas secciones del laboratorio en la ladera detrás de la Sección Uno. Unos tubos extensibles de plástico impermeables a los virus conectaban las secciones subterráneas del tamaño de un coche como si de fuelles de conexión entre vagones de un tren se tratara.

Las luces fluorescentes cubrían el techo de acero de dos centímetros de grosor. Ventanas de policarbonato de cinco centímetros de espesor se extendían a lo largo de la parte superior del casco octogonal y alcanzaban hasta la mitad de sus laterales perpendiculares. Con el fin de impedir que la atmósfera exterior se filtrara en el interior del laboratorio en caso de que se produjera una fisura, dentro del laboratorio se mantenía una presión de aire «positiva», ligeramente superior a la presión atmosférica exterior.

Los científicos se reunieron ante la gran burbuja de observación situada en el extremo de la Sección Uno mientras se preparaban para colocar la primera trampa para especímenes en el borde de la jungla.

Todos sabían que Nell había formado parte del primer grupo que puso el pie en la isla. Todos ellos habían visto el último episodio de «SeaLife», aunque fuera en

YouTube. Miraban a Nell con una especie de temerosa admiración no exenta también de cierto escepticismo. Les había mostrado los dibujos de lo que ella llamaba *spiger* que, según afirmaba, la había perseguido por la playa. Pero todo lo que ella había visto en la isla no había sido fotografiado, un hecho que provocaba bastantes dudas. Sin embargo, todo ellos sabían que se decía que once seres humanos habían desaparecido, y podían ver la evidencia de esa pérdida en su obsesivo enfoque de la situación.

Aparte de la extraordinaria flora, sin embargo, ellos aún tenían que encontrar cualquier cosa que les resultara llamativa en los dos días que llevaban montando el laboratorio. Hasta el momento no habían encontrado nada peligroso. Las escasas y pequeñas criaturas que habían detectado saliendo de la jungla de Henders se habían movido demasiado de prisa como para poder verlas o filmarlas con claridad con el limitado equipo que la media docena de científicos y la docena de técnicos habían sido capaces de instalar hasta ese momento.

Seis científicos y tres técnicos de laboratorio observaban ahora cómo el brazo robótico bajaba el primer espécimen atrapado: una cámara cilíndrica de acrílico transparente con el tamaño y la forma aproximados de una sombrerera.

—La cena está servida —anunció Otto mientras operaba el brazo y maniobraba con la trampa para dejarla más cerca del borde de la jungla.

Otto Inman era un exobiólogo de la NASA, mofletudo y con coleta, que la marina de Estados Unidos había enviado desde Cabo Kennedy. Un genio desde la escuela primaria, Inman se había encontrado tocando el cielo con las manos después de conseguir un trabajo en un equipo de investigación de la NASA recién salido de la escuela universitaria de graduados. Aunque también le habían ofrecido un empleo en la sección de diseño de imágenes por ordenador de la factoría Disney en Orlando, ni siquiera supuso una decisión para él. Después de tres años en la NASA, Otto aún era incapaz de imaginarse aburrido por tener que acudir al trabajo todas las mañanas.

Ésa, sin embargo, era la primera vez que la urgencia había sido añadida al trabajo de Otto. Sería la primera prueba de campo para muchos de los juguetes que había contribuido a diseñar, incluidos los sistemas de recuperación de especímenes y el despliegue de vehículos accionados a distancia (ROV), y Otto estaba fascinado al ver que sus sistemas teóricos iban a pasar la prueba de fuego.

Maniobró el brazo robótico con un guante de movimiento—captura, colocando la trampa para especímenes sobre la tierra chamuscada en el borde de la selva. La trampa llevaba como cebo una salchicha, cortesía de la marina de Estados Unidos.

—¿Una salchicha? —preguntó Andy Beasley.

—Eh, tenemos que improvisar, ¿de acuerdo? —dijo Otto—. Además, a todas las formas de vida les gustan las salchichas.

Nell se había asegurado de que Andy formara parte del equipo de investigación.

El biólogo marino no podía estar más encantado, pero a ella le preocupaba que no se tomara lo bastante en serio los peligros que entrañaba esa misión. Cuando les habló al personal de la NASA y a Andy acerca de las espantosas criaturas de la playa, en general todos respondieron con un educado silencio y miradas repletas de escepticismo.

Otto levantó la puerta en el costado de la trampa y desacopló el movimiento—captura para asegurar el brazo en su sitio.

Esperaron.

Nell apenas si respiraba.

Tres segundos más tarde, una hormiga—disco del tamaño de una moneda de cincuenta centavos rodó entre dos árboles y avanzó lentamente siguiendo una línea recta hacia la trampa. Luego se detuvo a medio metro de la puerta abierta.

—Ahí tienes a uno de tus bichos, Nell —susurró Otto—. ¡Tenías razón!

Una docena de hormigas-disco salieron de la espesura detrás de la exploradora. Mientras rodaban se inclinaron en diferentes direcciones y se lanzaron como *frisbees* hacia la salchicha en el interior de la trampa.

—¡Caray! —exclamó Otto con un jadeo.

—¡Ciérrala! —ordenó Nell.

Otto dudó un momento y dos animales de color marrón rojizo del tamaño de ardillas salieron disparados desde la selva en dirección a la trampa. Los siguieron dos bichos voladores que atravesaron el aire como meteoros y lograron entrar en la caja antes de que la puerta se cerrara.

Nell le palmeó la espalda.

—Buen trabajo, Otto.

—Parece que también has atrapado a un par de ratas de la isla —dijo Andy Beasley, señalando a través de la ventana—. ¡Mirad!

La trampa cilíndrica se agitaba violentamente en el extremo del brazo articulado.

—¡Joder!

Otto frenó el movimiento retráctil del brazo mientras la trampa continuaba sacudiéndose furiosamente. Sus paredes transparentes estaban salpicadas y manchadas con remolinos de una especie de sangre azul.

—Oh, Dios mío —exclamó Andy.

—Slurpee azul, mi bebida favorita —dijo Otto.

Cuando la trampa finalmente dejó de agitarse parecía como si en su interior hubiesen batido arándanos.

—Muy bien, quitemos eso y diseccionemos lo que haya quedado —dijo Nell—. Luego instalaremos otra trampa. Y, la próxima vez, cierra la puerta un poco antes, Otto.

—Sí, supongo que sí —asintió el biólogo.

Luego maniobró la trampa hasta colocarla en una cámara de aire, donde unas cintas transportadoras la llevaron hasta una segunda escotilla en la plataforma de los especímenes, a la que informalmente habían denominado «abrevadero», una cámara de observación que se extendía a todo lo largo de la Sección Uno.

Esa sección del StatLab había sido diseñada como una estación experimental para la recolección de especímenes en Marte, pero también podía cumplir funciones de laboratorio médico móvil que podía ser dejado caer en zonas calientes afectadas por enfermedades. Era parte de un programa piloto que centraba la experiencia de la NASA en aplicaciones para la Tierra. Unos fondos adicionales para Tecnología para Planetas dobles habían proporcionado a la NASA los recursos que habían hecho viable el programa. Pero nadie había pensado que el StatLab pudiera entrar alguna vez en acción, y ahora los técnicos de la NASA recorrían nerviosamente cada centímetro del laboratorio para asegurarse de que cumplía con todos los requerimientos del sistema por, al menos, un doble margen de seguridad. No había nada que alterara más los nervios de los técnicos de la NASA que planificar en función de contingencias desconocidas.

Seis pantallas de alta resolución colgaban encima del largo «abrevadero». Bajo la superficie superior del abrevadero, seis videocámaras no mayores que pastillas de menta se deslizaban a lo largo de hilos plateados sobre ejes X e Y, cada una de ellas cubriendo una sexta parte de la larga cámara de visión.

El brazo articulado depositó la trampa sobre la cinta transportadora, y la escotilla hermética se cerró detrás de ella con un sonoro siseo. La cinta deslizó la trampa hasta el centro del abrevadero, donde se habían congregado seis científicos.

—Esperemos que esta sopa sea abundante —dijo Quentin Brancato, otro de los biólogos enviados por la NASA. Enfundó las manos en sendos guantes de goma que se extendieron sobre unos brazos de Kevlar plegadizos dentro de la cámara de observación. Abrió manualmente la puerta de la trampa.

—Con cuidado —le advirtió Nell.

—No te preocupes —dijo Quentin—, estos guantes son muy resistentes, Nell.

Varios científicos se encontraban en los controles de varias trampas más pequeñas. Cada una de ellas contenía un cebo diferente: un trozo de salchicha, un guiso de vegetales, una planta Venus atrapamoscas en un tiesto, una copa de miel, un pequeño montón de sal, un recipiente con agua dulce, todos ellos suministrados por la cocina del *Enterprise*. Excepto por la Venus atrapamoscas, que era una mascota que Quentin había conseguido introducir subrepticamente en el avión. Como castigo por saltarse las normas, Quentin había tenido que sacrificar a *Audrey* en el altar de la ciencia.

Inspirada por esa idea, Nell había solicitado que les enviaran varias docenas de distintas especies de plantas. Éstas incluían semilleros de gramíneas, pinos en tiestos,

trigo y cactus, para exponerlos al ambiente de la isla alrededor del laboratorio para su observación.

Otros científicos, repartidos a lo largo del abrevadero, controlaban las cámaras, dirigiéndolas en dirección a la trampa de recuperación de especímenes.

Quentin desactivó el mecanismo de cierre hermético en la parte superior del cilindro. Cuando abrió la tapa, dos criaturas voladoras parecidas a girinos escaparon de la trampa.

La pareja ascendió como si de helicópteros se tratara, quedando suspendida sin girar dentro del abrevadero mientras sus cinco alas desprendían una suerte de niebla azul. Los abdómenes se curvaron debajo de ellos como colas de escorpión mientras se lanzaban directamente hacia la trampa cuyo cebo era la salchicha.

Sus cabezas mantenían la vigilancia con un anillo de ojos mientras las patas arrancaban la carne y la introducían en una boca abdominal. Sus cuerpos se engrosaron de inmediato.

Después de un momento de absoluta sorpresa, el científico que controlaba la trampa con la salchicha logró encerrar a ambas criaturas en su interior.

—¡Las he cogido!

—¡Buen trabajo! —dijo Nell.

Quentin hizo girar la cápsula de recuperación de especímenes y luego dejó caer su contenido sobre el suelo blanco iluminado del abrevadero. Varios cuerpos cayeron junto con la lechada de color azul.

Colocó una boquilla en una manguera provista de un muelle en un costado del abrevadero y lavó los especímenes mutilados con un chorro de agua a presión. La sangre azul y el agua se escurrieron a través de los desagües situados cada metro en el abrevadero.

Tres grandes hormigas—disco salieron reptando de la sangre coagulada dejando tras de sí un rastro azul a medida que rodaban. Luego se apoyaron sobre sus costados y se arrastraron como cochinillas de humedad, sus miembros superiores sacudiendo gotas de sangre que caían alrededor de ellas como si de tinta de una pluma se tratara. Luego giraron y repitieron el movimiento con sus otros miembros antes de inclinarse sobre sus flancos y comenzar a rodar, elevándose como discos en el aire ante los rostros hipnotizados de los científicos.

Algunas de ellas rebotaban contra los costados del abrevadero, sus patas contrayéndose hasta convertirse en puntas blancas y duras como diamantes que rayaban visiblemente el acrílico. Mientras chocaban contra las paredes de la cámara, lanzaban docenas de hormigas—disco más pequeñas, que a su vez rodaban dejando rastros de líquido azul celeste.

Los científicos que controlaban las cámaras tomaron primeros planos de las pequeñas hormigas cuando giraban en dirección a las trampas provistas de cebos. Los

bichos se lanzaron sobre el azúcar, los vegetales e incluso la Venus atrapamoscas, que devoraron desde dentro hacia afuera mientras sus trampas se activaban una tras otra.

—Adiós, *Audrey* —dijo Quentin con pesar, y Nell le palmeó el hombro.

Una gran hormiga—disco rodó hacia la trampa que contenía como cebo el pequeño montón de sal. Se colocó de lado para comer, pero entonces, antes de que la trampa pudiera ser accionada, el bicho retrocedió sobre su costado y se alejó.

—Atrapad a las hormigas pequeñas si podéis —instruyó Nell—. Y necesitamos conseguir muestras de tejido de los otros especímenes, Otto, para poder hacer cultivos bacterianos para una cromatografía líquida de alta eficacia y obtener perfiles de cromatografía gaseosa y espectrografía masiva. Es necesario que hagamos una disección de estas criaturas para ver si poseen sacos venosos que nos resulten conocidos.

Varios científicos activaron sus trampas ante la urgente petición de Nell y consiguieron aislar unas cuantas docenas de hormigas. Con las manos enfundadas en los guantes extensibles, los científicos colocaron las trampas provistas de muelles en cámaras de aire espaciadas dentro del abrevadero. En la toma en primer plano de las cámaras que había encima de las trampas podían ver a las diminutas criaturas que saltaban sobre los guantes.

—Parece que atacan cualquier cosa que se mueva —observó Nell.

—Sí, y no les importa su tamaño —convino Andy.

—No hay de qué preocuparse, no hay forma de que puedan atravesar la goma de butilo de los guantes —dijo Quentin.

—¿Alguno ha visto *La amenaza de Andrómeda*'

—¿O *Alien, el octavo pasajero*? —preguntó Andy.

—Venga ya, chicos.

Los científicos colocaron las trampas en las cámaras de aire, donde el exterior de las mismas fue esterilizado con un baño de dióxido de cloro. Luego abrieron las escotillas y transfirieron las trampas a cámaras de observación individuales donde los especímenes vivos podían dejarse sueltos.

El resto de los especímenes de la trampa original parecían muertos, víctimas de una feroz carnicería. La salchicha original no se veía por ninguna parte.

Los dos animales más grandes que habían conseguido capturar tenían aproximadamente el tamaño de ardillas o ratas almizcleras sin cola y con ocho patas. Aunque uno de ellos mostraba uno de los lados mordido por su rival, estaba claramente más completo que el otro. Había arrancado la cabeza de su contrario de un mordisco y parecía haber muerto asfixiado.

—¿Qué es... eso? —preguntó Quentin.

—Caray, nunca he visto nada parecido —susurró uno de los científicos.

—Dios santo —dijo Andy con una risita nerviosa.

—Muy bien, relajémonos. —Otto también estaba visiblemente nervioso—. Yo me encargaré de la disección. Quentin, tú te ocuparás de la cámara.

—Encantado.

Quentin le entregó rápidamente los guantes a Otto.

Otto metió las manos dentro de los guantes y apartó las partes de los otros animales, que incluían unas cuantas hormigas—disco mordidas a medias, una cosa de dos patas medio comida que parecía un saltamontes cruzado con un sapo, una decapitada «rata» de la isla, como Andy la había llamado y, sorprendentemente, unos cuantos pedazos de una especie parecida a un ratón.

Cada espécimen parcial fue pasado a través del abrevadero para ser lavado y preparado para su conservación. La extremada rareza de las partes corporales provocó un escalofrío a lo largo de la línea de montaje de científicos.

—¿Qué es lo que estamos mirando? —preguntó alguien.

—Joder, no me lo puedo creer —musitó otro, intranquilo.

—Vayamos paso a paso —aconsejó Otto—. Muy bien, estamos a punto de llevar a cabo la primera disección de un espécimen de Henders.

Otto extendió el animal más grande intacto sobre su estómago. Lavó la sangre azul que cubría su pelaje similar al terciopelo, que resultó ser marrón café con rayas blancas y negras en las ancas. Unas cintas de piel iridiscente resplandecían sobre su cabeza, del tamaño de una pelota de softball. La cabeza de la segunda rata formaba un bulto del tamaño de una pelota de béisbol en su garganta.

Cuando la última gota de líquido azul se desprendió del animal, todos los científicos se quedaron sin aliento ante la visión de ese espécimen imposible.

—Muy bien, veamos qué clase de bicho es éste.

La voz de Otto se quebró. Las manos le temblaban.

—Ahora con cuidado —dijo Nell.

Quentin movió la cámara de vídeo a través de la zona superior del abrevadero hasta situarla directamente encima del sujeto de estudio y luego acercó el objetivo hasta que una imagen ampliada apareció en las pantallas de plasma que había encima del abrevadero.

Otto colocó su mano izquierda enguantada sobre la cabeza y la garganta bloqueada del espécimen.

Nell estaba sentada en uno de los taburetes altos junto a Otto y abrió su libreta de bosquejos.

—Tómalo con calma —dijo con voz tranquila, y comenzó a dibujar un diagrama—. La coloración de la piel en las ancas parece la de un okapi.

—Sí —Andy asintió—. La gente pensaba que los okapis eran una patraña cuando fueron descubiertos. Creían que se trataba de una jirafa, una cebrá y un búfalo cosidos juntos...

—Jamás creerán lo que tenemos aquí.

Quentin miraba con expresión absorta esa quimera de pellejo rojo.

—Las rayas en la piel deben de confundir a los depredadores —teorizó Nell.

—Venga ya, esta cosa es un depredador —replicó Otto.

—Creo que probablemente sea ambas cosas, depredador y presa —dijo ella—. La parte delantera parece muy fiera, mientras que la parte posterior dice: «Será mejor que oculte mi culo con camuflaje mientras salgo pitando de aquí.»

—¿Cazadores que son cazados? —propuso Andy.

—Echad un vistazo a la cola —dijo Quentin.

—¿Estamos seguros de que esa cosa está muerta? —preguntó alguien.

—Vamos a averiguarlo dentro de un momento —dijo Otto—. Comenzando la narración de la disección a las... —consultó su reloj—... 15.22 horas. Ésta es la primera disección que se practica a un espécimen de Henders. Se trata de un animal cubierto de piel, con ocho patas, de aproximadamente treinta y cinco centímetros de largo, con rayas de cebra similares a un okapi en sus ancas, pelo marrón rojizo con la textura de un terciopelo realmente mullido en el lomo, y rayas brillantes de piel alrededor de la cara que cambia de color según los diferentes ángulos.

Otto giró la cabeza del extraño animal. Todos pudieron ver las rayas iridiscentes que partían desde su dentada boca.

—¡Joder! —exclamó Andy—. ¡Tiene pinzas de cangrejo en la cara!

—El espécimen parece tener cuatro patas delanteras que podrían funcionar más bien como brazos —continuó diciendo Otto—. El primer par está unido a su mandíbula inferior y carece de pelo. Parece tratarse de apéndices de crustáceo con tenazas delgadas de color blanco... muy extraño. Estos apéndices emergen de una amplia mandíbula inferior de una boca articulada como la de una rana o un pájaro, provista de largos dientes que se encuentran muy juntos y parecen ser bastante afilados. Los dientes son muy duros y de color gris oscuro. La boca presenta labios azul oscuro retráctiles que aparentemente pueden cerrarse encima de los dientes.

—¿Qué es eso, un casquete? —Nell dibujó el contorno del animal—. En la parte superior de la cabeza...

—El sujeto parece tener algún tipo de casquete craneal sin pelo, de color marrón claro —dijo Otto.

—Caray —exclamó Quentin—. O estoy soñando o estamos haciendo historia, chicos.

—No estás soñando —dijo Nell.

Los científicos aplaudieron y lanzaron gritos de júbilo, liberando finalmente su ansiedad y su euforia.

Nell dibujó rápidamente la boca provista de dientes prominentes en la cabeza redonda de la extraña criatura, su rostro congelado en una expresión sombría. Ese

animal parecía la versión en miniatura de las mortíferas criaturas que había visto en la playa, excepto porque sus mandíbulas estaban dispuestas en forma horizontal en lugar de verticales, como las de los animales que habían surgido de la fisura en el acantilado.

—Parece un alacrán marino —dijo Andy.

—Es como un gato cruzado con una araña —dijo Nell mientras realizaba la silueta del animal con lápiz sobre la hoja de papel.

—Sí, como los *spigers* que mencionaste antes —asintió Quentin.

—Exacto. —Nell asintió a su vez.

—El espécimen presenta un par de grandes ojos verdes, rojos y azules con tres hemisferios ópticos —continuó narrando Otto al tiempo que comprobaba la flexibilidad de los ojos de la criatura con el dedo índice—. Los ojos están montados sobre cortos pedúnculos que giran en el interior de una órbita en su cabeza. También presentan una órbita ocular en el extremo de los pedúnculos, aparentemente con un mecanismo muy ingenioso.

—Espero realmente que esa cosa esté muerta —dijo Andy.

Otto ignoró su comentario y movió las patas delanteras detrás de la cabeza para ver cómo se doblaban.

—El grupo más grande de patas situado detrás de la cabeza es muy musculoso y posee espinas en los extremos. Las patas están cubiertas de pelo, pero las fuertes y duras espinas de los extremos carecen de pelo, siendo similares a un exoesqueleto o un cuerno negro, y parecen tener un borde sumamente afilado.

—Parecen las patas de una mantis religiosa.

—Sí, se pliegan de la misma manera —convino Otto—. Es posible que también sean capaces de actuar como cizallas o tenazas.

—O lanzas —sugirió Nell, estremeciéndose al pensar en lo que sus compañeros tuvieron que enfrentar en el interior de la grieta—. Esas criaturas clavaron sus garras en la arena delante de ellas para alejarse del agua.

Otto continuó.

—Estos brazos parecidos a los de una mantis están articulados en un anillo óseo situado debajo de la piel y desde el cual también se extiende la musculatura del cuello. El siguiente par de miembros parece estar compuesto de auténticas patas. Se parecen a las patas delanteras de un animal cuadrúpedo... con una articulación suplementaria..., y parecen estar unidas a un gran anillo central óseo que puede palparse debajo de la dermis y que forma una joroba central en la superficie dorsal del animal.

—¡Eso son ojos! —exclamó Nell.

—¿Eh? ¿Dónde? —preguntó Andy.

—Mira, allí, en la parte superior de la joroba del lomo, ¿Otto?

—Oh —dijo Andy.

—Hay ojos en la joroba central —confirmó Otto, quitando más sangre azul con el chorro de agua—. Similares a los ojos que tiene en la cabeza.

—¿Crees que se trata de un segundo grupo de lóbulos ópticos en el lomo? —preguntó Nell—. Quiero decir, mirad, son ojos que forman imágenes, no simplemente receptores de intensidad.

—O bien hay un cerebro allí debajo o este bicho tiene nervios ópticos ridículamente largos —dijo Andy.

—En la joroba central hay tres ojos que recuerdan a los ojos de un alguacil. —Otto continuó con su descripción—. Un ojo mira directamente hacia atrás y el otro a cada uno de los lados. Ambos están sujetos en el interior de una órbita. Creo que tienes razón, Nell. Podría haber alguna clase de estructura ganglionar debajo de esta joroba. En la parte superior hay un casquete craneal similar al que se observa sobre la cabeza del animal.

Otto dio unos golpecitos en el casquete córneo de color marrón que había entre los ojos de la joroba, comprobando si se percibía alguna acción refleja en el animal mientras Andy retrocedía. Pero no se produjo ninguna.

Otto cogió un par de tijeras de disección y, con sumo cuidado, hizo un corte a lo largo de la línea media del casquete craneal. Luego separó ambas mitades valiéndose de un fórceps.

—Sí, tiene un segundo cerebro. —Miró a Nell—. Esto no es sólo un ganglio agrandado.

—Tiene ojos en la parte posterior de la cabeza —dijo Quentin.

—Y una cabeza en la parte posterior de los ojos —añadió Andy.

—¿Veis ese par de cordones nerviosos que discurren en dirección a la cabeza? —Nell señaló la imagen aumentada que se veía en la pantalla de plasma.

—Sí, y aquí hay otro par que se dirige hacia la parte posterior del animal. ¿Lo veis ahí? —señaló Quentin.

Dos haces blancos de hilos finos se extendían desde el cerebro hasta la parte posterior del animal como si de cables de puente se tratara.

—Es posible que controlen remotamente la locomoción de sus patas traseras con el segundo cerebro —sugirió Nell.

—Nunca había oído nada semejante —replicó Otto—. ¡No es posible, joder!

—Quizá posea ganglios especializados para acelerar su ataque o sus reflejos evasivos o para ayudar con la digestión, como sucede con algunos artrópodos —dijo Andy.

—Bien, no podremos determinarlo con una disección. —Otto frunció el ceño—. Tendríamos que realizar un estudio neurológico detallado con especímenes vivos. Pero más tarde veremos si podemos seguir esos nervios. Al movernos hacia la parte

posterior del animal vemos que tiene unas patas traseras muy poderosas, similares a las de un canguro, con una articulación extra donde debería estar la tibia. Estos miembros están conectados a un amplio arco pelviano subcutáneo que tiene forma de anillo o tubo como los otros anillos. La cola...

—No creo que eso sea una cola —dijo Quentin.

—Es una pata —repuso Nell.

Otto frunció el ceño.

—Tira de ella para sacarla de debajo del cuerpo —sugirió ella.

Él tiró de la cola del animal para dejarla expuesta.

—De acuerdo. La cola tiene una base amplia. Es muy rígida. Es larga y ancha, y se pliega más de la mitad de su extensión debajo del animal en el área del pecho, entre las patas delanteras. La superficie dorsal de la cola, que es el extremo cuando está debajo del cuerpo del animal, está cubierta con placas y púas estriadas que forman un dibujo geométrico.

—Almohadillas de tracción —dijo Nell, señalando el extremo de la «cola»—. Y cuñas, ¡como la base de una zapatilla para correr!

—¡Vaya! —exclamó Quentin—. ¡Debe de mover esa cola debajo del cuerpo para coger aire!

—El apéndice similar a una cola parece ser una especie de novena pata. —Otto sacudió la cabeza con expresión de asombro—. Esa pata podría utilizarse para propulsar al animal a mayor altura o velocidad cuando salta.

—Parece ser un artrópodo que se convirtió en mamífero —dijo Quentin—. ¿No?

—Sí —dijo Andy—. Estaba pensando precisamente en eso. Las arañas son cangrejos peludos o al menos quelicerados.

—Esto no es un artrópodo —se mofó Otto—. ¿Con una boca y una mandíbula como éstas? ¡Y esto es pelo de animal, no de tarántula!

—Está sangrando otra vez —dijo Nell señalando el espécimen.

—El sujeto está goteando un líquido azul celeste que podría ser sangre —dijo Otto.

—Debe de tener hemocianina —sugirió Andy—. Sangre con base de cobre, como los artrópodos marinos, ¿lo veis? Se vuelve más azul cuando el líquido entra en contacto con el aire.

—Estoy extrayendo sangre del espécimen para su análisis.

Otto cogió una aguja hipodérmica del juego de disección que había fijado a la pared interior del abrevadero.

—¡Sangre con base de cobre! —Nell miró a Andy.

—Quizá hemoglobina también —dijo él—. Algunos pigmentos de sangre con base de cobre son de color púrpura.

—Eso es *azul* —repuso Quentin—. ¿Acaso eres daltónico?

—¡No, no soy daltónico! —Andy fulminó a Quentin con la mirada.

—Podrías haberme engañado —dijo Quentin sin dejar de mirar la camisa hawaiana de Andy, en tonos rosas, amarillos y azules.

—Echemos un vistazo al interior de esta cosa —terció Nell, palmeando el hombro de Quentin.

—Ahora estoy sellando la muestra de sangre —continuó narrando Otto.

—Corta también un trozo de tejido, Otto —sugirió Quentin—. Eso facilitará la obtención de una muestra de ácido nucleico en caso de que la sangre no contenga ninguna célula circulante.

—Sí, sí.

Otto eyectó el líquido azul dentro de un tubo y luego lo tapó. A continuación colocó la muestra en la cuna del espécimen junto con un pequeño trozo de tejido que depositó en una cápsula de Petri de un cuarto. Después de cubrir la cápsula de Petri, empujó la cuna dentro de la cámara de aire.

—Muy bien, Quentin, procedamos a hacer un análisis genético de esta cosa.

Quentin roció el exterior de los contenedores con alcohol de isopropilo y luego inundó la minicámara de aire con dióxido de cloro verde amarillento. Cuando el gas fue aspirado fuera de la cámara, Otto recuperó los especímenes a través de la cámara de aire y los entregó a los técnicos del laboratorio, quienes prepararon de inmediato cultivos de sangre con agar. Uno de ellos comenzó a moler las muestras de tejido dentro de lo que parecía ser una mezcladora del tamaño de un tubo de ensayo. Unida a un homogeneizador de tejidos de alta velocidad, esta cámara de vidrio impedía la dispersión en el aire del laboratorio de cualquier suspensión de partículas del espécimen que fuesen potencialmente peligrosas.

—Podríamos estar obteniendo ADN parásito en la muestra —dijo Nell—. ¿Podéis establecer la diferencia?

—Sí, podemos diferenciar las muestras —asintió uno de los técnicos.

El grupo de técnicos, que trabajaban cubiertos con capuchas biológicas de seguridad en el otro sector de la Sección Uno, procedió a procesar las muestras, colocando la sangre y el tejido en pipetas y homogeneizándolos, añadiendo reactivos, mezclando, centrifugando, decantando, calentando, enfriando y, por último, colocando el material ya procesado en otras cápsulas o bien en tubos destinados a los especímenes.

—Dios mío, esto es increíble, Otto —dijo Nell, admirando la impresionante colección de máquinas que se alineaban al otro lado del laboratorio—. ¿Sabes cuántas semanas me habría llevado hacer esto mismo en el Instituto Tecnológico de California como estudiante?

—Sí, este bebé tiene más juguetes que el sueño húmedo de un fanático de los laboratorios.

Quentin asintió con orgullo.

—Aún puedo recordar cuando tenía que verter mi propio gel electroforético para las muestras moleculares. Ahora es tan sencillo como poner una rebanada de pan en una tostadora.

—Bueno, es más parecido a hacer una tostada con canela —repuso en tono seco uno de los técnicos.

Nell se echó a reír.

—Incluso teníamos que crear nuestra propia taq polimerasa.

—Dame un respiro —imploró Andy.

—Estoy de acuerdo contigo, Nell —dijo Quentin—. Vosotros, los jóvenes, no apreciáis lo asombrosos que son estos instrumentos. Dios santo, Andy, ¿cuándo piensas aprender un poco de biología molecular, tío? Eres más ceporro que yo. La reacción en cadena de la polimerasa ni siquiera existía cuando yo estaba en la universidad, pero vi hacia adonde se dirigían las cosas y aprendí lo que tenía que saber antes de que me dejaran atrás.

—Bueno, alguien tiene que mantener los pies en el barro —repuso Andy, a la defensiva.

—Bravo —dijo Nell—. En este momento necesitamos ambas cosas, Andy, naturalistas de campo y atletas de la genética. Esa máquina que está utilizando Steve, ¡hola, Steve!, es un bioanalizador. Nos dirá en pocos segundos la pureza de nuestras extracciones de ARN y qué cantidad de ARN hemos obtenido en cada muestra. Es una unidad de electroforesis microscópica y un escáner de gel que examina todas las muestras en esos diminutos chips que parecen fichas de dominó. Cada uno de esos puntos es equivalente a un gel electroforético de los viejos tiempos, cuando yo era una adolescente —señaló Nell—. Y cuando se coloca una muestra de ARN en el termociclador que vemos allí, se consigue una transcripción inversa, creando nuestra biblioteca de ADN, y en el mismo tubo realiza la reacción en cadena de la polimerasa, ¿sabes lo que es eso, verdad Andy? Es la amplificación del ADN en miles de copias para que podamos secuenciar los genes en este autosecuenciador que tenemos aquí, o probarlo en esa máquina que hay allí.

—Me perdí en el parchís —gruñó Andy.

—Dominó —dijo Quentin.

—En realidad se trata de algo muy simple, Andy —dijo Nell—. Todas las células vivas tienen ARN, que es un mensaje copiado de los genes en el ADN. De modo que cuando dirigimos las reacciones hacia atrás con una enzima llamada transcriptasa inversa creamos clones del ADN a partir del ARN. Luego, para saber con qué están relacionados estos bichos, podemos procesar el ADN en un microjuego de chips, algo realmente rápido, secuenciar el ADN o bien aislar, clonar y secuenciar los genes del ADN de la célula, un procedimiento que lleva un poco más de tiempo. Tú mismo

puedes hacer todo esto después de un par de horas de práctica, Andy.

—Aprendí la teoría en los cursos de biología —dijo él—. Nunca he utilizado todas estas máquinas. Jamás pensé que la gente normal pudiera manejar estos chismes.

—¿Quién ha dicho que eres normal? —bromeó Quentin.

—Andy —dijo Nell, adelantándose a su reacción ofendida—, estos tipos con batas de laboratorio no podrían distinguir un artrópodo de un antropoide a menos que tú les dieras una secuencia genética. Sin ánimo de ofender, chicos.

Otto se aclaró la voz.

—Volvamos a la disección mientras los atletas de la genética se dedican a hacer su trabajo.

—¡Trinchad ese pavo! —dijo Quentin.

Nell giró en su taburete y apoyó la punta del lápiz en una nueva página de su libreta de bosquejos mientras Otto colocaba el espécimen sobre el lomo y lo lavaba.

—El pelo que cubre la superficie ventral del espécimen es de color marrón claro. El espécimen parece tener un orificio en la parte central del vientre, probablemente para la evacuación de los excrementos, entre las patas centrales. Entre las patas traseras, aparentemente tiene órganos sexuales... estructuras similares a un pene y lo que podría ser una abertura vaginal.

—¿Hermafroditas? —propuso Nell—. ¿Ambos sexos?

—Si es así, se acabó la teoría de los artrópodos —dijo Otto—. Ningún artrópodo es hermafrodita.

—Correcto —interrumpió Quentin—, pero muchos filos de animales presentan al menos unos cuantos grupos que son hermafroditas. Los gusanos y los caracoles, por ejemplo.

—Los percebes son hermafroditas —dijo Andy—. Y son artrópodos.

—¿Los percebes son artrópodos? —preguntó Otto.

—Así es.

—Maldita sea. Eso es extraño.

—¿Cómo sabemos durante cuánto tiempo este sistema ha permanecido aislado? —preguntó Nell—. Es al menos teóricamente posible que haya tenido mucho tiempo para evolucionar. Yo diría que es probable que haya sido así, teniendo en cuenta lo que tenemos delante de nosotros, chicos. Quiero decir..., ¡venga ya!

—¿Hay radiactividad en esa isla? —preguntó Andy.

—No. —Quentin negó la cabeza—. Estos bichos no son sólo mutantes.

—Entonces algo como esto debió de evolucionar hace mucho tiempo —convino Otto—. Joder, eso es un hecho. Pero no a partir de los artrópodos.

—¿Y cómo cono explicas de otro modo este asunto, Otto? —preguntó Quentin frunciendo el ceño—. ¿Crees acaso que esta cosa vino de Marte?

—¡No sé de dónde vino esta cosa, Quentin! —contestó secamente Otto—. Y tú tampoco lo sabes, ¿de acuerdo?

—Echemos un vistazo a los órganos internos —intervino Nell.

—Muy bien. —Otto desvió la mirada hacia la pantalla y bajó su tembloroso escalpelo—. Comienzo la incisión desde el orificio central y procedo con el corte hacia la cola del espécimen.

—Dios santo, espero que esté muerto —dijo Andy.

—¡Deja ya de decir eso! —exclamó Otto mientras cortaba a través de la dura piel y abría el vientre del animal.

—¡Eh! —gritó alguien.

Todo el mundo dio un brinco y miró airadamente al técnico, que señalaba la ventana de la burbuja en el extremo del laboratorio.

Pero lo único que podían ver era el borde de la jungla.

—Lo siento —dijo el técnico—. Juraría que he visto algo ahí fuera que nos estaba mirando. Era grande como un hombre y colgaba de ese árbol que hay allí. Joder, debe de haber sido un reflejo o algo por el estilo. Tenía un montón de brazos y parecía como si nos estuviera espiando. Lo siento, ¡pero os juro que estaba allí, de verdad!

—¡Por todos los santos, Todd! —gruñó Quentin—. Deja la cafeína de una vez, ¿vale?

—¡He dicho que lo siento! Pero, joder, pude verlo claramente y no aparté la vista de él y, después, simplemente, desapareció, tío.

Otto suspiró y volvió a concentrarse en su trabajo.

—Muy bien. Continuando con la incisión, observamos una cubierta exterior o integumento que es de color blanco grisáceo transparente y teñido de azul. Practicando una incisión a través de esta cubierta... parece estar conformada por tubos microhidrostáticos que dejan escapar un líquido claro al ser cortados. Debajo de esto se observan bandas de músculos bien definidas que discurren hacia varios puntos a través del cuerpo... Son especialmente densas en las bases de los apéndices. Y mirad esto..., tenemos tubos traqueales ramificados que se extienden a todos los músculos. —Se aclaró la garganta—. Y cada uno de ellos se conecta con el integumento.

—Es como el sistema de intercambio gaseoso de los insectos y las arañas —dijo Andy.

Otto asintió.

—Y, sí..., hay un espiráculo en la superficie exterior del cuerpo para cada tráquea. La piel debía de cubrirlos.

—Caray, de modo que esas tráqueas llevan el oxígeno directamente a los músculos desde el exterior —dijo Andy—. Si son tan extensas, tal vez sea eso lo que permite que unos animales de ese tamaño sean tan activos.

—Observad cómo los espiráculos se disponen a ambos lados en filas bien definidas. —Quentin señaló la imagen en primer plano que exhibía la pantalla sobre la cámara donde se encontraba el espécimen—. Y esas filas se extienden hacia arriba a lo largo de las patas...

—Para suministrar oxígeno directamente a los músculos. —Andy completó la oración.

Otto se aclaró de nuevo la voz.

—Y, muy bien..., inmediatamente debajo de las capas de músculos y tráqueas hay dos glándulas verdes, cada una de ellas con una vejiga de color gris claro...

—Parece una uretra —sugirió Andy, agradecido de poder ver por fin algo que le resultara familiar.

—Sí. Parecen vaciarse en la articulación que se encuentra en la base de las patas. —Otto añadió retractores para mantener abierta la incisión que había practicado y procedió a succionar un poco de sangre espesa que se había acumulado en esa zona.

—Glándulas coxales, igual que en los cangrejos bayoneta —canturreó Andy.

—Las arañas también poseen glándulas coxales —dijo Quentin.

—Muy bien —dijo Otto, visiblemente irritado—. Ahora estoy cortando hacia la parte anterior del orificio central y exponiendo el resto de un amplio y fino anillo o cilindro óseo que presenta una abertura en su zona ventral. Los apéndices afilados similares a patas delanteras están fijados a más articulaciones que parecen encajes a cada lado de la estructura ósea.

—Parece un segmento de la cola de una langosta.

—¿Pero interna? —se mofó Otto—. ¿Un exoesqueleto interno? Eso no tiene sentido...

—¿Acaso algo de lo que vemos aquí tiene algún sentido? —dijo Nell—. Nosotros también somos criaturas segmentadas, Otto, apenas unos pasos alejados de los artrópodos. ¿Tenemos sentido nosotros?

—Son muchos pasos. —Otto sacudió la cabeza—. ¿Cómo podría mudar la cutícula?

—Tal vez el viejo caparazón se disuelve o es absorbido internamente a medida que el nuevo se endurece —sugirió Nell—. Los cirujanos utilizan suturas disolventes que se funden en el interior del cuerpo. Quizá estos animales poseen una solución similar.

—Muchos crustáceos marinos se comen sus propias conchas para aprovechar su contenido mineral —aportó Andy.

—De acuerdo, anotado —dijo Otto—. Continuamos la incisión a través del vientre desde las patas similares a las de una mantis religiosa y las patas delanteras. Muy bien, aquí hay un montón de líquido. Al succionarlo observamos una serie compuesta de seis estómagos ramificados llenos de lo que parecen ser trozos de una

presa recién ingerida. Cada uno de los estómagos está segmentado por una especie de mecanismo de trituración óseo, como si fuese la molleja de una ave...

—O la moledora gástrica de un crustáceo —dijo Andy.

—... que debe masticar la comida hasta proporcionarle una consistencia más fina mientras atraviesa el tracto digestivo. Cada uno de los estómagos está conectado a una masa glandular...

—Que presenta el aspecto del hepatopáncreas de un crustáceo —añadió Andy.

—...y cada uno está conectado asimismo con su propio y corto intestino —terminó Otto.

—Si cualquiera de sus tractos digestivos resultara dañado, el animal podría cerrarlo y utilizar los cinco restantes —dijo Nell.

—Sí, podría ser —asintió Otto, escéptico.

—Todos los intestinos evacuan en lo que parece ser una cloaca —musitó Quentin.

—Los crustáceos no tienen cloacas —le corrigió Otto.

—Sí —dijo Andy—. Técnicamente.

—Y observad, la uretra de cada riñón evacua en la cloaca también —dijo Quentin—. ¿Y qué es esa masa que parece cabello de ángel?

—Parecen túbulos de Malpighi, como los de los insectos y las arañas —sugirió Andy—. Mirad cómo están todos conectados a la misma región de la cloaca.

—Eso es imposible, los crustáceos no tienen túbulos de Malpighi —repuso Quentin.

—Exacto —dijo Otto.

—Vosotros dos tenéis que empezar a pensar fuera de vuestra zona de comodidad —dijo Nell, al tiempo que cubría su libreta de bosquejos con dibujos y anotaciones—. Estas criaturas seguramente debieron de separarse de otros crustáceos hace cientos de millones de años.

Otto sacudió la cabeza y continuó con su descripción.

—La cloaca se extiende aparentemente a través de un orificio en el anillo óseo y descarga su contenido a través del ano en el centro de la zona ventral del cuerpo. Al abrir la cloaca observamos que parece contener un residuo sólido, de color blanco, que recogeremos en un momento para su análisis.

—Este animal debe de defecar en mitad de uno de sus saltos, cuando la cola se halla extendida hacia atrás, o el asunto se pondría muy feo —dijo Andy.

—Tal vez aprovecha la contracción muscular del salto para expulsar los excrementos —propuso Quentin—. Proyectiles de mierda.

—Parecen cristales de ácido úrico —dijo Otto, examinando el material con el escalpelo—. Mierda de pájaro.

—Querrás decir orina de pájaro —lo corrigió Quentin.

—Sí —dijo Andy.

—¡Eh, chicos! Tenemos nuestros primeros resultados de ARN —dijo uno de los técnicos del laboratorio.

Todos se volvieron hacia él. El hombre señaló una serie de picos en lo que tenía el aspecto de la lectura de un electrocardiograma en un monitor que se encontraba encima de las tostadoras moleculares.

—Oh, mierda —musitó Steve mientras estudiaba el gráfico—. Oh, lo siento, amigos. Parece que tendremos que procesarlo otra vez. Falsa alarma.

—¿Por qué? —preguntó Otto.

—Estos resultados no tienen ningún sentido —dijo el técnico.

—Debe de haber algún tipo de contaminación en el sistema —confirmó el jefe de los técnicos.

—¿Por qué no tiene sentido? —quiso saber Nell.

Steve se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Muestra tres picos de ARN ribosómico.

—¿Qué le hace pensar que el sistema está contaminado? —le preguntó Andy al técnico.

—Ninguna criatura terrestre tiene tres picos ribosómicos, amigo mío.

—Excepto los crustáceos —dijo Andy.

—¿Cómo..., en serio?

Andy puso los ojos en blanco y luego miró a Nell.

—Supongo que ustedes, los atletas genéticos, necesitan contar con algunos tipos que todavía conozcan a sus animales.

—No tenía ni idea de eso. —Steve volvió a mirar el gráfico—. Bien, entonces, creo que estamos examinando un crustáceo.

—Bravo, Andy. —Nell le guiñó un ojo a Andy y éste sonrió.

—Parece que hemos regresado a los artrópodos, Otto —dijo Quentin.

Otto sacudió la cabeza, resignado.

—A menos que proceda de Marte.

—Joder, quizá los crustáceos vienen de Marte —dijo Quentin mientras se encogía de hombros.

—Vuelve a cortar en la dirección opuesta, Otto —dijo Andy.

—De acuerdo. Continuamos ahora la incisión a través del abdomen del espécimen desde el punto de entrada original... lo que parecen ser más lóbulos del hepatopáncreas, con múltiples túbulos ciegos...

—¡Vaya! Esta cosa está preparada para digerir cantidades masivas de comida muy de prisa —señaló Quentin.

—No hay duda de que esto parece el intestino de un crustáceo.

—Sí, Andy —convino Otto—. Así es. Continuamos hacia los cuartos traseros. Muy bien... eh...

En el vientre inferior del animal se produjo un espasmo cuando Otto llevó el escalpelo cerca del anillo pélvico posterior.

—Apártate, Otto —susurró Nell.

Unas pequeñas patas desgarraron los bordes de la incisión que había practicado Otto.

—Algo que comió esta bestia no estaba de acuerdo con ello —dijo Quentin.

—No —repuso Nell—. ¡Es una mamá!

—Sí, y es vivípara —advirtió Andy.

—Apártate, vamos —repitió Nell con un súbito tono de urgencia en la voz.

Otto retiró las manos al tiempo que una criatura del tamaño de un ratón reptaba fuera del cuerpo de su madre y cogía un trozo de su carne con sus garras delanteras. Comió el bocado con su boca serrada. Luego sacudió la cabeza para liberarse de la sangre azul que la cubría.

—No trates de cogerlo, Otto —susurró Nell—. Sólo quítate los guantes.

Otra pequeña criatura se arrastró fuera del vientre, reptando lejos de la incisión hecha por Otto.

—Esas cosas están vivas —dijo Quentin.

—¡Sí, y nosotros acabamos de darlos a luz con una cesárea!

—Están protegiendo el cadáver de su madre, Otto —dijo Nell.

—No acerques demasiado la mano —advirtió Quentin.

—¡Apártate de ahí, Otto! —volvió a decirle Nell.

—Sólo estoy tratando de asustarlos para ver cómo se mueven...

—Aléjate, tío —dijo Andy.

Otto se echó a reír presa de una gran excitación.

—¡Están usando las cuatro patas traseras para avanzar y levantan sus brazos como mantis religiosas! ¿Lo veis!

—Son rápidos —dijo Quentin.

Otto lo miró y sonrió.

—¿Alguna vez habías oído hablar de un artrópodo vivíparo, Quentin?

—De hecho, algunos poseen sacos marsupiales en los que crían a sus pequeños —dijo Andy.

—No los asustarás... Se están volviendo más agresivos —dijo Nell—. ¡Apártate, Otto!

—Allí. —Otto señaló mientras una de las crías retrocedía sobre su cola doblada debajo del cuerpo.

Un sonido parecido al disparo de una escopeta los hizo saltar hacia atrás cuando la pequeña criatura atacó la mano de Otto a la velocidad del rayo.

—¡Maldita sea! —gritó Otto.

Retiró violentamente las manos del interior de los guantes.

—¡Mi puto pulgar!

—Quentin, cierra las trampillas de los guantes. —Nell se movió de prisa mientras los demás parecían haberse quedado paralizados.

—¡Esa pequeña mierda me ha rajado el jodido pulgar! ¡ Joder, joder, joder, joder, jodeeeeeer!

—Muy bien, narración terminada —dijo Andy.

Quentin miraba la mano de Otto en estado de choque, de modo que Nell se acercó y cerró herméticamente las trampillas de los guantes golpeando el botón con el costado del puño.

—Esas bestias se están comiendo a su madre —musitó Andy, inclinándose sobre el abrevadero.

—¡Quentin! —gritó Nell, sacudiéndolo por el hombro—. ¡Sección de Radio Tres! Llama al *Enterprise*. ¡Diles que tenemos una emergencia médica y necesitamos un transporte inmediatamente! Hasta dentro de seis horas, al menos, no sabremos a partir de los cultivos de sangre con agar si estas cosas son portadoras de bacterias hemolíticas. De modo que pregúntales si tienen gentamicina, vancomicina y ceftriaxona. Creo que necesitamos tratarlo como si fuese un caso de *Staphylococcus aureus* resistente a la meticilina hasta que sepamos con certeza qué bacterias tienen estas criaturas. ¡AHORA!

—¡Oh, Dios mío! —gritó Andy al ver el pulgar de Otto. Tenía el aspecto de haber sido cortado por la mitad con un par de tenazas.

—Andy, dame tu corbata —dijo Nell.

—¿Qué? \* Nell levantó el cuello de la camisa multicolor de Andy, le quitó la corbata de cuero con la mano izquierda y enlazó con ella la mano de Otto. Luego la deslizó hacia arriba del brazo y la sujetó con fuerza por encima del codo.

—¿Qué te han dicho, Quentin?

—¡Están enviando unos tíos hacia aquí y llamando al *Enterprise* para conseguir un transporte!

—Buen trabajo. Muy bien, Otto, ahora sentémonos, cariño.

Otto tenía los ojos vidriosos. Se desplomó sobre uno de los bancos sin dejar de murmurar una ristra de obscenidades. La sangre roja y brillante formaba un pequeño charco en el suelo blanco entre sus zapatillas salpicadas.

—Andy, busca unas toallas —dijo Nell—. Y el botiquín de primeros auxilios. Quentin, esteriliza el abrevadero.

Quentin se resistió.

—¿Por qué tendríamos que esterilizar el abrevadero?

Nell se volvió bruscamente y le gritó:

—¡Hazlo!

—Está bien, está bien... Quentin pulsó un botón.

La cámara se vio envuelta de inmediato por una nube de gas verde amarillento.

*16.35 horas*

Mientras el *Trident* se mecía anclado en la cala de la isla, rodeado por los sonidos de las olas que chocaban contra las paredes de roca desnuda del acantilado, Cynthea se paseaba por cubierta como un animal enjaulado.

No podía soportar el hecho de encontrarse tan cerca de la historia del siglo sin ser capaz de documentar el momento. Si no hacía algo pronto, se volvería loca.

El resto del equipo del programa tampoco saltaba de alegría precisamente al encontrarse en cuarentena, o prisioneros, en el *Trident*.

La marina estadounidense se había mostrado lo bastante amable como para llevarles suministros, incluidas revistas y DVD, pero tenían terminantemente prohibido bajar a tierra.

Poco más de dos horas después de que se hubo emitido el último episodio de «SeaLife», el gobierno de Estados Unidos les ordenó de manera oficial que no se movieran de allí o fueran a tierra, ni tampoco transmitieran ninguna clase de comunicación desde la isla Henders.

Su programa estaba oficial e irrevocablemente cancelado. Cynthea estaba furiosa ante esa demostración de autoridad, que en ese lugar no tenía otra base más que los enormes cañones que empleaban para respaldarla. No había tenido más alternativa que cederles el mando. Era evidente que habían superado a cualquier ejecutivo de la cadena en el departamento del juego de poder.

Zero estaba tendido en una tumbona en la cubierta, absorbiendo algunos rayos de sol en su cuerpo largo y delgado de atleta con los ojos cerrados.

Cynthea se paseaba a su alrededor mientras hablaba, preguntándose de vez en cuando si él siquiera escuchaba lo que le estaba diciendo.

—¡Tienes que ir a esa isla, Zero! Una hora de metraje es más de lo que necesitamos para que ambos nos retiremos, ¿Me estás escuchando, gilipollas?

Zero abrió un ojo y la miró.

—Sí.

—¿Y bien?

—No tengo ninguna intención de volver allí —dijo, y cerró el ojo de nuevo.

—Yo puedo llegar a la isla.

Dante, el ayudante del cocinero, había estado holgazaneando en los alrededores y escuchando su conversación.

Nacido en Palo Alto, California, Dante había aprendido a escalar en las High Sierras, conquistando El Capitán en solitario a los diecinueve años. Durante un ascenso en grupo, cuando tenía dieciséis, había sido alcanzado, dos veces, por un rayo mientras dormía suspendido bajo la lluvia a unos cuatrocientos metros del suelo

entre un risco y la cumbre de granito del Lost Arrow. Las cuerdas mojadas que lo sostenían habían actuado parcialmente de conexión a tierra de la descarga eléctrica, pero aun así había pasado tres semanas en la cama de un hospital antes de poder volver a caminar.

Dante señaló la fisura que se abría en la pared del acantilado.

—Yo podría subir por esa grieta, por donde nadie pudiera verme.

Zero abrió un ojo y luego volvió a cerrarlo.

—No sabes lo que estás diciendo, chico. —¡Vi la filmación! Eso que los atacó apareció desde abajo, en tierra. Yo podría escalar el risco hasta la cima por el interior de esa grieta.

Zero se sentó.

—Se trata de una ascensión de casi trescientos metros si es a pie. ¿Es que te has vuelto loco, muchacho?

—¿Qué me dice? —le preguntó Dante a Cynthea—. ¿Quiere que lo haga?

Zero la fulminó con la mirada y el brillo en los ojos de Cynthea destelló brevemente antes de apagarse.

—No. No, eso suena demasiado peligroso. —Apretó los dientes y miró a Zero con la misma fiereza—. Pero tiene que haber alguna manera de llegar allí. ¡Zero, venga, cariño! Si puedes encontrar una manera más segura de hacerlo, te garantizo que haré de ti el hombre más feliz de la Tierra. El trato que podría conseguir para nosotros...

Zero se recostó en la tumbona y volvió a cerrar los ojos.

—Te escucho.

—Puedo llevar una cámara conmigo —dijo Dante.

Cynthea se volvió hacia él.

—Eso es...

—Cynthea —gruñó Zero.

—...demasiado peligroso, Dante. ¡Gracias de todos modos por el ofrecimiento, cariño! ¡Hoy eres mi héroe!

Cynthea se volvió para contemplar la gigantesca pared agrietada de la isla que los rodeaba en la pequeña cala.

—¡Maldita sea! ¿Qué voy a hacer? —Miró duramente a Zero, quien aparentemente había vuelto a dormirse—. ¡Mierda! ¡Y Nell ni siquiera quiso llevar consigo mi videocámara, esa aprendiz de científica esnob y chiflada!

Zero sonrió.

—¿Qué es lo que se necesitará, Zero? ¡Venga! ¡Consígueme algunas imágenes de la isla!

—Sigo escuchando.

Zero se dio media vuelta y se apoyó sobre el estómago mientras Dante

abandonaba la cubierta con cara de pocos amigos.

Cynthea miró con furia la grieta de la isla. Durante millones de años, la erosionada pared de la isla Henders había derrotado tsunamis, hielos flotantes y a todos los navegantes que pasaron por allí. Sin embargo, derrotarla a ella no le resultaría tan fácil.

### 20.33 horas

Un helicóptero transportó a Otto hasta el *Enterprise*, donde los médicos colocaron, cosieron y entablillaron el pulgar herido. Le administraron una fuerte dosis de sedante combinada con antibióticos y antivirales, y, para su desesperación, lo dejaron en observación durante veinticuatro horas en la enfermería.

Los primeros especímenes y muestras de tejido de la isla Henders habían llegado con él, cuidadosamente acondicionados y enviados en el mismo helicóptero Sea Dragón. Luego fueron transportados al *Philippine Sea* para someterlos a tomografías computarizadas, rayos X, perfiles bioquímicos y secuenciación genética. Ahora los equipos científicos con base en los barcos podían comenzar a hacer —o intentar hacer— identificaciones fisiológicas y taxonómicas de las especies de la isla.

Puesto que no se permitía que ningún espécimen vivo saliera de la isla, Nell supervisó la conservación de los especímenes muertos y el aislamiento y estudio de los vivos mientras los diferentes equipos trabajaban durante el primer día y la primera noche. El hecho de mantener a todo el mundo en movimiento sin que nadie cometiera un descuido resultó ser una tarea doblemente ardua, pero ahora que la investigación finalmente había comenzado, Nell llevaba más de veinte horas sin dormir.

Cuando cayó la noche se tomó su primer descanso, acercándose a la ventana para contemplar a través de los gruesos cristales las laderas progresivamente oscuras alrededor del laboratorio.

Mientras su mente vagaba, la ladera pareció retorcerse y brillar bajo la luz de la luna.

Se frotó los cansados ojos y fijó nuevamente la mirada en el exterior.

Una especie de zarcillos parecían estar arqueándose fuera del suelo, formando racimos radiales como si de helechos se tratara. El extremo de los zarcillos se abría en abanico, creciendo y estirándose de forma visible. Allí donde las ramas similares a frondas entraban en contacto con el suelo se elevaban pequeñas nubes de vapor.

—Es como si estuvieran pastando.

Nell se sobresaltó y se volvió para ver a Andy junto a ella.

—Lo siento —dijo él—. Quentin piensa que comen lo que crece en las laderas.

—¿Sólo por la noche? Y los bichos lo hacen de día... —Nell sonrió y se frotó la frente, maravillada ante la profundidad de los misterios que exhibía la biología en la isla Henders.

—Cambian de color por la noche, Nell. Quentin los iluminó con una linterna y se volvieron de color púrpura. Después de unos minutos bajo el haz de luz, comenzaron a tornarse amarillas y luego verdes otra vez.

—Debe de tratarse de alguna clase de liquen —dijo ella, y luego meneó la cabeza—. Tenemos mucho que aprender.

—¡Comprobad esto!

El técnico aumentó el volumen de los micrófonos exteriores, que finalmente habían sido conectados al sistema de megafonía del interior del laboratorio.

Los gemidos se expandían como un quinteto de saxos altos por encima del zumbido de la selva, resonando a través del gigantesco anfiteatro de la isla. Los sonidos eran notablemente parecidos a las llamadas de las ballenas y puntuados con inflexiones rítmicas y escalas de vocales mientras reverberaban y se entrelazaban.

Andy dejó escapar un silbido de asombro.

—Gracias por permitirme formar parte de esto, Nell.

—No tienes que agradecerme nada. Te necesitamos.

Andy sonrió.

—Creo que nadie me había dicho eso jamás, excepto mi tía.

Nell, impulsivamente, lo besó en la mejilla, lo que provocó que Andy se sonrojara por lo sorpresivo del gesto.

—Me gustaría que fueses mi novia, Nell —farfulló él.

Ahora la que se sonrojó fue Nell.

—Gracias, cariño —se atusó el pelo—, pero no soy la novia de nadie —dijo, asintiendo con la cabeza para reforzar sus palabras—. No sé si alguna vez lo seré. Es una extraña tradición. Y, para serte sincera, realmente no la entiendo muy bien.

—Te mereces a un gran tipo, Nell. Aunque no estoy seguro de que él te merezca a ti.

Ella se echó a reír.

—¡Eh, chicos! ¡No os vais a creer lo que hacen estas cosas! —gritó Quentin desde el otro extremo del laboratorio al tiempo que señalaba una trampa llena de insectos voladores—. ¡Brillan en la oscuridad!

—¡Mirad afuera! —gritó alguien.

Cuando la oscuridad se hizo más profunda, alrededor del laboratorio aparecieron verdaderas nubes de chispazos verdes. Moviéndose en remolinos en el borde de la selva, los destellos se unían para formar cadenas que se movían en espiral y semejabán nucleótidos bailando sobre los campos.

—Quizá se estén apareando —sugirió Quentin—. Copulando en vuelo como las libélulas.

—Parecen esas ristras de luces de Navidad que colocan en Tavern on the Green.

—Macro ADN —susurró Nell.

Luego suspiró y se echó a reír. Hacía veintiséis horas que estaba de pie mediando en el primer día de operaciones del laboratorio, y tampoco había dormido mucho durante la semana.

—Voy a dormir un par de horas en la Sección Dos.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer —dijo Andy—. Pero han dicho que aún no habían acabado de limpiarla.

—Es verdad..., pero es un lugar silencioso y tranquilo.

Asintió con gesto cansado y se dirigió hacia la escotilla que comunicaba ambas secciones. Sentía todo el cuerpo súbitamente pesado por la fatiga.

—Mañana los vehículos accionados a distancia estarán en funcionamiento, al menos eso han dicho. Entonces podremos echar un vistazo en el interior de la selva.

—Sí. Eso hará feliz a Otto cuando regrese —dijo ella por encima del hombro—. Asegúrate de que los últimos especímenes, códigos de datos y registros de disección estén preparados para transportarlos al *Enterprise* durante la recogida de mañana por la mañana. Eso será a las cinco. Para entonces, pienso estar inconsciente. Por favor, no hagas ruido cuando pases por mi lado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Andy asintió—. Buenas noches, Nell.

—Muy bien. —Nell lo saludó y abrió la escotilla sellada del vestíbulo que llevaba a la Sección Dos. Entró y cerró la escotilla tras ella, escuchando el tranquilizador sonido de succión de la cerradura hermética.

Bostezó mientras subía el tramo de escalones de aluminio dentro del tubo de plástico entre ambas secciones. El LED verde de los sensores microbianos parpadeaba como un campo de estrellas esmeraldas en la pared del tubo. «No hay fisuras», pensó Nell.

Abrió la escotilla del extremo del tubo y entró en la Sección Dos, que estaba desierta.

Durante los últimos tres días, los científicos habían buscado un rincón en esa sección para dormir un poco mientras los técnicos de la NASA montaban el resto del laboratorio.

Nell había oído decir que en la recién llegada Sección Tres había literas, pero ahora estaba llena de técnicos que se dedicaban a instalar y poner en funcionamiento los sistemas eléctricos e informáticos.

El aire en la Sección Dos olía a plástico nuevo, materiales de embalaje y el ozono de los aparatos electrónicos. El suelo estaba cubierto de basura: bobinas de cables y cajas abiertas precipitadamente, bolsas de plástico desgarradas, moldes de gomaespuma rotos, cables retorcidos, abridores de cajas y otros detritus que aguardaban a ser eliminados. En ese momento cualquier superficie plana era bien recibida, de modo que subió a la parte superior de las largas cámaras para especímenes, similares al abrevadero de la Sección Uno, que era la única superficie

libre de restos del laboratorio.

Acostada sobre su espalda, con una bolsa de plástico rellena de cacahuets envasados a modo de almohada y una gran bolsa de plástico como saco de dormir, Nell contempló el cielo tachonado de estrellas a través de la ventana que se inclinaba encima de ella. Unos cuantos bichos parecidos a las luciérnagas pasaban volando como diminutos meteoros. Durante un instante pensó que veía una cara que la miraba con sus ojos multicolores antes de quedarse profundamente dormida.

## 4 DE SEPTIEMBRE

### *Medianoche*

Thatcher Redmond alzó la mano y pulsó el botón que llamaba a la azafata.

Sonrió forzosamente cuando la joven asiática apareció junto a su asiento.

—¿Podría traerme unas bolsas de cacahuetes? —dijo.

—Por supuesto. En seguida se las traeré, señor.

Aunque era una joven amable, Thatcher se volvió con un gesto de irritación. Todo ese asunto del viaje a última hora a Phoenix lo había llenado de una inquietante sensación de pánico. Y ahora, una vez cumplida su misión, justo cuando pensaba que finalmente podría dejar toda esa historia atrás, habían permanecido seis interminables horas en la pista mientras una serie de complicaciones propias de una película de cine mudo los había retenido en el aeropuerto. No le gustaba nada la idea de que lo reconocieran. Y el hecho de tratar de deducir la razón de la demora estaba poniendo en riesgo su cordura.

Su pelo se proyectaba en las características patillas que se curvaban hacia arriba para unirse a un poblado bigote. Esta «W» roja de vello facial era la firma de Thatcher Redmond. Como famoso profesor y reconocido intelectual, su imagen era su autógrafo, como solía repetir su agente con frecuencia. Como consecuencia de ello, ya no podía cambiar su aspecto más de lo que podía cambiar el nombre. En los últimos tiempos, había experimentado a veces una punzada de envidia por sus colegas, quienes aún conservaban todas las pequeñas libertades que les permitía su anonimato, como afeitarse. A veces, pero no muy a menudo...

Al menos había conseguido una plaza en clase *business* en el vuelo de regreso. Durante el viaje a Phoenix esa misma tarde, había quedado emparedado entre dos grandes gemelos idénticos que, además, roncaban. Según le explicaron, habían pagado por el asiento de ventanilla y el de pasillo para poder tenderse a sus anchas. Antes de quedarse profundamente dormidos le habían dicho que iniciaban unas vacaciones por el suroeste que culminarían en Las Vegas, Nevada, y esa información lo había puesto de mal humor.

Thatcher era un consumado jugador. A pesar del hecho de que actualmente sus deudas ascendían a 327.000 dólares, lo que era el resultado de una improbable serie de tropiezos, estaba convencido de que poseía una aptitud matemática que rayaba en la genialidad. Thatcher casi podía ver las probabilidades como si tuviera una máquina tragaperras metida en la cabeza.

Ya fuera que esa intuición estuviera acertada la mitad de las veces o no, había dado sus frutos suficientes veces como para suponer que era acertada, y le había proporcionado suficientes ganancias inesperadas como para hacer de las apuestas siguiendo su intuición, una forma secreta de vida. Sólo en los últimos tiempos se

había convertido en una crisis en toda la extensión de la palabra, justo cuando el divorcio de su tercera esposa estaba alcanzado la «etapa desagradable».

Y, en medio de todo ese panorama, como llovido del cielo, su ayudante de cátedra de hacía tres años lo había amenazado con una demanda por paternidad. La arpía, de hecho, afirmaba haber tenido a su hijo, un crío que aparentemente ahora tenía dos años y medio, y ella quería discutir la posibilidad del matrimonio o bien un «acuerdo adecuado» con él para que pagara la manutención del fruto de su amor.

No era tanto una amenaza como un chantaje, presentado de una manera cálida y amorosa. Cuando ella lo llamó por teléfono, Sedona le había explicado que lo había visto en televisión desde que su libro había experimentado un asombroso ascenso en la lista de los títulos más vendidos, y su consiguiente ascenso como intelectual público. De una sola tacada lo había felicitado por su éxito y añadido su obligación económica para con su hijo como una rémora pegada a su espalda.

Durante años, Thatcher había conseguido mantener su afición al juego en un ámbito estrictamente privado y separado de su carrera como profesor en la cátedra de zoología en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Sin embargo, en su última partida se había quedado sin blanca, y había roto todas sus reglas. Se trataba de una apuesta profesional que era muy pública, a diferencia de sus anteriores apuestas, y aunque era la más segura que había hecho en la vida, le había reportado más beneficios que cualquier otra.

A los cincuenta y nueve años, la carrera de Thatcher Redmond había conseguido el premio gordo con la reciente publicación de su libro, *El factor humano*, que había obtenido dos prestigiosos premios, incluido, hacía sólo doce días, el codiciado Premio Tetteridge de Literatura Científica Popular.

Con un poco de suerte se metería en el bolsillo otro trofeo, la beca MacArthur Genius, dotada con medio millón de dólares, que se anunciaría dentro de cinco semanas. Aunque se suponía que las nominaciones debían ser confidenciales, él sabía que su nombre había sido incluido en la chistera.

Después de eso incluso podía haber un Pulitzer en el horizonte, si la beca MacArthur efectivamente se hacía realidad. Thatcher estaba en la cresta de la ola.

Después de años de publicar trabajos insulsos y poco conocidos acerca de las correlaciones genéticas entre las moscas de la fruta y fauna afín, trabajos que nunca serían leídos por nadie salvo un par de docenas de colegas y unos centenares de sus engañados estudiantes, Thatcher había apostado a que nada le reportaría más beneficios que interpretar el papel que todos los «no científicos» querían que desempeñaran los científicos. La sinceridad, o siquiera el conocimiento, no tenían necesidad de entrar en la ecuación.

De hecho, Thatcher sospechaba que incluso el más sincero de los científicos había estado practicando ese juego durante más tiempo que él con al menos un poco de

egoísmo, teniendo en cuenta cuán suculento era el premio y con cuánta facilidad se podía obtener.

El mar de dinero de la beca, los honorarios, los premios, los acuerdos de publicación del libro y los derechos de autor —por no mencionar la popularidad, la fama y las oportunidades para su carrera— era profundo, cálido e incitador para el científico ansioso de aportar su opinión experta, especialmente al gobierno o a los medios de comunicación y, de este modo, respaldar científicamente la causa *du jour*. El agua era cálida y recibía por igual al sincero y al deshonesto, al idealista y al oportunista. Thatcher sólo lamentaba no haberse zambullido antes en ella.

Desde su tardía llegada a la fama, el zoólogo se había visto constantemente asediado para que expresara sus opiniones acerca de una amplia variedad de temas y causas, y había estado disfrutando plenamente del paseo. En la medida en que respondiera a las tendencias más en boga en el mundo de la ciencia, las solicitudes para que apareciera en los medios y los bocados apetitosos no tenían fin.

Thatcher sabía que en ese momento de la historia de la humanidad estaba de moda condenar abiertamente el impacto de los seres humanos en el medioambiente, de modo que se había dedicado a escribir un libro que obtendría pingües beneficios de la tendencia actual, llegando a tales extremos en esa trayectoria que todos los demás que estuvieran en la pasarela parecerían desaliñados y anticuados. Y su estrategia había tenido éxito... de una forma brillante.

Consciente de que estaba explotando un mercado que muchos de sus colegas ya habían colonizado antes que él, Thatcher había decidido atacar la cima de la cadena alimentaria. Ignorando al mundo académico, se había dirigido directamente al público no científico. Después de todo, sabía perfectamente de dónde procedía en última instancia la leche materna de su profesión. Su carrera probablemente no durara mucho, lo sabía, pero no tenía por qué hacerlo. Entraría, cogería lo que deseaba y saldría a tiempo para retirarse de manera confortable y sin complicaciones a Costa Rica. Él ya sabía qué casa quería comprar. A sus planes contribuía sin duda el hecho de que no le importara si en el proceso dañaba al mundo académico o incluso a la causa de la defensa del medioambiente. En realidad, después de años de matarse trabajando de manera infructuosa con poco o ningún reconocimiento o aprecio, lo excitaba el cálculo de esa probabilidad.

Su libro le estaba reportando la clase de derechos de autor y honorarios por conferencia que necesitaba para mantener alejados a sus corredores de apuestas y a su última esposa. Contra todo pronóstico, Thatcher Redmond había demostrado estar en buena forma para la supervivencia, después de todo.

Pero entonces se produjo ese asunto de Sedona y lo jodió todo.

El Airbus A321 correteó finalmente por la pista y aceleró, elevándose en el aire. El júbilo de los pasajeros llenó la cabina y una oleada de alivio invadió su pecho

cuando el avión cobró altura.

Repasó mentalmente una vez más los acontecimientos de ese día. Hacía siete horas estaba sentado en el asiento trasero de un taxi en dirección a la zona residencial de Phoenix que ocupaba la clase alta en Camelback Mountain. Las exageradas formaciones rocosas que veía a través de la ventanilla le habían recordado a los Picapiedra. Aunque ella estaba viviendo en una mansión situada en una meseta en el suburbio más lujoso de la ciudad, gracias a su familia y a sus amigos adinerados, la muy zorra lo había hecho ir allí para chantajearlo por un niño que él jamás había deseado o siquiera sabía que tenía.

—Espera aquí, Thatcher —le había dicho Sedona, recordaba ahora.

«Aquí» resultó ser un espacioso salón bañado por el sol, decorado con valiosas muestras de arte de delfines en la mansión que estaba cuidando para un amigo. El salón tenía un techo alto, con vigas a la vista, y una puerta corredera de vidrio que se abría a la piscina. La puerta estaba entreabierta y permitía que se filtrara la brisa seca de Phoenix.

Sedona dijo que a Júnior le gustaba saltar a la piscina si nadie se lo impedía.

El mocoso pelirrojo correteaba por todas partes gritando y rompiendo cosas.

Ella añadió también que el pequeño monstruo jamás recordaba ponerse su salvavidas en forma de serpiente marina, que siempre corría directamente hacia la piscina y saltaba al agua.

Pero la puerta corredera estaba ligeramente entreabierta...

—Estoy esperando a que entre el gato. No te preocupes, el niño no puede pasar por ahí —había dicho Sedona—. Aún no es lo bastante fuerte para abrir la puerta solo y salir afuera.

Luego se marchó un momento para atender a alguien que llamaba a la puerta principal, alguna clase de entrega...

¿Acaso era una encerrona? Casi podía decirse que había rótulos de neón que lo anunciaban. Echó un vistazo alrededor en busca de cámaras ocultas mientras las probabilidades zumbaban como máquinas tragaperras en su cabeza.

Thatcher se frotó el borde de su zapato de goma mientras se apoyaba en el respaldo de la confortable butaca del avión. Después del miserable viaje de ida, había optado por un vuelo que salía más tarde a cambio de un asiento en la clase *business*. El precio habían sido seis horas de espera, pero toda una sección sólo para él.

Había hablado con Sedona durante aproximadamente quince minutos en la escalera de entrada, asegurándole que la ayudaría. Le había prometido, además, que pronto se pondría en contacto con ella. Incluso la había besado en la mejilla mientras el gato gris salía por la puerta y se enroscaba alrededor de su pierna, haciendo que estuviera a punto de tropezar de camino al taxi que lo esperaba.

Cuando, a unos kilómetros de distancia, el taxi pasó junto una ambulancia que

aceleraba en dirección opuesta, le dio un vuelco el corazón.

Con la sirena ululando y las luces girando en el techo, parecía una máquina tragaperras de un millón de dólares que pagara el premio mayor.

—Eh, ¿no es usted Thatcher Redmond? —preguntó una voz estridente.

Se volvió, sobresaltado, hacia el hombre que estaba al otro lado del pasillo.

—Sí.

—¡Vaya! ¡He leído su libro, amigo! —El australiano bronceado le estrechó la mano vigorosamente—. Realmente cree que los seres humanos se van a cargar todo el planeta, ¿eh?

«Mi querido paleta —pensó Thatcher—, acabas de aumentar esa probabilidad en mi mente.»

—Es una posibilidad. —Thatcher sonrió amablemente.

—No lo sé. —El hombre meneó la cabeza—. Yo viajo mucho y miro a través de esta ventanilla y apenas si puedo decir siquiera que estemos aquí, ¿eh?

—¿Puede ver un virus mortal dentro de un ser humano?

—Bueno, no, ahora que lo menciona.

—El libre albedrío es un virus. Todo lo que se necesita para crear destrucción es dejarlo suelto y dotarlo de razón. Puede apostar por él siempre.

—Bien, lamento oír eso. No es demasiado bueno. Ah, bien...

—No se preocupe. La mierda no llegará al ventilador al menos hasta dentro de un par de siglos. Estamos a salvo. —Thatcher le guiñó un ojo obscenamente al hombre y sonrió.

—¡Ah, entonces eso es bueno para nosotros! Deduzco, sin embargo, que es muy malo para nuestros hijos, ¿no? Oh, lamento haberlo molestado. Veo que tiene otras cosas en la cabeza.

—En absoluto —dijo Thatcher, aliviado de poner fin a la conversación.

—Aquí tiene sus cacahuets, señor.

Se sobresaltó levemente cuando la azafata apareció a su lado.

—¡Gracias! —dijo, irritado por haber sido identificado por un testigo en el avión, y trató de evaluar los posibles daños.

Thatcher apagó la luz que había encima de su asiento y miró a través de la ventanilla negra. Intentó pensar en la aparición que tenía programada para el día siguiente por la noche en la CNN para hablar, otra vez, sobre lo sucedido en la isla Henders. Pero sus pensamientos comenzaron a vagar mientras contemplaba su reflejo en el cristal oscurecido. «No tiene ninguna importancia —pensó—. Por supuesto que la he visitado, pero nadie puede demostrar nada.»

Cogió una copa de champán de la bandeja que llevaba una azafata.

Permitiendo relajarse finalmente, brindó por sí mismo, y comenzó a sentir la misma emoción en el estómago que experimentaba siempre que conseguía el premio

gordo.

# ILUSTRACIONES Y MAPAS

## ANIMALES TERRESTRES

Artrópoda	Subfilum: Crustacea
Clase: Hoplocarida	Orden: Homalocarida

### Rata Henders

*Rodentocaris hendersi*

Uno de los depredadores más impresionantes e ingeniosos de la isla Henders, este feroz pariente de la esquila de agua parecido a un mamífero se mueve velozmente utilizando sus nueve «patas», contando la cola que usa como catapulta.



**Hábitat**  
La jungla, aunque se sabe que estas ratas persiguen a sus presas hasta cualquier hábitat en la isla, excepto el agua.

**Metabolismo de alta energía**  
La singular sangre con base de cobre que posee la mayoría de los organismos de la isla Henders es muy eficaz a la hora de transportar el oxígeno a los músculos. Las ratas Henders exhiben una fuerza, velocidad y resistencia notables.

**Un depredador temible**  
Las ratas Henders son cazadoras solitarias que se unen para aparearse poco después de nacer. Si sobreviven al encuentro dan a luz a crías vivas y nunca se preocupan por mantenerlas. Las ratas Henders se unen rápidamente para disfrutar de ferozese festines y acostumbran a comer miembros de su propia especie.



**Cola catapulta**  
Esta «novena pata» es en realidad un abdomen extendido y una cola, que se pliega debajo del cuerpo. Posee cuñas para aferrarse al suelo. Cuando la rata Henders necesita acelerar rápidamente la velocidad de su salto, utiliza la cola como si fuese una catapulta, lo que le permite realizar saltos de hasta 10 metros, o 30 veces la longitud de su cuerpo.

**El ataque de la rata**  
Con la cola extendida e impulsándose hacia adelante con los dos pares de patas traseras, la rata Henders ataca con sus garras afiladas, apuñala, corta y atonta a su presa con golpes lanzados a la velocidad del rayo. Incluso la legendaria mangosta demostró no ser rival para la *Rodentocaris hendersi*. Las pinzas del primer grupo de patas pequeñas situadas a cada lado de la boca cortan a su presa en pedazos.



ANIMALES TERRESTRES

**Ventanas al mundo**

Las ratas Henders poseen ojos similares de los de la esquila de agua. Estos ojos pueden distinguir muchos más colores que los que detecta el ojo humano. Cada ojo de la rata Henders posee una percepción de profundidad trinocular; los seres humanos necesitan que ambos ojos trabajen de forma simultánea para conseguir una percepción de profundidad binocular. Cada ojo puede seguir también el rastro de una presa (o de un depredador) de forma independiente, y cada uno de ellos puede girar sobre su pedículo a través de un arco de 70 grados en un microsegundo. Estos ojos pueden percibir asimismo diferencias en los planos de luz polarizada, permitiendo que las ratas Henders vean imágenes que los seres humanos no percibirían en absoluto o bien lo harían en forma de un simple resplandor.



**Más veloz que una bala**

La impresionante acción del enorme segundo par de patas puede producir una fuerza equivalente a la de una bala disparada por una arma de pequeño calibre.



**Patas poderosas**

Los cuatro pares de patas de la rata Henders poseen una articulación extra que les permite la hiperextensión de todas las patas.



**Un cerebro extra a bordo**

Al igual que muchas especies de la isla Henders, la *Rodentocaris hendersi* presenta una masa ganglionar extracéfálica —un segundo cerebro— situada dentro de una joroba dorsal en su espalda. Montadas en el extremo posterior de la joroba dorsal hay tres ojos orientados hacia atrás que el animal utiliza para dirigir las maniobras evasivas.

Tamaño Hasta 30 cm de largo	Reproducción Hermafrodita, de a luz a crías bívulas	Dieta Omnívora
--------------------------------	--	-------------------



Representación artística de un *spiger* atacando la caravana de sir Nigel Holscombe, cortesía de Nigel Productions y la BBC.

## 5 DE SEPTIEMBRE

*17.10 horas*

La ventana de la burbuja en el extremo de la Sección Uno estaba cubierta ahora de brotes verdes, amarillos y púrpuras.

Una vegetación similar, surgida de la selva, ya se había extendido sobre una cuarta parte de las ventanas laterales del laboratorio.

Pero fuera del resto de las ventanas, todavía podían verse zonas de plantas comunes y árboles en tiestos que Nell había solicitado que le enviaran y colocaran en el terreno en pendiente, cada uno de ellos acompañado de un ROV, un vehículo accionado a distancia que registraba su suerte.

Quentin felicitó a Andy mientras miraban las ratas Henders vivas en el abrevadero. Era la primera rata adulta viva que habían conseguido capturar para su observación.

—¿A qué te recuerdan esos movimientos que hacen con los ojos?

Quentin acercó la cámara cenital todo lo posible sin asustar al animal.

—¡Sí, vaya! —asintió Andy.

—¿Qué? —preguntó Nell. El rostro sonriente del animal hizo que sintiera un escalofrío. Sus globos oculares bizcos parecían mirarla fijamente, no importaba hacia adonde se moviera.

—La mayoría de los animales de la isla parecen tener los ojos como los de la esquila de agua —le dijo Quentin.

—¿Y?

—Y la esquila de agua tiene ojos compuestos, con tres hemisferios ópticos.

—Una profundidad de percepción «trinocular».

—Nosotros tenemos una percepción binocular —dijo Andy.

—Sí, lo sé, Andy —asintió Nell.

—Estas cosas pueden ver el mismo objeto tres veces con cada ojo. De modo que perciben tres dimensiones mejor con un ojo que nosotros con dos.

Quentin señaló el ojo de la criatura ampliado en el monitor, moviendo el dedo índice de un lado a otro.

—¿Ves cómo ahora cada ojo está escudriñando lentamente?

—¿Uno de ellos hacia ambos lados y otro hacia arriba y hacia abajo? ¡Caray!

Andy se echó a reír, asombrado.

—Están «pintando» la polarización y los datos de color como un maldito vehículo explorador de Marte, sólo que mucho más rápido —dijo Quentin—. Oh, sí, esa rata puede vernos perfectamente, justo a través del brillo de este acrílico.

—Sus ojos también tienen un movimiento sacádico —dijo Andy mirando a Nell—. Eso es lo que nos permite leer sin que los pequeños movimientos que realiza el

ojo nos empañen la visión.

—Y son capaces de ver cinco veces más colores que nosotros... por lo menos — agregó Quentin.

—¿Pueden hacerlo? —Nell miró a Andy con expresión severa.

—Los seres humanos tenemos tres clases de receptores de color: verde, azul y rojo. ¡Estas criaturas pueden tener hasta diez clases de receptores de color!

—Allí va el árbol de Navidad. —Quentin señaló a través de la ventana mientras los restos carcomidos de una araucaria, uno de sus especímenes de prueba, se derrumbaba en medio de un enjambre de bichos voladores.

La escotilla situada en el extremo del laboratorio hizo sonar un agudo pitido de alarma al abrirse y el jefe de los técnicos de la NASA, Jebediah Briggs, entró y cerró la escotilla tras él.

—Esta sección del laboratorio está cubierta con casi un metro de mierda en el exterior —les informó Briggs. Era un hombre alto, atlético, con el mentón hendido como Kirk Douglas sobresaliendo por encima de su mono azul. Todo el mundo había llegado a temerlo—. Y acabamos de detectar un pequeño descenso en la presión. ¡De modo que, chicos y chicas, ha llegado el momento de evacuar la Sección Uno!

—Eh, Otto, ¿cuántos ROV nos quedan? —preguntó Nell.

—Nos quedan sesenta y ocho de los noventa y cuatro almacenados bajo el StatLab Uno.

—¿Puedes controlarlos desde cualquier sección del laboratorio?

Otto lo pensó un momento.

—¡Sí!

—Muy bien, instalaremos nuestra base de operaciones en la Sección Cuatro —dijo Nell mirando a Briggs—. Y, mientras tanto, utilizaremos las secciones Dos y Tres todo el tiempo que sea posible. ¿Qué le parece la idea, Briggs?

—Por mí no hay problema —asintió Briggs—. Ahora, si queréis mover vuestros culos tan de prisa como podáis..., eso sería, bueno, ¡obligatorio! —gritó.

Todos se apresuraron a coger sus ordenadores portátiles y cuantos especímenes les fuera posible mientras atravesaban la escotilla y subían la escalera que comunicaba con la Sección Dos.

—Esteriliza el abrevadero, Otto —dijo Nell con voz severa—. Sabes que no podemos tener un espécimen de ese tamaño de manera segura.

—Está bien —repuso él, frunciendo el ceño.

### 20.10 horas

A bordo del *Trident* se había servido la cena: patatas enlatadas, ensalada de mandarina y un montón de esquilas de agua fritas que el chef había pescado en la proa de estribor la noche anterior.

Zero masticaba con fruición el succulento trozo de crustáceo mientras contemplaba el cielo sembrado de estrellas brillantes desde una tumbona en la cubierta del entresuelo, con el plato vacío apoyado en la entrepierna.

—Sabes muy bien que quieres hacerlo —dijo una voz en un tono persuasivo.

—No sé de qué me estás hablando, Cynthea —suspiró Zero, y se tendió cuanto largo era en la tumbona.

—No puedes dejar pasar una oportunidad como ésta.

—Tal vez —dijo Zero.

—Te he ofrecido la mitad del dinero, maldita sea. ¿Qué más quieres?

Zero sonrió.

—Sigue hablando, querida.

Dante sonrió burlescamente al ver la actitud de Zero y se marchó a la cubierta inferior.

### *21.31 horas*

La luz de la luna iluminaba la cala fuera del ojo de buey de su camarote mientras Dante organizaba sus pertrechos.

Había decidido llevar sólo lo imprescindible, equipando su arnés de escalada Black Diamond y los portamateriales con grampones, levas, mosquetones y varios grigris. Luego unió seis secciones de sesenta metros de cuerda dinámica Edelweiss para la escalada en solitario.

A continuación comprobó la cámara Voyager Lite y la mochila de transmisión que había cogido del compartimento de almacenaje de «SeaLife». Los indicadores de carga de las baterías señalaban que estaban casi llenas, y el visor nocturno mostró la esperada imagen verdosa. Localizó el botón de transmisión, al que podía acceder fácilmente en la mochila.

Metió la mochila, la cuerda y el equipo de escalada en una bolsa de lona impermeable de metro y medio de largo y luego levantó una tabla de surf que había traído consigo para poder llevar el equipo a tierra sin que lo detectara el radar de la marina.

La luna llena brillaba justo encima de su cabeza cuando se deslizó al agua desde la popa del barco, junto a la Zodiac más grande, depositando la bolsa con el equipo sobre la tabla. Una vez en el agua se colocó un par de aletas. Luego se dirigió silenciosamente hacia la costa aprovechando la marea y reservando las fuerzas de los músculos de las piernas.

### *21.32 horas*

Nell miró a través de la ventana de la Sección Cuatro, estudiando los brillantes

apacentadores nocturnos mientras brotaban en el terreno bañado por la luz de la luna. ¿Qué clase de simbiote podía alternar su química para alimentar a tantas fuentes diferentes de nutrientes?, se preguntó. Se frotó la frente mientras le daba vueltas al problema en su cabeza.

Andy la miró.

—¿En qué estás pensando?

—No se trata de líquenes —dijo ella.

—Muy bien. ¿Qué es entonces?

—No estoy segura... El índice máximo de crecimiento del liquen es de aproximadamente uno o dos centímetros por año. El material de estos campos crece más de prisa que el bambú. Es un modelo de crecimiento geométrico que me recuerda a los fósiles Ediacara, unas organizaciones realmente primitivas de vida unicelular. En cualquier caso, todo parece indicar que constituyen la base de la cadena alimentaria en este lugar.

—Si no es un liquen, ¿qué es?

—Llamémoslo trébol. El trébol lleva a cabo el proceso de fotosíntesis durante el día y come piedras por la noche, y estas plantas salen de noche para comerse el trébol. Tal vez prefieren los minerales que el trébol consume por la noche, o no les gusta nada la clorofila... Sabemos que algunas algas verdes en las alberquillas donde beben los pájaros se vuelven rojas para protegerse del exceso de luz o salinidad del agua, pero les lleva varios días cambiar de color...

—Hum...

—Pero sabemos que el liquen es un simbiote formado a partir de algas y hongos. —Abrió los ojos y observó a Andy pero él tenía la mirada perdida—. En los líquenes, las algas suministran oxígeno y moléculas orgánicas como azúcares y trifosfato de adenosina a través de la fotosíntesis. Los hongos ayudan a disolver los minerales y aportan los nutrientes necesarios para que las algas sinteticen las moléculas orgánicas. —Miró fijamente a Andy—. ¿Me sigues?

—¡Claro!

—Muy bien, ¿qué hace que ese trébol se torne púrpura? Lo único que se me ocurre es una bacteria púrpura. —Miró al otro lado de la ventana como si, de pronto, pudiera ver a través de la niebla—. Podría tratarse de un simbiote de cianobacteria y proteobacteria que utiliza azufre como una fuente de energía... ¡y se vuelve púrpura! En la isla abunda el sulfuro de hierro, la pirita de cobre; pude verlo cuando estuve en la playa. De modo que si se trata de alguna clase de simbiote de cianoproteobacteria, entonces la fase púrpura de esta cosa produciría sulfuro de hidrógeno gaseoso y olería a huevos podridos, ¡como mencionó Zero! Pero durante el día, cuando se desarrolla la fotosíntesis, produciría oxígeno..., mientras que la bacteria reductora del azufre podría retirarse bajo tierra...

Nell se inclinó hacia adelante, observando a una de las criaturas parecidas a helechos que estaba más cerca y que presionaba una hoja transparente contra el suelo. Una ligera nube de humo blanco envolvió el extremo de las hojas acolchadas.

—¡Por supuesto! —Nell miró entonces a Andy con los ojos muy abiertos mientras tres ideas chocaban en su mente privada de sueño—. ¡Si esas cosas sólo salen de noche, deben de ser tan primitivas que tienen que evitar el oxígeno! Es posible que necesiten el sulfuro de hidrógeno para protegerse y recrear la atmósfera original a partir de la cual evolucionaron. ¿Lo entiendes?

—¡Continúa, continúa!

—Y si esos «comedores» ingieren ese material cuando es de color púrpura, podrían estar ingiriendo bacterias púrpuras como *Thiobacillus* para convertir el sulfuro de hidrógeno de las plantas en ácido sulfúrico, ¡que podrían estar empleando para rascar los tréboles fuera de las rocas!

—Nell —dijo Andy, boquiabierto—, eres asombrosa. No tengo la menor idea de lo que acabas de decir, pero es asombroso. Les dije a todos en la Sección Dos que pensabas que eran líquenes, así que ahora lo llaman liquen. Lo siento.

Nell se echó a reír con expresión de fatiga.

—No pasa nada, Andy. Resulta difícil creer siquiera que sea nuestro planeta. Sin embargo, me siento feliz de estar aquí. Si no pudiera hacer algo después de..., creo que me hubiera vuelto loca a bordo de ese barco.

—Sí. Creo que lo llaman la culpa del superviviente.

—No. —La ira borró todo rastro de humor de su rostro—. Si los supervivientes hacen algo al respecto, no hay ninguna razón para que se sientan culpables, Andy. A menos que no lo hagan.

—Depende de los vivos vengar a los muertos, ¿eh? ¿No es eso lo que se dice?

Nell contempló la selva que se iba cubriendo progresivamente de sombras y pensó en sus once compañeros que ahora estaban muertos.

—Algo así —contestó débilmente.

—Pero ¿puedes vengarte de unos animales, Nell? Después de todo, fuimos nosotros quienes invadimos su mundo. Los animales no pueden evitar lo que hacen. No tuvieron elección. Sé lo que le pasó a tu madre, Nell, pero...

Ella lo fulminó con la mirada.

—De acuerdo —asintió Andy, y se alejó—. Lo siento.

Nell volvió a mirar a través de la ventana, concentrándose en las brillantes criaturas que surgían de las pendientes púrpura de la isla.

Ahora salían de la jungla verdaderos enjambres de bichos luminosos que se arremolinaban a través de los campos mientras comían.

21.45 horas

Dante se quitó las aletas y arrastró la tabla por la playa en dirección a las rocas. Después de ocultar las aletas junto a una gran piedra y encajar la tabla de costado entre dos montículos, llevó la bolsa de lona con el equipo de escalada a través del saliente rocoso que había en el borde de la grieta.

Abrió la bolsa, se colocó el arnés, sujetó las lazadas de cuerda y se calzó un flamante par de sus zapatillas de escalada favoritas Five Ten. Luego cerró la bolsa, se la colgó a la espalda y comenzó a trepar por la grieta.

Después de haber recorrido unos veinte metros, Dante divisó una ruta ascendente en la cara izquierda. Observó con cautela el cañón de roca que se abría delante de él y sopesó sus opciones. De una pequeña bolsa que llevaba sujeta a la cintura sacó un puñado de polvo de tiza con el que cubrió sus manos y, acto seguido, palpó la cara del risco, examinando con cuidado la superficie.

La roca era convenientemente dura; también abundaba en huecos y grietas para los grampones y las levas. Decidió que podía hacer una escalada limpia en esa cara, sin necesidad de utilizar el martillo o las clavijas y sintió una oleada de confianza. Sería una perfecta escalada en solitario.

Dante visualizó la primera línea de sujeciones a la luz de la luna, luego se puso el equipo y comprobó su equilibrio. El hecho de llevar encima el pesado equipo alteraba su centro de gravedad, y la cámara que llevaba sujeta al pecho le impediría abrazarse a la roca. Decidió entonces atar la cámara a la mochila, lo que empeoró el centro de gravedad pero, al menos, no se interponía en su camino.

Alzó la vista. Una cara vertical de unos treinta metros se alzaba encima de él formando una rampa perfecta, una fisura diagonal que se extendía casi hasta la cima de la pared de doscientos treinta metros. La parte complicada sería un saledizo en los últimos diez metros.

Esperaba poder ascender dos tercios de la distancia que lo separaba de la cima, encontrar una cornisa y dormir allí hasta el amanecer. Luego se pondría en contacto con Cynthea y filmaría el resto de la ascensión, transmitiendo al mundo las primeras imágenes en vivo de la isla Henders.

Zero se iba a enterar.

Después de apilar seis rollos de cuerda unidos sobre una roca plana en la base del risco, ató el extremo de la cuerda a una leva y enganchó ésta al arnés del pecho. Sentía que la adrenalina corría por sus venas cuando saltó y se agarró del primer asidero en la roca, llevando el extremo de la cuerda consigo.

De pronto, un sonido como el de la bocina de un camión se oyó detrás de él, provocando que casi se le parara el corazón en medio del profundo silencio de la noche.

Saltó hacia arriba instintivamente, «embadurnándose» los pies en un frenético movimiento sobre la superficie rocosa.

—¡Qué cojones...! —gritó, colgado de la roca y girando el cuerpo para mirar debajo de él. Lo que vio parecía ser una araña gigante del tamaño de un Chevy Suburban, cubierta de rayas de pelo brillante, que chocaba contra la pared a pocos centímetros de sus pies.

Un agujijón negro se extendió desde la araña y excavó el risco junto a su pierna derecha, abriendo un surco en la dura pared de piedra. Dante se elevó casi dos metros en un aterrorizado salto para coger la siguiente sujeción con sus manos cubiertas de polvo de tiza.

Impulsado por la adrenalina, retrocedió por un pliegue en la superficie de la pared y ascendió los siguientes quince metros más rápidamente de lo que jamás había escalado una pared en su vida. Hizo una pausa para recobrar el aliento en una pequeña cornisa y se asomó para mirar hacia abajo. Tres formas de gran tamaño merodeaban como tigres fosforescentes.

—Por favor, decidme que no podéis trepar —susurró jadeando.

Una vez recuperado el aliento, metió ambas manos en el saco con polvo de tiza, las empolvó completamente y reanudó la ascensión, mirando ocasionalmente hacia las formas cada vez más pequeñas que había abajo. La rampa se encontraba a otros quince metros por encima de él.

Su mano se apoyó sobre una textura suave y extraña y reculó momentáneamente de lo que parecía una cucaracha del tamaño de un perro con la cabeza en forma de bumerán. Pero estaba inmóvil, y Dante comprendió en seguida que se trataba de un fósil. Vio otros fósiles alrededor, oscuros y lustrosos, sobre la pared de piedra iluminada por la luna.

Cuando llegó a la rampa colocó otra leva provista de un grigri a modo de protección. Luego se arrastró hasta la esquina y miró hacia la fisura.

Mucho más arriba de la grieta vio el túnel en forma de cuerno del follaje de la selva, su brillante contorno delineado por el remolino de chispas de millones de bichos voladores. Decidió permanecer fuera de su línea de visión tanto como le fuera posible para evitar ser detectado por cualquiera de las criaturas.

Al girar en la esquina retrocedió hasta un cubo de piedra que sobresalía del risco como un afilado bauprés de roca. Clavó allí otra leva y marcó su elevación, unos sesenta metros. Se enfrentaba a una sinuosa ascensión vertical de aproximadamente veinte metros al descubierto, hasta que otra rampa de piedra lo llevara a la cima del acantilado.

Volvió a espolvorearse las manos e inició la ascensión.

El brillo de la luna sobre otro fósil captó su atención, de modo que subió hacia allí para echar un vistazo.

La cosa saltó entonces desde la roca y cerró las mandíbulas junto a su cara, devorando un bicho brillante que pasaba junto a su oreja.

Dante, sobresaltado, sintió que sus manos se deslizaban por la roca y perdía la sujeción.

Cayó al vacío.

La leva que había colocado se expandió en la grieta cuando el peso de su cuerpo tensó el grigri. Se balanceó debajo del cubo de piedra. Había caído unos diez metros pero la protección había resistido.

Ahora pudo ver bien a la criatura que bajaba rápidamente por la cara del risco, moviéndose como un enorme escarabajo soldado a un pez volador.

Se izó por la cuerda hasta el punto de sujeción y permaneció colgado allí, observando si había más de esos fósiles vivientes a su alrededor cazando los insectos voladores que pasaban junto a él.

#### *22.08 horas*

—Quentin, reserva el resto de los vehículos para cuando amanezca, ¿de acuerdo? —dijo Nell—. Concentrémonos en iluminar y filmar a intervalos los especímenes de campo hasta que se haga de día.

Quentin encendió las luces exteriores para las cámaras que continuarían filmando un cuadro de los especímenes de plantas expuestos fuera del laboratorio cada treinta segundos durante toda la noche.

—¡Dios! —exclamó Nell mientras visionaba las imágenes de las filmaciones realizadas durante los últimos cuarenta y cinco minutos. Miró a través de la ventana y vio que algunos de los especímenes ya habían sido devastados, desarraigados y reemplazados por otra cosa.

—¿En, qué es eso? —preguntó un técnico de la NASA.

El aire se había llenado de un extraño zumbido.

Todo el laboratorio pareció vibrar para luego mecerse suavemente de un lado a otro.

—Probablemente sea un temblor —sugirió Quentin—. Los militares dijeron que habían captado una actividad sísmica de bajo nivel en la isla hace unos días.

—Resistid, chicos —dijo Andy.

Nell cogió con fuerza el borde de la encimera del laboratorio y miró a través de la ventana los árboles que temblaban en el límite de la selva.

#### *22.09 horas*

Dante sintió el temblor antes de oírlo. Al principio creyó que todo el risco se desplomaba, pero luego se dio cuenta de que sólo era la placa de piedra a la que estaba sujeto, que se separaba del risco con un lento crujido. Se movió hacia un lado, cogiéndose con los dedos de la mano izquierda a una grieta y balanceándose hacia

arriba para aferrarse a un punto muerto con la derecha, al tiempo que conseguía un punto de apoyo para su pie izquierdo. Sabía que ésa era la escalada más increíble que había hecho nunca, pero no le importaba porque estaba aterrado.

Una lluvia de rocas caían a su alrededor y comprendió que la última protección que había colocado estaba quince metros más abajo. Tenía que llegar a la rampa superior y tenía que hacerlo de prisa.

Los planeadores del risco se volvieron más audaces, mordiéndole levemente los hombros, la espalda y los talones a medida que ascendía, revoloteando a su alrededor en gran número como si fueran escarabajos voladores apiñándose sobre la cara del risco.

—Aguanta, hermano —se dijo nerviosamente.

*22.09 horas*

El zumbido cesó de repente.

—Ahora sé lo que se siente durante un terremoto —dijo Andy.

—Muy bien, ya ha pasado —repuso Nell, visiblemente aliviada.

Briggs pasó a través de la escotilla que comunicaba con la Sección Tres. Su expresión era grave.

—Eh, Briggs. ¿Hay alguna manera de llegar a la Sección Uno y recuperar mi gorra de los Mets? Creo que la dejé allí. —Nell le sonrió.

—Eso ha sido muy gracioso, Nell. Pero no. ¿Ahora también tenemos terremotos?

—No ha sido tan malo..., hasta el momento.

—Sí, claro. —Briggs la fulminó con la mirada—. ¡Pues que vengan las avalanchas de lodo y los huracanes!

*22.11 horas*

Dante comenzó a sufrir calambres en el antebrazo cuando el trabajo de los dedos hinchó sus brazos y debilitó su sujeción a la roca. Trató de cambiar más peso del cuerpo a los pies y, finalmente, con los músculos muy doloridos consiguió llegar a la grieta e introducirse en ella. Agitó los brazos dentro del vientre de piedra y luego colocó algunas protecciones en un agujero que había encima de su cabeza, enganchándose a ellas con un mosquetón de seguridad.

No estaba muy seguro acerca de vivaquear en la pared de piedra, no parecía una buena idea dormir en ese lugar. Se adentro gateando en la grieta y descubrió una fisura vertical que ascendía como una escalera directamente hasta el saledizo que había en la cima. Sintió una punzada de esperanza. Si esa parte del risco era tan limpia como parecía, podría llegar a la cima en quince minutos.

Decidió que había llegado el momento de transmitir utilizando la cámara en

modalidad de visión nocturna. Puso en marcha el walkie—talkie de «SeaLife» y llamó.

*22.26 horas*

Cada tres minutos y medio, Peach le daba un mordisco a su barrita de cacahuete MM mientras jugaba el nivel 26 del Halo 5 cuando, súbitamente, vio un icono que parpadeaba en una esquina del monitor.

Activó el icono como si estuviera liquidando a otro alienígena y la imagen captada por la cámara de Dante, turbia y con interferencias, llenó la pantalla. «Estoy aquí, en la isla Henders, a unos cien metros de la cima del acantilado. Chicos, ¿me recibís? Espero que vuestros walkie—talkies estén encendidos, colega...»

Peach miró a su alrededor buscando su walkie—talkie pero no pudo encontrarlo.

*22.26 horas*

Cynthea dormía en su camarote cuando comenzó a sonar el localizador de su walkie—talkie en la mesilla de noche. Se levantó como un resorte al oír la voz de Dante.

Vestida con un pijama azul marino, corrió hacia la sala de control con el walkie—talkie pegado a la oreja.

—¡Dante! ¡No deberías estar haciendo esto! —lo regañó sin dejar de correr.

—Eh, está hecho, Cynthea. Le dije que podía subir esta cosa. ¡Aquí estoy!

—¡Oh, Dios mío! —gimió ella.

Tan pronto como llegó a la sala de control y vio las imágenes en vivo, aunque oscuras y erráticas, cogió el teléfono vía satélite del barco y marcó un número.

—Soy Cynthea Leeds, ¿puedo hablar con Barry? Despiértalo, cariño, confía en mí, ¿de acuerdo? ¡HAZLO! —Miró a Peach con el ceño fruncido y cubrió el auricular con la mano—. ¿Puedes bajar el contraste y darle más brillo a la imagen o algo así, Peach? Necesitamos algo más que eso. —Apartó la mano que cubría el auricular—. Barry, tengo a un escalador con una cámara a diez metros de la cima del acantilado de la isla Henders preparado para transmitir en directo. Despierta, Barry. ¡Despierta! ¡Tenemos que salir en directo ahora! ¡Es la emisión del siglo! ¡Podemos evitar la censura de las noticias de la isla Henders! ¡Maldita sea, es nuestra oportunidad! ¿Barry?

Peach podía oír a Barry a través del altavoz del teléfono.

—¿Sabes qué hora es en la costa Este, Cynthea? ¡Es la una y media de la madrugada!

—¡Eso es lo que hace que sea televisión legendaria, Barry! —Cynthea meneó la cabeza y miró a Peach—. ¡Hazlo! ¡Tendrás los derechos exclusivos de un millón de

repeticiones! ¡Esto es como el primer alunizaje, Barry! —Volvió a cubrir el auricular—. Dile a Dante que espere antes de atacar la cima. Barry está sacando el culo de la cama e irá a la oficina, pero Dante tiene que quedarse donde está durante diez minutos. —Se llevó el teléfono de nuevo a la oreja—. Muy bien, Barry, cariño, ve a la oficina. ¡Gracias, eres un cielo!

### *22.27 horas*

—Muy bien, espero que esta visión nocturna les llegue sin problemas, tengo la cámara sujeta al pecho y están viendo el risco que se eleva encima de mí —dijo Dante—. Estoy ascendiendo por una grieta. Podéis ver algunos de esos bichos planeadores justo por fuera de ella. Aquí estoy protegido, pero han estado acercándose cada vez más y uno de ellos parece que me ha mordido en el codo. No obstante, en general, se comen esas grandes luciérnagas que me perseguían...

Dante ascendió otros quince metros antes de colocar un grampón. Según sus cálculos, ahora se encontraba a unos treinta metros de la cima.

La voz de Peach irrumpió súbitamente a través del walkie—talkie.

—¿Puedes detenerte a unos diez metros de la cima y esperar a la luz verde, Dante?

—No hay problema. Pero no me hagáis esperar demasiado, el último tramo es un saledizo, colega.

—De acuerdo. Sigue grabando, estamos recibiendo todas las imágenes. No deberías haberlo hecho, ¿sabes? —dijo Cynthea—, ¡pero te convertirás en una superestrella, cariño!

—¡Bien! —Dante sonrió mientras seguía ascendiendo por la grieta, agachándose de vez en cuando para esquivar alguno de los planeadores.

### *22.39 horas*

—¿Lo estás recibiendo, Barry? —Lo estamos recibiendo, lo estamos recibiendo. Es un material impresionante.

—¿Estamos en directo? —Se produjo una pausa y Cynthea miró fijamente el teléfono—. ¿Barry?

—Es un material excelente, Cynthea, pero no sé... Mañana cenaré con el congresista Murray, del comité de regulación de la Comisión Federal de Comunicaciones, para discutir con detenimiento los detalles de la fusión...

—¡Eres un maldito cabrón traidor hijo de puta! —gritó Cynthea.

—Escucha, Cynthea, quizá podamos conseguir un tiempo de emisión mejor y organizar un programa especial con todo este material más tarde, sin meternos en problemas con la comisión o violar la jodida Acta Patriótica o sólo Dios sabe que más

me está indicando el abogado con la cabeza en este momento, ¿de acuerdo?

—¡No me falles, Barry! —lo amenazó Cynthea.

*22.40 horas*

Dante permanecía suspendido de un par de levas que había conseguido calzar en el techo del saledizo, diez metros por debajo de la parte superior del reborde rocoso. Al mirar a través del abismo, la cara del risco opuesto parecía acercarse para luego retroceder.

—La cosa está un poco chungá aquí arriba, tío, y creo que estamos teniendo otro seísmo. ¡Espero que estés recibiendo esto, colega!

—Intenta mantener la cámara estable. —La voz de Peach se oyó a través del walkie—talkie sujeto al brazo de Dante.

—¡Inténtalo tú, tío! —replicó éste frunciendo el ceño.

Dante colocó dos tornillos de escalada en pequeñas grietas encima de su cabeza y equilibró la tensión en los enlaces. Los planeadores del risco saltaban junto a él y se comían los brillantes bichos voladores que eran atraídos hacia su cuerpo suspendido en el vacío.

Se balanceó hacia adelante y se agarró al borde del saledizo, afirmándose con un brazo y estirando el otro para colocar otro grampón.

Se encontraba a diez metros de la cima del risco.

—Tíos, decidme cuándo. Y hacedlo de prisa, ¿de acuerdo?

*22.42 horas*

—¡Venga ya, Barry! ¡Tienes imágenes en directo desde la isla Henders listas para salir al aire, maldita sea!

Peach oyó la respuesta de Barry a través del auricular de Cynthea:

—¡No quiero tener otra carnicería en televisión!

En el fondo se podía oír la narración de Dante mientras dirigía la cámara a través de la fisura.

—Estoy a pocos metros de la cima..., ¿qué cono?

La otra pared se encontraba a sólo seis metros de distancia. Las oscuras criaturas semejantes a trilobites parecían estar congregándose en gran número justo frente a él.

—Eso no tiene buena pinta —le dijo Peach a Cynthea.

—No me gusta el aspecto de esas cosas, tío —llegó la voz de Dante—. ¡Oh!, ahora vienen hacia mí desde todas direcciones. No puedo seguir esperando aquí, colega. Voy a por la cima.

—De acuerdo, salimos en directo dentro de cinco segundos —anunció Barry—. ¡De modo que prepárate, Cynthea, maldita zorra!

—¡Podría casarme contigo, Barry!

—Muy bien —gruñó Dante—. Ya casi estoy en la cima de la isla Henders...

—«Hemos recibido imágenes en directo desde la isla Henders tomadas por un miembro del equipo del programa SeaLife, quien, sin contar con nuestro permiso o autorización, está a punto de coronar el acantilado de la isla y transmitir las primeras imágenes del interior —narró Cynthea—. ¿Qué es lo que ves, Dante?»

—Maldita sea, creo que esas cosas tienen dientes —exclamó éste—. Oh, joder, estoy cubriendo los últimos metros, esperad.

La cámara barrió la pálida roca iluminada por la visión nocturna mientras todos oían sus gruñidos y la respiración agitada.

—¡Sigue hablando, querido, sigue hablando! —lo instó Cynthea—. ¡Pero no digas tacos, cielo!

*22.44 horas*

Dante alzó una mano por encima del reborde y se impulsó a la cima del risco. Los músculos le temblaban por el esfuerzo y el cansancio y permaneció tendido un momento, respirando profundamente mientras daba gracias. Lo había conseguido.

Se puso de pie.

—¡Oh, mierda!

Uno de los tigres gigantes, con sus brillantes rayas anaranjadas y rosas, estaba sentado frente a él. Tenía el tamaño de un tractor.

Cuando giró sobre sus talones y se lanzó nuevamente hacia la grieta alcanzó a ver una figura luminosa en el lado opuesto de la fisura que saltaba en el aire y extendía cuatro brazos formando una X.

—¡Oh, miiiiieerda!

Dante oyó que la cosa imitaba su voz profiriendo un estridente chillido.

*22.44 horas*

—¡Cortamos la transmisión, Cynthea! —gritó Barry. —¿Te has vuelto loco? —gritó ella a su vez.

*22.44 horas*

La cuerda dio un brusco tirón en su arnés mientras se afirmaba dentro del grigri y tensaba la leva clavada en el reborde.

Dante quedó colgado boca abajo girando en el vacío. Una nube de bichos lo rodeaba, mientras los planeadores del risco los iban cazando.

Enderezó el cuerpo y trepó por la cuerda hasta colocarse debajo del reborde.

Encima de él, el tigre-araña se asomó de pronto por el borde, bloqueando la luz de la luna. Dante vio que extendía dos púas largas y negras por la fisura de piedra y enganchaba la cuerda. Luego lo izó como si fuera un pez atrapado en un sedal.

Cuando abrió las fauces, revelando unos apéndices oscuros, pudo oler el hedor ácido de su aliento y sintió que le salpicaba la cara una especie de baba pegajosa. La cuerda siguió subiendo mientras la bestia tiraba de ella con dos de sus extremidades y la cabeza se prolongaba hacia abajo del reborde rocoso desde un cuello elástico. Dante sintió su aliento caliente y fétido y su corazón pareció salirse de su pecho cuando la criatura emitió un sonido estridente que él jamás imaginó que pudiera salir de un ser vivo.

Dante oyó la voz burlona del otro animal desde alguna parte por encima del risco.  
—¡Oh, miiiiieerda! —resonó en el vacío.

Sabía que un tirón más de la cuerda y estaría dentro de las babeantes fauces del monstruo, y decidió morir de otra manera.

—Adiós, chicos —dijo, y acto seguido se desenganchó de la cuerda.

La criatura gritó como una sirena afónica, su voz se alejó de él mientras caía al vacío.

#### 22.45 horas

La última imagen que alcanzaron a ver en la pantalla fue el ojo de la cámara cayendo al abismo mientras el alarido de la bestia se apagaba. La transmisión se cortó cuando la cámara chocó contra el suelo.

—¡Cynthea, joder! ¿Qué me estás haciendo? —gritó Barry.

—Oh, Dios santo —chilló ella—. ¿Cuándo cortaste la transmisión?

—¡No lo bastante a tiempo, maldita sea! —exclamó Barry.

#### 22.58 horas

El capitán Sol utilizó los fórceps del médico de a bordo para colocar un pequeño cañón de latón en la cubierta de batería del *Golden Hind*<sup>[1]</sup>.

—Bien —asintió Zero.

—¿Está derecho?

—Sí —respondió Zero.

—Vale —dijo Samir.

El capitán Sol alzó su diminuto vaso del tamaño de un dedal.

—¡Brindo por ello!

Hizo un brindis con Zero y luego bebió un trago de tequila.

Zero brindó con él.

En los últimos días el único entretenimiento disponible a bordo del *Trident* había

sido observar cómo el capitán Sol construía su modelo a escala.

El radioteléfono comenzó a sonar de pronto y Samir se levantó de su silla y contestó la llamada. Escuchó durante unos diez segundos.

—Eh, bueno, creo que necesita hablar con el capitán —dijo, pasándole el auricular a Sol. Zero observaba la escena con curiosidad.

El capitán sonrió con satisfacción, llevándose el auricular a la oreja mientras Samir se encogía de hombros.

—Capitán Sol, aquí el teniente Scott del *Enterprise*. Debo informarle de que se ha detectado una señal de comunicación procedente de los alrededores de su barco. De hecho, creemos que procede de su barco. Todas las transmisiones están prohibidas y son contrarias a las órdenes impartidas por la marina de Estados Unidos. Debemos pedirle que se prepare para un abordaje inmediato.

—¡Cynthea! —exclamó el capitán Sol.

—Repita eso, por favor —dijo la voz en la radio.

—Gracias, *Enterprise*, estoy de acuerdo, cualquier transmisión que detecten no está autorizada. Permítanme que haga una comprobación en mi barco para ver qué está pasando, ¿de acuerdo?

—Nosotros lo ayudaremos, *Trident*. ¿Lo ha entendido?

En ese momento se oyeron sonidos de motores y vieron que tres lanchas hinchables grises de alta velocidad se acercaban al *Trident* a través de la cala.

—¡Sí, *Enterprise*] Entendido. —El capitán Sol apretó los dientes y apagó el radioteléfono—. Maldita sea, Cynthea, ¿qué ha hecho esta vez?

## 7 DE SEPTIEMBRE

19.32 horas

DISERTACIÓN ESCUPE FUEGO DE ESTA NOCHE: ¿POR QUÉ MORIMOS?

por el doctor Geoffrey R. Binswanger

Una vez más, el Lillie Auditorium estaba lleno hasta la bandera en esa fría noche de otoño.

La intensidad de las luces se atenuó, y Geoffrey hizo su aparición en el escenario vestido con zapatillas amarillas, vaqueros, su camiseta Kaua'i y una chaqueta Nehru de pana verde lima y roja.

–Buenas noches, damas y caballeros. ¿Por qué una tortuga de las islas Galápagos vive ciento cincuenta años, una mosca apenas un día y un ser humano raramente supera los ochenta años? ¿Es simplemente porque nuestras partes se gastan a diferentes velocidades? ¿O existe acaso una razón, o incluso alguna ventaja evolutiva, para la brevedad de la vida? Y, en caso de que existiera algún propósito biológico positivo, ¿significa eso que el reloj puede reiniciarse, suponiendo que la evolución haya empleado alguna clase de mecanismo para «ajustar» el cronómetro de la vida en primer lugar?

Geoffrey accionó el mando a distancia. En la pantalla que había a sus espaldas apareció la imagen de un reloj para cocer huevos sobre la encimera de una cocina de los años cincuenta, lo que provocó las primeras risas.

–La pregunta que quiero plantear esta noche, y a la que quiero ofrecer una posible respuesta, es la siguiente: ¿podría la velocidad a la que llega la muerte tener una ventaja para la supervivencia? A primera vista parece una idea ridícula, pero creo que podría haber una explicación muy simple para la variación que observamos en la duración de la vida animal: los animales podrían envejecer y morir sólo para impedirles procrear con sus propios hijos.

Geoffrey mostró entonces una imagen del peludo primo Eso, el personaje de *La familia Adams*. Unas cuantas risas se dejaron oír entre el público.

–Nosotros, por supuesto, tenemos tabúes muy estrictos en relación con el incesto desde tiempos inmemoriales. De hecho, la procreación entre padres e hijos provoca daños particularmente desastrosos a la integridad genética de casi toda la vida en este planeta, causando esterilidad tanto en los animales como en las plantas en apenas unas generaciones. Antes de que se establecieran los tabúes humanos, es posible que la naturaleza se encargara de poner en práctica su propio tabú a través de la imposición de una duración máxima del plazo vital para impedir así que se produjera esa catástrofe genética.

Geoffrey pulsó de nuevo el mando a distancia y en la pantalla aparecieron células microscópicas sobre un campo azul.

–En los antiguos mares de la Tierra, donde se formó el ADN y la vida unicelular contribuyó a replicarlo durante más de mil millones de años, no había necesidad de limitar la duración de la vida. Las bacterias y la mayoría de las células ni siquiera se reproducían sexualmente y, si lo hacían, las posibilidades de que siquiera encontraran a alguien de su misma progenie eran prácticamente nulas. Los científicos han especulado que, de hecho, ciertas formas de bacteria pueden ser inmortales. En el año 2000, los investigadores de la Universidad West Chester encontraron bacterias que habían permanecido con vida durante doscientos cincuenta millones de años encerradas en cristales de sal que estaban enterrados a gran profundidad.

Geoffrey mostró la imagen de un terrario lleno de hámster.

–Pero los animales con acceso a grupos de reproducción más pequeños tienen un problema. Cuantos más hijos tienen con cada embarazo, se convierten en una amenaza más grave para la charca genética, a menos que el ADN se proteja a sí mismo implantando una bomba de tiempo en esos animales preparada para estallar antes de que se produzca una reproducción entre generaciones.

La siguiente diapositiva mostraba un primer plano de los pilotes de un muelle cubiertos de mejillones.

–Para ver si esa correlación pudiera contener algo de verdad, comencé por comparar la duración de la vida de un animal con su comportamiento reproductivo. Los mejillones pueden vivir hasta los cien años. Viven en colonias y mezclan en el agua del mar miles de millones de células sexuales para reproducirse. Con el flujo de la marea en una dirección durante su desove sincronizado y la propia multitud de participantes, la posibilidad de una reproducción incestuosa es virtualmente inexistente. No hay presente ninguna duración de vida que resulte discernible. Las almejas gigantes, que se reproducen de una manera muy similar, pueden vivir quinientos años. Los gusanos que viven cerca de los respiraderos termales en el fondo del mar y muchos corales que se reproducen de esta manera se cree que viven cientos de años.

Geoffrey exhibió otra imagen en primer plano.

–Los percebes, por otro lado, también viven en colonias, pero su expectativa de vida es de sólo dos años. ¿Por qué? Se reproducen de una manera muy diferente. Los percebes machos extienden unos penes que tienen nueve veces la longitud de sus cuerpos, más largos que cualquier pene en relación con el tamaño del cuerpo de su dueño en el reino animal, con el fin de poder copular con otros percebes.

La diversión aleteó entre el público. Geoffrey se echó a reír.

–El tamaño quizá importa, pero no mucho. Los percebes tienen necesariamente un grupo muy reducido de compañeros de reproducción. El riesgo de la reproducción cruzada generacional es lo bastante elevado como para que sea necesario que mueran antes de que una segunda generación esté preparada para reproducirse. La muerte se

produce aproximadamente en una proporción que duplica la edad de reproducción.

Geoffrey pasó a otra diapositiva: el enorme tronco de una secuoya de California rodeado de helechos.

–Las coníferas, los primeros árboles que utilizaron polen para reproducirse, lo hacían así antes de que los insectos acudieran en su ayuda. Al igual que los arrecifes de coral, estos árboles tienen que escupir grandes nubes de células sexuales en las corrientes de aire que fluyen sobre los bosques, haciendo prácticamente imposible que se produzca una reproducción cruzada entre generaciones. Sabemos que los pinos de casi cinco mil años, y las secuoyas gigantes, los cedros y el pino kauri de Nueva Zelanda son algunos de los organismos más longevos del planeta. En 2008 los investigadores descubrieron un abeto de casi diez mil años.

La siguiente diapositiva mostraba lo que parecía ser una rata gigante cuya cola desnuda se enrollaba alrededor de la rama por la que estaba trepando al árbol. Unas criaturas diminutas colgaban de su lomo y su vientre.

–La zarigüeya, el único marsupial de América del Norte, es un animal solitario, no emigra, y vive en el mismo lugar durante toda su vida. Tienen hasta trece crías por carnada que alcanzan la madurez sexual después de transcurrido sólo un año. Si alguna vez ha habido un caso que hiciera posible la reproducción cruzada entre generaciones diferentes, es éste. Pero puesto que las zarigüeyas mueren al primer o segundo año de vida, esa reproducción cruzada no puede darse.

La imagen siguiente hizo que la audiencia se moviera en sus asientos con evidente desagrado.

–El humilde gusano de tierra, por otra parte, existe en enormes cantidades, no tiene relaciones sociales y cambia constantemente de pareja reproductiva. Tiene una esperanza de vida de aproximadamente una década.

La diapositiva de un pequeño mamífero peludo generó un amoroso murmullo.

–Los ratones campestres, que comen gusanos de tierra, son pequeños mamíferos que viven en madrigueras comunales y se reproducen rápidamente; sólo viven entre dos y seis meses antes de acabar con sus problemas vitales. Considerando la frecuencia de su apareamiento y la temprana edad a la que alcanzan su madurez sexual, eso les viene de perillas.

Una oleada de repulsión recorrió la sala cuando la siguiente diapositiva mostró la cabeza de un insecto que aparentemente era extraída de una gran bolsa cerosa de carne.

–La termita reina -dijo Geoffrey- es monógama. Junto con la termita rey, genera decenas de millones de crías en el curso de su vida. Aproximadamente del mismo tamaño que el ratón campestre, que vive sólo un centenar de días, puede vivir cien años.

La siguiente diapositiva mostraba una imagen de *Bugs Bunny* y provocó risas

entre el público.

–Los conejos comunes son reproductores legendarios que viven en pequeñas madrigueras, con todo en su contra, si este principio es correcto. Viven sólo entre doce y quince meses de media, y el treinta y cinco por ciento de ellos muere en el primer mes. Curiosamente, los conejos en cautividad pueden vivir entre ocho y doce años, y si se los castra o se los esteriliza pueden alcanzar incluso el doble de ese tiempo, ya que el riesgo de contraer cáncer se ve notablemente reducido mediante ese procedimiento.

La siguiente diapositiva mostraba la enorme cola de una ballena, de la que chorreaba una cortina de agua mientras se arqueaba sobre el mar.

–Las ballenas azules viven unos noventa años. Viajan en cardúmenes relativamente pequeños, como los conejos, pero a diferencia de ellos se congregan en gran número para procrear. Esta circunstancia hace que, durante la estación de apareamiento, las posibilidades de una procreación cruzadas se reduzcan casi a cero. Las ballenas del Ártico pueden vivir más de doscientos años. Hemos encontrado individuos vivos con puntas de flecha de piedra, que no han sido utilizadas desde el siglo XIX, aún alojadas en el cuerpo.

Geoffrey procedió entonces a mostrar una galería de animales.

–Uno de los animales más prolíficos es el normalmente solitario tiburón ballena. No pueden reproducirse hasta que tienen treinta años y lo hacen en grandes grupos frente a las costas de México, Australia, las islas Seychelles y África oriental, mientras realizan su viaje de apareamiento estacional como una especie de calendario social de fiestas interminables. Estos tiburones pueden vivir más de ciento cincuenta años.

»Las langostas también se congregan, marchando todos los años en una gran fila de conga a través del lecho del océano hacia las zonas de apareamiento. Pueden alcanzar los cincuenta años o más si no acaban primero en el plato de la cena de alguien.

»Las tortugas marinas, que viven entre ochenta y ciento cincuenta años, viajan miles de kilómetros para reunirse y mezclar la baraja genética. Las tortugas gigantes de las Galápagos y las Seychelles viven en vastas colonias todo el año y son famosas por su longevidad.

»Las ardillas, sin embargo, no se congregan y tampoco emigran, y previsiblemente viven sólo uno o dos años, o el doble de la edad en que alcanzan su madurez sexual. En cautividad pueden vivir hasta quince años. De modo que, obviamente, la expectativa de vida biológica está equilibrada con respecto a la duración de la vida en su hábitat natural. No hay necesidad de limitar biológicamente la expectativa de vida si los depredadores ya se encargan de ello. De modo que, en la medida en que se den todas las condiciones para impedir la reproducción entre

generaciones de la misma especie, la línea genética permanece en buen estado de salud.

Geoffrey pasó ahora de un primer plano de una ardilla rechoncha a la imagen de una rana croando.

–Las ranas toro viven hasta dieciséis años en su hábitat natural, diez años de media, o sea, cinco veces más que las ardillas. Pero ¿por qué no disfrutan de una expectativa de vida más prolongada, teniendo en cuenta esa ecuación, si tienen acceso a un gran número de compañeros reproductores como los mejillones, los pinos y las tortugas? Después de todo, cada rana toro hembra pone hasta veinte mil huevos en un solo desove y vive en grandes colonias próximas unas de otras. No establecen vínculos sociales. La posibilidad de que se apareen con sus crías parecen similares a las de otros animales que también viven formando extensas colonias.

»Las ranas toro son víctimas de los depredadores con más frecuencia que las ballenas o las tortugas gigantes, por supuesto, y deben reproducirse más de prisa con el fin de poder sobrevivir como especie. Pero creo que la respuesta reside en el hecho de que los hábitats de las ranas toro no proporcionan necesariamente acceso a grandes charcas de reproducción. Las ranas toro quedan aisladas con frecuencia en los estanques cuando el nivel del agua desciende. En el peor escenario posible, con una rana toro hembra y un macho compartiendo la misma charca, la hembra puede generar veinte mil posibilidades de reproducción generacional cruzada si los padres viven el tiempo suficiente. ¿Por qué, entonces, las ranas toro no tienen vidas cortas? Porque sus crías nadan como renacuajos durante unos asombrosos cinco años antes de convertirse en ranas y alcanzar la madurez sexual. Por tanto, tienen cinco años cuando se aparean, mientras que sus padres mueren a los diez años, el doble de la edad de la madurez sexual.

Geoffrey pulsó el mando a distancia para mostrar la imagen de una pareja de cigüeñas instaladas en un gran nido sobre una chimenea de un castillo suizo con los Alpes brillando como telón de fondo.

–Las aves monógamas como las cigüeñas blancas, las águilas calvas y los gansos canadienses viven hasta treinta años. El avestruz monógamo vive entre cincuenta y setenta y cinco años, y se ha observado a parejas que se reproducen juntos durante cuarenta años. Muchas subespecies de pavos salvajes, por el contrario, no se congregan y tampoco emigran y no son monógamos. Viven apenas dos o tres años en su hábitat natural. El ratón doméstico asiático, que se aparee de forma promiscua dentro de un reducido grupo social, vive sólo un año; el ratón doméstico monógamo de Estados Unidos vive siete años. Pero ¿qué sucede si se infringen todas las reglas?

La imagen que había aparecido en la pantalla mostraba a un guepardo sentado, el pelaje encrespado por el viento mientras una nube de tormenta oscurecía el cielo detrás de él.

–El guepardo vive unos diez años en estado salvaje. Las hembras alcanzan la madurez a los dos años, mientras que los machos lo hacen un año antes. Esto es bastante inusual, puesto que las hembras de la mayoría de las especies alcanzan generalmente la madurez sexual antes que los machos, un escalonamiento que ayuda a impedir que se apareen entre hermanos en animales que tienen muchas crías simultáneamente. Sin embargo, aunque parezca extraño, los guepardos macho no tienen la posibilidad de reproducirse hasta su tercer año, ya que permanecen junto a sus madres mucho más tiempo que las hembras. Por cierto, éste es un fenómeno que también puede observarse entre ciertas especies de estudiantes de la escuela universitaria de graduados. – Geoffrey sonrió mientras el público se echaba a reír. Esto significa que las crías de guepardo tienen dos años para aparearse con su propia madre.

Una sonora exclamación surgió del público.

–Este hecho parece contradecir completamente el principio. Y tal vez con resultados desastrosos. El guepardo, una de las especies de felinos más antigua, disfrutó de grandes grupos de reproducción durante sus cuatro millones de años de evolución. Pero ahora que su hábitat ha sido fragmentado y el número de sus compañeros de apareamiento ha mermado considerablemente, los guepardos se están reproduciendo de manera endogámica en una proporción alarmante, amenazando toda la especie, ya que sus crías se han vuelto más susceptibles y vulnerables a las enfermedades y la infertilidad. Se cree que en algún momento del pasado, los guepardos se enfrentaron a algún suceso que los llevó al borde de la extinción, de tal modo que todos los guepardos existentes han descendido de una pareja reproductora. Si fuera así, la misma conducta del guepardo que pudo haber salvado la especie entonces puede estar amenazándola ahora.

Geoffrey pasó a una nueva diapositiva.

–Los elefantes africanos viven en pequeños grupos y no se reúnen para aparearse, pero pueden alcanzar los sesenta años. ¿Cómo es posible? En primer lugar, el setenta por ciento de ellos no sobrevive para llegar a los treinta, y la mitad muere a los quince. Y, aunque las hembras son fértiles a los veinte años y los machos alcanzan la madurez sexual a los catorce, cuando abandonan la manada o bien son expulsados de ella por las hembras, los machos no se aparean hasta los treinta años, momento en el que han conseguido finalmente el tamaño y la habilidad necesarios para competir con otros machos que se aparean con éxito. Por tanto, el comportamiento social de los elefantes evita la posibilidad de una reproducción generacional cruzada a través de lo que yo he llamado el efecto del «floreCIMIENTO tardío». Al igual que los hipopótamos, las ballenas y las ranas toro, el retraso de la edad de apareamiento aumenta la expectativa de vida al tiempo que no viola el principio de que «la expectativa de vida es igual a no más del doble de la edad reproductiva».

A continuación apareció una imagen de un grupo de jueguistas con los pulgares levantados en Time Square.

–A través de la evolución humana, la expectativa de vida de nuestros ancestros nunca superó una media de treinta años. Los grupos humanos raramente superaban los doscientos individuos durante los millones de años de nuestra evolución y, a menudo, eran considerablemente más pequeños. Una charca genética tan pequeña invita al compromiso genético. Los machos humanos alcanzan la madurez sexual aproximadamente a los quince años, mientras que las hembras lo hacen entre los ocho y los catorce. Esto deja una ventana de siete años de oportunidad para el apareamiento padre/hijo, y aparentemente viola la regla.

«Hasta el presente, sin embargo, la glándula pituitaria humana comienza a cerrarse a los treinta y cinco años. Sumemos a esto el hecho de que el macho alcanza el pico de su potencia sexual y su fuerza física aproximadamente a los diecisiete, y tendremos una competición entre machos jóvenes, fuertes y cachondos y tíos mayores y cansados que probablemente se dediquen a jugar al golf.

»Este cálculo matemático, seguramente, no es accidental. El apogeo sexual y el declive se corresponden exactamente, incluso en los humanos. Propongo que no es porque morimos que tenemos que reemplazarnos a nosotros mismos, es porque nos reemplazamos a nosotros mismos que tenemos que morir, y debemos hacerlo según un programa muy apretado para evitar la superposición generacional. De hecho, no ha sido hasta los últimos doscientos años que la expectativa de vida en el mundo aumentó de los veinticinco a los sesenta y cinco años para los hombres y los setenta para las mujeres. Resulta ser que los seres humanos también vivimos más tiempo estando en cautividad.

Mientras una oleada de risas recorría el público, Geoffrey encendió las luces.

–O sea, que la notablemente profética correlación entre la duración de la vida y la oportunidad de la procreación generacional cruzada sugiere la presencia de un mecanismo y un propósito genéticos, si queréis, para la duración de la vida. Los científicos ya han descubierto «relojes» que están incorporados al organismo humano. Las mujeres poseen un número finito de óvulos. Después de los cuarenta, las disfunciones eréctiles se vuelven tan frecuentes entre los hombres como los anuncios de televisión que prometen un remedio para ellas. Las células humanas, según sabemos hoy, tienen un límite genético impuesto en cuanto al número de veces que pueden dividirse, y este límite ya ha sido eliminado en condiciones de laboratorio, produciendo de este modo líneas celulares virtualmente inmortales.

«Existen pruebas de que la expectativa de vida ha sido superpuesta, por tanto, en el organismo humano. – Geoffrey cogió los bordes del atril-. Esta noche propongo que esos límites no son arbitrarios, sino que, de hecho, tienen el propósito específico de mantener la integridad genética de un organismo a lo largo del tiempo al impedir

la posibilidad de una reproducción generacional cruzada.

Entre el público se produjo una creciente conmoción.

–¿Cuáles son las consecuencias de ese propósito? Son consecuencias profundas y asombrosas. Puede existir un botón genético que podemos pulsar para volver a ajustar el cronómetro de la vida humana. Y si fuera así, la duración de la vida humana representaría un desafío para muchas de nuestras estimadas convenciones sociales.

Geoffrey señaló una mano que se alzaba vigorosamente en la tercera fila.

–Pero ¿acaso las larvas de los percebes no son arrastradas por las corrientes oceánicas, eliminando así las posibilidades de un apareamiento generacional cruzado?

–¿Eliminando? No estoy tan seguro de eso. Los percebes son unos crustáceos muy extraños. Nadan y no estoy seguro de cuánto tiempo son arrastrados por la corriente, especialmente cuando están unidos a un pecio en mitad del océano antes de colonizar nuevas costas. Darwin se pasó décadas estudiando a los percebes, y comprendo por qué cualquiera que estudiara a los percebes durante tanto tiempo reflexionara acerca de la teoría de la evolución.

–¿Qué me dice de la superpoblación? Thatcher Redmond ha argumentado que la prolongación de la vida humana es la peor idea que ha oído nunca, si es allí hacia adonde apuntará usted a continuación.

Las risas ahogaron las protestas en el auditorio.

–Bueno, algunas personas sin duda sostienen que las expectativas de vida más largas llevarán a la superpoblación del planeta -concedió Geoffrey-. Thatcher Redmond, quien ha estado muy activo en los medios de comunicación últimamente, se ha apresurado a señalar que la población mundial se ha duplicado en los últimos cincuenta años hasta superar los seis mil millones de habitantes. Pero, para poner ese número en perspectiva, consideremos el siguiente ejemplo: los seis mil millones de seres humanos que habitan hoy el planeta, colocados uno junto a otro en un metro y medio cuadrado cada uno, cabrían en el estado de Rhode Island, y aún quedaría espacio para alojar a otros doscientos millones. A menudo insisto a la gente que opina sobre esta idea de la superpoblación para que miren a través de la ventanilla cuando viajen en avión y comparen esta idea con lo que efectivamente ven sus ojos. Que comparen las vastas extensiones de tierra y mar deshabitadas con los lugares habitados por los seres humanos. Personalmente creo que aún no ha llegado el momento de que nos entre el pánico.

–Pero Redmond dice en su último libro que el cociente espacial de un virus con respecto a su cuerpo anfitrión es mucho más pequeño y, sin embargo, puede seguir siendo mortal para todo el organismo -gritó una voz desde el público.

–Es posible que eso sea verdad, doctor Thomas -dijo Geoffrey-. No obstante, no estoy de acuerdo con la premisa de los argumentos de Thatcher Redmond con

respecto a la superpoblación del planeta. Entiendo que Redmond afirma que nuestra creatividad es lo que nos equipara con la fácil mutación de un virus, su capacidad para adaptarse y explotar con iteraciones hiperrápidas. Pero yo diría que, a diferencia de lo que ocurre con los virus, los seres humanos podemos elegir si conservamos o destruimos nuestro medioambiente. Es una ventaja que, lejos de equipararnos con los virus, nos diferencia de todas las demás formas de vida que habitan la Tierra. Si podemos ser el mayor enemigo del planeta, entonces podemos ser también su salvador, y por la misma razón.

En la primera fila hubo una mezcla de aplausos y protestas ante esta última afirmación.

Geoffrey se percató de que un hombre acababa de entrar en el auditorio a través de una puerta lateral detrás del público.

El pelo revuelto, el traje negro y la expresión vacía del recién llegado daban la impresión de alguien que había acudido allí por negocios y no por placer. El desconocido se sentó después de ofrecerle un billete enrollado a un joven por su silla en la última fila junto al pasillo.

Geoffrey continuó hablando sin dejar de mirar con aire pensativo al recién llegado.

–Pero cuestionemos por un momento su supuesto básico, doctor Thomas: la idea de que el tamaño de la población humana aumentaría a causa de la ampliación de la expectativa de vida. Sabemos que el índice de crecimiento demográfico se está estabilizando y debería nivelarse para mediados de este siglo si se mantiene la tendencia actual, de modo que la cuestión de un crecimiento ilimitado de la población podría ser debatible desde ahora mismo. Pero cada cincuenta años, aproximadamente, los seres humanos deben ser reemplazados por un elenco de personajes completamente nuevo. La considerable presión social ejercida para alentar la procreación dentro de una pequeña ventana de oportunidades se verá atenuada en gran medida con la ampliación de la expectativa de vida.

Geoffrey volvió a exhibir la imagen del reloj para cocer huevos, lo que provocó nuevas risas entre el público.

–¡Piensen un momento en ello! Si la gente no tuviera la necesidad de rebasar las fechas límite de sus relojes biológicos para procrear a tiempo para que sus padres conozcan a sus nietos, los valores familiares se verían absolutamente redefinidos. La actual limitación de la expectativa de vida crea una gran presión para reemplazarnos a nosotros mismos de prisa o, de otro modo, no habría ningún futuro para la raza humana... y necesitamos un futuro, como ninguna otra criatura de este planeta, porque podemos imaginar el futuro.

»Habría, por supuesto, otros beneficios. Las mujeres pulsarían el botón del sueño de sus relojes biológicos y se concentrarían en otras cuestiones hasta la fecha, si es

que ello ocurría, en que decidieran tener hijos. La tasa de natalidad descendería de forma dramática si la gente pudiera tener hijos según sus propios términos en lugar de obedecer los de la naturaleza, y a su propio ritmo, no el que impone la biología. Naturalmente, tendrían que hacer algo con la nariz y las orejas, ya que los cartílagos nunca dejan de crecer. Pero, quizá, la gente se preocuparía mucho más por el futuro que podrían originar sus acciones hoy si todos viviéramos juntos. Después de todo, la deuda que les dejamos hoy a nuestros hijos también nos la estaríamos dejando a nosotros mismos.

El público que abarrotaba la sala rió entre dientes ante estas palabras.

–Todas las prioridades y todos los valores se reordenarían como corresponde - continuó explicando Geoffrey-. Teniendo en cuenta que los valores humanos siempre se han adaptado rápidamente a las nuevas amenazas, oportunidades y condiciones, en este caso volverán a adaptarse a la nueva realidad representada por la longevidad. Los llamados «valores familiares» de hoy no guardan ningún parecido con los valores familiares del pasado. ¿Dotes? ¿Matrimonios concertados? ¿Virginidad? ¡Por favor! Los valores familiares del futuro serán tan diferentes de los nuestros como los nuestros lo son en relación con lo que prevalecía en el pasado.

»Por supuesto, los tradicionalistas que ensalzan los valores actuales, creyendo que nuestro efímero contexto está inspirado divinamente y no es una mera conveniencia de la naturaleza, recularán de manera instintiva ante cualquier avance espectacular en la expectativa de vida humana. Las implicaciones morales de este fenómeno son profundas. Por tanto, creo que una nueva comprensión del origen de la duración de la vida en cada especie es especialmente importante hoy que nos encontramos al borde de este punto de inflexión en la historia humana. Si descubrimos que nuestra limitada expectativa de vida no es algo decretado o siquiera necesario, sino que se trata sencillamente de la conveniencia de unos genes que necesitaban protegerse de una recombinación generacional cruzada, podemos descartar cualquier peso moral o significado divino en nuestra expectativa de vida y aceptar nuestra capacidad para aumentarla.

Geoffrey apagó el proyector.

–Gracias, damas y caballeros. Y ahora, por supuesto, están todos cordialmente invitados a bombardearme con misiles balísticos intercontinentales retóricos.

Las manos comenzaron a alzarse como lanzamisiles a lo largo de la primera fila. Geoffrey volvió a mirar al hombre inexpresivo que estaba sentado en la última fila.

–Debo confesar mi escepticismo, Geoffrey -señaló uno de sus colegas sentado en la primera fila.

–Bien -dijo Geoffrey-. ¡Esperaba que dijera eso, doctor Stoeber!

El comentario provocó algunas risas entre el público.

–Sería necesario llevar a cabo una profunda investigación en una amplia variedad

de organismos para ver si su principio se sostiene -replicó Stoever-. Y siento una gran curiosidad por saber cuántos casos ha estudiado antes de presentarnos su hipótesis esta noche.

-Muy pocos -repuso Geoffrey-. No he podido encontrar una sola excepción sólida a la regla.

Ángel Echevarría alzó la mano.

-¿Qué me dices de los lemmings? Tal vez el control de la población sea un factor en la expectativa de vida, ¿no? ¿Has pensado en eso?

-En realidad, Ángel -contestó Geoffrey con una sonrisa-, los lemmings no se suicidan cuando saltan al mar. Están tratando de emigrar a zonas más ricas en alimentos. Los lemmings viven sólo dos años, aunque las hembras están en condiciones de procrear a las dos semanas.

-Eso echa por tierra tu teoría entonces -dijo Ángel.

-No. Resulta que los lemmings, a diferencia de los ratones o los conejos, son animales solitarios que no viven cerca de sus crías. De modo que el hecho de que se reproduzcan tan jóvenes y con tanta frecuencia en realidad reduce las posibilidades de un apareamiento entre padres e hijos. Si alguien quiere mostrar a cualesquiera otros organismos que podrían violar este principio, aceptaré con gusto el desafío.

-Ahora sabemos cuál es la verdadera razón de su disertación de esta noche, Geoffrey -dijo el doctor Fukuyama-. Investigadores asistentes gratis.

-Me ha descubierto.

Geoffrey sonrió mientras el público estallaba en carcajadas y él señalaba otra mano alzada.

-¿Qué opina de la última emisión que pudo verse de la isla Henders, doctor Binswanger?

«Tenía que suceder tarde o temprano», se dijo Geoffrey.

-Bueno, mi compañero de laboratorio me mostró las imágenes en YouTube. Muy dramáticas, pero ¿alguien realmente vio algo? La cámara se movía de un lado a otro orientada hacia abajo. No es algo que yo pueda llamar prueba precisamente. A mí me parece más una campaña de marketing viral. ¡Lo siento!

Mientras la controversia se desataba entre los asistentes, Geoffrey vio que el hombre del traje negro se levantaba de su asiento, se volvía y abandonaba apresuradamente el auditorio, lo que contribuyó a que su aparición le resultara aún más extraña.

# 10 DE SEPTIEMBRE

05.10 horas

Nell estaba sentada en la sala de estar, a oscuras, delante del dilatado ojo azul del televisor.

Un ruido vago resonaba como un trueno en la distancia mientras miraba al monstruo que la observaba a través del cristal.

Sus dos grandes ojos, parpadeando sobre sendos pedúnculos, estaban fijos en los suyos. Cada una de sus tres pupilas se alineaba de forma vertical y la veían seis veces simultáneamente.

Nell se dio cuenta de pronto de que estaba despierta y tenía los ojos abiertos.

No estaba soñando...

Una de las criaturas de media tonelada de peso, mezcla de tigre y araña, que ella había bautizado como *spiger* estaba sentada en la ventana encima de su litera en la Sección Tres.

La oleada de adrenalina le aplastaba el pecho y no podía gritar al reconocer a una de aquellas cosas que la habían perseguido en la playa.

Observó, petrificada, cómo la criatura estiraba la cabeza y los brazos preparándose para atacar.

Un sonido parecido al disparo de un cañón retumbó contra la gruesa ventana de policarbonato cuando la criatura golpeó la ventana, provocando una onda de choque que recorrió toda la estructura del laboratorio.

Aún aturdida por el estruendo, Nell se agachó y se quitó una de las Adidas, pues se había quedado dormida con ellas puestas.

La bestia miró ferozmente a través de la ventana con sus ojos moviéndose lentamente de un lado a otro. Sus oscuros dientes como estalactitas rechinaban en sus molientes fauces verticales y su pelambre latía con destellos rojos, anaranjados y rosas, sugiriendo el movimiento como si fuera un dragón de neón, aunque permanecía absolutamente inmóvil.

En un arranque de ira, Nell gritó y lanzó la zapatilla contra la cara de la criatura.

Su cabeza retrocedió al instante y los ojos desaparecieron bajo una densa capa de arrugas en la frente.

Luego volvió a estirar el cuello y ladeó la cabeza curiosamente hacia ella mientras los pedúnculos oculares volvían a quedar al descubierto. La filigrana de rayas en el morro del *spiger* hacía ondular los colores mientras un par de orificios nasales jadeantes en su pecho lanzaban columnas de vapor contra la ventana.

Antes de que Nell pudiera apartarse de su mirada, la bestia volvió a alzar los brazos a cada lado de la cabeza y golpeó de nuevo la ventana, una y otra vez, en un ataque incesante contra la temblorosa placa de policarbonato.

Sorprendida por los terribles golpes de la bestia, Nell apenas si advirtió que un enjambre de criaturas voladoras había aparecido sobre el monstruoso animal.

Los bichos voladores comenzaron a lanzarse sobre su lomo, provocando que volviera la cabeza en su dirección y dejara escapar un rugido. De pronto, en rápida sucesión, tres animales del tamaño de un tejón chocaron contra su costado.

El *spiger* chilló como el silbato de un tren mientras los tejonos atacaban su torso, que se retorció violentamente. Entonces la bestia lanzó la cola hacia atrás como una catapulta, provocando arañazos en la ventana al partir en dos a uno de los animales más pequeños y sacudirse a los otros dos en el aire.

La ventana estaba vacía, sólo se veía el cielo azul. Después de que los animales hubieron desaparecido de su vista, Nell se quedó con la mirada fija en el cielo durante un interminable momento. Tres salpicaduras de sangre azul gotearon hacia abajo de la ventana de policarbonato, que, de alguna manera, había resistido el asalto.

Le zumbaban los oídos, pero oyó débilmente a Andy y a Quentin que abrían la escotilla del dormitorio gritando.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Estás bien, Nell?

—¡Parecían disparos!

—¿No lo habéis visto? —preguntó ella.

—No.

—¿Qué era? —preguntó Quentin.

Nell se apoyó sobre los codos e hizo girar las piernas sobre el borde de la litera. Aún no podía oír bien y sentía que le latían la cabeza y los oídos.

—Una pesadilla.

—¿Te encuentras bien?

Nell se echó a reír nerviosamente.

—Me alegra que la NASA construyera esta cosa -dijo casi gritando por encima del estrépito incesante que había en sus oídos.

Bajó de la litera y abrazó a Andy hundiendo el rostro contra su hombro por un momento para un llanto rápido y controlado. Él acompañó el gesto cuadrando sus hombros estrechos y mirando a Quentin con expresión protectora.

El biólogo de la NASA estaba estudiando los profundos surcos en la superficie exterior de la ventana.

—Fuera lo que fuese, espero que no se le ocurra regresar. Debió de avistarte a través *del* techo transparente como si fueses un merengue de limón en el mostrador de una pastelería, Nell.

—Maldita sea, Quentin -le reprochó Andy.

—Lo siento.

09.01 horas

—Capitán, el *Enterprise* nos está haciendo señales -dijo Samir el-Ashwah en el puente del *Trident*.

—Activa el altavoz. ¿Sí, *Enterprise*?

El capitán Sol pegó delicadamente el marco de una ventana en la popa del galeón español a escala que había instalado sobre su mesa de mapas.

—Capitán, aquí el capitán de corbeta Eason del *Enterprise*. Hemos recibido una solicitud del más alto nivel para que un camarógrafo profesional haga un trabajo en la isla. Las condiciones serán seguras, ya que estará dentro de una especie de vehículo de la NASA. ¿Tiene a alguien que encaje con ese perfil?

—¿Qué alto nivel, *Enterprise*, sólo por curiosidad?

—Bueno..., el presidente de Estados Unidos, señor.

El capitán Sol miró a Samir y a Warburton con unos ojos como platos.

—Creo que podríamos cumplir con su solicitud, *Enterprise*. -Se quitó las gafas de leer-. Me pondré nuevamente en contacto con usted en los próximos diez minutos.

—Diez minutos estará bien, capitán. ¡Gracias!

—Oh, mierda -dijo el capitán Sol mirando de soslayo a Samir. Luego accionó el intercomunicador-. Cynthea y Zero, por favor presentaos en el puente.

—Tengo que ver esto -dijo Warburton.

Minutos más tarde, Cynthea irrumpió a través de la puerta del puente. Zero entró tras ella con paso tranquilo.

—La marina nos ha pedido los servicios de un camarógrafo para que vaya a tierra -les dijo el capitán-. Aparentemente, el propio presidente de Estados Unidos lo ha autorizado. ¿Te interesa, Zero?

—¡Zero! —exclamó Cynthea, alborozada.

Él la miró con los ojos entornados.

—¡Oh, no! —exclamó Cynthea-. Mírelo, capitán, ahora va a contestar que no. ¡Ha estado diciendo que no toda la semana!

—Eh, Cynthea, ¿tiene usted algo que ver con todo esto? —preguntó el capitán con el ceño fruncido.

—¿Cuáles son los detalles del trabajo? —quiso saber Zero.

—No lo sé. Me han dicho que estarás en un chisme de la NASA.

El capitán Sol miró duramente a Cynthea.

Pero Zero le sonrió a su jefa.

—¿Tu última oferta aún sigue en pie?

—Por supuesto... -Cynthea se sonrojó.

La sonrisa de Zero se hizo más grande.

—Muy bien, cariño.

Cynthea evitó la mirada escrutadora del capitán Sol mientras pasaba junto a él para abrazar a Zero.

### *11.46 horas*

La mangosta estaba tan quieta que muy bien podría haberse tratado de un espécimen pintado en un diorama. Lo único que se movía eran sus fosas nasales mientras olfateaba el aire.

El pequeño animal no percibía ningún olor que le resultara familiar, captando en cambio nauseabundas vaharadas de azufre en el aire. Unos estímulos extraños confundían sus sentidos y su cola anillada, los bigotes y las orejas se movían al unísono.

El animal llevaba un arnés de nailon negro. Montada en la parte superior había una Crittercam, un artilugio inventado por Greg Marshall para la National Geographic Society. En el extremo de un largo tubo curvo negro, la lente de una microcámara asomaba por encima de los flexibles hombros del mamífero.

La diminuta cámara emitía una imagen en tiempo real desde un transmisor Starburst del tamaño de un caramelo encerrado en una caja de titanio y colocado en el lomo del animal. La señal emitida tenía un alcance de quinientos metros.

El pelo del mamífero, grisáceo y ligeramente rayado, brillaba bajo la luz difusa mientras trepaba por la rama de un árbol que parecía estar cubierta de escamas semejantes a las de un reptil.

La mangosta seguía alzando la cabeza sobre su cuello largo y flexible, bloqueando temporalmente la visión de la pequeña cámara. Encogiéndose ante cada sonido que no le resultaba familiar, el animal inspeccionaba los alrededores.

La reputación de ese pequeño animal por su asombrosa capacidad atlética era más que merecida, aunque el mito popular de que era inmune al veneno de la cobra -su archienemigo, tal como se describía en la famosa historia de Kipling para niños- pudiera desmerecer su proeza. De hecho, la mangosta confiaba exclusivamente en la increíble velocidad de sus reflejos para vencer a la serpiente más mortífera del mundo. Asimismo, el supuesto combate entre la mangosta y la cobra, perpetuado por la fábula de Kipling, era un mito. No se trataba de un combate en absoluto.

La mangosta común se acercaba a la cobra con un entusiasmo casi juguetón. Su confrontación era un espectáculo lamentable de presenciar. El mamífero jugaba con el venerado reptil, evitando fácilmente sus acometidas con saltos que el ojo apenas si alcanzaba a ver, provocando al reptil con su cola mientras calculaba su ataque mortal. Su coordinación era tan precisa en ese asalto final que la mangosta contaba con morder la cabeza de la cobra detrás de la capucha para asestarle el golpe de gracia. Se sabía incluso de mangostas que habían inmovilizado a su víctima contra el suelo y arrancado sus colmillos, para luego burlarse de su presa, como lo haría un gato con un ratón, antes de condescender a comerse a su rival aún vivo.

Las serpientes mortales no eran, por supuesto, las únicas víctimas del valiente

mamífero. Pájaros, roedores, reptiles y frutos encontraban su camino hasta su estómago. Su agudo sentido del olfato le permitía detectar la presencia de escorpiones bajo tierra, un bocado muy apreciado por las mangostas.

Ahora se quedó inmóvil. Sus sentidos bullían con pistas desconocidas, sus instintos confundidos por señales de peligro contradictorias. Asustada por el movimiento del extraño follaje, la mangosta saltó al suelo desde la rama y aterrizó sobre el terreno esparcido de plumas.

Un zumbido se acercó velozmente hacia ella. El mamífero olfateó el aire, agitando la cola, los ojos moviéndose de un lado a otro mientras trataba de localizar la procedencia del sonido. Dio un salto y giró el cuerpo en el aire como si de un clavadista realizando un doble giro se tratara.

Un bicho zumbador se lanzó hacia su cabeza y la mangosta lo atrapó entre las patas delanteras al tiempo que aterrizaba sobre las traseras.

El bicho, lleno de energía, le mordió el morro con sorprendente violencia y la mangosta siseó, luchando contra él con ferocidad y esparciendo plumas sobre el lecho de la jungla.

El poder del insecto desconcertó a la mangosta. Sus patas afiladas como cuchillas consiguieron cortar dos dedos de la mangosta mientras ésta mordía al bicho hasta casi partirlo por la mitad a través de un exoesqueleto crujiente.

Incluso mientras la mangosta masticaba su caparazón, el bicho seguía debatiéndose, salpicando las mandíbulas del mamífero con sangre azul. El sabor extraño y picante le recordó el de las cochinillas de humedad, y la mangosta lo escupió mientras examinaba los árboles.

Un enjambre volador se lanzó en picado a través de las ramas. La mangosta saltó, evitando apenas el ataque de un animal de su mismo tamaño que había calculado mal su trayectoria. Cuando la mangosta tocó tierra, echó a correr.

En su veloz carrera iba evitando los árboles y pasaba por debajo de los troncos caídos para perder a sus perseguidores.

Entre la niebla que comenzaba a disiparse en un barranco apareció algo en forma de cobra y la mangosta dio un salto hacia un costado.

Alzó la cola adoptando la postura de ataque cuando una figura familiar aclaró finalmente sus desconcertados sentidos.

Cuando la mangosta se lanzó hacia esa cosa en forma de cobra, algo la atacó desde el flanco derecho.

El mamífero intentó un giro en el aire, pero una terrible sensación de dolor le recorrió el cuerpo como una cuchillada cuando algo le arrancó la cola.

El mamífero chocó contra el suelo y se volvió para hacer frente a su atacante, el lomo levantado y agitando el pequeño trozo sangrante que había quedado de su cola. Enfrentó a su rival: una rata Henders.

Los ojos bulbosos de la «rata» se movían atrás y adelante sobre pedúnculos diagonales. Unos colmillos largos y cristalinos llenaban su amplia boca, y los colores latían en las rayas que se disponían alrededor de las fauces. Unas pinzas blancas de cangrejo en su mandíbula inferior metían la aún doblada cola de la mangosta dentro de la boca, mordisco a mordisco, como si fuese una trituradora de alimentos. Enfocó ambos ojos sobre la temblorosa mangosta y escupió la punta de la cola. Luego cerró los labios sobre su boca llena de colmillos y dejó escapar un agudo silbido desde dos fosas nasales situadas en la parte superior de su cabeza redonda.

La mangosta siseó, retrocediendo mientras el sonido de alta frecuencia le perforaba los tímpanos. Conmocionada por el dolor, se quedó paralizada y con los sentidos saturados. Intentó enfocar a su enemigo, cuya cara parecía ondularse con llamativas rayas de color.

La rata de pelaje aterciopelado mantenía su gruesa cola doblada debajo del cuerpo, encajada entre las cuatro patas. Una cuffia afilada colgaba del extremo de la cola como si del agujón de un escorpión aferrando el suelo se tratara.

El segundo cerebro de la rata movió los ojos hacia atrás, preparados para dirigir el salto de la criatura impulsándose con las patas traseras y la «cola», que podía lanzar al animal casi ocho metros hacia adelante. Se elevó sobre sus cuatro patas y extendió sus brazos largos y afilados en dirección a la mangosta, como si la percibiera con sus antenas, las pinzas de su mandíbula inferior extendiéndose a la expectativa.

La mangosta previo el ataque y se abalanzó sobre su rival, cogiendo el cuello de la rata entre sus dientes.

La mangosta mordió con todas sus fuerzas y sacudió su cabeza con violencia para partir el cuello de la rata, pero allí no había ningún hueso que romper. La sacudió algunas veces más mientras la rata profería otro terrible chillido. La mangosta clavó sus dientes una y otra vez antes de soltar a la rata mortalmente herida y sentir la oleada de animales que se acercaban a ella. En estado de pánico, giró sobre sí misma y se alejó dando brincos, desequilibrada por la ausencia de la cola.

Otra rata Henders saltó a través del aire y placó a la mangosta con sus extremidades como cuchillas.

La «rata» sujetó las patas traseras de la mangosta con las suyas propias y la derribó. El flexible lomo de la mangosta se encorvó como un látigo al tiempo que se retorció en un abrazo mortal con su atacante, levantando más polvo y plumas.

Pero el invertebrado era más flexible. Las pinzas situadas a ambos lados de las grandes fauces de la rata se clavaron profundamente en el vientre de la mangosta.

Otras criaturas llegaron entonces en gran número atraídas por el alboroto, lanzándose sobre la chirriante carnicería que se estaba produciendo en el lecho de la selva.

La lente de la Crittercam se cubrió súbitamente de rojo y azul.

La transmisión se interrumpió.

La mangosta había sobrevivido exactamente dos minutos y diecinueve segundos.

*11.49 horas*

Cuando los monitores quedaron a oscuras, un coro de gemidos de decepción llenó las cuatro secciones del StatLab.

El enviado presidencial, Hamilton Pound, miraba con evidente frustración a través de las ventanas de la Sección Cuatro, que era la que se encontraba más alejada de la selva y más elevada encima de las laderas de verdes campos que se alzaban hacia el alto reborde de la isla.

Pound pensaba que el interior del StatLab se parecía al interior de un gran avión de reacción Gulfstream lleno de estaciones de trabajo, monitores y cámaras con especímenes, cada uno de ellos atendido por científicos y técnicos de expresión sombría. Todos parecían estar muy deprimidos por el espectáculo que acababan de presenciar.

—Maldita sea -dijo el doctor Cato. El delgado científico llevaba el pelo blanco impecablemente recortado y vestía un polo del Instituto Tecnológico de California de color melocotón. La chispa habitualmente joven y alegre en sus ojos grises había desaparecido. La suerte corrida por la mangosta lo había llenado de espanto-. Muy bien, tachemos a la mangosta de la lista, Nell.

Ella asintió y le dirigió una mirada inquietante.

Hamilton Pound, por su parte, estaba confundido por lo que acababa de ver, y también un poco mareado. Llevaba una camisa Brooks Brothers arrugada y manchada de sudor, con las mangas enrolladas, y una corbata Hermés de rayas rojas y azules con el nudo flojo en el cuello desabotonado de la camisa. El pelo, en la incipiente calvicie, estaba aplastado por el sudor. Estaba sufriendo un ataque de disentería mientras su sistema luchaba contra una invasión microbiana y bebía ávidamente de una botella de Mylanta.

Como asesor especial del presidente de Estados Unidos, Ham Pound había sido enviado a esa misión de investigación por el propio presidente. Era su primera oportunidad de llevar a cabo un trabajo en solitario y, a los treinta y dos años, sabía que se trataba de un hito realmente impresionante en lo que el *Washington Post* ya había calificado como «una carrera diplomática meteórica». Lamentablemente, su propia enfermedad, el clima y los vuelos cancelados a causa de fallos en el equipo le habían costado tres días de viaje.

Y había sido también mala suerte que ayer dos submarinos de combate Sea Wolf detectaran y enfrentaran a un submarino chino que navegaba a sólo cien kilómetros al norte de la isla Henders. El incidente había provocado un punto muerto diplomático muy peligroso, y el presidente no estaba nada contento con el curso de los

acontecimientos. Los chinos se habían retirado, por ahora, pero la pelota estaba firmemente en manos de Pound y tenía que marcar.

—Lo siento por las Crittercams -suspiró Nell, palmeando el hombro del doctor Cato.

Cato parecía preocupado. Esa fase de la investigación había sido designada «Operación Mangosta», a través de la cual especies invasoras serían probadas contra las especies autóctonas de Henders. Los jefazos de la marina, aparentemente, necesitaban tener un nombre para esa misión, a pesar de que toda la operación era de alto secreto. Cato fue quien sugirió el nombre de «Operación Mangosta», puesto que las mangostas eran famosas conquistadoras de islas. Sin embargo, ahora que una de ellas había encontrado un final tan rápido y horrendo, ya no se sentía tan cómodo con el nombre.

Nell tendió la mano para estrechar la del diplomático recién llegado.

—Bienvenido a nuestro hogar lejos de casa, señor Pound. Lo siento, pero cuando llegó estábamos un poco atareados, como puede ver.

—Es agradable estar aquí. —Pound asintió, sólo medio jocosamente mientras tapaba la botella de Mylanta y estrechaba la mano de Nell-. Llámeme Ham.

Tanto Nell como el doctor Cato rechazaron la sugerencia.

—Nell es una de los dos supervivientes del desembarco original, señor Pound -explicó el doctor Cato-, y una brillante ex alumna mía. Ha demostrado ser una de nuestras jefas de proyecto más valiosas sobre el terreno. Creo que no ha dormido un minuto desde que la primera sección del laboratorio tocó tierra hace una semana. ¿Lo has hecho, Nell?

—Encantado de conocerla -dijo Pound, molesto con las delicadezas académicas.

—Eche un vistazo a esto -dijo Nell.

La mujer iba directa al grano, pensó Pound. «Bien.»

Nell le mostró una cámara de observación brillantemente iluminada. En su interior había lo que parecía ser una colección de botones.

—Eso que puede ver ahí son hormigas-disco, como Nell las ha bautizado -explicó el doctor Cato, mirando por encima del hombro de Pound.

Nell acercó la imagen haciendo un zoom con una de las cámaras cenitales para mostrar un toma desde arriba de uno de los discos en un monitor que había encima de la cámara de los especímenes. El ejemplar que enfocó era de color blanco ceroso con una mancha azul en el centro. El lado «supino» de la hormiga-disco parecía un pastel cortado en cinco pedazos. En el centro, una boca con dientes de tiburón sonreía a través de las costuras de dos tajadas. A cada lado de la misma estaban los ojos oscuros que cualquiera podría confundir con ojales.

Las hormigas que estaban boca abajo exhibían tres cuernos en forma de espiral que nacían del centro de sus lados superiores.

—Tienes que darles un nombre real, Nell -dijo el doctor Cato.

—Más tarde. Descubrimos que estas «hormigas» no tienen una reina, señor Pound. Pero, al igual que las hormigas comunes, son cazadoras y carroñeras. —Nell miró a Pound para asegurarse de que la seguía-. Todas las criaturas que habitan la isla Henders tienen la sangre de color azul con base de cobre, como los cangrejos y los calamares. Pero también parecen tener adaptaciones que incrementan su energía. Su índice de mortalidad es extremadamente elevado, pero su tasa de nacimiento es tan notablemente alta que parece compensarlo muy bien.

Nell aumentó la ampliación. Movi6 el cursor sobre la pantalla con la ayuda de un rat6n para indicar el borde curvo de una de las hormigas-disco.

—Eso que hay en el borde son ojos, ¿los ve?

Mir6 a Pound, quien tosi6 al tiempo que asentía.

—Veinte ojos estereosc6picos entre sus veinte brazos -continu6 explicando Nell-. Los brazos se retraen de manera telesc6pica. Creemos que sus nervios 6pticos tienen interruptores de encendido y apagado activados por un detector de posici6n similar a un oído interno, de modo que pueden mirar delante, detrás o encima de ellas mientras ruedan, como si lo hicieran a trav6s de un zo6tropo.

—¿Un zo6tropo?

Pound mir6 su reloj Chronoswiss Pathos, pero no recordaba en qu6 zona horaria se encontraba y todas las manecillas parecían empañarse juntas.

—Ya sabe, una de esas antiguas novedades giratorias -dijo el doctor Cato-. Si mira una serie de fotografías a trav6s de una ranura a medida que giran, las fotos parecen una sola imagen en movimiento.

—Oh, claro. —Pound se quit6 las gafas y volvi6 a frotar los cristales empañados-. Continúe.

—La sofisticaci6n del sistema nervioso es simplemente asombrosa para un animal de este tamaño -explic6 el doctor Cato.

—El tamaño de su cerebro en forma de anillo en relaci6n con la masa corporal es el doble del tamaño relativo del cerebro de un alguacil -añadi6 Nell.

—Y los alguaciles poseen el cerebro m6s grande en relaci6n con la masa corporal de cualquier animal conocido -dijo el doctor Cato-. Cuando estas hormigas no est6n rodando, pueden andar sobre cualquiera de sus dos lados planos y llevar la comida en la parte superior. Cuando ruedan, pueden llevar la comida en ambos lados, alimentándose ellas y sus crías al mismo tiempo.

Pound volvi6 a ponerse las gafas.

—Muy bien, ¿Y?

Nell orient6 la c6mara hacia un espécimen que estaba boca abajo.

—En la zona de la «cola» se pueden observar tres espirales de Fibonacci que parten del centro hacia el borde. Uno de esos tubos en forma de espiral es el canal del

parto. Alimenta con vitelina, una especie de yema de huevo primitiva, a las crías no nacidas. El otro tubo es un canal de expulsión de los detritus. Y el tercero -Nell amplió el primer plano- es en realidad una fila de crías esperando que alguien las lleve, alineadas como perlas en un collar. De modo que cada hormiga es, en realidad, una colonia. Las crías entran en acción cuando sus madres mudan las escamas, ayudando a devorar y eliminar el viejo exoesqueleto. Aún no hemos descubierto sus órganos sexuales, pero estos bichos parecen ser hermafroditas que se aparean una vez y dan a luz constantemente durante el resto de sus vidas utilizando una reserva de esperma almacenado de su compañero. Es probable que también puedan autofertilizarse, como lo hacen los percebes. —Nell miró a Pound esperando una reacción, pero no encontró ninguna-. Estas criaturas dan a luz miniaturas preparadas para entrar en acción que las infestan hasta que son lo bastante grandes para abandonar el hogar o comerse a sus padres, a menos que mamá o papá se los coman antes a ellos. Cuando crecen, paren crías de mayor tamaño, que tienden a alimentarse de las crías más pequeñas, manteniendo un precario equilibrio hasta que la comida comienza a escasear. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se convierten en hormigas-disco por sí mismas.

Nell volvió a ampliar la imagen. En una de las diminutas hormigas-disco se observaba una espiral similar de miniaturas en la parte superior que esperaban el momento de salir.

—La cría de la hormiga también da a luz a bichos del tamaño de ácaros. —Miró a Pound-. Y están constantemente infiltradas por otros pasajeros de diferentes hormigas-disco, que se alinean de forma automática según su tamaño.

—Cada individuo que usted ve -dijo el doctor Cato- es una colonia de miles de ejemplares que ayudan a que cada madre mude las escamas y recicle los componentes de quitina para la siguiente muda.

—Y ayudan a atacar a las presas y los ejércitos de parásitos que protegen a sus presas.

Nell dio unos golpecitos con los nudillos en el grueso cristal.

Al percibir el sonido, las hormigas-disco que estaban tendidas sobre sus lados se apoyaron sobre los bordes. Sus patas, como las de un ciempiés, se orientaron telescópicamente y echaron a rodar hacia el lugar donde Nell golpeaba el vidrio. Algunas de ellas se lanzaron como si fueran *frisbees*, retrayendo las patas y rebotando contra la ventana, dejando diminutas muescas en el acrílico. Pound vio que había muchas más muescas similares en el cristal. Una de las hormigas se quedó aferrada: una marea de hormigas diminutas surgió del lomo abovedado de la criatura y se diseminaron por la ventana mientras otras permanecían detrás y comenzaban a devorar a su anfitriona.

—Dios santo -musitó Pound. Esos bichos le recordaban a los cangrejos que había

adquirido durante una actividad particularmente imprudente en Fort Lauderdale unas vacaciones de primavera en sus días en Darmouth.

Nell se alegró al ver que el asesor presidencial se veía debidamente alarmado.

—Debería ver lo que les hacen a las hormigas devastadoras. Atrapamos a estos especímenes colocando una salchicha en la jungla mediante un brazo robótico. Diez segundos más tarde, la salchicha había desaparecido; prácticamente se fundió mientras las nanohormigas salían del interior de sus madres y atacaban.

Nell miró a Pound directamente a los ojos y le tocó el brazo.

—Estas criaturas son omnívoras, señor Pound, y pastorean también ese material verde que crece en las laderas de la isla y el follaje de los árboles. Ha llegado usted a tiempo de presenciar otra de nuestras pruebas.

Pound trató de mostrarse impresionado, pero no lo estaba. Quería ver el gran cuadro, la visita completa. El presidente tenía escasa paciencia para las minucias, y esas hormigas-disco eran la definición de ello. ¡No me cuentes los trabajos del parlo -le gustaba decir al presidente-, sólo muéstrame al bebé!

—¿Por qué no podemos bajar a la sección inferior del laboratorio y echar un vistazo al interior de la jungla? —sugirió Pound con visible irritación-. Estoy aquí para conseguir una grabación en vídeo que debería haberle entregado al presidente hace tres días.

—Hay muchas cosas para ver aquí, señor Pound -le recordó el doctor Cato.

Pound bajó el tono de voz, mirando a los otros científicos que trabajaban alrededor de ellos.

—Doctor, no creo que sea consciente de la gran presión a la que se halla sometida esta investigación. Tenemos que descubrir si esa isla representa un serio peligro biológico. No podemos mantener silenciados a los medios de comunicación para siempre mientras ustedes se dedican a estudiar bichos, sin ánimo de ofender. El resto del mundo se está inquietando. —Miró las hormigas-disco, que parecían dormir sobre sus lados en el interior de la cámara de los especímenes-. Y, francamente, esto no es lo que Estados Unidos necesita en este momento desde el punto de vista de las relaciones públicas. —Miró fijamente al doctor Cato al tiempo que susurraba:- ¡Nadie está feliz viendo cómo monopolizamos esta situación!

—¡Yo nunca he dicho que debiéramos mantener a otros países al margen de esto! —dijo el doctor Cato, indignado.

Ahora Pound se dirigió a ambos con un tono de suave urgencia en la voz.

—El presidente ha decidido que necesitamos conservar una opción militar, algo que se hace rápidamente imposible si hay otros países implicados. Ya hemos incluido en esta investigación a científicos británicos, ya que ellos mantienen una tenue reclamación sobre esta isla, pero cualquier cosa más que eso, y no importa cuán peligrosa resulte ser la vida en esa isla, y el problema será incontenible. Necesitamos

saber qué es lo que ocurre allí. No entiendo por qué no podemos ir al otro extremo del laboratorio y echar un vistazo en el interior de la jungla para el presidente.

Los científicos que se encontraban más cerca de ellos y oyeron las palabras de Pound lo miraron con desprecio.

—Me temo que tenemos algunas dificultades técnicas en la Sección Uno, señor Pound -dijo Nell-. ¿Por qué, en cambio, no le echa un vistazo a esto?...

### *12.02 horas*

El visor del casco del técnico de la NASA Jedediah Briggs ya estaba empañado cuando accedió al vestíbulo que conectaba la Sección Dos con la Sección Uno.

Cuando descendía por la escalera de aluminio para inspeccionar los daños en la Sección Uno, oyó unos estridentes silbidos a su alrededor. Unos golpes rítmicos reverberaban a través del laboratorio en la parte inferior. Miró a través del nublado visor los sensores que tachonaban el tubo de plástico.

Aproximadamente de tamaño de detectores de humo, los sensores que cubrían el vestíbulo expulsaban al exterior cualquier clase de vida microbiana que pudiera superar la barrera del recubrimiento exterior. Los sensores se encargaban de controlar el espacio herméticamente cerrado que había entre las capas interna y externa utilizando LAL extraído de la sangre de cangrejos bayoneta y que había sido inyectado en cada unidad.

Un pequeño tubo de cristal colocado en los sensores se suponía que debía tornarse amarillo en presencia de microbios. La NASA ya había empleado artilugios similares para asegurar que las sondas interplanetarias estuviesen libres de microbios durante su construcción.

Al bajar por la escalera de aluminio hacia la escotilla de la Sección Uno, Briggs advirtió que todo el LED verde contenido en los sensores se había vuelto rojo y que los tubos de prueba habían cambiado todos a amarillo.

Gracias al traje aislante azul que había maldecido minutos antes, Briggs llegó al final de la escalera y miró a través de la pequeña ventana de la escotilla en dirección a la Sección Uno.

Los rayos de luz solar inundaban el laboratorio filtrándose a través de grupos de agujeros en forma de anillo perforados a través del techo.

Los haces de luz iluminaban perfectamente a las criaturas que se arrastraban, revoloteaban y saltaban dentro del laboratorio.

El centro se derrumbó entre uno de los anillos de orificios que había en el techo e inmediatamente entraron por él animales de mayor tamaño.

Los enjambres de criaturas que ahora se reunían allí abajo parecieron percatarse de que los estaba observando a través de la pequeña ventana de la escotilla y todos se movieron a una velocidad irreal hacia él, lo que provocó un ciclón de papeles y

desechos que volaban.

Una lluvia de avispas y gusanos se estrellaron como bichos contra un parabrisas mientras Briggs saltaba hacia atrás apartándose de la ventana. Súbitamente, una estridente alarma comenzó a sonar.

Se volvió y comenzó a subir la escalera a toda prisa.

A su alrededor, el revestimiento del vestíbulo titilaba ahora con un LED de color púrpura. Mientras corría recordó que la capa interior estaba provista de fibras ópticas que detectaban los daños estructurales en el vestíbulo. Todo el tubo se volvió de una tonalidad rojo púrpura cuando el revestimiento interior comenzó a agrietarse.

Briggs maldijo de nuevo el incómodo traje aislante mientras subía la crujiente escalera de aluminio.

### *12.03 horas*

—¿Dificultades técnicas? —dijo Pound-. La NASA ha invertido ciento ochenta millones de dólares en este laboratorio, doctor Cato. ¿Pensaba que estaba diseñado para esto!

—¿Diseñado para esto? —Nell se echó a reír mientras miraba al doctor Cato con un gesto de pesar.

—Se han hecho algunas adaptaciones -respondió pacientemente Cato-. Incluso cuando el laboratorio era transportado y desde que fue instalado aquí. Es realmente un milagro que hayamos sido capaces de hacerlo. Pero el StatLab fue diseñado fundamentalmente como un laboratorio modular móvil que podía lanzarse sobre zonas remotas y peligrosas del planeta afectadas por enfermedades, señor Pound. No fue diseñado para estar sitiado por nada que fuera mayor que un virus.

Nell guió a Pound apoyando con firmeza una mano en su cintura.

—Muy pronto tendremos información acerca del estado de la Sección Uno. Mientras tanto, echemos un vistazo a algunas cosas que ya hemos descubierto, ¿le parece bien?

### *12.04 horas*

Los quemadores auxiliares de un F-14 Tomcat rugieron al ser catapultado desde la cubierta del *Enterprise*.

Cuando el estruendo hubo pasado, una oficial de la marina reanudó su conversación a gritos con Zero por encima de la aceleración de un V-22 Sea Osprey que estaba detrás de ella, sobre la superficie gris de la cubierta de vuelo.

—Usted es el único que ha estado en la isla y consiguió sobrevivir -gritó ella.

Zero miró a su alrededor a los hombres y mujeres que trabajaban afanosamente en el gigantesco portaaviones.

—¿Qué le hace pensar que quiero regresar allí? —gritó Zero a su vez.

—Cynthea dijo que quería salir del *Trident* -gritó ella-. Permanecerá allí en cuarentena hasta que la misión haya acabado. El presidente necesita que haya un camarógrafo en la isla; si lo quiere, el trabajo es suyo.

Zero miró irónicamente hacia el *Trident*.

—Maldita sea -murmuró para sí. Señaló un vehículo de aspecto monstruoso-. ¿En esa cosa?

En la cubierta, con un grueso cable unido al techo, estaba el vehículo todoterreno más sólido que Zero había visto en su vida. Aparte de la palabra «NASA» pintada con rojo en un lado, impresionante en sí misma, el vehículo explorador tenía dos enormes neumáticos nudosos en la parte delantera y medias orugas detrás. Tenía cuatro ventanillas como las de un submarino de aguas profundas, tres delante y otra en la parte posterior. Del frente del vehículo sobresalía una parrilla en forma de cuña similar al quitapiedras de una locomotora del siglo XIX. Dos pesados brazos articulados estaban plegados a ambos lados de la ventanilla delantera como si de los brazos de una mantis religiosa se tratara.

—El XATV-9 -gritó la oficial de la marina por encima del ruido de los motores del Osprey, señalando detrás de ella-. ¡En vehículo experimental de la NASA para las misiones a Marte! Enviado por orden especial del presidente. ¡No podría estar más seguro en los brazos de su madre, señor! ¿Qué me dice?

El camarógrafo que había en Zero contestó.

—Muy bien -gritó, maldiciéndose a sí mismo al hacerlo.

—¡Tiene que subir ahora, señor!

Dos miembros de la tripulación de la cubierta de vuelo acompañaron rápidamente a Zero y cerraron la escotilla hermética tras él mientras se instalaba en un asiento hundido junto al conductor, delante de las tres ventanillas. El panel de control, que parecía salido de la serie «Buck Rogers», brillaba intensamente entre Zero y el conductor, un tipo de aspecto sano y pulcro vestido con un mono de paracaidista azul marino. Alzó los pulgares para tranquilizar a Zero y luego señaló una bonita Steadicam en un brazo articulado montado en el techo encima del asiento del acompañante.

—Abróchese el cinturón de prisa -le aconsejó el conductor-. Nunca ha hecho un viaje como éste.

Zero se ajustó el arnés del asiento y cogió las manillas de la Steadicam, que colgaban ingravidas del techo del vehículo. Apoyó el amplio visor sobre el ojo izquierdo justo cuando el Osprey los elevaba desde la cubierta.

—¡Yujuuu! —gritó el conductor.

Viajaron meciéndose sobre el océano y Zero tragó con dificultad mientras dirigía la cámara fuera de la ventanilla.

12.05 horas

Nell condujo a Pound a través de las estaciones de trabajo donde los científicos controlaban las cámaras a distancia.

Una de las pantallas mostraba hormigas-disco que rodaban por estrechos senderos; otra enfocaba a criaturas de aspecto horrible que parecían atacar la cámara.

Cada monitor que Pound miraba parecía apagarse. Los científicos que los observaban se lamentaron como si hubieran estado esperando que ocurriera.

Pound se volvió hacia el doctor Cato.

—Realmente debo insis...

—Tal vez quiera grabar esto -dijo Nell, al tiempo que palmeaba el brazo de Pound-. Para el presidente.

Persuadido por la insistencia de Nell, Pound se colocó torpemente en la cabeza una cámara de plástico blanca unida a una tira y extendió el brazo de su visor, preguntándose dónde estaba el camarógrafo que le habían prometido. Centró la lente a modo de tercer ojo en su frente y luego dio unos golpecitos en el costado, activando una luz operativa verde debajo de la pantalla en miniatura del visor.

Tres grandes insectos amarillos y negros de aspecto amenazador entraron a través de un tubo transparente en el teatro visual.

—Avispones japoneses gigantes -dijo el doctor Cato elogiosamente.

—Un enjambre de caza de unos treinta individuos puede acabar con un panal de treinta mil abejas antes de cinco horas -explicó Nell.

—Sus larvas se alimentan de un aminoácido energético que les permite volar noventa kilómetros a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora -añadió el doctor Cato.

—¡Vaya! —exclamó Pound.

—Observe atentamente, señor Pound. —Cato señaló la cámara de los especímenes para asegurarse de que el asesor presidencial no se perdía la escena-. Un avispon japonés gigante puede matar cuarenta abejas por minuto, cortándolas en pedazos con sus poderosas mandíbulas. Los exploradores lanzan una feromona para marcar a su presa y luego atacan en enjambre.

—Sus agujones inyectan un veneno tan potente que disuelve la carne humana -dijo Nell-. En Japón matan unas cuarenta personas por año.

—Hemos estado elevando las apuestas últimamente -dijo el doctor Cato.

—¡Joder! Nunca había oído hablar de esos bichos.

Los ojos de Pound estaban pegados a la cámara de los especímenes.

Nell miró al doctor Cato.

—Muy bien, Steve, dejemos entrar a las avispas Henders.

Las cámaras de alta velocidad zumbaron cuando sus motores aceleraron y

enfocaron a dos avispas Henders de doce centímetros largo que emergieron de un tubo y revolotearon verticalmente con sus cinco alas transparentes.

Sus abdómenes, parecidos a los de las luciérnagas, se proyectaron hacia adelante al cazar a los avispones japoneses en pleno vuelo.

Con sus diez patas de doble articulación afiladas como navajas, las avispas Henders cortaron rápidamente en pedazos a los avispones, que cayeron al suelo sin dejar de moverse.

Mientras el anillo de ojos sobre sus «cabezas» no dejaba de vigilar, las avispas aterrizaron sobre cinco patas. Luego hundieron sus colas para devorar los trozos cortados con sus fauces de cinco mandíbulas.

—¡Dios mío! —exclamó el enviado del presidente-. ¿Estos bichos comen con sus *culos*?

—Tienen dos cerebros, señor Pound -dijo el doctor Cato.

—Como muchas de las criaturas que hemos estudiado aquí -añadió Neil.

Pound parecía desconcertado.

—¿Es así como han resultado todos los experimentos hasta ahora, Nell? —preguntó Cato.

Ella asintió, compartiendo con el científico una expresión preocupada.

Pound manipuló un botón en su cámara.

—Las especies de la isla Henders -continuó Nell- no sólo han concordado con todas las especies comunes que hemos examinado, señor Pound, sino que las han aniquilado.

El enviado presidencial se encogió de hombros.

—Suena como si estuviéramos hablando de un puñado de bichos. ¿Por qué no podemos rociarlos con DDT y acabar con este asunto?

—Estamos hablando de mucho más que bichos -dijo Nell.

—En esta isla hay criaturas más grandes que tigres según nos ha contado Nell -añadió Cato.

—Yo los llamo *spigers*, señor Pound -dijo ella-. Son criaturas de ocho patas y de un tamaño al menos tres veces más grande que un tigre.

—Ham -dijo Pound, sintiéndose ligeramente mareado-. Llámeme Ham, por favor. ¿Por qué no podemos ver algunas de esas criaturas? ¡Eso es lo que realmente necesito ver!

*12.05 horas*

Los miembros de la tripulación secuestrada del *Trident* jugaban a las damas y se sentaban en las cubiertas absolutamente aburridos. Diecinueve días mirando una playa que no podían pisar estaban empezando a mezclar un cóctel explosivo de ira, miedo y locura.

Al caer la noche podían ver los satélites espía que los vigilaban, cruzando mutuamente sus trayectorias en un preciso y permanente cambio de guardia en lo alto del cielo como los guardias en el palacio de Buckingham.

Cynthea, el capitán Sol y el primer oficial Warburton estaban en la proa del *Trident* observando el rugiente Osprey, que volaba sobre la cala en la que permanecían anclados.

—Allí va Zero -exclamó Warburton-. ¡Cabrón afortunado!

El capitán Sol meneó la cabeza.

—No lo envidio.

Cynthea miró a través de sus gemelos de teatro el helicóptero que llevaba al vehículo explorador hasta que desapareció detrás del risco de la isla.

—¡Vamos, Zero! —lo acicateó, agitando un puño de uñas pintadas de color carmesí-. ¡Si lo consigues serás mi amo y señor por toda la eternidad, cariño!

El capitán Sol y Warburton se miraron asombrados.

*12.06 horas*

—Observe esto, señor Pound -insistió el doctor Cato.

—Otto está a punto de enviar uno de nuestros últimos ROV -dijo Nell.

Cato palmeó el hombro de Otto y lo sobresaltó mientras ocupaba una de las estaciones de trabajo en la Sección Cuatro.

—¿Adónde vamos ahora, joven?

Otto se quitó las gafas de seguridad y le sonrió a Pound. El pulgar izquierdo del biólogo estaba inmovilizado con una férula de aluminio que no le había impedido operar los vehículos que había ayudado a diseñar. No sentía ningún dolor gracias a las dosis de novocaína que el médico de la marina le había inyectado para el dedo.

—Bienvenidos a la selva, chicos. —Otto volvió a colocarse las gafas-. Estamos a punto de penetrar a través del límite exterior con un pequeño vehículo mecánico para echar un vistazo en el interior de la selva. Esto dura habitualmente unos pocos segundos, de modo que tratad de no parpadear.

—De acuerdo. —Pound miró a Cato y a Nell con expresión recriminatoria-. ¡Ahora estamos llegando a alguna parte!

—Ya hemos desplegado aproximadamente ochenta de estos ROV -dijo Nell pacientemente-. Sólo nos quedan doce. Hemos conseguido llegar bastante lejos a través de los campos y alcanzar el límite de la isla. Pero ahora estamos utilizando los vehículos restantes para inspeccionar la jungla, donde parece desarrollarse la mayor parte de la acción.

El ROV era el regalo de Navidad más espectacular que un crío de siete años pudiera imaginar que encontraría nunca junto al árbol. Varias cámaras exteriores captaron su presencia cuando surgió de la Sección Uno. El vehículo giró a la

izquierda en la ladera que llevaba a la jungla.

Con el suave zumbido que producían los servomotores, el ROV se desplazó sobre amplias zonas púrpura de «tréboles» de Henders, dejando detrás unas huellas marrones en una visión trasera tomada por una cámara que se veía en la mitad inferior de la pantalla.

Otto dirigió el ROV hacia el borde de la jungla y redujo la velocidad.

—Esperad -dijo, y llevó el pequeño vehículo hasta un claro entre los árboles.

En el monitor que había encima de ellos, la cámara del ROV barrió rápidamente los troncos de los árboles que parecían palmeras cruzadas con cactus. Algunos estaban cubiertos de escamas como de reptiles, de espinas, de lo que podrían haber sido ojos... incluso de bocas que se abrían y se cerraban.

Avanzando como si hiciera un eslalon entre los troncos de los árboles, el ROV llegó a un corredor parecido a un túnel flanqueado por árboles de denso follaje que se curvaban como costillas o colmillos gigantes y cuyas copas entrelazadas de tréboles similares al muérdago estaban perforadas por los rayos del sol. El ROV aceleró debajo de racimos colgantes, cadenas y espirales de bayas coloridas en zarcillos transparentes que subían y bajaban como los tentáculos de un calamar a lo largo del corredor.

Una enorme horda de insectos y animales zumbaban y rugían junto al veloz ROV, corriendo hacia el vehículo en la parte inferior de la pantalla, captados por la cámara trasera. Otto continuó la carrera en zigzag a través del túnel curvo mientras una embestida de criaturas parecía errar el blanco en cada giro. Cuando el túnel se bifurcó, Otto giró hacia la derecha a velocidad de vértigo. Apenas si podían ver algo, aparte de un remolino de formas borrosas que se lanzaban hacia el ROV mientras continuaba su carrera a través del túnel selvático.

Algo grande atacó desde un costado.

La cámara del ROV cayó a tierra. La pluma de un ave, apretada contra la lente, fue todo cuanto pudieron identificar.

—¡Joder! —exclamó Otto mientras se quitaba las gafas-. Siempre vemos un montón de plumas -le explicó a Pound, quien miraba la pantalla con expresión vacía.

—Quiero que me entregue los mejores vídeos que el ROV haya conseguido filmar en el interior de la selva, doctor Cato, para enseñárselos al presidente -dijo.

—¡Bien, eso era todo, allí lo tiene! —anunció Otto con expresión triunfal.

—¿Eso es todo lo lejos que han conseguido llegar? —preguntó Pound.

—¡Ése es el récord, tío! —Otto chocó su mano con la de Nell-. ¡Ahora puedes ver por qué esos cabrones tienen ojos en la parte posterior de la cabeza, Nell! Montamos una cámara en la parte trasera cuyas imágenes podía ver en la mitad inferior de mis gafas. No podría haber llegado tan lejos sin ella. Pero tío, eso significa un montón de material que procesar... ¡esos bichos necesitan dos cerebros!

El doctor Cato señaló otro de los monitores y se percató de que los ojos de Pound se ponían vidriosos.

—Mire este ROV que conseguimos colocar junto a uno de los senderos que recorren las hormigas-disco, señor Pound. Este último duró tres días. ¿Correcto, Otto?

—Co...

La imagen se desvaneció.

—...recto. —Otto miró a Pound y se encogió de hombros.

—¡Sigo sin entender por qué no podemos ir simplemente a la Sección Uno y echar un vistazo al interior de la selva desde allí! —se quejó Pound-. ¿Qué sentido tiene disponer de todo este equipo de un millón de dólares si ni siquiera podemos usarlo cuando lo necesitamos?

### *12.06 horas*

Briggs cerró violentamente la escotilla inferior de la Sección Dos tras de sí. La puerta encajó herméticamente con un quejumbroso siseo mientras se apoyaba en ella para recuperar el aliento.

Se quitó el casco y el traje aislante azul deshinchado. Se irguió mientras se dirigía a los once nerviosos científicos que ocupaban la Sección Dos y lo miraban fijamente desde sus puestos de trabajo.

—¡Aislar el conducto no es una opción! —anunció el técnico de la NASA-. ¡Escuchadme bien todos! —gritó Briggs mientras acababa de quitarse el engorroso traje aislante-. ¡Queda oficialmente prohibida la entrada en la Sección Uno!

Terminó de quitarse de una patada la última pierna del traje aislante y a continuación estudió a los científicos allí reunidos con un aire casi despectivo.

—Y, para que lo sepáis, los gusanos *vuelan*... ¿De acuerdo? Además, esos malditos bichos están entrando a través del revestimiento interno del vestíbulo hasta aquí.

Briggs dio unos golpecitos con los nudillos en la ventana de la escotilla detrás de él. Todos recularon cuando los gusanos atacaron brutalmente desde el otro lado.

El trío de animales de patas afiladas y retráctiles se semejaba al brillante tren de aterrizaje negro de una nave espacial de ciencia ficción de los años cincuenta. Sus cabezas romboidales tenían tres ojos en forma de anillo y un cuello flexible. Los bichos volaban y giraban en el aire con notable precisión utilizando para ello unas alas negras que surgían como pétalos de flores desde un botón de tres paneles que tenían debajo de los cuellos.

Los gusanos inclinaron sus abdómenes amarillos y perforantes hacia la ventana. Sus patas delanteras provistas de ganchos rascaron la superficie resbaladiza.

Briggs miró por encima del hombro y dio un brinco al ver que las extrañas

criaturas estaban tan cerca.

—Muy bien. —Se volvió hacia los científicos-. Los gusanos perforadores han conseguido entrar en el vestíbulo. Pero no fue eso lo que abrió una brecha en el casco de la Sección Uno. Otra cosa lo hizo. Hola, ¿hay algún médico en la sala? Porque nosotros, técnicos ignorantes de la NASA, andamos un poco perdidos, ¿de acuerdo? ¡Yo no puedo garantizar nuestra seguridad si nadie me dice qué cono está pasando!

—Eh, oiga, nosotros sólo estamos aquí para recoger datos -dijo Andy con sarcasmo.

Llevaba una camiseta estampada con rayas rojas, amarillas y verdes, y parecía que hacía un mes que no dormía.

—Todos esos “*prima-donnas*” británicos que están en el *Enterprise* se supone que deben resolverlo por nosotros. O, al menos, eso fue lo que nos dijeron -gritó.

—En pocas palabras -dijo Quentin-. También hay un montón de prima donnas norteamericanos, Andy. Briggs, si quiere presentar una queja, en este mismo momento, hay un par de ellos haciendo una visita a la Sección Cuatro. —Señaló con el dedo una pantalla de plasma que mostraba una vista cenital-. Eh, mirad: el líquen de Henders se está extendiendo encima de nosotros...

Unas escamas rojas y amarillas florecieron sobre el techo en el monitor de Quentin. Los brotes parecidos al líquen se extendían visiblemente en polígonos que cambiaban de color y forma, comiendo con voracidad las capas de pintura blanca, la imprimación gris y el acero. Cada placa hexagonal estaba dividida por la mitad por una «aleta» semihexagonal orientada en ángulo para captar la luz solar. La luz del sol hacía que esas aletas se volvieran verdes mientras el viento las agitaba. Una nube permanente de bichos furiosos pululaba allí donde la jungla estaba devorando sin prisa pero sin pausa la Sección Uno, como si fuesen anticuerpos que reaccionaban ante una herida.

—Esa porquería se vuelve roja con el hierro, amarilla con el acrílico y blanca con la pintura, tío. —Quentin sacudió la cabeza con admiración y mordió un trozo de una barrita de caramelo Zagnut con sus dientes amarillos-. Creo que, de hecho, se están comiendo el laboratorio -musitó.

—Algunas bacterias comen metal, oro, incluso CD -dijo Andy-. Es probable que las bacterias se comieran la piedra caliza en las cuevas gigantes, además de tus dientes, Quentin.

—Está haciendo el proceso de fotosíntesis también. —Quentin pulsó dos teclas y acercó la imagen mientras mordía otro trozo-. Mirad esas escamas: las que absorben la luz solar se tiñen de verde. El líquen de Henders come todo lo que encuentra, tío -dijo con la boca llena todo el tiempo.

Andy frunció el ceño.

—El índice de crecimiento máximo de los líquenes es aproximadamente entre

uno y dos centímetros por año.

—Esa cosa está creciendo un millón de veces más de prisa que eso -dijo Quentin.

—Un millón de veces, no -objetó Andy.

—De acuerdo, ¿estaba exagerando?

—¡La cuestión es que no se trata de un líquen, Quentin! Es alguna clase de superplanta, como la cuscuta japonesa o algo por el estilo. Pero todo el mundo sigue llamándolo líquen.

—Bueno, ¡en realidad fuiste tú quien lo llamó líquen!

Briggs puso los brazos en jarras y los observó con expresión divertida.

—Sí, lo sé, pero estaba equivocado, ¿de acuerdo? —dijo Andy-. ¡A Nell la irrita que todo el mundo siga llamándolo líquen!

—Muy bien, ¿y cómo lo llama ella, entonces?

Quentin mordió otro trozo de caramelo.

—Trébol.

—Oh, sí, como si fuese un trébol -replicó Quentin riendo.

—¡Perdonadme, chicos! —gritó Briggs-. ¡Lo que me preocupa en este momento no es el moho, o el trébol, o el líquen, o como mierda queráis llamarlo! —Señaló el techo con el dedo-. ¿Veis esas enredaderas? —Movió el dedo como si de un cuchillo se tratara ante las narices de Quentin-. ¡Se supone que los científicos no deben exagerar las cosas! ¡Y deja ya de comer eso!

Briggs cogió lo que quedaba de la barrita de caramelo de Quentin y la lanzó al otro extremo del laboratorio.

Quentin se encogió de hombros mirando a Briggs con expresión temerosa mientras el técnico de la NASA enfocaba un primer plano de los organismos similares a plantas en el techo del laboratorio, que parecían hojas de helechos transparentes que surgían de un florero de cristal.

—Sí, esas cosas comenzaron a extenderse sobre el techo en las últimas horas -dijo Andy.

—Sin embargo, no puede tratarse de enredaderas -repuso Quentin.

Los tallos traslúcidos de las hojas estaban cubiertos de huevos transparentes, verdes y pegajosos. Una avispa Henders se posó sobre una de las enredaderas y comió unos cuantos huevos con sus fauces posteriores. Luego voló hacia la cámara, accionando el *whizz* del autofocus al cambiar a la modalidad macro. El bicho depositó en la lente un huevo que llevaba adherido a la pata y se alejó volando. Del huevo brotaron inmediatamente cinco «hojas» traslúcidas.

—¡Caray! Ahí tenemos su ciclo vital, muchachos -dijo Quentin.

—Comen el trébol -agregó Andy, reconociendo la especie-. Esas cosas salen habitualmente por la noche. Da la impresión de que utilizan a esos bichos para diseminar los huevos.

Briggs señaló la pantalla.

—¡Mirad eso!

Las hojas en forma de helecho de una «planta» de mayor tamaño comenzaron a desenrollarse. Sus cinco dedos acolchados echaban humo al presionar el techo directamente encima de ellas.

Briggs volvió a señalar: cinco puntos de pintura blanca burbujaban en un anillo formado en el techo de acero. Los puntos coincidían con el dibujo de las almohadillas en las hojas.

—Eso es lo que se está comiendo el revestimiento en la Sección Uno -dijo Briggs mirando a Quentin-. ¿De acuerdo, genio?

—¡Vaya! Los *liquénvoros* deben de utilizar ácido para disolver el liquen que cubre las rocas. ¡Cabrones!

—¿*Liquénvoros*? -dijo Andy.

—Muy bien, ¿qué te parece *trebólvoros* entonces?

—Mejor. ¡Eh, espera un momento! ¡Nell dijo que esas cosas podrían fabricar ácido sulfúrico!

Briggs sacudió la cabeza.

—¿Qué? De acuerdo. ¡Ya está bien! —exclamó mientras cerraba los ojos y apoyaba una mano en la frente-. ¡Atención todo el mundo! —gritó-. Ha llegado el momento de que recojáis vuestros discos duros, vuestras pelotas de gomaespuma, vuestros iPods, vuestras barritas de chocolate relleno, los muñequitos del Increíble Hulk y cualquier otra cosa que hayáis traído con vosotros porque estamos evacuando. ¿Lo habéis entendido? ¡Eso significa *tú*, vaquero!

—Eh, ¿por qué me elige a mí? —protestó Andy.

—Porque eres el más fácil de manejar -dijo Briggs-. ¡Y ahora, mueve el culo!

—¿Porque soy Andy?<sup>[2]</sup>

—Vamos, maldita sea -lo urgió Quentin.

—¿Eso fue lo que dijo?

—No seas tan susceptible.

—Pero ¿fue eso lo que dijo?

—¿Qué otra cosa podría decir después de haberte visto? —repuso Quentin echándose a reír.

*12.07 horas*

—Lo hemos intentado con aviones teledirigidos -dijo Nell-, pero no pueden ver nada a través del denso follaje. Tratamos de conseguirlo con cámaras en helicópteros con control remoto pero atraen a los enjambres.

—Lo intentamos también con Crittercams -añadió Otto-. Ya ha visto el resultado.

—Incluso con los breves vistazos que pudimos echar al interior de la selva, señor

Pound, hemos sido capaces de distinguir hasta ochenta y siete especies diferentes - dijo el doctor Cato-, algunas de ellas realmente grandes. De entre los especímenes que hemos podido capturar, muchos poseen ojos similares a los de la esquila de agua. Eso significa que pueden ver colores que ni siquiera podemos imaginar, y su capacidad para seguir el rastro de una presa que se mueve a gran velocidad es igualmente super...

En ese momento oyeron el ruido de los rotores gemelos del Sea Osprey resonando a través de las paredes muy cerca de allí.

Pound se volvió con visible nerviosismo para mirar a través de la ventana.

El vehículo explorador XATV-9 de la NASA tocó tierra en la ladera con una sacudida en sus amortiguadores, lo que provocó un temblor en el laboratorio.

—Lo siento, doctor Cato- sonrió Pound, y exhaló un suspiro de alivio-. Tendré que hacer valer mi autoridad. Vamos a entrar en la selva. Su presencia será bienvenida, por supuesto, como así también la de cualquiera de los miembros de su equipo. Estoy seguro de que el presidente apreciará todo su apoyo.

El cable de sujeción se desenganchó del techo del vehículo explorador mientras éste retrocedía colina arriba sobre sus enormes neumáticos para conectarse al tubo de acoplamiento extensible del laboratorio.

Nell cogió el brazo de Pound.

—¡No pueden ir allí! —dijo.

Pound apartó suavemente el brazo.

—Me temo que debemos hacerlo.

—Este lugar ha matado a once personas y un perro en meaos de un minuto.

Pound sonrió.

—En el caso de que no fuera un montaje de un programa de televisión...

—¿No comprende acaso lo que esos *bichos*, como usted los llama, son capaces de hacer? —replicó Nell.

Pero Pound ya había dado media vuelta y se dirigía hacia la puerta.

Nell lo siguió.

—Éste es un ecosistema absolutamente desconocido con, al menos, una docena de nuevas clases de animales. Una sola de esas especies probablemente podría desbaratar todo un ecosistema común, Pound. ¡No tiene idea de lo peligrosas que son!

—Precisamente por eso debemos descubrir a qué nos enfrentamos.

—¡Por supuesto, pero esa isla lleva aquí quinientos millones de años! ¿Qué prisa hay?

Pound se volvió hacia ella arqueando una ceja con expresión paternalista.

—Gracias al programa «SeaLife» todo el mundo sabe ahora dónde se encuentra esa isla, Nell. Y si esos *bichos* son la mitad de peligrosos de lo que usted cree, podrían utilizarse para la guerra biológica. —Sonrió con amable condescendencia-

Lo siento, pero mi trabajo consiste en pensar en este tipo de cosas. —Se volvió y siguió caminando hacia la escotilla de acoplamiento-. ¡Para que usted no tenga que hacerlo! —añadió por encima del hombro.

Nell lo miró con una expresión de incredulidad dibujada en el rostro.

—¡Espere! Ham, hablo en serio... ¡No lo haga!

El vestíbulo de acoplamiento se extendió lentamente hacia la escotilla del vehículo explorador.

—Sintonice el canal uno. Les enviaremos las imágenes que capte la cámara -dijo Pound mientras uno de los técnicos tiraba de la escotilla para abrirla.

En ese mismo momento, Andy apareció por la escotilla en el otro extremo de la Sección Cuatro agitando los brazos.

—¡Eh, esperen! ¡Déjenme ir con ustedes!

—Si él va, yo también voy. —Quentin apareció detrás de Andy-. ¡Conozco la topografía de esa isla mejor que nadie!

—Muy bien, están dentro -decidió Pound-. Doctor Cato, ¿quiere acompañarnos y echar realmente un vistazo a ese lugar? ¡Es bienvenido!

El doctor Cato miró a Nell y se alarmó ante la expresión horrorizada de su rostro.

—Creo que no, señor Pound. Creo que aprovecharé el viaje de regreso al *Enterprise*.

—¿Quieres acompañarnos, Nell? —preguntó Andy-. Estoy seguro de que nos vendría muy bien una botánica.

Nell le apretó la mano con fuerza.

—¡No deberías ir, Andy!

—Nunca tengo la oportunidad de ir -se quejó él-. Además, estaremos seguros en ese chisme. Lo construyó la NASA.

A Nell la invadió un horrible presentimiento y se aferró a su mano.

—Es demasiado inquietante, Nell, lo comprendo. Tú te quedas aquí -dijo Andy-. ¡Pero esta vez *no* me dejarán atrás!

Se soltó de la mano de ella.

—¡Que suban los que irán a bordo! —gritó Pound al tiempo que abría la escotilla. Andy siguió al grupo que entraba en el tubo de acoplamiento.

La escotilla se cerró cuando Andy llegó a ella.

—¡Eh! —gritó.

La escotilla volvió a abrirse.

—Sólo estaba bromeando -dijo Quentin-. Sube.

—¡Eso no ha sido nada divertido!

—Sí lo ha sido -repuso Quentin y se echó a reír.

Cuando Andy se alejó gateando por el tubo de acoplamiento, uno de los técnicos del laboratorio cerró la escotilla tras él.

Briggs abrió la escotilla desde la sección inferior y entró en la Sección Cuatro con una expresión más sombría de lo habitual.

Vio a Nell en el otro extremo del laboratorio. Parecía encontrarse muy afectada por algún motivo.

Briggs también vio que junto a ella había un científico delgado y enjuto que examinaba uno de los gusanos perforadores en una cámara de especímenes.

—¿Habéis traído a esos gusanos aquí? —dijo con un gruñido.

—¿Se refiere al *Rotopodiensis taylori*?

Briggs echó un vistazo a la placa con el nombre del joven científico: Todd Taylor.

—Eh..., no. Me refiero a esas cosas que penetran a través de la goma, la silicona e incluso también el acrílico como el de tu pequeño terrario.

Golpeó con la uña la pared de la cámara de especímenes y los gusanos saltaron inmediatamente al oír el ruido, asustando al joven Taylor.

—¡Escuchadme bien! —gritó Briggs mientras recorría el pasillo en dirección a Nell-. ¡Tenemos que evacuar el StatLab! La Sección Uno ya se encuentra comprometida y la Sección Dos es una causa perdida.

—No podemos irnos aún -protestó Nell.

Briggs se enfrentó a ella.

—¿Por qué no?

Nell señaló hacia la ventana en el momento en que el vehículo explorador comenzaba a ascender la ladera de la colina.

—Genial -dijo Briggs-. Justo lo que necesitábamos...

Otto cambió al canal uno y mostró en pantalla las imágenes enviadas por Zero cuando el vehículo enfilaba hacia la jungla.

—Echad un vistazo -gritó Otto-. ¡Tenemos asientos en primera fila!

### 12.11 horas

Zero tenía ambas cámaras de vídeo colocadas a través de la ventanilla del XATV-9 mientras los ocupantes del vehículo explorador se inclinaban instintivamente hacia adelante cogiéndose de donde podían.

—No creo que debamos ir sacudiéndonos de esta manera -gritó Andy.

El conductor no le prestó atención y pareció acelerar aún más.

La parrilla quitapiedras del XATV-9 barría la selva. Abría una cuña entre los árboles lanzando a los cinco hombres hacia adelante contra los arneses que les sujetaban los hombros mientras las secciones superiores de los árboles similares a cactus se apartaban y golpeaban el techo del vehículo salpicando líquidos azules.

—No hay de qué preocuparse. Es una plancha de acrílico de veinticinco centímetros de grosor -les dijo el conductor-. Estas ventanillas están diseñadas para submarinos.

—Eso está muy bien, porque estamos a punto de abrirnos paso a través del primer corredor -masculló Quentin mientras los árboles seguían apartándose a su alrededor.

—¡Conduzca más despacio! —gritó Andy.

El vehículo explorador forzó la marcha, sus enormes neumáticos y semiorugas traseras aferrándose al suelo e impulsándolos a través de la densa espesura. Podían oír cómo se partían las ramas y golpeaban contra los costados y el techo. Desde los árboles caían racimos de bayas que esparcían un jugo turquesa, amarillo y magenta a través de las ventanillas mientras el vehículo finalmente reducía la velocidad.

Apartando las últimas ramas, el explorador mecanizado llegó a un corredor abierto en el interior de la jungla y se detuvo.

—¿Qué les parece este lugar? —preguntó el conductor.

Quentin sonrió.

—Perfecto.

El túnel, flanqueado de árboles, se extendía en un amplio arco hacia ellos y se curvaba en la dirección opuesta hasta donde alcanzaba la vista. El vehículo había perforado un codo del sinuoso corredor.

Un auténtico tornado de criaturas se perseguían unas a otras a través del túnel, de derecha a izquierda, describiendo una curva alrededor de una esquina que se inclinaba delante de ellos y lanzándose a través del corredor que se abría a su izquierda antes de perderse de vista al llegar a una bifurcación.

Mientras la avalancha de animales pasaba como una exhalación junto a las ventanillas del vehículo explorador, algunos cogían bayas o huevos de unos zarcillos que colgaban del denso follaje. Otros quedaban atrapados en los zarcillos, que reaccionaban como tentáculos, izando a sus víctimas hacia las copas de los árboles.

—¿Quieren oírlo? —preguntó el conductor.

—¡Sí! —dijo Quentin. i El conductor pulsó un botón en el salpicadero que activaba los micrófonos exteriores.

A través de los altavoces les llegó el ruido ensordecedor de los insectos, acentuado por chillidos roncós, gritos angustiados y aullidos que helaban la sangre que sonaban como un paseo por una casa encantada.

—¡Joder! —musitó el conductor. Se volvió para mirar a los demás.

—¡Mirad! —Andy señaló hacia la derecha del corredor.

Una oleada de animales del tamaño de tejones corría a una velocidad asombrosa mientras perseguía a una jauría de ratas Henders.

Las ratas saltaron diez metros en el aire a través del corredor y aterrizaron justo delante del vehículo explorador. Después de cambiar de dirección, las ratas se mantuvieron un paso por delante de los tejones, quienes chocaron contra el banco de tierra que había detrás del vehículo.

Uno de los tejones de rayas amarillas tropezó con una de las ramas caídas. El

animal fue atacado inmediatamente por las ratas, que volvieron sobre sus pasos, seguidas rápidamente por una oleada de hormigas-disco y avispas que llegaban por la retaguardia. A continuación se produjo un combate mortal.

Mientras el tejón luchaba para deshacerse de sus atacantes, un animal del tamaño de un perro, con la cabeza parecida a la de un mero y una corona de ojos, salió de la espesura directamente a través del corredor y los devoró a todos con sus mandíbulas trituradoras de huesos. El mero sacudió la cabeza y lanzó por el aire a unas cuantas ratas, que se deslizaron sobre el suelo antes de ser enterradas inmediatamente por un enjambre de lo que parecían ser barracudas del tamaño de ratones con veinte patas y un pelotón de hormigas-disco.

El terrible estallido de violencia dejó sin habla a los hombres que ocupaban el vehículo explorador.

Los bichos chocaban contra la parte derecha de la ventanilla delantera, formando una capa de lógamo azul pulposo que otras criaturas se apresuraban a comer antes de ser atacadas.

Era un tumulto callejero perpetuo, pensó Zero, mientras intentaba captarlo todo con sus cámaras y el corazón desbocado. Si conseguía sobrevivir, ya podía morir después de eso y ascender al Valhalla de los fotógrafos de todos modos.

### *12.13 horas*

Los científicos que contemplaban las imágenes desde la seguridad que les proporcionaba el StatLab se quedaron en silencio.

Nell sintió que su temor era superado por la sorpresa mientras contemplaba cómo ese mundo desconocido se desplegaba en la pantalla de alta definición. Los ritmos de matanza y regeneración eran tan obscenamente acelerados que era como observar una guerra dentro de una sala de partos.

«No pertenecemos a este lugar -pensó-. Nada de nuestro mundo pertenece a este lugar.»

### *12.14 horas*

Pound estaba pálido.

—Señores, ¿qué es exactamente lo que estamos viendo aquí? ¡Por favor, corte el sonido!

—De acuerdo -asintió el conductor.

El resto de los ocupantes del vehículo miraban boquiabiertos el huracán de muerte y nacimiento que se arremolinaba en el exterior.

—Oh, sí, muy bien, se trata de vida animal alienígena -dijo Quentin-. Quiero decir, ADN, ARN, componentes celulares básicos, utiliza trifosfato de adenosina

como fuente de energía igual que cualesquiera otros organismos del planeta, ¿de acuerdo? Pero estos animales no se parecen a nada que la ciencia haya visto nunca. En lugar de un diseño vertebrado, en este caso estamos hablando de un endoesqueleto segmentado que parece un exoesqueleto rudimentario. Estos bichos poseen exoesqueletos como la mayoría de los insectos del planeta, pero sus cuerpos presentan una simetría radial que es totalmente alienígena. Las plantas no sólo son fotosintéticas, sino también heterotróficas, carnívoras, de hecho, y todas tienen sangre con base de cobre.

—No pueden ser plantas si tienen sangre, Quentin -protestó Andy-. Algunos de los ejemplares de mayor tamaño parecen ser organismos fotosintéticos que están firmemente enraizados en el suelo, pero no son realmente plantas.

Quentin señaló hacia afuera.

—Incluso esas cosas que parecen enormes palmeras, señor Pound, tienen sangre con base de cobre. No sé cómo lo hacen para bombearla hasta semejante altura, pero creo que deben de tener corazones..., unos corazones realmente grandes. Si es así, entonces sabremos definitivamente que no son plantas.

—Pensamos que podrían estar emparentadas con las hormigas-disco y el resto de los bichos -dijo Andy.

—¿Ha dicho «alienígena»? —A Pound le daba vueltas la cabeza-. ¿Quiere decir acaso que estas cosas vinieron de otro planeta?

—No, es vida alienígena pero vino de este planeta -repuso Andy.

—¿Cómo puede ser eso?

Quentin sonreía mientras miraba arriba y abajo del corredor que había al otro lado de la ventanilla.

—Pensamos que la isla Henders es todo lo que queda del supercontinente del que escaparon estos bichos hace más de quinientos millones de años. —Miró brevemente a Pound-•. Han estado evolucionando aislados desde entonces.

—¡Joder! —exclamó el conductor-. Esos bichos están dejando caer huevos y crías. ¡Miren cómo se arrastran por el cristal!

Una hormiga-disco rodó a través de la curva de la ventanilla, dejando caer unos bichos en miniatura que rodaron alejándose de su madre para alimentarse de la sangre azul que lo salpicaba todo.

—Todos los organismos de Henders que hemos estudiado pueden reproducirse al nacer -dijo Quentin.

El conductor asintió, visiblemente impresionado.

—Preparados al nacer -dijo.

—Algunos incluso nacen preñados -agregó Andy-. Se aparean en el útero.

—Eso no está bien. —El conductor se volvió y miró a Andy con expresión airada. Una manada de animales del tamaño de cobayas, con la piel color marrón café y

rayas verdes en los cuartos traseros, invadió el corredor saltando como ranas o langostas sobrecargadas.

—¿Más ratas Henders? —preguntó Pound mientras los animales pasaban como una exhalación junto al vehículo.

—No lo creo. Son otra cosa. Ahí vienen algunas ratas.

—¿Eso son «ratas»? —Pound frunció el ceño-. ¡No se parecen en nada a las ratas!

—No son ratas. Ni siquiera son vertebrados -le dijo Andy-. Son más como mangostas cruzadas con mantis religiosas. Nosotros las llamamos «ratas». Utilizan esas patas afiladas como maestros de kung-fu y atraviesan a los animales tan de prisa que ni siquiera puedes verlo.

—¡Mira cómo se mueven, tío! —dijo Quentin, echándose a reír-. Cuando saltan se impulsan en el aire con sus colas. ¡Mirad! ¡Nell, tenías razón! —gritó a la cámara de Zero.

*12.18 horas*

—¡Sí, tío! —exclamó Otto con los ojos clavados en la pantalla.

Briggs miraba las imágenes boquiabierto.

—Chicos, no os quedéis ahí mucho tiempo -susurró Nell-. Otto, ¿podemos contactar con ellos por radio?

*12.19 horas*

Andy y Quentin se miraron y sonrieron, satisfechos.

Todos recularon cuando una criatura del tamaño de un tejón aterrizó sobre la ventanilla del costado derecho con una «rata» en la boca.

—¿Qué cono es eso? —preguntó el conductor, cogiendo la palanca de cambios.

—Supongo que las ratas llegan a ser muy grandes -dijo Quentin.

—O quizá se trate de otra especie -sugirió Andy-. Su coloración es diferente.

—Tal vez la coloración cambia a medida que envejecen...

La cabeza en forma de coco del animal, que parecía una rata Henders extra grande, los miraba desde el extremo de su cuello telescópico.

El animal tenía la cara de pesadilla de un pez de aguas profundas salido de una pintura de Bruegel, con unos ojos enormes en el extremo de tallos y labios que parecían abrirse en una sonrisa alrededor de varias filas de colmillos oscuros. Unas rayas iridiscentes de piel en la cara irradiaban olas de color desde la boca.

Sus afiladas patas delanteras golpeaban la ventanilla mientras los ojos tomaban una vista panorámica con rápidos movimientos. Quentin, Andy, Pound, Zero y el conductor pensaron que las tres «pupilas» en cada ojo los miraban directamente y, de hecho, los ojos compuestos los enfocaban a cada uno de ellos de forma simultánea,

aunque las «pupilas» no eran más que una ilusión óptica. Su cuerpo se movía ajustando continuamente su posición en la ventanilla, pero la cabeza permanecía casi inmóvil en el cuello flexible mientras no dejaba de mirarlos a través de la gruesa lámina de acrílico.

—Sabemos que la esquila de agua posee al menos ocho clases de receptores de color -dijo Quentin con admiración-. ¡Los seres humanos sólo tenemos tres!

—¡Dios mío! —dijo Pound-. ¿Quiere decir que esas cosas pueden ver mejor que nosotros?

—No son esquilas en realidad -replicó Andy-. Alguien decidió llamarlos así cuando los descubrieron, pero se trata de una familia completamente diferente.

—Pensamos que ese ejemplar podría estar relacionado con la esquila de agua -explicó Quentin.

De pronto, la rata Henders extra grande se escurrió a través del hemisferio superior de la ventanilla. Luego se detuvo justo encima del lugar que ocupaba Andy, mirándolo con ambos ojos.

—Las esquilas poseen un movimiento ocular especial para seguir el rastro de sus presas -dijo Quentin-. Cada ojo puede moverse setenta grados de forma independiente en un microsegundo mientras permanece enfocado.

—¿Por qué me está mirando a mí? —preguntó Andy.

—Me parece que le gustas -dijo Quentin con una sonrisa.

—Le gusta su camisa -añadió el conductor.

Andy se frotó su camiseta estampada jamaicana con tres grandes rayas diagonales verdes, rojas y amarillas, los tres colores rasta. Recordó que alguien le había asegurado en una fiesta reciente que usar esa camiseta traía mala suerte.

—Deberíamos seguir adelante -sugirió Zero.

Cuando la criatura recolocó el extremo de escofina de su gran cola para mantener el equilibrio sobre la ventanilla curva, tres crías saltaron desde un orificio en su costado y se alejaron en diferentes direcciones. Dos de ellos fueron atrapados en el aire por las avispas y cayeron luchando a tierra. Zero los siguió con la cámara. Para su sorpresa, las crías ganaron la batalla: devoraron a las avispas quince segundos después de haber salido del vientre de su madre.

—¡Caray! —Quentin se echó a reír mientras tamborileaba con los dedos en el respaldo del asiento del conductor.

—¿Habéis visto eso?

Todo el mundo había visto otra cosa.

—¡Sí!

Una gran avispa chocó contra la ventanilla y el tejón Henders extendió la cabeza y la cogió con las dos pinzas que tenía en la mandíbula inferior para luego triturarla entre los dientes. A continuación chasqueó los labios de un modo inquietantemente

parecido al de Mick Jagger.

—Esas pinzas-mandíbulas son duras como tus muelas, pero las mudan, como las placas craneales que cubren el lecho de la jungla y que nosotros, al principio, creímos que eran cucarachas.

—Esto es jodidamente irreal -dijo el conductor.

—Si esa cosa tiene una pegada como la de la esquila de agua...

—Oh, mierda -dijo Quentin-. Andy, ¿recuerdas lo que esa cría de rata le hizo a Otto?

—Y esa cosa que persiguió a Nell...

—¿Qué? —preguntó Pound.

—Se sabe de esquilas de agua que han conseguido escapar de acuarios que contaban con cristales de seguridad dobles -dijo Andy-. El golpe de su pinza frontal tiene la fuerza de una bala de pequeño calibre.

—No me gusta cómo suena eso -replicó el conductor.

—Deberíamos salir de aquí -insistió Zero.

El conductor metió la primera con el pie en el freno y el vehículo saltó hacia adelante.

El tejón perdió estabilidad sobre la ventanilla resbaladiza y trató de saltar en el momento en que tres ratas Henders caían sobre su lomo.

Una criatura brillante descendió entonces colgada de una cola similar a un muelle, engulló al tejón y a sus atacantes con unos brazos velludos parecidos a los de una sepia y volvió a ascender hacia la cubierta vegetal de la selva.

—¡Joder, joder! ¿Lo habéis visto? —gritó Quentin.

—¡Un *camaroncé!* -exclamó Andy.

—¿Un qué? —Pound se enjugó la frente con un pañuelo empapado sin haber entendido muy bien lo que Andy había dicho.

—Aún no sabemos mucho acerca de ese animal, que parece un cruce de camarón con chimpancé. Sólo hemos podido verlo unas pocas veces y fugazmente.

—Muy bien, siga hablando. —Pound meneó la cabeza y apoyó la mano sobre el hombro de Zero-. Lo está grabando todo, ¿verdad?

El camarógrafo alzó la vista y lo miró con un solo ojo mientras seguía filmando con el otro pegado a la cámara.

—Sí.

—Bien -asintió Pound.

—Algunos de los animales que al principio pensamos que podían ser especies diferentes podrían ser las mismas especies en diferentes etapas de evolución -dijo Andy.

—Pero lo increíble es que podrían reproducir crías diminutas en cualquier etapa que hayan alcanzado y podrían no empezar a reproducirse sexualmente hasta la etapa

final, como sucede con ese gusano que ataca el hígado, la fasciola hepática.

Pound tosió y tragó.

—Joder. Muy bien... ¡continúe!

—Lo que podría explicar cómo se protegió a sí mismo este ecosistema de los acontecimientos de extinción global. Es sólo una teoría.

En un movimiento que se extendió a través de las tres ventanillas, media docena de animales se devoraron mutuamente, uno después de otro, en una cadena alimentaria orgiástica que acabó cuando una «hoja» le dio un golpe al último de ellos y lo enrolló como si de una lengua de dibujos animados se tratara. El fruto o los huevos de la planta maduraron como las huevas rojas del salmón en una rama, lo que atrajo a montones de avispas, ratones y ratas que engulleron el suministro fresco de comida, quedando pegados algunos de ellos en las lenguas extendidas de sus rivales en el festín, mientras otros se llevaban huevas adheridas a sus patas.

—¡Dios mío! —Pound se aferró al respaldo del asiento de Zero, transpirando profusamente-. ¿Es... es primavera?

—Bueno, estamos cerca del subtrópico -dijo Andy-, de modo que todas las estaciones son muy parecidas.

—No encontramos ningún detritus estacional en la única muestra que conseguimos tomar del lecho de la selva -explicó Quentin.

—Fueron necesarios nueve ROV con brazos articulados para recoger esa muestra después de haber penetrado sólo dos metros en el interior de la selva.

—Resultó ser parte de un cilindro metálico lanzado desde un helicóptero.

—De acuerdo, de acuerdo. —Pound cerró los ojos-. ¿Por qué este lugar es como el escenario de *La matanza de Texas*? ¿Qué cono es lo que está ocurriendo aquí? Y, por favor, háblenme en mi idioma.

—Esto es lo que pensamos: el pigmento de sangre con base de cobre que tienen estos animales es enormemente eficaz -dijo Quentin-. Muestra un efecto Bohr y Root más dramático que el de cualquier organismo que yo haya estudiado.

—¿Eh?

Andy intervino.

—Los efectos Bohr y Root son los que hacen que los corredores de maratón como Zero sigan corriendo.

—En condiciones de estrés -explicó Quentin-, la química del cuerpo cambia con el fin de llevar una mayor cantidad de oxígeno a los músculos y así poder correr más de prisa y durante más tiempo.

—¿Y? —preguntó el desconcertado enviado presidencial.

—La sangre con base de cobre que tienen estas cosas manda más oxígeno con un solo latido que cualquier pigmento que yo haya estudiado nunca, desde abejorros hasta guepardos -dijo Quentin.

—Genial -replicó Pound-. Sigo sin entender una palabra.

—Aquí todo es jodidamente diferente y monstruoso -tradujo Zero.

—Sí -asintió Quentin-. Esos animales se mueven más de prisa y más lejos que los insectos, los lagartos, las aves o los mamíferos. Es probable que algunos de ellos incluso posean compresores de aminoácidos.

—¡Eh! ¡Eso es un pájaro! —Pound se sintió aliviado al ver algo que podía reconocer. Señaló una ave marina blanca que volaba a través de los árboles-. ¿Correcto?

Desde una rama situada encima de la ventanilla central del vehículo explorador salió disparada una espina unida a un zarcillo transparente.

El arpón hizo impacto en el pájaro, que cayó en el acto, flácido, girando hacia la ventanilla. Desde otras ramas salieron otras dos espinas que atravesaron a la fragata, haciendo que quedara suspendida delante de ellos por tres arpones unidos a unos zarcillos que se volvieron rojos cuando comenzaron a extraer la sangre del pájaro.

Luego, más espinas salieron disparadas desde las ramas cuando avispa y gusanos perforadores llegaron al lugar, provocando una lluvia de plumas.

—Sí -dijo Quentin-. Eso era un pájaro.

—¡Dios mío! —exclamó Andy, observando cómo las últimas plumas se mecían hasta depositarse en el suelo.

—¿Ha grabado eso? —le preguntó Pound a Zero.

Mientras seguía con el ojo derecho pegado a la cámara, Zero miró a Pound con el izquierdo.

—Muy bien -asintió Pound-. ¿Podría encender el aire acondicionado?

—Por supuesto, jefe.

El conductor accionó un interruptor.

La ventanilla derecha del vehículo explorador parecía el parabrisas de un camionero después de haberse enfrentado a la octava plaga de Egipto. Ratas y animales más grandes saltaban sobre la superficie para comerse los bichos aplastados, y todos atacaban a todo lo que permaneciera allí demasiado tiempo. No se trataba de depredador *versus* presa; allí el juego consistía en enfrentarse todos contra todos.

Una criatura bípeda del tamaño de un pavo se posó en la ventanilla delantera y comenzó a golpear con su pico de yunque contra la superficie acrílica como si de un martillo neumático se tratara.

—¿Qué cono es eso? —Pound se había puesto blanco como el papel.

Andy estudió al bípedo sin plumas.

—No hay duda de que se trata de un espécimen nuevo.

—Creo que ve su reflejo en la ventanilla -dijo Quentin.

—En realidad, ve a un rival, Quentin -lo corrigió Andy.

—Sí, a un rival muy grande en un espejo convexo. ¡Esas cosas no retroceden, tío!

Zero apartó la cámara de su rostro.

—Escuchad, ¿podemos largarnos de aquí?

El conductor levantó el pie del freno en el momento en que una cosa amarilla y blanca parecida a un calamar chocaba contra la ventanilla central, arañándola con sus patas de araña y una boca de roedor llena de dientes.

Cuando el vehículo explorador saltó hacia adelante, la criatura quedó desgarrada, dejando tras de sí un anillo de merengue.

El conductor pisó el acelerador: una multitud de ruidos secos sacudieron la parte derecha del vehículo mientras cruzaban el corredor.

Los cinco hombres se aferraron a las correas de seguridad mientras el vehículo de la NASA se adentraba en la jungla. Los árboles heridos lo salpicaban con jugos y huevos a medida que avanzaban, y aunque sus hojas similares a ventiladores quitaban parte de los detritus, cuando el vehículo emergió finalmente de la selva a una pendiente verde, el techo estaba cubierto de follaje y el trébol amarillo se extendía sobre el guardabarros.

—Muy bien -dijo Quentin-, esa pendiente que atraviesa la pradera llega a la zona desértica en el centro de la isla. Lo que realmente queremos ver es el lago que se encuentra en el otro lado.

Avanzaron por la pradera verde aliviados de encontrarse en campo abierto.

A su izquierda podían ver un pequeño estanque donde el agua parecía haber llegado a través de una estrecha grieta en la pared exterior. Una corteza blanca de cristales rodeaba el estanque ovalado en el extremo de la estrecha corriente de agua, como si de un espermatozoide que hubiera fecundado la grieta en la pared de la isla se tratara.

Zero señaló hacia el oeste tomando una visión panorámica con la cámara.

—¿Qué es eso?

—Parece agua salada -contestó el conductor.

Una zona yerma repleta de blancos cristales de sal rodeaba el estanque al final de la corriente. Cuando el vehículo explorador comenzó a descender la pendiente, alcanzaron a ver a través de la fisura en el risco un destello del océano, del que el estanque debía de alimentarse.

—El agua de mar debe de llegar cuando sube la marea o durante las tormentas -dijo Zero.

—Esa grieta parece bastante reciente -señaló Andy.

—Teniendo en cuenta la sal que se ha adherido a las rocas, ese estanque debe de tener al menos unas cuantas décadas -lo corrigió Quentin.

—Me refería a «reciente» según los parámetros geológicos.

—Todo es «reciente» según los parámetros geológicos.

El vehículo explorador ascendió por el otro lado de la pradera. El paisaje se secó

cuando pasaron del trébol al centro yermo de las formaciones rocosas erosionadas por el tiempo en la zona central de la isla.

El conductor buscó una ruta accesible en la zona desértica que les supusiera un atajo a través de la isla.

### *12.33 horas*

El ruido sordo producido por el vehículo hacía vibrar las rocas y la arena, despertando así las colmenas.

Las vibraciones de baja frecuencia activaron señales de feromonas dentro de las altas torres púrpuras en forma de panales que se alineaban a ambos lados del lecho plano del barranco.

Las feromonas estimularon a centenares de abejorros.

Debajo de las cabezas de los abejorros se abrieron unos paneles como si fuesen capullos. Tres alas transparentes se extendieron como flores azules.

Las bocas dentadas como las de una lamprea se flexionaron en sus abdómenes, preparadas para cerrarse sobre su presa, chuparle la sangre y alimentar así a sus colonias.

Las altas colmenas eran los criaderos de los gusanos perforadores. Esos medio gusanos eran su forma infantil. Cuando maduraran, los abejorros vampiros doblarían su tamaño generando un nuevo segmento en forma de broca de taladro con tres patas y un segundo cerebro y boca. Luego abandonarían la colmena para cazar en la selva, taladrando las duras cortezas de los «árboles».

Uno de esos gusanos adultos cortado por la mitad podía regenerar la otra mitad. Cada segmento podía aparearse y producir huevos en forma de pólipos, unos huevos que se multiplicaban en nuevas colmenas que producían abejorros vampiros.

El XATV-9 avanzó a través del lecho del cañón, que cortaba directamente por el centro árido de la isla.

Los cinco hombres observaron una galería de cactus como erizos, árboles parecidos a yucas y torres hinchadas de color púrpura que revestían las paredes del cañón a ambos lados del vehículo de la NASA. A Zero le recordaron montículos de termitas o columnas de coral.

El conductor activó nuevamente los micrófonos externos y, a medida que avanzaban, los hombres pudieron oír el zumbido sibilante de las colmenas rojas que se despertaban. De ellas surgieron enjambres azules que atacaron las ventanillas del XATV-9 para luego regresar a sus colmenas.

Todos observaban en silencio a través de las ventanillas la frondosa pendiente verde en el extremo más alejado del centro de la isla. En la distancia, el lago se veía tranquilo y oscuro dentro del anillo exterior de la selva.

—Allí está.

Quentin señaló por encima del hombro del conductor mientras avanzaban hacia la pradera verde a noventa kilómetros por hora en dirección al lago.

*12.35 horas*

El vehículo explorador redujo la velocidad de forma abrupta al llegar al borde del agua.

A unos cien metros a su izquierda se elevaba el anillo exterior de la jungla que bordeaba el extremo más alejado del lago.

A sólo diez metros a la derecha había un aislado bosquecillo de tres árboles altos en el medio de la playa. Dos de los tres troncos se abrían en tres ramas, cada una de las cuales exhibía coronas de largas hojas cubiertas de tréboles verdes. Como si fuese un paraguas roto, el árbol más alto apuntaba hacia el cielo cinco hojas extendidas. Debajo de las hojas de los tres árboles colgaban racimos de bayas rojas que se retorcían y enroscaban al atrapar a los bichos atraídos por los frutos.

—No deberíamos detenernos -dijo Zero.

—Estamos seguros, no hay de qué preocuparse -contestó el conductor.

En ese momento brotó una interferencia de la radio y pudieron oír la voz de Briggs.

—¡Estamos evacuando el StatLab, repito, estamos evacuando el StatLab! Regresad a la base.

Luego pudieron oír la voz de Nell por encima de la señal intermitente.

—Estamos per... señal de la transmisión. El sistema...ción cortando...tación, cambio.

—Oh, genial -gruñó Quentin.

—El trébol debe de estar comiéndose el StatLab. —Andy estaba pálido.

Pound frunció el ceño.

—¿Estamos en peligro aquí si no podemos regresar al laboratorio?

El conductor negó con la cabeza.

—Llamaremos por radio al *Enterprise*. Ellos enviarán un transporte. Nos engancharán y nos llevarán a casa.

—¿Cómo pueden llevar este vehículo de regreso a un barco? —preguntó Zero-. Quién sabe qué es lo que se ha adherido a él...

—Nos llevarán al *Philippine Sea* -dijo el conductor.

—Allí lo descontaminarán y lo dejarán en cuarentena -aclaró Quentin.

—No se preocupen -continuó diciendo el conductor-. Lavarán este chisme con chorros a presión de dióxido de cloro, formaldehído... Joder, es probable que la marina hunda el maldito barco cuando esto haya acabado sólo para estar seguros. Esos tíos están paranoicos.

Pound cogió el micrófono de la radio.

—StatLab, procedan con la evacuación. Nosotros conseguiremos quien nos lleve a casa.

La voz de Briggs volvió a oírse por el altavoz de la radio.

—No podemos. Cambio.

Pound gritó en el micrófono:

—Nosotros conseguiremos quien nos lleve a casa, StatLab. ¿Recibido?

#### 12.44 horas

Nell y los técnicos observaron por encima del hombro de Otto cómo se interrumpía la transmisión de imágenes.

—¡Mierda, los hemos perdido!

—Sigue intentándolo -dijo Nell.

—Su sistema de comunicación debe de estar dañado. —Otto comprobó la cámara que estaba orientada hacia una de las antenas de microondas del StatLab-. No está en nuestro terminal.

—Muy bien -gritó Briggs-. Quiero todos los discos duros guardados y preparados para que nos larguemos de aquí cuando llegue el Sea Dragón, muchachos. Todos los especímenes sometidos a eutanasia deben ser colocados en cajas estériles cerradas herméticamente. Ningún espécimen vivo debe abandonar la isla bajo ninguna circunstancia. ¡Nada de mascotas ni recuerdos!

#### 12.45 horas

Los cinco hombres que viajaban dentro del vehículo explorador no oían más que una ventisca de ruido blanco en la radio.

—Sí, su sistema de comunicación ha caído -dijo Quentin.

Andy asintió.

—Los *liquénvoros* deben de haber llegado hasta él.

—Los *trehólvoros*, querrás decir.

—Oh, de acuerdo.

—Oigan, ¿les gustaría echar un vistazo en el interior del lago? —preguntó el conductor, quien seguía pareciendo muy tranquilo a pesar de haber quedado aislados del laboratorio.

Quentin miró a Andy enarcando las cejas.

—¿Puede hacer eso realmente?

—¡Por supuesto que puedo! —dijo el conductor.

—¡Genial!

—Creo que deberíamos llamar al *Enterprise* ahora -dijo Zero.

—Lo haremos después de haber entrado en el lago -convino Pound-.

Asegurémonos de grabar esto para el presidente, ¿de acuerdo?

Los bichos habían comenzado a arremolinarse alrededor del vehículo explorador cuando un ROV se desplegó desde el extremo de uno de los brazos mecánicos articulados, maniobrando dentro del lago mientras era sostenido por una fina correa anaranjada fosforescente.

El conductor utilizaba lo que parecía ser un control de videoconsola para dirigirlo y orientar su faro delantero, iluminando el agua negra. La tripulación observó las imágenes transmitidas por la cámara del ROV en una pantalla que estaba situada encima de la ventanilla delantera.

El pequeño vehículo se sumergió hacia las profundidades del lago.

—¿Hasta qué profundidad puede llegar? —Andy estaba mareado.

—A unos cien metros -dijo el conductor.

—Asombroso. —Quentin le sonrió a Andy.

Un animal grande, como un renacuajo agigantado, apareció en la pantalla, remando en la profunda oscuridad y, de pronto, un maravilloso mundo de criaturas cámbricas se materializó en la pantalla alrededor de él.

Criaturas segmentadas de fantásticos diseños cruzaban frente a la cámara como si fuesen apariciones: platillos con púas, bumeranes con cuernos, copas de champán con aletas, un árbol de Navidad con patas.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Quentin-. ¡Stephen Jay Gould<sup>[3]</sup>, muérete de envidia, tío!

—Es el esquivo de Burgess viviente<sup>[4]</sup>. -Andy parecía encontrarse en estado de choque.

—¡Teníamos razón! —exclamó Quentin.

—Vaya, muy bien, muchachos, sigan hablando. ¿Está grabando todo esto? —preguntó Pound a Zero.

Él apartó la cámara y lo miró.

—Deberíamos largarnos de aquí. No deberíamos quedarnos...

Mientras Zero hablaba fue interrumpido por el sonido de un fuerte golpetazo.

El vehículo explorador se sacudió y luego oyeron otra explosión.

El XATV-9 saltó hacia adelante y un tercio de la ventanilla frontal se hundió en el agua.

—¿Qué diablos ha pasado? —gritó Pound.

—Oh, mierda -dijo el conductor.

—Aún podemos seguir, ¿verdad? —preguntó Pound.

—Se suponía que eso no debía pasar -repuso el conductor.

—Pero, de todos modos, podemos continuar..., ¿verdad? —quiso saber Zero.

Las semiorugas se hundieron en la orilla mojada del lago al retroceder, pero los ejes delanteros de los neumáticos pinchados se clavaron como anclas en la pendiente

de la orilla y el vehículo se hundió aún más. Entonces, de pronto, dejó de funcionar y el panel de control se iluminó de luces rojas.

El conductor los miró.

—Eh..., negativo.

—Tenemos semiorugas, por Dios, ¿por qué no podemos movernos para salir de aquí? —preguntó Zero.

—Este vehículo es un prototipo, fue diseñado para suspender su funcionalidad en el caso de que se produjera un fallo que pudiera causar daños a un equipo que cuesta millones de dólares.

—¿Neumáticos de caucho hinchables? —gritó Andy-. ¡Pensaba que este chisme era un vehículo para explorar Marte!

El conductor negó con la cabeza.

—Es un vehículo experimental. ¡Y esos neumáticos son radiales de acero de veinticinco centímetros de grosor, joder! No entiendo cómo pudieron estallar los dos de esa manera.

Quentin miró a través de la ventanilla lateral y vio el neumático hecho trizas asomando en la superficie del agua.

—¡Oh, mierda, está despidiendo humo! —Zero enfocó la cámara a través de la ventanilla derecha.

—De este lado también.

—Es posible que hayamos pasado por encima de algunos *trebólfagos*.

—¿Qué?

—Animales que comen trébol y probablemente utilicen ácido sulfúrico para disolverlo -le explicó Quentin a Pound-. El ácido que hay dentro de ellos podría haber destruido nuestros neumáticos, supongo.

—¡Mierda! —dijo Pound-. ¿Por qué no dijeron nada de eso antes?

—¡Usted era quien tenía la prisa por salir del laboratorio! —gritó Quentin.

Andy señaló al conductor.

—¡Él dijo que podíamos pedir por radio que nos enviaran un transporte!

—Mande ahora mismo un mensaje por radio al barco pidiendo un medio de transporte -dijo Zero.

El conductor asintió y llamó por radio.

—Kirk a *Enterprise*, Kirk a *Enterprise*.

Alzó la vista y miró a los demás, quienes tenían los ojos fijos en él.

—Es mi nombre, ¿de acuerdo? —Volvió a llamar por radio-. Aquí el XATV-9..., *Enterprise*, ¿me oís?

Nada.

—*Enterprise*, ¿me recibís? Aquí XATV-9... Kirk a *Enterprise*.

Kirk miró a los demás, encogiéndose de hombros.

—¡Siga intentándolo! —dijo Pound.

—Pero, por favor, no diga «Kirk a *Enterprise*» -replicó Andy.

Zero dejó la cámara sobre su regazo, quitó la tarjeta de memoria, la guardó en el bolsillo, cerró la tapa del visor e inclinó la cabeza sobre el regazo. La risa comenzó a mecer lentamente su cuerpo.

—¿Por qué coño habré confiado en unos idiotas como vosotros? —gimió.

—No debemos preocuparnos -les dijo Kirk-. Podemos quedarnos aquí. Tarde o temprano enviarán un transporte a buscarnos.

En ese momento comenzó a sonar una alarma estridente y unas luces azules parpadearon en la parte trasera del vehículo explorador.

—¿Y ahora qué ocurre? —gritó Andy.

Kirk parecía desconcertado. —¡Es la alarma antiincendios!

Pasó entre ellos hacia la parte posterior del XATV-9 para desactivar la ensordecedora sirena. Miró el techo y meneó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Pound. Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano como si fuera un limpiaparabrisas.

—Eh, esto es divertido -dijo Kirk.

—¿Qué es lo divertido? —preguntó Zero-. Necesito reírme.

El conductor señaló el techo.

—Algo parece estar quemando y perforando la carrocería...

—Muy divertido, sí.

—¿De qué está hecha la carrocería? —preguntó Quentin.

—De plástico superendurecido, de modo que es imposible que un impacto pueda...

—¡Oh, mierda! —Quentin miró a Andy.

—Chicos, será mejor que le echéis un vistazo a esto. —Zero señaló el monitor del R.OV.

Unas grandes figuras oscuras se agitaban en la pantalla justo donde acababa la potencia de las luces del ROV.

—¡Teníamos razón! —exclamó Quentin.

—¿Razón con respecto a qué? —La voz de Pound se quebró.

—Esquilas de agua gigantes. ¡Ese ojo debe de estar unido a un animal del tamaño de un cocodrilo de agua salada!

El ROV pareció dirigir su foco a un ojo compuesto grande como un balón de fútbol de un leviatán somnoliento.

—¡Desactive el ROV ahora! —gritó Zero.

Kirk apagó la luz del vehículo. Invertió el sentido de tracción de la manivela que sujetaba el cable del ROV y comenzó a sacarlo del agua a toda velocidad.

Andy y Quentin se encogieron aterrados cuando la cámara se alejó de la

monstruosa criatura. Pound suspiró aliviado.

—Bien -dijo Zero suavemente.

A través de la ventanilla parcialmente sumergida del vehículo explorador tenían una visión por encima y por debajo de la superficie del lago negro mientras el agua formaba ondas que se acercaban a ellos.

En el agua aparecieron más ondulaciones que se movían en paralelo a la primera.

### *12.51 horas*

Los científicos y los técnicos se pusieron trajes aislantes azules mientras se preparaban para evacuar el StatLab.

Nell miró a través de la ventana cuando el primer grupo de científicos abordó los dos primeros helicópteros Sea Dragón. Todos ellos llevaban a las rampas de carga brillantes contenedores con discos duros y cajas de aluminio que contenían especímenes. Las rampas se elevaron lentamente como puentes levadizos cuando los helicópteros despegaron.

—Maldita sea, Briggs -dijo Nell-, estos trajes aislantes no sirven para nada. Cualquier microbio de los que hay aquí debe de haber evolucionado para atacar una biología completamente diferente de la nuestra. ¡Zero y yo respiramos el aire de la isla y no nos pasó nada!

Briggs puso los ojos en blanco.

—Una teoría interesante, Nell. ¡Será mejor que empieces a ponerte ese traje ya mismo!

Ella miró la pantalla saturada de interferencias por encima del hombro de Otto.

—Vaya usted delante, Briggs. ¡Venga, Otto! ¡Sigue intentando contactar con ellos!

Briggs frunció el ceño mientras Otto tecleaba rápidamente, haciendo que la tablilla metálica de su dedo resonara sobre las teclas.

### *12.52 horas*

—¿No puede traer ese chisme más de prisa? —se quejó Pound. Las flechas onduladas en la superficie del lago apuntaban hacia el vehículo atascado en la orilla.

—Deje de tirar de él -dijo Zero.

—De acuerdo. ¡Lo estoy desenganchando! —repuso Kirk.

—¡Buena idea! —convino Zero.

Kirk apretó un botón y una cizalla en el extremo del brazo mecánico cortó la correa de sujeción. La pantalla del monitor quedó negra.

—Tengo un teléfono vía satélite -sugirió Pound. Kirk negó con la cabeza.

—No sirve de nada usar un teléfono vía satélite aquí dentro. Tiene que estar al

aire libre.

—¿Creen que podríamos salir un momento? —preguntó el enviado presidencial.

—¿Está de guasa? —Zero se echó a reír.

—En este chisme no llevamos trajes aislantes -dijo Kirk.

—Zero estuvo ahí fuera y sobrevivió -les recordó Pound obstinadamente. Tenía el rostro empapado en sudor.

—Los gérmenes no son el problema.

Dos animales gigantescos con iridiscentes manchas rojas y verdes surgieron violentamente del lago ondulando sus cuerpos delante de las ventanillas. Ambos volaron por el aire en un chorro de agua blanca que empapó el vehículo explorador.

Cuando los enormes animales marinos aterrizaron sobre el lecho lo impulsaron hacia adelante, haciendo que el morro se hundiera aún más en el lago negro.

Los cinco hombres pudieron oír las patas de las criaturas que se arrastraban poderosamente por encima de sus cabezas; luego una de ellas cayó por el costado izquierdo, golpeó el lecho de lodo y regresó al lago.

Una explosión atronadora impactó en los oídos de los cinco hombres. El techo de la cabina se agrietó mostrando fisuras de luz solar al tiempo que una onda de choque estremecía las luces fluorescentes.

—Eso ha sido un golpe con las pinzas -gritó Quentin, sosteniéndose la cabeza.

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —gritó Andy.

—¡Esa cosa partirá esto como si de una nuez se tratara! —advirtió Quentin.

Kirk salió de la cabina del conductor y pasó junto a los demás en dirección a la parte trasera del vehículo.

Una vez allí, abrió la puerta de un armario en la pared. En el interior había cuatro armas de cañones largos y aspecto siniestro unidas a mochilas con tubos y correas.

—Creo que tendríamos que formar y mantener un círculo el tiempo suficiente para hacer una llamada -dijo Kirk, pasándole una de las armas a Quentin.

—¿Lanzallamas? —dijo Quentin, visiblemente impresionado, mientras le tendía el arma a Andy y éste se la pasaba rápidamente a Pound.

Kirk asintió y le dio otro de los lanzallamas.

—Sujete el tanque de combustible a su espalda. Luego ajústelo con la correa de la cintura.

—¡De eso es de lo que estoy hablando! —repuso Quentin.

—Ahora con cuidado -advirtió Kirk.

—Zero, ¿se une a nosotros? —preguntó Pound al camarógrafo-. Nos serían útiles sus consejos si algo se acerca a nosotros. Es el único que ha estado ahí fuera.

Zero vio los brazos de la meguesquila de agua que se aprestaban para asestar un nuevo golpe contra la ventanilla abovedada detrás de Pound.

—¡Abajo! —gritó, y acto seguido se agazapó en el suelo cubriéndose la cabeza y

las orejas con las manos.

La poderosa onda de choque arrojó a los demás al suelo. También abrió otras tres fisuras en la ventanilla delantera.

—¡Dadme uno de éstos, maldita sea! —gruñó Zero.

—¡Más una de éstas! —Pound notaba un zumbido en los oídos mientras le lanzaba a Zero una cinta de plástico para la cabeza muy al estilo de la NASA-. Es una cámara... ¡manos libres!

Zero miró a Pound como si se hubiera vuelto loco.

—Sólo tiene que tocar el costado para enviar las imágenes al laboratorio en el Canal Uno -dijo Pound-. Ahora estamos fuera de cobertura, pero la grabación les llegará si podemos acercarnos a un kilómetro del laboratorio. Puede almacenar hasta veinticinco horas en su tarjeta de memoria. En ese brazo está el visor.

—¿Me provocará cáncer en el cerebro?

—¡Por supuesto que no! —se burló Pound.

Zero no pudo resistirse, se puso la cinta en la cabeza y colocó el visor en su sitio. Miró la pequeña pantalla transparente que colgaba unos cinco centímetros delante de su ojo izquierdo.

—De acuerdo.

Otro terrible golpe pareció agrietar el techo y un fragmento de plástico de bordes afilados pasó rozando el brazo de Andy. Gritó mientras el monstruo marino instalado en el techo del vehículo tensaba los tendones como si fuesen catapultas dentro de sus enormes miembros anteriores para asestar otro terrible golpe a través de la ventanilla central.

Los cinco hombres retrocedieron por efecto de la onda de choque. Kirk se arrastró hasta la escotilla y la abrió de una patada.

El brazo de la megasesquila de agua se introdujo a través de la escotilla seguido de un ojo compuesto multicolor.

—¡Disparen! —gritó Kirk.

Zero y él lanzaron una lengua de fuego de diez metros a través de la abertura de la escotilla, friendo el globo ocular del tamaño de una barbacoa.

A través de la ventanilla delantera pudieron ver al monstruo herido que se lanzaba nuevamente desde el techo a las aguas del lago, haciendo que el vehículo se hundiera un poco más en la cenagosa orilla. Ahora la ventanilla central estaba cubierta hasta la mitad de agua, que se agitaba cuando otras criaturas surgían del fondo del lago para atacar al gigante herido.

Kirk y Zero cortaron el chorro de fuego y los cinco saltaron a la orilla verde del lago enfurecido.

Podían oler el hedor a melaza de muerte y azufre en el aire, y la humedad los cubrió casi al instante con una capa de sudor. Las criaturas que luchaban en el agua

chapoteaban y se retorcían mientras desgarraban el cuerpo de la megaesquila en un frenético festín que teñía de azul la superficie del lago.

Un agudo zumbido de insectos llenó el aire procedente de la lejana jungla.

Los hombres corrieron en grupo alejándose de la orilla del lago y formaron rápidamente un círculo alrededor de Pound.

Andy era el único que no tenía un lanzallamas.

Pound manipuló nerviosamente el teléfono vía satélite con el lanzallamas colgado de un hombro.

Los botones del teléfono parecían un caos de símbolos mientras Pound trataba de resolver cuáles debía pulsar y en qué orden. De una de sus orejas brotaba un hilo de sangre. La conmoción provocada por los terribles golpes del monstruo le había obnubilado el cerebro, junto con la falta de sueño y una fiebre voraz.

Los otros disparaban con los lanzallamas para defender el círculo cuando más enjambres surgían del trío de árboles cercanos.

Quentin dejó caer su lanzallamas.

—¡Cúbreme! —le gritó a Andy.

—¿Eh?

Quentin no le contestó, sino que corrió hacia el «árbol» más alto en el borde del lago y apoyó un estetoscopio en el tronco. El agua agitada se tronó de un azul lechoso junto a él mientras se recrudecía la batalla submarina.

—¿Qué está haciendo con ese árbol?, ¿un chequeo? —gritó Kirk, sorprendido.

—¡Sí... sí... sí! Esta cosa tiene corazones -gritó Quentin-. ¡Es un animal! Sabía que debía de tener un sistema de distribución vascular...

De pronto, el «árbol» se hundió en la tierra y cubrió a Quentin con sus «hojas» como si de una sombrilla se tratara.

La tierra se estremeció violentamente debajo de sus pies, provocando que Pound pulsara equivocadamente el último número en el teléfono.

—¡Maldita sea! —gritó.

El temblor de tierra hizo que saliera despedido hacia atrás. Cuando golpeó contra el suelo, la culata del lanzallamas interrumpió su caída y Pound disparó accidentalmente una lengua de fuego hacia atrás..., que calcinó la escotilla aún abierta del vehículo explorador.

Olas espumosas salpicaban la orilla del lago cerca de los árboles, donde aún podían oír los gritos de Quentin debajo de las hojas estrechamente cerradas.

—¡Quentin! —gritó Andy, y echó a correr hacia los árboles.

—¡Andy! ¡No lo hagas! —gritó Zero.

Las hojas de los otros dos árboles se inclinaron sobre él y una criatura brillante que parecía una versión aún más grande de un *camaroneé* descendió suspendida de la cola similar a una correa elástica y atrapó a Andy, quien lanzó unos chillidos

desesperados mientras era izado del suelo en cuestión de segundos.

El seísmo finalmente cesó.

Entonces, una oleada de criaturas surgió de la pared vegetal de la jungla a pocos cientos de metros y se dirigió directamente hacia los tres hombres.

Zero dio media vuelta y echó a correr.

Pound y Kirk lo imitaron.

### *13.00 horas*

Zero miró brevemente hacia atrás y disparó su lanzallamas hacia un enjambre de bichos voladores que se lanzaban contra él.

—Jodidas pirañas voladoras -masculló.

Mientras continuaba su carrera delante de Kirk y Pound, jadeando presa del pánico, Zero recordó la cámara de la NASA que llevaba sujeta a la cabeza. Pulsó el botón que tenía sobre la sien derecha e hizo girar la cinta para que enfocara detrás de él. Luego ajustó el brazo del visor delante para tener una visión de lo que sucedía detrás.

Con un ojo en el visor corrió para salvar la vida, siguiendo más o menos las huellas dejadas por el vehículo explorador en la ladera de la colina mientras fintaba a derecha e izquierda como un corredor ofensivo buscando conseguir el tanto de la muerte súbita más largo de todos los tiempos.

### *13.01 horas*

Otto captó las imágenes que transmitía la cámara de Zero.

—¡Tengo algo!

En el monitor pudieron ver perfectamente a los perseguidores de Zero y a los otros dos hombres que corrían detrás de él.

—¡Oh, no!

Nell se desplomó en una silla detrás de Otto con los ojos fijos en la pantalla.

### *13.02 horas*

Zero continuó su carrera colina arriba, siguiendo las huellas del vehículo explorador hacia el centro de la isla.

Las avispas se lanzaban en picado a su alrededor mientras seguía zigzagueando como Red Grange<sup>[5]</sup>. Cuando las criaturas se lanzaban hacia él, las esquivaba, aceleraba o reducía la velocidad para evitarlas.

Kirk y Pound corrían detrás por la empinada ladera de la colina. Pound estaba casi sin resuello y se tambaleó cuando cinco avispas lo atacaron simultáneamente.

Lanzó un grito.

Mientras las fauces abdominales le perforaban el cuello y los brazos, las avispas le inyectaron cápsulas llenas de embriones, que se abrieron paso al instante perforándole la carne.

Pound soltó el lanzallamas y cayó a tierra retorciéndose de dolor. Las larvas devoraban nervio tras nervio. Los estallidos de dolor lo sumieron en un profundo estado de choque. Las gafas cayeron a tierra y el mundo se convirtió en una mancha borrosa. Trató de gritar pidiendo ayuda, pero no pudo. Dos gusanos perforadores aterrizaron en su frente y gritó mientras le taladraban los párpados con sus abdómenes.

### *13.02 horas*

A través del visor de la cámara que llevaba instalada en la cabeza, Zero vio que una nube de insectos cubría el cuerpo de Pound mientras el enviado presidencial se agitaba violentamente en la ladera de la colina detrás de él. Zero tuvo la sensación de que Pound seguía gritando durante mucho tiempo.

Kirk atravesó el campo de densa vegetación verde siguiendo los pasos de Zero, quien se dirigía hacia el cañón que habían atravesado hacía poco tiempo dentro de la seguridad que les confería el vehículo de la NASA. A mitad de camino de los campos de tréboles, Zero continuó ganando terreno pero, de pronto, Kirk se dobló, completamente exhausto. La cabeza le daba vueltas y el sudor le escocía en los ojos mientras trataba desesperadamente de recobrar el aliento. La suela de su bota derecha parecía estar derritiéndose.

Kirk se volvió y lanzó un chorro de fuego líquido hacia la multitud de criaturas que subían la colina tras sus pasos. Imperturbables ante la lengua de fuego, comenzaron a girar alrededor de él en círculos cada vez más estrechos y, chamuscados y humeantes, se lanzaron sobre él con sus fauces abiertas y sus aguijones venenosos.

Kirk gritó y giró, tambaleándose mientras trataba de arrancarse una rata del pecho con la mano izquierda y disparaba el lanzallamas con la izquierda. Dos ratas Henders, que ascendían por la ladera con saltos de seis metros por debajo del chorro de fuego, se aferraron a sus piernas. Kirk alcanzó a oír dos ruidos sordos cuando sus pinzas cortaron los músculos de sus pantorrillas. Dejó escapar un grito escalofriante y cayó al suelo con las piernas inutilizadas.

Cuando un enjambre de pequeños animales se abatió sobre él, Kirk se colocó de espaldas y disparó el lanzallamas hacia lo alto de la colina en un intento desesperado de freír al mayor número posible de perseguidores de Zero.

Pero fue la carne de Kirk lo que más ayudó a Zero. La carnicería le proporcionó al camarógrafo unos minutos preciosos mientras la horda que lo perseguía hacía un

alto y retrocedía para devorar al conductor caído.

### *13.02 horas*

Nell vio en el monitor cómo Kirk gritaba en la colina detrás de Zero.

Estaba paralizada en la silla contemplando cómo volvía a suceder, su pesadilla recurrente cobrando vida en la pantalla de un televisor.

Otto se apartó sollozando del monitor mientras trataba de contener las arcadas.

—¡Maldita sea, venga, Zero! —gritó Nell con las mejillas cubiertas de lágrimas y los ojos clavados en la pantalla-. ¡Vamos, sal de ahí!

### *13.03 horas*

Zero miraba a través del visor y disparaba el lanzallamas en chorros breves e irregulares detrás de él mientras oía los gritos agónicos de Kirk.

Corría de prisa pero de forma errática, cambiando continuamente la dirección y la velocidad para confundir las trayectorias de los depredadores saltarines, que pasaban continuamente por su lado, fallando el blanco por escasos centímetros. Nunca se detenía más de un segundo.

Alcanzó la cima de la colina y el barranco llano que habían atravesado hacía apenas media hora. Parecía que había pasado toda una vida desde entonces.

Al estar finalmente en un terreno llano, continuó su carrera a toda velocidad siguiendo las huellas dejadas por el vehículo.

Entonces, sólo por un instante, relajó el paso, respirando agitadamente mientras los animales que lo perseguían quedaban ocultos por la colina que se alzaba a su espalda. Allí, el aire era más fresco y proporcionaba cierto alivio al calor y la humedad generados por los tréboles. Ahora, mientras regulaba el ritmo de la carrera, miró a través del visor y llenó de aire los pulmones. A unos veinte metros detrás de él, sus perseguidores coronaron la colina e invadieron el cañón.

Zero volvió a acelerar, corriendo en zigzag y lanzando chorros de fuego detrás de él.

Tres ratas redujeron la distancia en dos saltos y dos segundos. Zero disparó una llamarada por encima del hombro y las convirtió en dos albóndigas voladoras. Las ratas calcinadas cayeron a tierra profiriendo chillidos y desviando a algunos de sus perseguidores.

Zero continuó corriendo unos diez metros, con una columna de depredadores detrás que se abalanzaron sobre él cuando giró abruptamente a la izquierda.

Vio a una de las ratas saltarinas a través del visor y aminoró el paso, cogiéndola con ambas manos como si fuera un balón de fútbol. Con el mismo movimiento, metió la cabeza del animal en las fauces de una cosa parecida a un cactus-percebe que

sobresalía de la pared del cañón. El cactus arrancó la cabeza de la rata de un mordisco y Zero dejó caer el cuerpo decapitado para continuar su carrera.

Una lluvia de púas de erizo atravesaron el cañón unidas a unos zarcillos, lo que lo obligó a agacharse, saltar y cubrirse, tratando en todo momento de mantener el curso imprevisible de la carrera. Era una lucha constante contra el instinto de correr a la máxima velocidad posible.

Las colmenas púrpuras llenas de bichos que habían dejado antes atrás con el vehículo flanqueaban el corredor delante de él.

Los abejorros vampiro comenzaron a asomarse fuera de las colmenas. Zero corrió hacia ellas disparando el lanzallamas hasta que agotó el combustible.

Se quitó el depósito que llevaba sujeto a la espalda y los abejorros se lanzaron tras él.

Entonces llegó al borde de la meseta. Abajo se encontraba el estanque de agua salada por el que habían pasado antes.

Deslizándose por la ladera cubierta de hierba, vio que se había tornado púrpura cuando el sol de media tarde la había dejado en sombras. Un intenso olor a huevos podridos saturaba la colina. Estuvo a punto de chocar contra un brote de *trehólvoros* y perdió el equilibrio, aterrizando dolorosamente sobre el trasero. Se puso rápidamente en pie sin perder un segundo y continuó su carrera colina abajo.

A través del visor comprobó que las avispas, los abejorros vampiro y la ratas habían conseguido superar la zona de las abejas vampiro. Ahora salían del cañón tras sus pasos.

Vio entonces que dos enormes bestias rojas cargaban alrededor de la colina del centro de la isla.

Dos *spigers* merodeadores habían captado su olor y se lanzaban colina abajo para cerrarle el paso.

*13.05 horas*

Otto sollozaba.

—¡Venga, tío! —imploró.

Nell lloraba de miedo y frustración mientras veía cómo los enormes *spigers* rojos surcaban el aire en dirección a la cámara.

Una alarma comenzó a sonar.

En el otro extremo del laboratorio, Todd Taylor dio un salto en su silla y miró a través de la pequeña ventana de la escotilla de la Sección Cuatro.

—¡Muchachos, creo que algo ha conseguido abrir una brecha en el vestíbulo!

*13.06 horas*

Zero se estaba desvaneciendo. La cabeza le daba vueltas y los ojos le ardían a causa del sudor. Correr en zigzag era agotador y no había tenido ninguna oportunidad de descansar. Ahora dejaba que fuera la gravedad la que lo impulsara hacia adelante, y renunció a seguir alterando el curso de la carrera. Con las pocas fuerzas que aún le quedaban, obligó a sus piernas a hacer un último esfuerzo y se dirigió hacia el estanque.

Una corriente fresca de agua salada caía en el estanque desde la fisura abierta en la pared exterior de la isla, quizá un efecto secundario del seísmo, pensó Zero vagamente sin dejar de correr.

A través del visor comprobó que los dos *spigers* remontaban en el aire con poderosos saltos, tratando de darle alcance mientras él se lanzaba de cabeza al estanque.

Cuando chapoteó en el agua, las criaturas que lo perseguían se pararon en seco, giraron o retrocedieron como abejas comunes.

Una rata que llevaba demasiado impulso no pudo frenar a tiempo y cayó al agua junto a Zero, agitándose frenéticamente mientras trataba de remar con sus ocho patas, que muy pronto dejaron de moverse y el animal se hundió bajo la superficie.

Zero se agazapó en el agua, tocando el fondo con los pies y su cabeza apenas asomada para respirar, antes de darse cuenta de que nada lo atacaba.

Ninguna de las criaturas volaba siquiera encima del estanque. Era como si alguna clase de campo de fuerza los repeliera.

Los *spigers* habían clavado sus patas afiladas en la tierra, frenando al borde del agua. Luego se apartaron de allí sin dejar de estudiarlo desde una prudente distancia.

*13.07 horas*

Nell miraba asombrada la pantalla.

—¿Agua salada?

—¿Qué? —dijo Briggs, alzando la vista hacia la pantalla.

—¡No les gusta el agua salada! —Nell se volvió exultante hacia Briggs y le dio un golpe en su poderoso bíceps.

—¿Cómo puedes saber que es agua salada?

—Cómo pueden saberlo *ellos* es la cuestión -repuso ella, mirando intensamente las imágenes en la pantalla-. ¡Venga, Zero, tienes que deducirlo! —gritó.

*13.07 horas*

Zero se echó a reír a carcajadas y salpicó más agua salada sobre su camiseta del maratón de Long Beach, resollando mientras trataba de recobrar el aliento. Lanzó agua contra la pared de criaturas que esperaban al acecho en la orilla y éstas

retrocedieron al instante.

Los bichos alcanzados por el agua se debatían en la superficie del estanque exudando una especie de gelatina química. En el fondo del estanque podía ver los huesos de los animales que se habían ahogado.

Después de haber recobrado el aliento, y antes de que los músculos se le inflamaran, Zero se sumergió una vez más y emergió a la superficie completamente empapado.

Luego salió del estanque e inició la carrera final hacia la lejana colina iluminada por el sol.

El aire era más fresco y el campo más verde a medida que se acercaba a las huellas ennegrecidas del XATV-9 que aún eran visibles en el terreno que nacía en un orificio abierto en el borde de la jungla.

Avanzó velozmente mientras los animales que estaban alrededor del estanque iniciaban de nuevo la persecución.

Aprovechó su ventaja para llegar a la abertura en la selva unos tres metros por delante de la vanguardia de sus perseguidores.

Entró en la densa jungla siguiendo las huellas del vehículo explorador.

Un coro de aullidos y chillidos de pesadilla llenaban el aire fétido mientras Zero atravesaba los enmarañados matorrales, agazapándose y esquivando los dardos lanzados desde los árboles.

Estuvo a punto de topar contra el tronco de un árbol cubierto de fauces verticales como las de un tiburón que se movían en su superficie. En el último momento consiguió sortearlo; dos ratas Henders que iban tras él chocaron contra el tronco y desaparecieron en las bocas verticales del árbol.

Trató de no perder la concentración y tampoco el ritmo.

Las suelas de goma de sus zapatillas estaban perdiendo los surcos, disolviéndose bajo sus pies. Siguió corriendo. De alguna manera, cuando el sudor se evaporaba de su cuerpo, era como si alrededor de él se hubiera formado una burbuja que repelía a las criaturas con un muro invisible. Avanzó esquivando las galerías de tiro de los corredores de la selva. No tenía tiempo de detenerse a pensar por qué o cómo sucedía eso.

Cambiaba de dirección al azar en la densa jungla que crecía entre los corredores, mientras trataba de mantenerse cerca de las huellas dejadas por el vehículo explorador, hasta que llegó a una depresión inesperada y perdió pie en el lodo resbaladizo.

—¡Oh, mierda! —exclamó al deslizarse por una hoja gigante, evitando los ganchos de su superficie mientras la hoja se iba cerrando detrás de él por secciones.

—¡Oh, mierda! —repitió alguien entre los árboles que se alzaban delante de él.

Zero sintió una descarga de adrenalina y se lanzó instintivamente hacia la voz

humana.

—¡Oh, mierda, oh, mierda! —repitió la voz, y Zero se dio cuenta de que se trataba de la suya propia. Alzó la vista y vio un *camaroneé* que descendía hacia él desde las copas de los árboles-. ¡Oh, mierda, oh, mierda! —seguía repitiendo al tiempo que extendía seis patas encima de él.

Zero rodó debajo de un árbol caído, luego se levantó de un salto y corrió y esquivó una andanada de hormigas-disco que atravesaban el aire en dirección a sus piernas. Saltó por encima de un tallo parecido a una yuca que se abrió por la mitad e intentó doblarse sobre sus manos antes de que él diera una voltereta debajo de un tronco muerto y cubierto de tréboles que absorbió una lluvia de dardos disparados desde los árboles cercanos, excepto dos, que se clavaron en su pantorrilla derecha atravesando los pantalones.

Se arrancó los dardos inmediatamente pero sintió que la pierna se le entumecía cuando se puso de pie para proseguir la marcha.

Ya no veía el rastro del vehículo explorador y se desesperó temiendo haberse perdido. Sus brazos y sus manos estaban heridos y sangraban, tenía todo el cuerpo cubierto de sudor. Arrastraba la pierna derecha, pero la impulsó hacia adelante con la mano apoyada en ella avanzando entre la maleza. Continuó su camino por la densa espesura, agachándose y reptando torpemente alrededor de ramas y troncos. La selva se volvía cada vez más densa y el aire más caliente y fétido. Finalmente consiguió divisar el claro iluminado por la luz del sol y a través del cual, hacía una eternidad, el vehículo explorador había penetrado en la selva.

Llegó a la ladera de la colina casi sin aliento. A su derecha vio el StatLab, que se tambaleaba como un tren descarrilado en la colina.

Le ardían los pulmones, tenía la garganta seca, le latía la cabeza y los ojos le escocían por el sudor mientras ascendía cojeando la colina. Tenía los músculos de la pantorrilla derecha hinchados y apenas si respondían. Las suelas de las zapatillas se desprendían dejando un rastro de gel azul.

Se lanzó hacia adelante y chocó contra la parte inferior incrustada de la Sección Uno.

### *13.15 horas*

Los científicos y técnicos de la Sección Cuatro seguían vistiéndose con los trajes aislantes para abandonar el laboratorio.

Todd Taylor, a quien sólo le faltaba colocarse el casco protector, miró nerviosamente a una criatura parecida a un pájaro carpintero que se había posado en la ventana de la escotilla de la Sección Tres. El pseudopájaro comenzó a golpear con violencia y rítmicamente su cabeza en forma de hacha contra la ventana.

—¿Para qué cono está haciendo eso? —gritó Todd, y agitó los brazos para

espantarlo. En cambio, lo que consiguió fue que la criatura golpeará la ventana con más fuerza.

En las imágenes del monitor, Nell vio que el borde de la selva retrocedía detrás de Zero. ¡Luego pudo ver las secciones inferiores del StatLab a través de su cámara! Se volvió rápidamente hacia la ventana y vio a Zero que ascendía con dificultad la colina.

—¡Es Zero! ¡Dejadlo entrar!

—¡Está fuera de la zona precintada! —gritó Todd-. No podemos...

—¡Y una mierda! —replicó Nell, y echó a correr hacia la escotilla superior.

Con un violento estallido, el pájaro carpintero hizo trizas la ventana encima de la cabeza de Todd, lo que permitió la invasión de avispas y gusanos perforadores, seguidos de ratas y ratones Henders, todos moviéndose tan de prisa que rebotaban contra el techo y las paredes.

Dos ratas consiguieron escurrirse por el cuello abierto del traje de Todd, quien comenzó a proferir unos gritos horribles cuando las dos criaturas le abrieron el vientre. Sus gritos atraieron a otros depredadores, que se abalanzaron sobre él.

Zero continuó cojeando hasta la escotilla superior cerrada. Nell le hizo señas de que se alejara, orientándolo hacia el helicóptero Sea Dragón que estaba aterrizando en la ladera de la colina.

Zero se volvió y trepó por la colina con las manos y los pies como si de un mono herido se tratara.

Al ver la horda invasora que ahora penetraba a través de la escotilla hecha añicos, a los científicos de la Sección Cuatro les entró el pánico y corrieron hacia la escotilla superior. Los animales atacaron, comiendo un trozo tras otro de los cuellos y los rostros expuestos de los rezagados y dirigiéndose hacia los que gritaban.

Nell introdujo el código en el teclado y golpeó con el puño el botón de «Evacuación». Los cerrojos estallaron y la escotilla salió volando como un proyectil hacia un costado de la colina.

Sin el traje aislante en el aire de Henders, Nell tiró del codo de Briggs, quien se quitó de una patada la pernera del pantalón de su traje a medio poner.

—¡Vamos! —gritó Nell a los dubitativos científicos que estaban detrás de ella, y junto con Briggs saltaron desde la escotilla y corrieron a través del campo chamuscado.

Zero fue el primero en llegar a la plataforma de carga del Sea Dragón y se volvió para ayudar a Nell a subir a bordo. Luego se derrumbó, jadeando al lado de ella. Nell se impulsó en el interior del helicóptero mientras Briggs, Otto y un puñado de científicos y técnicos saltaban a la rampa.

El resto se movía pesadamente con sus trajes aislantes mientras los animales salían a través de la escotilla del StatLab tras ellos: el largo laboratorio segmentado se

había convertido en una tubería que partía de la jungla.

El hecho de llevar el casco con la mascarilla no proporcionaba protección alguna: los dientes y las pinzas desgarraban fácilmente los ligeros trajes. Y esos desgarrones permitían la entrada de hordas de bestias de Henders, que convertían los trajes aislantes en horribles bolsas de alimentos en pocos segundos.

Incluso los que estaban más cerca del helicóptero caían a tierra entre espantosos alaridos.

Nell vio un enorme *spiger* rojo que ascendía la colina de dos saltos y se abalanzaba sobre el helicóptero, pero el viento de los rotores lo arrojó hacia atrás y la bestia no alcanzó por centímetros el borde de la rampa con sus patas puntiagudas.

—¡Joder! —siseó uno de los pilotos con la expresión demudada al contemplar la carnicería a través de la ventanilla.

—Creo que necesitaremos un nuevo laboratorio.

Zero se aferró a los hombros de Nell y ella lo abrazó con fuerza contra su pecho.

—Es posible que necesitemos un nuevo planeta -dijo ella.

### *20.51 horas*

Andy despertó en la oscuridad y vio a una brillante avispa Henders a escasos centímetros de su rostro.

Retrocedió de un salto.

El movimiento sobresaltó a los otros bichos, atrapados también en frascos y botellas, que llenaban una extraña habitación con botes, botellas y otros desechos apilados contra las paredes.

En un nicho había un cráneo humano con una gorra de piloto de la fuerza aérea norteamericana.

Andy cayó en la cuenta de que la habitación era el fuselaje de un viejo avión.

De pronto se oyeron resoplidos y arañazos en una puerta redonda practicada en la pared que estaba frente a él. Se quedó paralizado por el terror y lo único que podía mover eran los ojos. Sabía que iba a morir.

Entonces la puerta se abrió hacia adentro y *Copepod* entró corriendo en la habitación.

El perro lamió el rostro asombrado de Andy.

Vio que la criatura que antes apenas si había entrevisto entraba detrás del perro como si fuera una aparición.

Se abrazó a *Copey* presa del terror, pero el perro comenzó a ladrar y se soltó de sus brazos, corriendo hacia la criatura.

# 15 DE SEPTIEMBRE

12.06 horas

El Muddy Charles Pub, que dominaba el río que llevaba su nombre, estaba lleno de profesores y estudiantes del Instituto Tecnológico de Massachussets que consumían pizzas y cervezas.

Entre los que se habían congregado allí para escuchar el esperado anuncio de «SeaLife» se encontraba el famoso zoólogo Thatcher Redmond, quien mordisqueaba sus clásicas pipas de calabaza y bebía cerveza Windmer Brothers en un vaso de plástico.

Aunque proclamaba ser un vegetariano estricto, Thatcher hacía trampas en privado. Disimulaba su barriga debajo del camuflaje de un chaleco de Banana Republic con múltiples bolsillos que usaba encima de una camisa vaquera azul celeste, cuyas mangas enrollaba dos veces.

Ese día, como de costumbre, los estudiantes se amontonaban junto a la mesa de Thatcher y, en esa ocasión, su colega Frank Stapleton había decidido unirse a ellos para ver las esperadas noticias acerca de la isla de Henders.

Frank Stapleton era un académico con gafas de montura negra y el pelo entrecano. Hombre de la vieja escuela, Stapleton representaba un atractivo aunque poco imaginativo contrincante para el sensacionalismo de Thatcher Redmond: a los estudiantes les encantaba presenciar las discusiones públicas sólo por el valor de la diversión.

En esa ocasión, sin embargo, otra cosa había concitado su atención.

–¡Esperad, esperad! ¡Aquí está! – gritó el estudiante que tenía el mando a distancia.

Una petición de silencio generalizada recorrió el pub mientras todo el mundo fijaba su atención en la gran pantalla de televisión colocada encima de la barra.

La presentadora de la CNN llegó finalmente a la historia que habían estado anunciando durante todo el día:

*–Después del aparentemente desastroso capítulo final del programa «SeaLife», un portavoz de la cadena ha admitido ahora que los muy discutidos finales dramáticos eran en realidad engaños creados con el único propósito de hacer subir la audiencia.*

El pub se llenó de protestas e insultos.

*–Después de una disculpa y el anuncio de que el programa ha entrado en una pausa de «reformulación» indefinida, los productores del mismo proyectaron el siguiente clip.*

Las imágenes mostraban al reparto de «SeaLife» sonriendo y saludando desde la popa del *Trident* mientras el barco se alejaba en dirección al crepúsculo.

–¡Ése es el engaño! –gritó alguien, y provocó nuevas peticiones de silencio. La presentadora continuó:

*–Sin embargo, los familiares han sido incapaces de ponerse en contacto con sus seres queridos en el programa desde el último episodio emitido, hace ya veintitrés días. Dos de las familias harán una declaración pública esta misma noche en el programa «Live Current». Y mientras hoy se presentaban formalmente las quejas oficiales contra Estados Unidos y Gran Bretaña por otros miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, las autoridades del Departamento de Defensa siguen negando los rumores que circulan a través de Internet acerca de un bloqueo naval alrededor de la isla y de censura a los medios de comunicación. Nuestras propias solicitudes para obtener imágenes vía satélite de esa zona, cuyas coordenadas han sido seguidas estrechamente por millones de espectadores en la página web del programa, han sido denegadas. Según todos los servicios vía satélite, el Pentágono adquirió los derechos exclusivos sobre todas las fotografías de la isla Henders pocas horas después de que se emitió el último capítulo del programa «SeaLife».*

La presentadora continuó despreocupadamente con el resto del telediario, por encima de un airado coro de protestas, hablando de la historia de un hombre que había asesinado a toda su familia y después se había suicidado.

–¿Por qué no se suicidan antes? – dijo Stapleton.

–Por falta de coraje, supongo -contestó Thatcher-. Se necesita menos valor para suicidarse cuando has hecho algo tan malo que todo el mundo querrá matarte de todos modos.

–Ésa es la cosa más macabra que he oído en mi vida -dijo Stapleton mirando a Thatcher-. Gracias por aclarármelo.

Él se encogió de hombros.

Un estudiante con una camiseta negra de King Kong intervino en la conversación.

–«SeaLife» superó a «sexo» como la palabra más buscada en Internet la semana pasada. ¿Cuán macabro es eso?

–¿Eso es todo? ¿Después de tres semanas de espera se supone que debemos creer que sólo ha sido un engaño?

La atractiva y rubia ayudante de investigación de Thatcher Redmond miró la pantalla; los ojos le echaban chispas.

–Acéptalo -dijo el chico con la camiseta de King Kong-. Ha sido una pieza de marketing brillante, Sharon. Te timaron.

–No es un montaje -insistió ella-. Lo que mostraron era CGI y ni siquiera un buen CGI.

–Eso no era CGI -dijo alguien.

–¡Era un vídeo antiguo! –gritó otro a través del pub.

–Modificaron un vídeo antiguo con CGI -sugirió otro.

–¿Qué leches es CGI? –preguntó Stapleton.

–¡Imágenes gráficas generadas por ordenador! –gritaron todos los que estaban cerca de él.

–Podríamos demostrar que se trata de CGI antes de una hora -insistió Sharon-. Los otros gobiernos del mundo pueden demostrarlo sin lugar a dudas. ¿Por qué están tratando de salirse con la suya con esto?

–Hum..., ¿ventas de Coca-Cola y Nike? –dijo el tipo de la camiseta negra.

Thatcher Redmond sonrió y tamborileó con los dedos sobre la mesa. Era un hombre que disfrutaba con cualquier forma de caos. Se sentía atraído inmediatamente por cualquier cosa que perturbara la fina película de «orden» que los seres humanos trataban de imponer en vano sobre la realidad.

–Casi deseo que no sea un engaño.

Sonrió y luego hizo un chasquido con los labios.

Frank Stapleton alzó la vista.

–No puedes hablar en serio, Thatcher.

–Profesor Stapleton, ¿no sería deliciosamente irónico si, en nuestra precipitación por arrojar luz en todos los rincones para disipar nuestro primitivo terror a la oscuridad, abriésemos una caja de Pandora que nos borrara de la faz del planeta?

–Sí, no hay duda de que sería irónico, pero no veo qué tendría eso de delicioso.

–Al menos, algo tendría una oportunidad de sobrevivir en este planeta, profesor Stapleton, si los seres humanos fuesen erradicados de él. Me doy cuenta, por supuesto, de que todo este asunto no es más que alguna clase de fraude. Las posibilidades de que algo remotamente tan peligroso como nuestra especie pudiera ser encontrado en una isla tan pequeña y remota son casi nulas. Pero si algo así ocurriera realmente, creo que sería motivo de celebración.

Sharon mirón a su mentor con la mezcla de angustia y admiración característica de todos sus ayudantes.

–¿Por qué, doctor Redmond?

Stapleton se estremeció.

–Por el amor de Dios, no lo alientes.

–La vida inteligente es un cáncer medioambiental, Sharon -contestó Thatcher-. Al reordenar la naturaleza, la raza humana no ha hecho más que crear nuevos virus, enfermedades, bacterias resistentes a los medicamentos, toda clase de alteraciones que jamás se habrían producido en la naturaleza. Después de siglos de domesticar plantas y animales, la ingeniería genética está saboteando directamente el código de la vida. Y, al hacerlo, estamos cruzando cables de circuitos evolutivos de miles de millones de años y precipitando un derrumbe genético que muy pronto avanzará a través de nuestro medioambiente como una plaga molecular.

–Muy dramático, Thatcher. –Stapleton lo miró con curiosidad-. Pero si realmente crees eso, ¿cómo puedes levantarte de la cama por las mañanas? Es más, ¿cómo pueden hacerlo tus estudiantes?

–Hemos insertado los genes de la medusa en los ratones para que brillen en la oscuridad. Hemos manipulado genes Hox para que las moscas domésticas tengan cien patas, y los milpiés, seis. Hemos insertado genes de insectos en las plantas y genes de plantas en animales. En la Tierra no hay prácticamente nada que el hombre no use y nada que no «mejore» si tiene oportunidad de hacerlo. Y cualquier cosa que sobre la desechamos de forma irresponsable. La contaminación y el calentamiento global son simplemente precursores del Apocalipsis medioambiental que nos acecha. Antes de que acabe el siglo, si antes no nos hemos destruido a nosotros mismos, o incluso aunque lo hayamos hecho, probablemente habremos hundido el último clavo en el ataúd de la madre Tierra. Si sólo nos liquidáramos a nosotros, el problema no sería demasiado importante: sólo habríamos recibido nuestro merecido, al igual que les sucedió a muchas especies aborrecibles antes que a nosotros. Pero en las manos del simio racional, la vida en la Tierra y en sus mares probablemente sufrirá una extinción masiva cuando los virus genéticos de la nanoingeniería invadan las especies esenciales y produzcan el colapso de ecosistemas enteros, uno tras otro. Todos los organismos multicelulares desaparecerán cuando los organismos unicelulares sean obligados a regresar a la mesa de dibujo para reinventar lo que la humanidad ha saboteado mortalmente. Si eso es a lo que usted llama «dramático», profesor Stapleton, estoy de acuerdo. Y si eso es lo que me llama a mí por señalarlo, que así sea. La vida inteligente es el peligro biológico fundamental. Cualquier oponente valioso sería un agradecido descubrimiento para el planeta.

Unos tímidos aplausos coronaron el discurso de Thatcher.

–Mira, soy tan medioambientalista como cualquiera -dijo Stapleton-, a menos que ese cualquiera seas tú, supongo, ¿pero no crees que eso es un pellizco en el lado desahuciado?

Thatcher miró el vaso verde de plástico del que Stapleton comía su almuerzo.

–¿Qué demonios es lo que está comiendo, profesor?

Stapleton tragó un buen bocado y se limpió los labios con una servilleta.

–Sesos de ternera y huevos revueltos. Es un plato que probé en París cuando estaba en el ejército. Mi esposa me lo prepara a veces.

Cogió una buena cantidad con la cuchara y se la llevó a la boca.

–Entiendo.

–Sigo la dieta Prisby.

Thatcher meneó la cabeza.

–Una dieta de curanderos.

–Eh, ya he perdido un par de kilos. Deberías probarla.

Stapleton comió otro bocado con aire desafiante.

–O sea, que ahora comes sesos de vaca.

–En realidad son sesos de ternera..., con salsa de mango -añadió Stapleton con la boca llena.

–Profesor, ha oído hablar del mal de las vacas locas, ¿verdad?

Stapleton *tragó*.

–Muy bien, digamos que tienes razón, Thatcher. De todos modos, dentro de veinte años, el tiempo medio de gestación de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, tú y yo estaremos en un geriátrico. Al menos yo seré quien se estará riendo.

Stapleton le guiñó un ojo y comió otro bocado.

Alrededor de la mesa se oyeron algunas risas y expresiones de disgusto.

–Profesor Stapleton —suspiró Thatcher—, es usted una lección viviente de la tesis de mi libro. ¿En qué escenario natural los sesos de un ternero domesticado, inyectado con hormonas, alimentado con productos Franken, genéticamente creado, se convertirían en parte de la dieta que su cuerpo de *Homo sapiens* evolucionó durante los últimos cinco millones de años para consumir?

–Thatcher —Stapleton meneó la cabeza—, lo maravilloso acerca de la inteligencia humana es que no tenemos que hacer las cosas de un modo o de otro. Los seres humanos podrían no hacer todas esas cosas que pronosticas. ¿No tienes en cuenta esa posibilidad?

Thatcher se quedó mirando el vacío mientras el recuerdo de su hijo sonriente, corriendo hacia la puerta corredera de cristal en dirección a la piscina, apareció como un fogonazo en su mente. Recordó la presión en el pie mientras hacía fuerza para abrir la puerta.

–Eso ocurrirá porque puede ocurrir, profesor. Es sólo cuestión de tiempo. La probabilidad se autorrealiza del mismo modo que un juego de *pachinko* japonés siempre se llena con una curva de Bell de bolas de rodamiento. Si sólo hubiera uno de nosotros, o unos pocos, la virtud humana podría desempeñar un papel en todo esto, pero somos miles de millones. El efecto acumulativo de nuestro supuesto «libre» albedrío a lo largo de un período determinado no se puede diferenciar del instinto o la predestinación. Puesto que los seres sensibles pueden hacer cualquier cosa, harán cualquier cosa, no importa cuán destructiva sea, a lo largo del tiempo. Aún no ha leído usted mi libro, ¿verdad, profesor Stapleton? Me temo que mi conclusión optimista es que sólo un acontecimiento de extinción preventiva que elimine la vida inteligente puede salvar un medioambiente una vez que ha sido infectado.

–Hay muchas culturas -replicó Stapleton-, que han conseguido vivir en armonía con su medioambiente durante miles de años, Thatcher. ¿Qué me dices de los indios norteamericanos? ¿O de los polinesios?

–Los polinesios importaron virus de aves que diezmaron las poblaciones nativas

allí donde viajaban, y los indios norteamericanos llegaron casualmente justo antes de que la mayor parte de la fauna de este país desapareciera. Pero debo señalar que uno de los medioambientes más puros habitados por el ser humano es Papúa Nueva Guinea, famosa por sus cazadores de cabezas, quienes podrían haber contribuido de una manera directa a la preservación de su hábitat natural.

–¿Qué piensas entonces de nosotros, Thatcher? – preguntó Stapleton.

Él sonrió.

–Como dijo Jonathan Swift: «Todo mi amor es para los individuos, pero odio y detesto principalmente a ese animal llamado hombre.»

Esas palabras fueron recibidas con un coro de risas incómodas.

–Encantador. Haces quedar muy mal a los medioambientalistas, amigo mío.

–Bueno, lo siento, Frank. Pero los medioambientalistas también son personas.

Thatcher guiñó el ojo a los presentes.

–¡Oh, ya entiendo! No merece la pena esforzarse, ¿verdad?

–No supondría diferencia alguna.

–Por Dios, eres como Casandra.

–Algo que la mayoría de las personas parece olvidar acerca de Casandra es que ella siempre tenía razón.

–Sin embargo, no se sentía feliz por ello.

–Yo soy feliz durante todo el camino que me lleva al banco, amigo mío.

Thatcher se echó a reír y los estudiantes aplaudieron su salida.

–¡No creo que sea divertido! –protestó Sharon.

–Está bien. –Thatcher alzó la mano para calmar los ánimos-. Tiene razón, Frank. Coma sus sesos. Es inevitable.

Thatcher se encogió de hombros y todo el mundo se echó a reír excepto Sharon. Ella no podía entender cómo su mentor conservaba su elegante sentido del humor acerca de la más desoladora verdad.

–A menos, por supuesto, que lo sucedido en la isla Henders no sea un montaje -añadió Thatcher tranquilamente mientras le guiñaba un ojo a Sharon. Se puso en pie y levantó su vaso de plástico-. ¡Por la isla Hendéis!

Todos se pusieron de pie para brindar por la isla, y el Muddy Charles volvió a encenderse con los debates.

Thatcher reparó entonces en un hombre corpulento, que vestía traje y llevaba gafas de sol, que había permanecido solo durante el almuerzo bebiendo una coca-cola. Un fino cable blanco colgaba de un audífono y desaparecía debajo de la solapa de su chaqueta. Mientras lo estudiaba, el hombre se levantó de su mesa y se dirigió directamente hacia él.

El pulso de Thatcher se aceleró cuando el desconocido se le acercó, aparentemente a cámara lenta. «Aquí está», pensó, recordando lo que había

mantenido en un nivel no verbal hasta el momento. Su «hijo», como resultó ser, se había convertido en una estadística después de todo, y ni siquiera Sedona lo había culpado por ello. Él sabía que existía una posibilidad de que estuvieran investigándolo a causa de la muerte del chico -incluso que sospecharan de él-, y lo mantenían discretamente para que experimentara una falsa sensación de seguridad. Sabía que no tenían ninguna prueba. Había colocado una servilleta entre su zapato y el quicio de la puerta corredera y luego había tirado la servilleta al llegar al aeropuerto. El chico se había ahogado en la piscina y no había ninguna pista que condujera hasta él.

Sin embargo, cuando el hombre se quitó las gafas de sol y tendió una mano en su dirección, el pánico se adueñó de Thatcher. Se encontró poniéndose instintivamente de pie y estirando las muñecas en señal de rendición.

El hombre sonrió y meneó la cabeza.

–¡No, doctor Redmond! –sonrió-. No he venido a arrestarlo.

–Oh... ¿Entonces, qué?

El hombre se inclinó hacia adelante y le susurró algo al oído.

–¡Ah! –Thatcher sonrió a los demás, quienes lo miraban con evidente curiosidad-.

Parece que me llama el presidente.

El agente del servicio secreto lo miró fijamente.

Thatcher se llevó un dedo a los labios a modo de disculpa.

–Lo siento, pero me temo que debo despedirme de vosotros. *Au revoir!*

Con una leve reverencia, Thatcher se excusó ante los rostros que lo miraban sorprendidos alrededor de la mesa.

–¿Qué me decís? – Stapleton meneó la cabeza maravillado ante la suerte de Thatcher.

### 12.43 horas

Después de darse un chapuzón en Stony Beach, Geoffrey regresó pedaleando en su bicicleta por la calle Bigelow. Cuando giró en Spencer Baird miró por encima del hombro y vio que lo seguía un hombre con el pelo cortado a cepillo, un polo blanco y unos pantalones cortos azul marino. El hombre era corpulento y montaba con dificultad la bicicleta, aunque pedaleaba con fuerza reduciendo la distancia que los separaba de Geoffrey.

Parecía tratarse del mismo tipo que vestía traje y que se había marchado al acabar su última charla nocturna. Instintivamente, Geoffrey comenzó a pedalear más de prisa.

El desconocido pareció adaptar su velocidad a la suya cuando ambos descendieron por Spencer Baird. Geoffrey giró bruscamente por la calle Albatross y tuvo que hacer una maniobra para evitar a un todoterreno que salía de la rampa para

embarcaciones. Pasó velozmente frente al acuario del National Marine Fisheries y luego enfiló por la calle Water.

Cuando dejó atrás el Crane Monument, la calle se estrechó. Había coches aparcados junto a ambos bordillos, de modo que se arriesgó a ir por el centro de la calle, serpenteando entre el tráfico y ganándose algunas bocinas irritadas. Entonces oyó el sonido de más bocinas a su espalda y dedujo que su perseguidor también había decidido ir por el centro de la calzada.

Pasó a través de la multitud y llegó al puente en el momento en que el jefe del puerto comenzaba a hacer girar la puerta cerrada en el lado del Eel Pond. Geoffrey decidió intentarlo. Avanzó velozmente por el puente y se deslizó alrededor del vociferante jefe del puerto mientras su bicicleta pasaba por la estrecha abertura entre ambas puertas, sólo para oír al tipo corpulento que jadeaba pocos metros por detrás de él. «¡Joder!», pensó Geoffrey, levantándose sobre los pedales para poder imprimir la máxima velocidad posible a la bicicleta.

Cuando llegó al edificio del Instituto Oceanográfico de Woods Hole, donde estaba su laboratorio, se dirigió directamente a la entrada y saltó de la bicicleta, dejando que se deslizará hasta el pie de la escalera.

Se desabrochó la tira que le sujetaba el casco y se lo quitó, dispuesto a lanzárselo a su perseguidor, quien accionó los frenos de su bicicleta y apoyó una pierna pálida en el suelo para detenerla derrapando en el pavimento.

–¡Cuál es su maldito problema! – gritó Geoffrey en el preciso momento en que Ángel Echevarría aparecía en la puerta.

–Geoffrey, ¿qué pasa, tío? – preguntó Ángel mirando al desconocido con el polo blanco manchado de sudor. El hombre se aferraba el abdomen con ambas manos mientras trataba de respirar.

–Pregúntale a ese pavo. ¡Ha estado siguiéndome desde Stony Beach! – dijo Geoffrey.

–Lo siento, doctor Binswanger -dijo el hombre entre jadeos-. El presidente ha solicitado... -respiró un par de veces—su presencia... en un asunto de... seguridad nacional. ¿Puede concederme un momento, señor?

–Debe de estar de guasa -dijo Geoffrey echándose a reír.

–¿En serio? – exclamó Ángel, dispuesto a creerlo.

### *16.18 horas*

A Geoffrey lo habían llevado a su casa en un todoterreno azul con cristales entintados para que recogiera cuatro cosas en una bolsa. Luego lo llevaron directamente a la base que la fuerza aérea tenía en Hanscom, donde esperaba un C-2A Greyhound.

Cuando finalmente subió a bordo del avión de carga, cuatro miembros de la

tripulación le acompañaron a la parte posterior del aparato.

Geoffrey dejó su bolsa sobre unos cajones de embalaje mientras se dirigía a la sección de pasajeros. Había sólo dos asientos que miraban hacia la cola junto a pequeñas ventanillas laterales situadas detrás de las alas. El otro único pasajero ocupaba el asiento del pasillo a su derecha, un hombre con barba que buscaba algo en uno de los diecisiete bolsillos de su chaleco Banana Republic. Geoffrey reconoció a Thatcher Redmond, quien alzó la vista y estudió a Geoffrey con mirada inexpresiva.

El joven le tendió la mano.

–Thatcher Redmond, ¿verdad?

–Sí... -Thatcher entornó los ojos en la cabina oscura-. El doctor Binswanger, supongo...

Geoffrey le estrechó la mano y se sentó.

–Llámeme Geoffrey.

–Me dijeron que era la otra persona que estábamos esperando. Me temo que no he oído hablar de usted.

Geoffrey sabía que Thatcher estaba mintiendo. Se habían conocido el año anterior en una conferencia; incluso habían compartido mesa en la cena celebrada posteriormente. Ambos, sin embargo, habían captado el olor de su enemigo natural en la selva científica y así lo habían registrado para una futura referencia. Ése iba a ser un vuelo muy largo, pensó Geoffrey, y sonrió forzosamente.

–Qué locura, ¿verdad?

–Debo decir que creía que se trataba de un montaje. – Thatcher se metió un puñado de cacahuetes en la boca.

Geoffrey miró a través de la pequeña ventanilla mientras el avión comenzaba a deslizarse por la pista.

–Yo también -dijo.

*16.23 horas*

Apenas si habían despegado cuando Thatcher lanzó su primera andanada.

–De modo que aquí estamos, sentados en un avión militar y volando hacia un recientemente descubierto rincón de vida virgen como si fuésemos anticuerpos encargados de combatir una infección. Resulta obvio, ¿no cree usted, doctor?, que los seres humanos somos la auténtica amenaza para este planeta, no algún precario ecosistema en una pequeña isla perdida en medio de ninguna parte. Es posible que nos hayamos topado con el último lugar en la Tierra que estaba realmente a salvo de nuestra injerencia.

–No hay duda de que podemos preservar además de destruir, Thatcher -dijo Geoffrey.

Él meneó la cabeza.

–La maldición de la vida inteligente es que, a la larga, debe destruir.

–Oh, sí, usted cree que el libre albedrío es equivalente al determinismo. ¿No es así, Thatcher? Y no me llame doctor.

–¡Oh, espero que no sea tan religioso como para creer en el libre albedrío! O confundir esa creencia con la ciencia.

–Según como lo definamos, el libre albedrío no tiene que ser una noción religiosa.

–El libre albedrío es una locura, nada más. La razón y la religión la convierten en algo peligroso.

–No necesariamente. La razón puede hacer que el libre albedrío cure, aunque la curación no es automática, convengo en ello.

–Parece que tiene usted una gran confianza en la nobleza humana, doctor. Si tenemos en cuenta lo que le hemos hecho a este planeta, encuentro que es una actitud bastante sorprendente en un hombre de ciencia.

Geoffrey sabía que no importaba la posición que asumiera, pues Thatcher Redmond adoptaría una posición más radical sólo para destacarse. Tenía la sensación de que ahora Thatcher estaba tratando de encasillarlo en algún terreno político indeseado, de modo que Geoffrey dejó de contestarle.

Geoffrey conocía muy bien a esa clase de científicos: el campo de batalla de los tipos como Thatcher era el tribunal de la opinión pública; el de Geoffrey era el laboratorio. Cualquiera de los dos podía resultar fatal para el otro, y la arena científica no siempre favorecía a los más aptos y preparados. Cuando se trazaban las líneas de batalla entre el *establishment* y la verdad, incluso en los salones de la ciencia, la verdad no siempre triunfaba a corto plazo. Y ese corto plazo podía durar generaciones. El descubrimiento revolucionario de Raymond Dart del eslabón perdido en la evolución humana había languidecido dentro de una caja en Sudáfrica durante cuarenta años mientras todo el *establishment* científico lo ignoraba y se inclinaba ante el altar del Hombre de Piltdown, un resto fósil falso construido con parte de la mandíbula de un mono y el cráneo de una mujer inglesa manchados con barniz para muebles. En aquella época resultaba políticamente correcto creer que el eslabón perdido sería encontrado en Europa, y ese prejuicio había sido suficiente para eliminar cualquier evidencia de lo contrario durante cuatro décadas. Y eran precisamente los científicos como Thatcher Redmond quienes causaban esa clase de agravios. Geoffrey lo sabía lo suficientemente bien como para mantenerse alejado de ellos.

Se reclinó en el asiento y miró a través de la ventanilla, lo que no impidió que Thatcher siguiera planteando su caso durante una hora más. Geoffrey no podía decidir si lo divertía o lo alarmaba la insistencia soporífera de ese hombre.

Hacía varios meses que Geoffrey había llegado a la conclusión de que el «Principio Redmond» de la estrella del Instituto Tecnológico de Massachusetts era

charlatanería de primer orden. Después de haber analizado detenidamente el contenido del exitoso libro de Thatcher, para Geoffrey era más que evidente que se trataba de la clase de truco de salón que los científicos empleaban para explotar la opinión popular y llamar la atención: haz una afirmación temeraria que se aproveche de los miedos actuales, adjudícale una «probabilidad conservadoramente baja» para que parezca verosímil y luego ¡insiste en ello! Geoffrey no estaba seguro de si Thatcher Redmond se tomaba realmente en serio la muestra de ciencia chapucera en su libro, o sus melodramáticos clichés, pero sí estaba impresionado por la astuta ciencia social que ese hombre mayor había exhibido en el texto. A pesar de que las históricas predicciones de Thatcher acerca de una catástrofe inminente no podían ser probadas o desechadas aunque transcurriera incluso una década, si es que algún día podían probarse, no había duda de que encontraban un eco favorable en el *zeitgeist* dominante, algo que el trabajo de Geoffrey raramente había conseguido.

Por su parte, Thatcher recordaba perfectamente a Geoffrey de la conferencia de Stuttgart celebrada el año anterior. Lo había señalado de inmediato como uno de esos científicos «inconformistas» que él despreciaba, los que sacaban ventaja de su buena presencia y de una afectada iconoclasia para llevarse a las estudiantes a la cama. La juventud poseía cierta elegancia automática que Thatcher detestaba profundamente, y el hecho de que Geoffrey fuera afroamericano lo convertía en alguien estratégicamente difícil de atacar, algo que también detestaba. Pero, sobre todo, odiaba ese aire de integridad que exudaban los tipos encantadores como Geoffrey. Estaban orgullosos de su visión intransigente cuando, con toda probabilidad, esa visión jamás había sido expuesta a ningún desafío. Para Thatcher las cosas no habían sido tan fáciles.

Aun cuando suponía que había algunos científicos pertenecientes a la generación más joven que eran unos cruzados apasionados y sinceros, Redmond había aprovechado la oportunidad de ganar dinero fácil estrictamente para atiborrarse. El idealismo era un negocio para él. La ciencia no era más que un medio para alcanzar un fin. Nunca había sido un animal político, no se había adherido a la derecha ni a la izquierda en el espectro político. Pero era capaz de ir en cualquiera de las dos direcciones si ello le reportaba algún beneficio. Aunque pareciera irónico, se había decantado hacia la izquierda con el fin de convertirse en un capitalista; se había transformado en un defensor del medioambiente para su enriquecimiento personal. Su plan consistía en explotar la causa ecológica puramente en beneficio propio. Y era honesto en cuanto a ello, al menos consigo mismo, que era mucho más de lo que podían decir de la mayoría de sus colegas.

El silencio de Geoffrey comenzaba a incomodarlo.

—¿Qué tiene que decir, doctor Binswanger? No ha manifestado su posición.

—Hum, lo siento, Thatcher. —Geoffrey se excusó con una inclinación de la cabeza

mientras se quitaba el arnés de seguridad y se dirigía a la parte delantera del avión para hablar con la tripulación.

## 16 DE SEPTIEMBRE

*16.14 horas*

Geoffrey y Thatcher brincaron como una piedra sobre el agua a través del globo, aterrizando dos veces antes de abordar un avión de reacción que los llevó a Pearl Harbor, donde subieron a otro C—2A Greyhound y se encontraron en el mismo lugar donde comenzaron, sentados en los asientos situados detrás de las alas del avión.

—Imagine un mundo donde no existiera vida inteligente, donde no existiera la humanidad —insistió Thatcher a un soñoliento Geoffrey—. Imagine, doctor, cómo avanzaría la naturaleza sólo en una proporción exacta a los recursos disponibles y retrocedería con perfecta modestia cuando esos recursos escasearan. Hubo una franja de tiempo que duró millones de años antes de la llegada de los llamados simios «racionales», cuando la selva tropical cubría los continentes y florecían innumerables especies de simios más humildes. Una vida lo bastante inteligente para disfrutar de la interacción con la naturaleza, pero no lo suficiente como para desafiarla, dañarla o intentar controlarla: la era dorada de los primates. Sin duda ese estadio, justo antes de la Razón, fue el más sublime alcanzado por la vida en este planeta, ¿no está de acuerdo, doctor? «Animal racional» es el oxímoron más grandioso que existe: un muñeco de ventrílocuo que imita a la naturaleza con su misticismo y su ciencia.

Geoffrey había estado soportando la incesante jeremiada de Thatcher durante la mayor parte de las seis horas que llevaban en esa última e insufriblemente larga etapa de su viaje. Sólo había podido evitar su cháchara dos horas antes con una siesta intermitente, e incluso entonces había soñado con un infinito bucle de las predicciones catastrofistas del científico.

Ya era bastante malo que le blandieran el Principio Redmond numerosas veces en lo que llevaban de viaje, pero si Geoffrey tenía que oír otra referencia más al Premio Tetteridge o al abultado cheque que acompañaba la beca Genius que, sospechosamente, Thatcher estaba seguro de obtener, o el Premio Pulitzer que apostaba que le concederían, o a otra estrella de cine con la que había almorzado, probablemente se vería obligado a utilizar la bolsa para el mareo que había en la parte posterior del asiento delante de él.

Geoffrey oyó que algo golpeaba ruidosamente en el techo del avión.

—Disculpe, Thatcher.

Agradecido por el motivo de distracción, se levantó de su asiento y se dirigió a la cabina de los pilotos.

Cuando llegó allí, vio que un brillante avión nodriza KC—135 Stratotanker retiraba la manga de combustible y se alejaba del Greyhound con una elegante demostración de acrobacias aéreas.

El piloto del Greyhound alzó el pulgar hacia el Stratotanker.

—¡Muchas gracias, muchacho<sup>[6]</sup>! El piloto se volvió hacia Geoffrey.

—¡Un puente en el cielo! —explicó—. Éste es uno de los dos C—2A de la marina que están adaptados para ser reabastecidos en vuelo. Es el único avión capaz de llegar a este lugar y aterrizar en la cubierta de un portaaviones.

—¿De modo que es así como esta cosa puede volar tan lejos en un solo tramo? —preguntó Geoffrey.

—Correcto. Tuvimos que montar el puente en el cielo tan pronto como el grupo de portaaviones estuvo en el lugar apropiado.

Geoffrey sonrió, maravillado ante el circuito que se había establecido para llegar a ese lugar increíblemente remoto.

—¡A propósito, creo que allí está su isla! —El copiloto señaló a través de la ventanilla.

Cientos de metros más abajo, Geoffrey vio docenas de enormes barcos de guerra que rodeaban una isla de riscos marrones en el horizonte. Cuando se acercaron, Geoffrey pensó que la isla parecía un pastel ancho, ligeramente glaseado con guano blanco alrededor del borde.

El piloto saludó a la torre de control del *Enterprise*.

—Será mejor que regrese a su asiento y se coloque el arnés de seguridad, doctor Binswanger. Si nunca ha aterrizado en la cubierta de un portaaviones, cuando el cable nos enganche agradecerá estar mirando hacia la cola.

—De acuerdo. —Geoffrey se apresuró a volver a su asiento—. Estamos a punto de aterrizar —le dijo a Thatcher.

El hombre estaba irritado por la interrupción. Cogió un puñado de pipas de girasol de uno de los bolsillos y se las metió en la boca.

—Como estaba diciendo, si esto no es un montaje, quizá se trate de la manera perversa que tiene la madre Tierra de erradicarnos, una pequeña curiosidad esperando para matar al gato.

Thatcher sonrió.

—Hum —fue todo cuanto dijo Geoffrey.

—¿Estaría usted de acuerdo conmigo, doctor Binswanger, en que la inteligencia es la serpiente en el jardín del Edén? ¿El virus mortal que el planeta Tierra fue lo bastante desafortunado como para contraer? ¿O acaso eso es demasiado fuerte para usted?

Geoffrey meneó la cabeza y miró a través de la ventanilla. Al ver un grupo de los leviatanes grises de la Fuerza Operativa Conjunta del *Enterprise*, finalmente comprendió la gravedad de la situación.

Thatcher continuó hablando, embriagado aparentemente por su propia voz de barítono.

—Lamentablemente, dudo de que la isla Henders esté a la altura de esta

publicidad exagerada. Los ecosistemas de las islas son frágiles. Sin ánimo de ofender, doctor.

Geoffrey se preguntó qué se proponía Thatcher ahora, pero luego recordó que llevaba puesta su camiseta de Kaua'i con la leyenda «Proteged los hábitats de la isla» en letras verdes desteñidas sobre la tela rojo fango. Meneó la cabeza.

—No me ofendo, Thatcher. Los ecosistemas de las islas son frágiles. Es por eso por lo que podemos aprender muchas cosas de ellas. Son los canarios en las minas de carbón. Y es por eso también por lo que dudo de que podamos ver algo acerca de este lugar como para escribir a casa. Los canarios raramente se comen a los gatos.

Thatcher enarcó sus pobladas cejas.

—Ah, pero ¿no reconoce cierta esperanza morbosa? Quiero decir, ¿qué pasaría si esto fuera algo capaz de cambiar el mundo? Después de todo, la cuscuta gigante, nada menos que de la isla de Japón, se está extendiendo por Norteamérica. Ya sabe, esa cosa que parece gelatina amarilla... Un esqueje de ocho centímetros produjo un brote de la extensión de tres campos de fútbol en sólo dos meses durante un experimento realizado en Texas en 2002, por si no está al tanto de ese estudio. Cuando se lo ataca, germina. Si lo cortas en pedazos, cada parte crece hasta convertirse en una planta completa. Y lo más curioso acerca de la cuscuta gigante — Thatcher se inclinó hacia Geoffrey con un tono confidencial—es que mata cualquier planta que infecta, ya se trate de la hierba más humilde o de un poderoso roble.

Thatcher se echó a reír alegremente.

—Estoy familiarizado con la cuscuta, Thatcher, pero no estoy seguro de que en esta isla podamos encontrar algo tan dramático. —Geoffrey señaló a través de la ventanilla—. Especialmente si ésta es la isla de la que estamos hablando.

El avión perdió altura rápidamente. Ahora realizó una pasada a baja altura alrededor del risco de la isla acercándose al portaaviones. Geoffrey divisó el trimarán anclado en una cala protegida por la pared occidental de la isla.

—¡Eh, ése es el barco del programa! —dijo—. Supongo que esa parte no ha sido un montaje. Realmente realizaron ese largo viaje hasta aquí.

—Aterrizaremos en el *Enterprise* y un Sea Dragón los llevará a la base del ejército en Henders —les dijo el piloto—. Hay una reunión urgente a las cinco de la tarde.

Geoffrey ajustó el reloj al cambio horario de forma vacilante.

—Eso es antes de una hora. ¿Correcto?

—Correcto —dijo el piloto.

—¿No podemos echarnos un rato y comer algo antes?

Thatcher tapó el recipiente de plástico donde llevaba las semillas de girasol y lo guardó en el bolsillo número doce.

—La asistencia es obligatoria, señor —dijo el piloto—. ¡El presidente convocó la

reunión!

Tras coger aire de forma brusca e involuntaria, Thatcher sonrió.

—Nunca imaginé que sería llamado por el presidente. ¿Y usted, doctor Binswanger?

Geoffrey seguía mirando por la ventanilla mientras la cubierta del portaaviones ascendía debajo de ellos. Se preparó para el impacto.

—No.

—¡Agárrense! —gritó el piloto.

—¡Dios mío! —dijo Thatcher.

*16.49 horas*

Geoffrey, aún mareado por el subidón de adrenalina producido por el aterrizaje sobre la cubierta de vuelo de casi dos hectáreas del *Enterprise*, se colgó de una manija en el interior de la cabina del helicóptero mientras el aparato ascendía vertiginosamente sobre la empalizada marrón masilla de la isla. Tanto él como Thatcher vestían trajes aislantes azules y llevaban los cascos en el regazo.

Al contemplar la cara saliente del risco, Geoffrey notó la banda metamórfica y los estratos curvos de roca roja, profundamente arrugados por millones de años de erosión. Parecían incluso más erosionados que las viejas costas de las Seychelles que quedaron aisladas hace sesenta y cinco millones de años al borde de la era de los dinosaurios. Cuando el helicóptero superó el borde, una depresión verde se abrió debajo de ellos. En el fondo, un anillo quebrado de selva parecía haberse extendido hacia el exterior como una ola oscura desde una meseta central yerma de roca desgastada por el tiempo.

—Parece creosota —observó Geoffrey.

Thatcher asintió.

—¿Qué es eso, doctor? —preguntó uno de los pilotos.

—Algunos ejemplares de creosotas son probablemente los seres multicelulares más antiguos sobre la faz de la Tierra —contestó Geoffrey—. Desde el aire se pueden ver extensos anillos de vegetación a través del lecho seco del desierto de Mojave en California. Sistemas de raíces fosilizadas muestran que los anillos proceden de una única planta que crece hacia afuera durante diez mil años.

—¡Joder! —exclamó el joven piloto, impresionado.

Ya se tratara de la geología, la erosión profundamente esculpida de la topografía o el extraño dibujo que formaba la vegetación —o todos esos indicios juntos—, Geoffrey tuvo la sensación de que esa isla remota era considerablemente más vieja de lo que había supuesto en un principio.

Vieron las cuatro secciones del StatLab en el borde exterior de la jungla. Las dos primeras secciones del laboratorio de la NASA parecían estar disolviéndose bajo una

ola de brotes multicolores, mientras que las otras dos estaban estranguladas y encostradas por la vegetación. La jungla parecía estar consumiendo literalmente el laboratorio, y un enjambre de bichos salía del extremo de la última sección.

—Ése es el viejo laboratorio —dijo el piloto—. Tuvimos que abandonarlo la semana pasada.

—¿La semana pasada? —preguntó Geoffrey. El laboratorio en ruinas parecía llevar décadas allí.

Un poco más arriba de la colina vieron la base de operaciones de la marina en la isla, un centro de mando móvil. Era evidente que la NASA había tenido su oportunidad y había fracasado.

—Ése es el Trígono —dijo el piloto—. Allí nos dirigimos.

La nueva instalación estaba formada por tres secciones verde oliva en forma de triángulo.

—Ese chisme es a prueba de explosiones, tiene ventanas a prueba de virus y sistemas de comunicaciones y energía eléctrica de pulsos magnéticos protegidos —alardeó el piloto—. Es una base modular móvil diseñada para resistir una guerra bacteriológica además del fuego directo de alta velocidad, los impactos directos de mortero y el estallido cercano de una bomba de mil kilos. ¡Allí estarán a salvo!

La nueva base estaba situada sobre un escalón excavado en la ladera verde, a unos trescientos metros de las ruinas del antiguo laboratorio de la NASA. Una docena de Humvee y tres excavadoras formaban unas filas ordenadas cerca del Trígono en la terraza recién escalonada.

El Trígono estaba rodeado por un foso defensivo revestido de butilo y lleno de agua de mar transportada en helicóptero. Cada treinta segundos, unas poderosas fuentes expulsaban una pared blanca en el aire que rodeaba la base.

Veintidós tanques cisterna desmontables de trescientos mil litros cada uno descansaban sobre escalones excavados colina arriba, de los cuales salían unas tuberías de PVC que alimentaban fosos y aspersores alrededor de la base. Geoffrey reconoció los tanques de su visita a Haití después del paso del huracán *Ella*. Esos tanques gigantes podían ser transportados a áreas afectadas por desastres naturales a cualquier lugar del mundo en veinticuatro horas por tierra, mar o aire para suministrar agua potable.

A medida que se aproximaban a la base, Geoffrey se preguntó por qué había tantos tanques de agua. ¿Por qué necesitaban tal cantidad de agua? Observó que un helicóptero llenaba uno de los tanques con una manguera hinchada como si fuese un Pegaso mecánico orinando.

—Hora de colocarse esos cascos. Estamos a punto de dejarlos en tierra. Después de oír un clic, sólo tienen que girarlo en el sentido de las agujas del reloj hasta oír otro clic.

El Sea Dragón descendió suavemente sobre la zona de aterrizaje y a continuación se abrió la escotilla posterior, lo que permitió la entrada de un chorro de aire caliente y el sonido del pulso urgente de los rotores del helicóptero.

Geoffrey y Thatcher se prepararon esperando a que la rampa tocara tierra pero, en cambio, el helicóptero permaneció a un metro aproximadamente del terreno chamuscado y salado.

—¡No se nos permite aterrizar! —gritó el piloto—. ¡Salten! Luego corran por el camino hacia el edificio. No se preocupen, estarán bien.

—Eh... de acuerdo. —Geoffrey se preparó para saltar a tierra.

Pero Thatcher se negó en redondo.

—¿Qué? —exclamó.

—¡Salte ahora, señor!

Cuando la rampa se inclinó, ambos saltaron y Thatcher rodó por tierra.

—¡Mierda! —lo oyó protestar Geoffrey.

El helicóptero se elevó y la corriente de aire producida por los rotores les golpeó las espaldas.

Geoffrey ayudó a Thatcher a levantarse y ambos echaron a correr por un camino húmedo de cristales de sal brillantes, bordeado de surtidores que creaban un túnel de agua por encima de sus cabezas.

—He tenido recibimientos más amistosos —gruñó Thatcher resollando.

Las fuentes continuaron lanzando agua durante un momento y, por primera vez, Geoffrey echó un vistazo a la isla.

—¿Qué son esas cosas? ¿Trífidos?

Recordó la vieja película de ciencia—ficción en la que unas plantas experimentales invadían la Tierra. Los desesperados humanos descubrían que el agua salada mataba la vegetación sólo momentos antes de que ésta se hubiera tragado todo el planeta.

—¿Qué son «trífidos», doctor, por el amor de Dios?

Thatcher jadeaba mientras corrían.

—No tiene importancia —dijo Geoffrey, y sintió que un escalofrío lo recorría de pies a cabeza. ¿Qué demonios habían encontrado allí?

*17.08 horas*

El gas de dióxido de cloro fue reemplazado por aire filtrado y se abrió la escotilla hexagonal de entrada que había dentro de la cámara de aire a prueba de guerra bacteriológica del Trígono.

Ante ellos había una mujer delgada vestida con camiseta, vaqueros y unas zapatillas Adidas usadas.

—Ya pueden quitarse los trajes y los cascos —les dijo con voz clara y precisa.

Geoffrey se quitó el casco del traje aislante y sus oídos se abrieron de pronto al adaptarse a la presión de aire más elevada que había en el interior de la base.

Geoffrey ladeó la cabeza; esa mujer no sólo era atractiva, sino que, además, le resultaba familiar.

—¿La conozco? —preguntó—. Oh, «SeaLife», por supuesto. ¡Usted estaba en el programa! Lo siento.

Ella lo disculpó con una sonrisa mientras asentía levemente.

—No me permitieron regresar a casa, de modo que los convencí de que me permitieran ayudarlos. Soy botánica, aunque no tan importante como los que han enviado aquí.

Él le tendió la mano.

—Geoffrey.

—¿Geoffrey...?

Nell se la estrechó.

—Binswanger.

Ella frunció el ceño.

—¿Algún problema?

—Nunca podría casarme con usted —dijo ella con una sonrisa.

—Oh, ¿en serio?

—Mi nombre es Nell Duckworth. La única razón por la que me casaría sería para cambiar mi apellido.

—Ah.

—Lo siento.

—Vaya.

—Siempre podría separarlo con un guión —dijo Thatcher secamente.

—Eso ha sido divertido, Thatcher —dijo Geoffrey—. Usted y su gran nombre. Por cierto, Nell, éste es Thatcher Redmond... —Geoffrey lo presentó con un gesto regio.

—Es un placer —dijo Thatcher con una leve inclinación de la cabeza, pero evitó el contacto visual con Nell y se alejó hacia un grupo de personas que estaban reunidas en el corredor.

Nell meneó la cabeza.

—Otro ganador del Premio Nobel, sin duda.

—El Premio Tetteridge, de hecho —dijo Geoffrey—. Los ganadores del Nobel son personas mucho más agradables. ¿Sabes?, siempre podrías conservar tu apellido.

Le guiñó un ojo.

Ella hizo ademán de golpearlo suavemente en las costillas pero dudó. Geoffrey sintió que el momento de ligereza de Nell había pasado y su mirada se perdía mientras cierta tristeza se apoderaba de ella.

Él sonrió con una expresión de curiosidad.

—¿Qué sucede, Nell?

—Esperaba que tú me lo dijeras.

Geoffrey detectó un temor sorprendente debajo de la ironía.

—¿En serio?

Ella suspiró.

—Ha muerto mucha gente —dijo mirándolo fijamente.

Geoffrey estaba alarmado y también fascinado por la inteligencia que veía en plena acción en los ojos de la joven.

—Entiendo.

Thatcher regresó junto a ellos con pasos rápidos. Miró a Nell de arriba abajo y luego se dirigió a Geoffrey.

—Creo que nos están llamando, doctor.

—No me llame doctor, Thatcher. —Geoffrey suspiró y le sonrió a Nell con un gesto alentador—. Venga. —Le pinchó levemente las costillas con el dedo—. Unámonos a la fiesta.

### *17.21 horas*

La sala de conferencias, que se convertía en un puesto de observación cuando la mesa era empujada contra la pared, ocupaba la mayor parte del lado norte del Trígono.

La ventana inclinada de vidrios laminados dominaba las laderas verde lima que se elevaban hacia la arista recta del borde de la isla contra el cielo azul.

Alrededor de la mesa de conferencias se sentaban unos cuantos militares de alto rango y aproximadamente veinte científicos británicos y estadounidenses, algunos de ellos muy conocidos, otros a los que Geoffrey no conocía de nada. Geoffrey vio a sir Nigel Holscombe, uno de sus favoritos, quien había presentado muchas series clásicas de documentales sobre la naturaleza en la BBC.

En la parte occidental del salón apareció la imagen del Despacho Oval en una pantalla de videoconferencia vía satélite. El presidente estaba sentado detrás de su gran escritorio con sus asesores junto a él, entre ellos, los secretarios de Defensa y Estado.

—Espero que me reciban sin problemas —dijo el presidente—. Les pido disculpas por el retraso.

Geoffrey miró a Nell con los ojos muy abiertos.

Pero la atención de Nell estaba centrada en la pantalla y su expresión era acuciante.

El doctor Cato se encargó de responder.

—Sí, señor presidente, lo recibimos sin problemas.

—Bien. Como todos los presentes ya saben, el incidente en el «SeaLife» no fue un montaje. Eso fue una historia inventada para que nos permitiera ganar tiempo para tomar una decisión importante. Quería compartir lo que ahora hemos descubierto con las mentes científicas más distinguidas que hemos conseguido reunir antes de tener que tomar esa difícil decisión. Doctor Cato, por favor, pónganos al corriente de la situación frente a la que nos encontramos en este momento.

Thatcher cogió un cacahuete de una bolsa que había guardado en el bolsillo número ocho. Miró al doctor Cato con evidente desprecio. Cato, afectado aparentemente por un ataque de celos profesionales, había desairado totalmente a Thatcher en el curso de la Convención de Bioética que se había celebrado en Río de Janeiro el invierno anterior, y Thatcher no lo había olvidado.

—Gracias, señor presidente. Soy Wayne Cato, director de la División de Biología en el Instituto de Tecnología de California y jefe de proyecto del equipo de investigación del *Enterprise*. Para disponer de los antecedentes fundamentales de esta cuestión, Doug Livingstone, nuestro geólogo sobre el terreno, les explicará cómo creemos que la isla Henders llegó aquí en primer lugar. ¿Doug?

El geólogo, un hombre alto con un mechón de pelo entrecano sobre su rostro escarpado, se puso de pie y se presentó con el acento típico de la clase alta británica.

—Este gráfico elaborado por el equipo geológico del *Enterprise* ilustra lo que hemos sido capaces de reconstruir en relación con los orígenes de la isla Henders.

En una pantalla que había a sus espaldas apareció una animación de la Tierra.

—Hace setecientos cincuenta millones de años, un supercontinente llamado Rodinia se separó en tres partes. Ciento cincuenta años más tarde, esos pedazos volvieron a unirse violentamente y formaron un segundo supercontinente al que llamamos Pannotia.

En la pantalla, la Tierra giraba mientras un supercontinente se separaba en tres y luego volvía a unirse.

—Transcurrieron otros ciento cincuenta millones de años hasta que Pannotia se dividió en cuatro enormes segmentos, justo en el instante en que la explosión de vida del período cámbrico introdujo una asombrosa variedad de especies multicelulares en la Tierra. Estos segmentos habrían de convertirse en Siberia, Europa septentrional, Norteamérica y el supercontinente que los geólogos llamaban Gondwana, que incluía la Antártida, Sudamérica, África, India y China.

Livingstone esperó un momento hasta que la animación apareció en la pantalla.

—Pasaron diez millones de años mientras los nuevos continentes convergían para formar Laurasia, que chocó con Gondwana hace doscientos setenta y cinco millones de años y entre ambos formaron el supercontinente conocido como Pangea, donde surgieron los dinosaurios. Pangea comenzó a dividirse hace ciento ochenta millones de años en los siete continentes que conocemos hoy, y ésa es la razón por la que

ahora pueden encontrarse fósiles de dinosaurios en cada uno de los continentes modernos.

El geólogo mostró algunas imágenes de las tempestuosas costas de Cornualles y Alaska.

—A largo de las eras, las masas de tierra continuaron separándose y colisionando, arrastrando cordilleras debajo de los mares y levantando los lechos oceánicos para crear los Andes, las Montañas Rocosas y el Himalaya. Los fragmentos de tierra siguieron partiendo los continentes, algunos de los cuales fueron a la deriva miles de kilómetros. Sabemos que Alaska, por ejemplo, es el resultado de un descarrilamiento de trozos de tierra gigantescos desprendidos de China y de continentes que ahora se encuentran en el otro extremo del mundo.

Livingstone pasó a la siguiente animación, que aparentaba ser un detalle conciso del globo terráqueo previo.

—Ahora creemos que existió un quinto fragmento de Pannotia. Este fragmento, probablemente del tamaño de Nueva Zelanda, consiguió evitar de alguna manera la lucha por el pastel geológico durante quinientos millones de años, recorriendo arriba y abajo el borde del Pacífico mientras era golpeado sin cesar por las placas tectónicas. Todo cuanto queda hoy de ese fragmento es la isla Henders, que parece haber sido empujada hacia la superficie más de prisa antes de que la erosión pudiera fundirla debajo del mar.

Livingstone mostró una imagen de una sección transversal geológica de la isla, que tenía el aspecto de una columna dentada o una vela ahusada que emergiera del lecho marino.

—Hemos elaborado este perfil a partir de datos obtenidos por los submarinos de la marina durante las últimas semanas. Las muestras de rocas de los acantilados indican que esta isla es una microplaca continental con un cratón o núcleo subterráneo compuesto de roca prearqueana. Las excavaciones realizadas para instalar este centro de mando y las muestras de rocas recogidas durante una expedición de montañismo indican que las rocas más jóvenes de los estratos superiores son depósitos de agua dulce de ríos y lagos que contienen fósiles de organismos completamente desconocidos, sin parecido alguno con el resto del registro de fósiles en el mundo.

»De modo que, señor presidente, la apariencia humilde de esta pequeña isla oculta un legado épico. El devenir de su historia natural ha contribuido a ocultarla de los ojos de la ciencia. Su ubicación remota la mantuvo alejada del camino de los seres humanos. Desde el aire parece la típica caldera de una isla volcánica. Sus imponentes acantilados han repelido desde *tsunamis* hasta el impacto de meteoritos, además de los escasos viajeros que puedan haberse topado con ella durante millones de años. La reciente actividad sísmica, sin embargo, indica que el sustrato de la isla se está

debilitando. Eso es la causa de las enormes fisuras que se observan en los acantilados de la isla y que han permitido el acceso a su interior por primera vez.

El científico alto y desgarbado señaló la ventana.

—La vegetación que cubre la mayor parte de la isla parece ser un simbiote bacteriano que absorbe una variedad de minerales y fotosintetizadores. Combinado con otros organismos que emplean ácido para arrancar la vegetación de las rocas, es probable que fuera ésa la causa de que la isla presente esa topografía excavada en forma de cuenco, disfrazándola como una isla volcánica en las imágenes tomadas por los satélites.

Livingstone miró a Geoffrey y al resto de los científicos sentados a la mesa.

—Cuando existía el supercontinente Pannotia, el océano era casi dulce. Muchos creen que este hecho tuvo un papel importante en la aparición de formas de vida complejas durante la explosión del período cámbrico. La vida compleja podría haber evolucionado asimismo en los grandes mares interiores de agua dulce de Pannotia antes de que emigrara a través de los ríos hacia mares abiertos. Esta isla parece haber transportado la vida en un viaje independiente de aquella explosión evolutiva hasta nuestros días.

—No me cuente cómo fue el parto, sólo muéstreme a la criatura, doctor Livingstone —dijo el presidente, suscitando algunas risas entre los presentes. Los asesores del presidente, sin embargo, no se rieron.

Livingstone se aclaró la garganta.

—Para poner las cosas en perspectiva, señor presidente, Australia permaneció aislada hace setenta millones de años, y mire cuan extraños son los canguros y los ornitorrincos. La vida en la isla Henders ha permanecido aislada casi diez veces más. A efectos prácticos, podría tratarse de otro planeta.

Geoffrey se sentía casi físicamente mareado. Vio que Thatcher miraba al doctor Livingstone con una expresión de asombro que rayaba en el regocijo.

El secretario de Defensa habló por primera vez.

—Debo suponer entonces que eso significa que podemos descartar los programas de guerra bacteriológica..., no es la isla del doctor Moreau.

Ahora las risas fueron generales.

El doctor Cato asintió.

—Correcto. Y no ha llegado del espacio exterior ni se trata de uno de esos mundos perdidos detenidos en el tiempo, o una tierra de mutantes radiactivos. Hace muy poco, un grupo de científicos de Rumania descubrió una cueva que había permanecido cerrada durante cinco millones de años. Contenía un ecosistema completo de treinta y tres nuevas especies. La base de su cadena alimentaria es un hongo que crece en un lago en la más absoluta oscuridad. Los respiraderos termales en el fondo del mar han revelado ecosistemas que antes eran inimaginables y que

podrían remontarse a los primeros organismos unicelulares. El ecosistema en esta isla ha estado evolucionando durante mucho más tiempo que cualquier otro ecosistema terrestre en nuestro planeta. —Hizo un gesto en dirección a Nell—. La doctora Nell Duckworth, una de nuestros jefes de proyecto, resumirá ahora lo que sabemos acerca de la vida en la isla Henders. ¿Doctora Duckworth?

Nell se puso de pie y Geoffrey la miró, sorprendido, después de la humildad de su presentación, al ver el puesto de autoridad que ocupaba allí.

La expresión de Nell era muy seria, incluso sombría, hasta el extremo de parecer desolada.

—Los ecosistemas insulares, normalmente, son frágiles y vulnerables a las «especies invasoras», o sea, la flora y la fauna foráneas que destruyen las especies autóctonas. —Nell mostró algunas imágenes en la pantalla—. Mosquitos, mangostas, lagartos e incluso gatos domésticos han diezariado los ecosistemas insulares.

Accionó el ratón inalámbrico y mostró una pantalla azul en la que se leía «Pruebas con plantas». Volvió a accionar el ratón: en el gran monitor aparecieron seis plantas en tiestos en una pantalla partida.

—Aquí vemos algunos ejemplares de las plantas más formidables de la Tierra como el kudzu, el titímallo frondoso, la cuscuta gigante después de haber sido expuesta en la isla Henders.

Los especímenes vegetales que aparecían en la pantalla eran estrangulados, desmembrados y disueltos a cámara rápida por los tréboles, las enredaderas, los insectos y los animales de Henders. Las masacres pixeladas parecían escenas filmadas cuadro por cuadro de la película original de *King Kong*. Especimen tras espécimen mostrado en la pantalla era atacado, arrasado y reemplazado por brotes de variedades de la isla.

Los murmullos crecieron entre los presentes.

Nell alzó la voz, manteniendo un tono autoritario y firme.

—Ninguna de las más de sesenta especies de plantas que sometimos a prueba duraron más de veinticuatro horas a la intemperie. La mayoría de ellas fueron eliminadas antes de dos horas.

Geoffrey advirtió que muchos de los científicos sentados alrededor de la mesa parecían tan conmocionados como él, y muchos de los militares apretaban las mandíbulas con expresión desafiante. El presidente y sus asesores parecían haber visto con anterioridad las imágenes.

Nell accionó el ratón y apareció una pantalla que decía «Pruebas con animales». La pantalla partida mostró una serie de animales filmados a cámara lenta mientras luchaban con sus rivales de la isla.

—Después de haber emparejado a animales comunes conocidos con especies de Henders en condiciones artificiales de laboratorio, obtuvimos el mismo resultado.

Serpientes de cascabel, pitones, escorpiones, arañas alguaciles, avispa, tarántulas, gatos, hormigas devastadoras, cucarachas..., ninguno de ellos consiguió sobrevivir más de unas pocas horas. La mayoría apenas duró unos minutos.

Militares, civiles y científicos se mostraron nerviosos e indignados al ver a esos monstruos familiares cazados y eliminados con pasmosa facilidad. A pesar de que se trataba de especies mortales y problemáticas, eran nuestras especies mortales, y cierta lealtad se veía ofendida ante la visión de su fulminante destrucción. Las especies de la isla Henders parecían moverse a una velocidad diferente, siempre atacaban primero y respondían ante cualquier resistencia o contraataque con una escalofriante escalada de violencia.

Thatcher miró a Geoffrey y luego fijó nuevamente la vista en la pantalla mientras una sonrisa crecía debajo de su espeso bigote rojo.

—¡Mierda! —dijo uno de los militares que estaba frente a Geoffrey—. Lo siento, señor presidente, no había visto estas imágenes hasta ahora.

—No pasa nada, almirante Shin —dijo el presidente—. Por eso está aquí. Yo mismo estoy viendo algunas de esas imágenes también por primera vez. Me hago cargo de sus sentimientos.

—Las condiciones de laboratorio no son las pruebas ideales —continuó Nell—. Las especies de Henders son incluso más letales en su hábitat natural, tal como pudimos descubrir cuando soltamos algunas especies comunes provistas de cámaras.

Detrás de ella se exhibieron las imágenes de esa carnicería.

—Señor presidente —dijo el general de brigada Travers, que estaba sentado a pocos metros de Geoffrey—. Esto es potencialmente más peligroso que cualquier amenaza militar con la que hayamos podido enfrentarnos, señor.

Thatcher olvidó morder su último cacahuete mientras contemplaba la pantalla: lo tragó entero en el momento en que una rata Henders arrancaba la cabeza de una pitón.

Geoffrey seguía paseando la mirada entre la pantalla y Nell. No podía creer lo que estaba viendo, pero a la vez le resultaba imposible que las imágenes pudieran estar trucadas o que ella fuera capaz de participar en semejante montaje.

No pudo reprimirse y dijo:

—¿Es así con todas las especies de la isla...? Quiero decir, ¿debe de haber algo que no sea agresivo en ese ecosistema! Lo siento, señor presidente, soy Geoffrey Binswanger de Woods Hole.

Nell contestó a la pregunta de Geoffrey directamente y con calma.

—Todo el ecosistema de la isla Henders está formado por especies invasoras, doctor Binswanger. La flora y la fauna más letales que conocemos no son rivales para ninguna de las especies de Henders que hemos analizado hasta el momento. Si alguna de ellas consiguiera expandirse en territorio continental, arrasaría muy pronto con

todo en su nicho biológico. Y cada una de las especies de Henders puede ocupar una amplia variedad de nichos a través de su ciclo vital.

Las imágenes a cámara rápida y lenta en la pantalla mostraron un pino, una mantis religiosa, un campo de trigo, abejas africanizadas, hierba digitaria y una mangosta devastados y devorados por sus oponentes de Henders.

—Cada insecto es derrotado. Cada planta común es destrozada. Cada depredador de nuestro mundo es matado y devorado, incluidos los huesos —continuó diciendo Nell a la audiencia muda—. Hay animales que viven en el lago de la isla que son más grandes que los tiranosaurios Rex, y hay depredadores terrestres el doble de grandes que los búfalos africanos. Existen criaturas del tamaño de garrapatas que son igualmente letales. No hemos sido capaces de encontrar nematodos en la tierra. En su lugar hemos hallado diminutos gusanos blindados que se alimentan de detritus y oxigenan el suelo. Comen nematodos para desayunar. En la isla no hemos encontrado ninguna especie de la biosfera exterior, excepto por algunos hongos, musgos y bacterias que parecen haberse adaptado a un medioambiente subterráneo. —Nell hizo una pausa y luego añadió—: Nada que proceda de nuestro mundo puede vivir aquí.

—¡Venga ya! —replicó sir Nigel Holscombe—. ¡Debe de estar bromeando!

—Lamentablemente, no —dijo el doctor Cato—. Si extrapolamos los datos que hemos recogido utilizando las proyecciones de modelos informáticos más conservadoras, si esta biología se mezclara con la nuestra, el tráfico humano distribuiría las especies de Henders por los cinco continentes en una década. Todos los seres vivos que la raza humana da por sentados, desde vacas hasta manzanos, los perros y las pulgas en sus lomos, se extinguirían en unas pocas décadas.

—Nosotros seríamos los bichos raros, viviendo en islas en compañía de canguros, kiwis y tortugas gigantes, sir Nigel, rezando para que las especies del continente nunca llegaran hasta nosotros —agregó Nell.

Alrededor de la mesa estallaron exclamaciones de asombro, incredulidad y miedo.

Geoffrey se inclinó hacia adelante, fascinado por lo que acababa de ver y oír.

—¿Y por qué no ha ocurrido todavía? —preguntó.

—Sí. ¿Y estamos seguros en esta isla? —añadió sir Nigel. El viejo científico parecía aturdido y excitado al mismo tiempo.

—Dos mil trescientos kilómetros de océano rodean la isla en todas direcciones —contestó el doctor Cato—. Me han dicho que un camarógrafo fue quien descubrió que el agua salada es tóxica para la bioquímica de Henders. Al igual que los insectos y las aves, estas especies invadieron el terreno pasando de excretar amoníaco (que es muy soluble en agua pero tóxico si se almacena en el cuerpo) a excretar ácido úrico. Como resultado de su acuerdo terrestre, las criaturas de Henders perdieron su capacidad de hipoosmorregulación, para mantener la sangre menos salada que el agua de mar.

Puesto que no son capaces de eliminar el exceso de sodio, calcio o magnesio, la exposición al agua salada provoca un aumento del magnesio en su sangre como si fuera una dosis mortal de anestesia.

—Muchas especies de Henders despiden feromonas cuando perciben la amenaza del agua salada —dijo Nell—. Es lo que se conoce como reacción de Schreck. Se ha observado que la trucha arco iris despide un marcador olfativo cuando una de ellas es atacada, haciendo que todo el banco de peces se desbande.

—Un repelente de feromonas —continuó el doctor Cato— salvó al camarógrafo cuando saltó al estanque de agua salada y quedó cubierto por ella. El agua salada es un repelente secundario fiable para los animales de Henders, por eso hemos establecido este perímetro de fuentes con surtidores de agua de mar alrededor de la base. De modo que, para responder a su pregunta, sir Nigel, aquí estamos perfectamente seguros, y ahora nuestros vehículos también están equipados con tanques de agua salada.

El doctor Cato hizo un gesto tranquilizador en dirección a su amigo y colega.

Geoffrey meneó la cabeza, incapaz aún de conciliar esa información con todo lo que sabía acerca de los ecosistemas sostenibles.

—Doctor Cato —dijo el presidente—. ¿Cuál es su conclusión?

Cato miró con expresión sombría a Nell antes de contestar.

—La conclusión es la siguiente, señor. Si los océanos no hubieran continuado su proceso de salinización desde que la isla Henders quedó aislada hace unos seiscientos millones de años, hoy sin duda la vida en nuestro planeta sería muy diferente.

—Hasta ahora hemos sido muy pero que muy afortunados —dijo Nell.

Todos se volvieron para mirar al presidente.

—Bueno, es obvio que no podemos cubrir el mundo de sal —dijo él.

—No, señor —convino Nell.

Thatcher Redmond miró a sus colegas.

—Señor presidente, ¿estamos contemplando realmente la posibilidad de destruir ese ecosistema? Si es eso lo que nos pide que aprobemos, no puedo pensar en un legado más terrible para Estados Unidos. ¡O para la raza humana!

Geoffrey se mostró de acuerdo con Thatcher.

—Ese ecosistema podría producir beneficios que ni siquiera podemos empezar a imaginar, señor presidente —dijo.

—Es una cuestión que hemos considerado, doctor Binswanger —respondió el presidente—. Por desgracia, debo sopesar los beneficios potenciales y los peligros potenciales, que en este caso parecen ser extremadamente graves. ¿No está de acuerdo?

Geoffrey frunció el ceño.

Pero Thatcher se encrespó.

—Si la marina mantuviera la isla protegida, ¿cómo podría nadie llevarse especímenes vivos de aquí? ¿Cómo sabemos que esos modelos generados por ordenador son correctos? ¡No hemos tenido tiempo suficiente para llegar a esas conclusiones científicas con cierto grado de certeza, con todo el respeto para el doctor Cato y su equipo!

El presidente asintió.

—Gracias, doctor Redmond. Me gustaría que todos escuchásemos lo que tiene que decir el secretario de Defensa acerca de las capacidades de Estados Unidos contra esa amenaza.

El secretario de Defensa, un hombre dinámico de pelo plateado y reseco, pareció irritado cuando la cámara hizo una toma panorámica desde el hombre que estaba detrás del escritorio para enfocarlo a él.

—Bueno, no podemos quedarnos varados aquí y apoyar una gran inversión de recursos en medio de ninguna parte de forma indefinida —afirmó—. En el mundo existen otras amenazas y disponemos de un presupuesto limitado para enfrentarnos a todas ellas. Y no importa lo que hagamos, hay muchas maneras de sacar subrepticamente especímenes de la isla. Los lanzamientos con paracaídas a gran altura y los portadores de especímenes en globos serían muy difíciles de detectar. La corrupción de aquellos encargados de montar guardia, incluso una transferencia accidental... —meneó la cabeza con expresión sombría—. Las variables son demasiadas. E incluso un solo incidente, a juzgar por lo que hemos oído aquí hoy, sería suficiente para comprometer la seguridad global. Nadie podría devolver el genio a la botella.

—Doctor Cato —preguntó el presidente—, ¿qué proyectan sus modelos generados por ordenador que podría ocurrir si incluso unas pocas de esas especies consiguieran llegar al mundo exterior?

Cato le hizo una seña a Nell y ella activó el ratón, que mostró un nuevo gráfico en la pantalla.

Junto a la silueta de cada organismo de Henders había un globo terráqueo generado por ordenador sobre el cual se extendían una serie de incendios incontrolados desde diferentes puntos de origen: Portland, Los Ángeles, Panamá, Sydney, Nagoya, Hong Kong, Kiev, Marruecos, Durban, Salerno, Marsella, Portsmouth, el puerto de Nueva York... Las olas de color carmesí dejaban tras ellas una tierra ennegrecida que representaba la extinción total de las especies autóctonas. Una fecha titilaba en la esquina inferior derecha, mostrando el año estimado en que cada especie examinada provocaría un colapso global: 2037, 2039, 2042, 2051.

Nell señaló la terrorífica cuenta regresiva.

—Los modelos generados por ordenador por el equipo del *Enterprise* han pronosticado que la acción de cualquiera de esas especies sería suficiente para

derrumbar nuestro sistema como un castillo de naipes.

—Que Dios nos ayude —musitó uno de los oficiales de la marina. Alguien maldijo en voz baja.

—Señor presidente —dijo Nell—, para la vida autóctona de esta isla, el resto del mundo es como la mesa de un banquete. Ni siquiera nuestros parásitos, microbios o virus han sido capaces de invadir la isla Henders. La mayoría de las especies de Henders pueden alterar los niveles de pH de la composición química de su sangre de manera casi instantánea en respuesta a la infección. Han existido, de forma continuada, durante mucho más tiempo que cualesquiera animales en nuestra biosfera. Esas especies han sobrevivido a cambios atmosféricos, eras glaciales, calentamientos globales y catástrofes de extinción que reemplazaron a las especies dominantes en el resto del planeta media docena de veces. Si cualquiera de estos animales consiguiera salir de la isla... —Geoffrey observó la intensidad de la mirada de Nell mientras se dirigía al presidente en la pantalla de videoconferencia— virtualmente ningún otro ecosistema de la Tierra podría sobrevivir a ello.

—¡Joder! —exclamó sir Nigel—. Le pido disculpas, señor presidente.

—Es extremadamente dudoso que también nosotros pudiéramos sobrevivir a ello, Nigel —dijo el doctor Livingstone.

Geoffrey alzó la mano.

—Aún me resisto a creer que no exista ninguna especie que no represente una amenaza en esa isla. Yo acabo de llegar, de modo que es posible que esté hablando sin conocimiento de causa, pero seguramente algo debe de ser benigno allí, y pueda ser preservado en condiciones controladas para un futuro estudio. Estoy de acuerdo con el doctor Redmond: los modelos generados por ordenador y las proyecciones algorítmicas parecen ser un parámetro de evidencia bastante endeble cuando estamos condenando a todo un ecosistema.

—Doctor Binswanger, estoy interesado en preservar cualquier forma de vida que podamos en esa isla, y ésta es una de las razones de su presencia aquí —dijo el presidente—. Damas y caballeros, lamentablemente disponemos de muy poco tiempo. Señor secretario, me gustaría que informara a los presentes de los recientes acontecimientos.

El secretario de Estado no parecía encontrarse muy cómodo con la solicitud del presidente. Se aclaró la garganta después de que su comandante en jefe le dirigió un breve gesto con la cabeza.

—Ya hemos tenido que expulsar barcos de guerra chinos y rusos de esta zona, y ambas confrontaciones han sido... desagradables, creo que ése es el término que oficialmente se me permite emplear.

Los científicos presentes mostraron su disgusto ante la arriesgada política de los militares.

Los militares presentes tenían una expresión sombría.

—Los británicos reclaman este territorio como propio, ya que lleva el nombre de un capitán de la Royal Navy que la descubrió hace doscientos veinte años. Nosotros hemos respetado esa posición y, por ello, hemos incluido a eminentes científicos británicos en el equipo encargado de la investigación. Sin embargo, esa cuarentena que hemos impuesto está suscitando teorías de la conspiración y fomentando en todo el mundo repercusiones negativas contra Estados Unidos y Gran Bretaña. Las relaciones internacionales están alcanzando rápidamente un nivel de desestabilización insostenible. —El secretario de Estado miró al presidente—. Tenemos que decidir si deberíamos esterilizar el área con una arma nuclear táctica. Y debemos tomar esa decisión ahora. La raza humana probablemente nunca tenga otra oportunidad como ésta.

Entre los científicos se produjo un estallido de expresiones indignadas.

—Doctora Duckworth —dijo el presidente, ignorando las interrupciones.

—¿Sí, señor?

—Usted fue la primera persona que vio esas especies y una de las dos únicas que consiguieron sobrevivir a ese primer encuentro. Ha experimentado de primera mano la destrucción de la que son capaces las formas de vida que habitan en esa isla. ¿Cuál es su recomendación?

—Destruir la isla con un estallido nuclear —dijo ella sin dudar, sorprendiéndose a sí misma ante la brutalidad de su franqueza. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente pero siguió mirando con fijeza al presidente en la pantalla.

Los científicos en la mesa se quedaron boquiabiertos. Geoffrey estaba azorado porque una colega pudiera asumir una postura semejante en ese caso; la mayoría de los militares parecían sentirse gratificados por la rotunda afirmación de Nell.

—¿Y cómo podemos saber que un estallido nuclear no enviará a la estratosfera polen o células regenerativas de esos organismos? —preguntó Geoffrey, poniéndose en pie—. ¿Cómo se reproducen? ¿Podríamos propagar esos organismos por toda la biosfera!

Mientras se sentaba, cruzó una mirada airada con Nell.

—Señor presidente —interrumpió el secretario de Defensa—, tuvimos la posibilidad de eliminar la viruela para siempre, y ahora sabemos que los rusos no lo hicieron y nosotros tampoco, en caso de que la enfermedad pudiera utilizarse como una arma. Actualmente corren rumores de que los terroristas pueden haber puesto sus manos sobre ese terrible flagelo. ¡No me gusta nada la idea de lo que los terroristas podrían llegar a hacer con unas pocas muestras de vida como ésta!

—¿Cómo se reproducen esos animales, doctor Cato? —quiso saber el presidente—. ¿Existe algún peligro de que una arma nuclear pudiera propagarlos más allá de la isla?

El doctor Cato negó con la cabeza.

—No hay nada que sugiera que en esa isla algún organismo se reproduzca por medio del polen. Ésa es una de las razones de que haya permanecido biológicamente aislada. Todos los animales de la isla parecen ser hermafroditas que se aparean una vez para toda la vida y se reproducen de manera indefinida. Incluso la vida similar a la de las plantas produce huevos que se adhieren a organismos móviles durante escasos segundos antes de caer. Por eso las aves nunca han transportado especies fuera de la isla.

—¿Existe allí alguna especie que sea benigna, como sugiere el doctor Binswanger?

—Todas esas criaturas han estado nadando en el mismo y reducido estanque, por decirlo de alguna manera, señor presidente —contestó el doctor Livingstone—. Me temo que, para conseguirlo en ese lugar, han tenido que volverse mucho más duras y resistentes que cualesquiera otras especies de nuestro planeta, mucho más.

De pronto, Geoffrey captó una luz del otro lado de la ventana que titilaba aproximadamente a medio camino de la ladera norte de la colina.

—Damas y caballeros —dijo el presidente—, me temo que no puedo permitir que ni siquiera el gobierno norteamericano tenga la oportunidad de convertir en armas letales las formas de vida de esa isla.

Ahora quien se levantó fue Thatcher, visiblemente enojado.

—¡Señor presidente! Si destruimos ese ecosistema estaremos cometiendo el mayor crimen de la historia del planeta. Y sólo estaremos presagiando lo que estamos en camino de hacerle a nuestro propio mundo también. ¡Nada sería capaz de ilustrar de una manera más vivida la tesis que planteo en mi libro que semejante aniquilación total y caprichosa de una rama de vida completamente única sólo para nuestro beneficio propio!

—Quizá le sorprenda saber que acepto su veredicto, doctor Redmond. Y tampoco le impediré que lo grite a los cuatro vientos desde la cima de una montaña. Lamentablemente, la cuestión es *qué* crimen cometer, no si cometemos alguno. Espero contar con su comprensión, aunque no con su aprobación, sobre eso. Porque sinceramente quiero contar con ella.

—No estoy seguro de poder brindársela, señor —dijo Thatcher, fulminando a Cato con la mirada—. Creo que esa atrocidad sólo servirá para probar que los seres humanos son mucho más peligrosos que cualquier otra criatura en esa isla. ¡Estoy seguro de que el doctor Binswanger está de acuerdo conmigo!

Geoffrey escuchó las palabras de Thatcher con irritación, pero no dijo nada, concentrado en los destellos que se veían en la colina mientras confirmaba que no se trataba de un truco de luz accidental, sino de una señal regular y repetida. Pero ¿de quién?

—A pesar de todo, doctor Redmond —dijo el presidente—, mi responsabilidad y lealtad se deben a la raza humana y a las formas de vida que la sustentan. Me temo que debo dar la orden de esterilizar la isla Henders en el plazo de cuarenta y ocho horas. Eso debería permitir disponer de veinticuatro horas para la recolección final de especímenes y documentación de la isla, y otras veinticuatro horas para la evacuación hasta alcanzar una distancia segura con respecto al estallido. No impondré ninguna orden de silencio sobre ninguno de ustedes después de que este asunto haya sido resuelto. No impediré el debate académico, si bien soy consciente de que seré condenado eternamente por esta decisión, sobre todo por la comunidad científica. La idea de que un presidente pueda poner un límite al apetito de la ciencia, que por su misma naturaleza debe ser ilimitada, es contraria a todo aquello en lo que sinceramente creo. Pero poner un límite a la propia naturaleza es un acto de destrucción incluso más grave y permanente. Ésa es una carga que tendré que soportar solo. Sin embargo, les advierto a todos ustedes que deben comprender la seriedad con la que se llevará a cabo este curso de acción.

Geoffrey le dio un leve pero urgente codazo a Nell, señalando la luz intermitente que se veía en la ladera de la colina. Ella no entendía por qué la distraía en un momento tan delicado, pero se volvió irritada hacia el punto que Geoffrey señalaba.

—Cualquier intento de llevarse subrepticamente alguna forma de vida de esta isla será impedido con una fuerza letal, sin hacer preguntas —anunció el presidente—. En interés de la ciencia, no obstante, debemos recoger la mayor cantidad posible de especímenes muertos en el tiempo que aún nos queda. Doctor Binswanger, deseo fervientemente que tanto usted como sus colegas puedan encontrar alguna especie benigna que sea capaz de preservar un legado viviente para este mundo para las generaciones futuras. Pero cualquier espécimen vivo debe ser puesto bajo la más estricta vigilancia y transportado para su observación y estudio fuera de la isla sólo después de contar con la aprobación del doctor Cato, los jefes del Estado Mayor Conjunto y yo mismo. Y dichos especímenes, si se los encuentra y verifica adecuadamente, sólo podrán ser transportados al *Philippine Sea* para su cuarentena. ¿Lo ha entendido, doctor Binswanger?

Nell pronunció en voz baja el código morse mientras leía los destellos intermitentes en las colinas distantes.

—S...0...

—Lo siento, señor presidente —gritó Geoffrey al tiempo que se ponía de pie—. ¡Parece haber una señal, señor, en las colinas al norte de la isla!

—¡Es un SOS! —exclamó Nell, levantándose junto a él.

En la sala se produjo una conmoción cuando todo el mundo se volvió hacia la ventana. La luz titilaba en el escalón de lo que parecía ser una escalera de roca que asomaba de la jungla, a mitad de camino de la estribación norte.

—Bien, ¡gracias a Dios! Organicen de inmediato una partida de rescate —ordenó el presidente.

—Sí, señor —asintió Cato. Se volvió hacia Nell, pero ella miraba fijamente los destellos de luz con una expresión de desesperación en el rostro.

—Tienen cuarenta y ocho horas, amigos. Espero que sepan emplearlas bien y que Dios nos perdone por lo que ahora nos disponemos a hacer. ¡Buena suerte!

La pantalla se apagó y todos se levantaron y abandonaron rápidamente la sala de conferencias.

*17.59 horas*

Geoffrey siguió a Nell. Ella parecía ignorarlo ahora que avanzaba rápidamente por el atestado corredor detrás de los demás en dirección a la escotilla.

—¡Nell, espera! ¿Adónde vas?

—Afuera.

Varios científicos ya habían comenzado a ponerse los trajes aislantes. Nell apoyó la mano en la consola de control de la escotilla.

—Eh, ¿es que no piensas ponerte el traje aislante?

—No pienso ponerme ese saco, gracias. De todos modos, la única razón para usarlos es proteger la isla de nuestros gérmenes, y en este momento ésa es una cuestión discutible. He visto que los militares dejaron de usar esos trajes hace tiempo.

—Sí —dijo uno de los militares—. A algunos científicos les gusta llevarlos.

Sir Nigel Holscombe, quien había comenzado a subirse la cremallera junto con su equipo de camarógrafos, oyó lo que decían.

—¡Joder! —dijo—. ¡Si ella no lleva traje, yo tampoco!

Una oleada de cremalleras que se bajaban siguió a la exclamación de sir Nigel cuando los demás se quitaron los trajes aislantes.

Un grupo se apiñó dentro de la cámara de aire de la escotilla. Geoffrey quedó aprisionado contra la espalda de Nell a medida que se reunía más gente detrás de él.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó Nell mientras la escotilla se cerraba.

Su tono helado lo hizo estremecerse.

—Todo lo que conozco acerca de los ecosistemas exitosos sugiere que evolucionan hacia la cooperación y se alejan de las conductas depredadoras —dijo Geoffrey a su nuca.

—No puedes ser vegetariano si no hay plantas.

Thatcher alcanzó a oír su diálogo desde la parte posterior de la cámara de aire, tras haberse deslizado en su interior en el último segundo.

—Pero esa hierba que hay en los campos... —dijo Geoffrey—. ¡Alguna cosa debe de comer eso!

—Todas las cosas comen eso y eso come de todo. Todos comen a todos en esa

isla, Geoffrey.

—¡Eso es imposible!

—Me temo que en la isla Henders debes pensar desde una perspectiva no ortodoxa, doctor Binswanger —dijo Nell en tono cortante mientras la otra escotilla se abría—. O eso, o te quedas cómodamente instalado en tu lugar y rezas para que nada pueda entrar.

Nell salió al camino exterior sin volver la cabeza para ver si Geoffrey la seguía.

### 18.01

El personal del ejército había sido movilizado dentro del perímetro de la base, reuniendo un convoy de búsqueda y rescate para investigar esa señal de socorro que aún titilaba regularmente en la ladera norte de la isla.

El desafío consistía en llegar con un vehículo terrestre hasta el superviviente. Dos helicópteros buscaban en la colina escarpada y frondosa, pero hasta el momento sus tripulantes no habían sido capaces de localizar el origen de la misteriosa señal. Y, además, a los helicópteros les estaba terminantemente prohibido aterrizar, permitir que alguien saltara a tierra o recoger a nadie. Colgar de una cuerda sobre la isla Henders había demostrado ser un error fatal.

Bajo la llovizna de agua salada de las fuentes, los científicos y soldados se preparaban para una última y apresurada recogida de especímenes, cargando los tanques y los cañones de agua salada, las trampas de aluminio de los especímenes y la mayor cantidad posible de vídeos y equipo científico que pudieran apiñar en los Humvee restantes. Todos corrían agazapados, protegiendo el material y sus ojos de la lluvia de agua salada, mientras llenaban los depósitos de combustible y cargaban la caravana de vehículos.

Los vehículos rodados multipropósito de alta movilidad, o Humvee en su versión abreviada, habían sido dotados de *matracks*, orugas individuales de tanque para cada rueda que las elevaba del terreno varios centímetros más que con neumáticos. Un ingeniero había diseñado esos *matracks* después de que su hijo de once años, Matt, dibujó un camión equipado con orugas de tanque en cada una de las ruedas. La idea del pequeño Matt había resultado muy ingeniosa. Las orugas podían instalarse en cualquier vehículo y se adaptaban con igual facilidad a terrenos escarpados, inundados y accidentados. Las fuerzas armadas de Estados Unidos habían incorporado ese artilugio a casi toda clase de vehículo de campaña en sus respectivas flotas. Después del desastre ocurrido con los neumáticos del XATV—9 de la NASA, en el que habían perdido la vida cuatro hombres, a la isla Henders se habían transportado por aire sólo Humvee provistos de *matracks*.

Los tres Humvee asignados a investigar la llamada de socorro estaban preparados para marchar a la cabeza del convoy. Detrás de ellos, sir Nigel Holscombe y su

equipo de camarógrafos cargaban a toda prisa sus dos Hummer.

Nell subió al asiento trasero del primer Hummer y Thatcher subió tras ella. Thatcher olía una exitosa secuela para su libro, y la perspectiva de esa recompensa le colmaba el alma de una especie de coraje: nada podría impedir que formara parte de esa expedición.

Geoffrey abrió la puerta del lado derecho del Hummer y se instaló junto a Nell.

—¿Te importa si viajo contigo? Oh, ¿qué hay, Thatcher?

—¿Aún esperas encontrar alguna especie benigna? —preguntó Nell.

Geoffrey sonrió.

—Me parece imposible que en esta isla no exista nada que merezca la pena ser preservado.

—Yo pensaba lo mismo, Geoffrey. Pero ya no —dijo ella—. Más de una docena de personas a las que conocía han sido asesinadas en esta isla. Si esperas que me disculpe por desear que la borren del mapa con una bomba nuclear, olvídale.

El conductor daba respuestas breves a través de la radio. Llevaba un uniforme verde de camuflaje, chaleco antibalas y casco. Nell vio que besaba un crucifijo de oro que colgaba de una cadena alrededor de su cuello y se lo metía debajo del chaleco.

Luego reconoció al hombre que iba sentado en el asiento del acompañante, sosteniendo una videocámara. El camarógrafo también iba protegido con un chaleco antibalas y Nell vio la cámara de la NASA sujeta con una cinta en su cabeza, con el visor plegado sobre la oreja.

Le palmeó el hombro.

—¡Eh, Nell! —exclamó Zero, y se volvió hacia ella con una amplia sonrisa.

—¿Vuelves a por más?

—¿Tú también, querida?

Nell le apretó el brazo.

—¿Estás bien?

—Sí, me remendaron un poco. El veneno se extinguió. Incluso puedo mover la pierna de nuevo. —Zero se echó a reír.

—¿Cynthea sabe que estás aquí?

—No, esta vez no. Volé directamente desde la enfermería del *Enterprise* cuando me enteré de lo que estaba pasando.

—Allí hay alguien —dijo Nell quedamente.

—Lo sé. —Zero asintió—. Sigo preguntándome si alguno de ellos consiguió sobrevivir aquel primer día... —Meneó la cabeza haciendo una mueca mientras recordaba el sonido de los chillidos en el interior de la grieta—. Pero no veo cómo podrían haberlo hecho.

Alguien dio unos golpecitos en la ventanilla junto a Zero y él abrió la puerta.

—¿Hay lugar para uno más? —preguntó el doctor Cato.

—Por supuesto, pero tendrá que sentarse en el medio. Necesito estar junto a la ventanilla —dijo Zero, saliendo del vehículo.

El científico con el pelo blanco subió al Hummer y saludó a Nell en el asiento trasero. Ella frunció el ceño.

—Tal vez no sea un viaje seguro, doctor Cato. ¿Está seguro de que quiere acompañarnos?

—Bueno... —Cato suspiró—. Parece que es la última oportunidad que tendré de ver la isla desde tan cerca. —Parecía un tanto distraído mientras terminaba de acomodarse y evitaba los ojos de Nell, mirando hacia adelante—. Nunca me perdonaría a mí mismo no haber aprovechado esta oportunidad, Nell. —Luego se volvió y la miró a los ojos—. Además, alguien debe cuidar de ti y asegurarse de que no haces nada demasiado peligroso ahí fuera, querida.

Zero subió de nuevo al Hummer y cerró la puerta.

—¡Muy bien, escúchenme todos! —gritó el conductor—.

¡Soy el sargento Cane! Ustedes, los científicos, han sido incluidos en esta misión, pero es mi misión, y no me gusta nada la idea. De modo que todos necesitan saber que soy yo quien establece las reglas, y mi regla es definitiva. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo Geoffrey— ¡Eso es genial!

Cane miró a los otros ocupantes del vehículo.

—¿Todos los demás lo han entendido?

—Sí, señor —asintió Cato.

—Entendido —dijo Nell.

—Muy bien, sargento —dijo Thatcher.

—Sip —añadió Zero.

—¡Bien! —prosiguió el sargento—. La regla número uno es ésta: no abran ninguna ventanilla. No queremos que una de esas avispas entre aquí. Porque los haría papilla. ¿Entendido?

—¡Sí! —contestaron todos excepto Thatcher.

—Regla número dos: no se acerquen a la selva. ¿He oído «De acuerdo, sargento Cane»?

—De acuerdo, sargento Cane —dijeron todos.

—¿Este chisme lleva orugas de caucho? —preguntó Zero.

—De Kevlar y acero.

Cane pisó el acelerador y el convoy de rescate abandonó la seguridad de la base militar.

La señal, que parecía ser un reflejo de la luz del sol, continuaba titilando de manera intermitente desde el saliente visible más elevado de la escalera de roca. Cuando el sol se ocultó detrás del borde occidental de la isla, la sombra que proyectó a través de la misma se extendió hacia el reborde iluminado. Sabía que la señal se

apagaría en poco tiempo.

Thatcher miró a través de la ventanilla los enjambres de insectos que entraban y salían volando de la espesa jungla, así como los extraños animales que se movían a gran velocidad en campo abierto.

—Atención, helicópteros Uno y Dos —dijo Cane en la radio—. Chicos, ¿habéis visto a alguien? Azul Uno, cambio. —Cane miró al doctor Cato y señaló los dos helicópteros que sobrevolaban la zona norte de las colinas.

—Todavía negativo, Azul Uno, la visión infrarroja muestra la presencia de criaturas de sangre caliente en todos los salientes. No podemos identificar nada que sea humano allí abajo.

—Gracias, muchachos. Ahora llega la caballería.

Los tres Hummer aceleraron en dirección a la zona norte de la isla en fila india a través de una carretera natural formada por estratos ligeramente curvos.

—Fue todo un juego de poder el que presenciamos allí —dijo Thatcher—. ¡El presidente como Dios! Pero no puedo decir que esté sorprendido.

—Me parece a mí que, en cualquier caso, estamos jugando a ser Dios, Thatcher —dijo Geoffrey, contemplando maravillado a través de la ventanilla las laderas verdes que ascendían hasta la cima de la cavidad. Los estratos curvos que rodeaban la isla le conferían la apariencia de un enorme coliseo en ruinas con gradas rotas excavadas para gigantes.

—Tal vez Dios esté jugando a ser Dios aquí —musitó Cato, contemplando con tristeza la isla que los rodeaba.

—Geoffrey tiene razón —dijo Nell—. Si no lo hacemos, estaremos desatando el Apocalipsis. Sólo sería cuestión de tiempo.

Thatcher miraba ávidamente a través de la ventanilla la densa selva que se extendía debajo de ellos. Una manada de cuatro enormes *spigers* corría por los campos de tréboles impulsados por sus patas traseras como si fuesen locomotoras en su intento por cortarles el paso a dos Hummer del ejército en un camino inferior que discurría cerca de la jungla. El Hummer que iba en cabeza abrió fuego con su ametralladora y abatió a una de las bestias. Las otras tres se volvieron sobre su camarada herido y comenzaron a devorarlo.

—Eso podría ser lo mejor que jamás le haya sucedido a este planeta —murmuró el zoólogo.

Geoffrey gruñó y el doctor Cato meneó la cabeza.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Nell, fulminando a Thatcher con la mirada.

—El Apocalipsis podría salvar al mundo de la humanidad. —Thatcher se volvió para mirar a Nell con una sonrisa irónica—. Sólo estoy bromeando, por supuesto, doctora Duckworth. Pero si lo que hemos oído hasta ahora es verdad, ninguna forma

de vida inteligente podría evolucionar en este medioambiente. No me extraña que este ecosistema haya durado tanto tiempo, evolucionando sin interrupciones desde la explosión cámbrica. Es posible que hayamos descubierto el ecosistema perfecto.

Los ojos de Thatcher brillaban, pero Nell apartó la vista con una expresión de disgusto.

Zero se volvió de la ventanilla donde estaba filmando y miró con dureza a Thatcher.

—Creo que lo que usted necesita es pasar un poco de tiempo de calidad con la vida salvaje local, profesor.

### *18.16 horas*

El Hummer ascendió por esa carretera natural hasta alcanzar el borde nororiental de la isla. Cuando coronaron la cima del risco, el sargento Cane señaló a través de la ventanilla derecha.

—¡Eche un vistazo a esos bichos, doctor Redmond!

Thatcher se inclinó sobre Nell para mirar.

Sobre el mismo acantilado del borde de la isla, extendidos y enmarañados, unos zarcillos secos se enroscaban hasta formar lo que parecían nidos, ocupados por centenares de huevos y pichones. Geoffrey vio que algunos se amamantaban de unos apéndices que se elevaban de esa masa confusa, vainas bulbosas conformadas de forma inquietante como cabezas de aves.

—¿Qué cono...?

—Criaderos —le dijo el doctor Cato, atisbando a través de la ventanilla con una expresión de espanto.

Thatcher dejó escapar un gruñido al tiempo que prácticamente se echaba sobre el regazo de Nell para mirar a través de la ventanilla.

—¿De verdad?

—¿Podría explicar eso? —dijo Geoffrey.

—Algunas aves marinas emigran hasta aquí para reproducirse —contestó Cato.

—Las plantas se comen a los padres y las crías rompen el cascarón y dejan su marca en sus nuevas madres —añadió Nell—. Más tarde regresan aquí ya como adultos para anidar, poner sus huevos y ser comidos por las plantas. El círculo de la vida.

Nell sonrió sombríamente a Geoffrey, quien volvió a mirar a través de la ventanilla sin poder articular palabra.

—Incluso hemos descubierto subespecies de fragatas que han adaptado su pico infantil para que se ajustara a los pezones de esas cosas —dijo el doctor Cato—. De modo que, aparentemente, esas criaturas han sido unas madres excelentes durante mucho tiempo.

—¡Dios mío! —musitó Geoffrey—. ¿Una relación depredador—presa en la que la presa evoluciona para aprovechar las posibilidades del depredador? Creo que me estoy mareando. Esas cosas han secuestrado la selección natural de la fragata. ¡Están criando su propia comida!

—Exactamente igual que hacemos nosotros —dijo Thatcher arrastrando las palabras—. ¿Acaso no han visto un pollo? La diferencia es que esa criatura ha evolucionado en tándem con su presa para preservar sólo lo que necesita para sobrevivir y no expandirse más allá de sus recursos. Uno podría dedicar toda la vida a estudiar cualquiera de los organismos de esta isla.

—Una vida corta —musitó Zero.

El sargento Cane sonrió amargamente mientras pasaban junto a los ruidosos criaderos que bordeaban el risco.

Zero lo estaba grabando todo atentamente. Cuando un chorro de jugo espeso roció la ventanilla, y oscureció la toma, soltó una maldición.

El sargento Cane se echó a reír.

—Las enredaderas que rodean los nidos lanzan un jugo de sal concentrado a los ojos. Pueden alcanzar avispas en pleno vuelo a cinco metros de distancia.

Geoffrey observó que un pájaro adolescente volaba fuera de uno de los nidos. Cada vez que intentaba regresar, una planta provista de una suerte de muelle se lo impedía.

Thatcher estaba extasiado.

—¡Fantástico! —canturreó, tendiéndose sobre Nell para poder mirar a través de la ventanilla.

—Muy bien, ya es suficiente —dijo ella, empujando a Thatcher de nuevo hacia su asiento.

La rampa de estratos expuestos descendía desde el borde de la isla mientras continuaba rodeándola. Cane avivó la marcha y los tres Humvee aceleraron por la rampa natural.

Geoffrey se aferró al respaldo del asiento de Zero y miró a Nell, quien mantenía la mirada fija a través del parabrisas mientras la sombra que proyectaba el borde de la isla llegaba a las colinas y extinguía la señal de luz.

Finalmente llegaron a estrato inferior llano. Continuaron rodeando la concavidad en dirección norte, dejando huellas marrones en los tréboles, que gradualmente recuperaban su coloración verde detrás de ellos.

Los escalones de las laderas más elevadas estaban fundidos por la erosión como las terrazas escalonadas de los Andes peruanos, salpicados de tréboles verdes, dorados y púrpuras.

Delante de ellos, los segmentos de jungla coronaban la sucesión de salientes rocosos que surgían de la ladera.

—¿Ven esa cornisa allí arriba? —dijo Cane, señalando a través del parabrisas.

—Sí, allí es donde pude refugiarme —dijo Zero.

—Bien, en esa cornisa no hay selva. —Cane habló por la radio—: Azul Dos y Tres, empezaremos por la terraza más elevada. Chicos, sugiero que vosotros busquéis al superviviente en las dos inferiores. Cambio.

—Aquí Azul Dos, recibido, Azul Uno.

—Aquí Azul Tres, suena bien.

—Parece que tenemos un enjambre, muchachos —dijo la primera voz.

—Recibido, gracias.

Cane hizo girar la manija de un válvula empotrada en el techo de la cabina mientras un enjambre de avispas atacaba la caravana de Humvee.

Desde el interior del vehículo pudieron oír el chirrido y el siseo de los surtidores que comenzaban a lanzar chorros de agua salada.

Las cabezas de los aspersores se elevaron a modo de telescopios en los techos de los Humvee y una fina sombrilla de agua cayó sobre cada vehículo.

El sargento Cane sonrió.

—A esos cabrones no les gusta el agua salada.

Zero se volvió y miró a Nell con expresión impasible.

—Veo que ya nos hemos adaptado a este medioambiente —dijo Thatcher irónicamente—, y lo hemos dominado con nuestras defensas tecnológicas.

Cane hizo una mueca.

—Como dicen los marines, hay que «improvisar, adaptarse, vencer».

—Exactamente —se burló Thatcher.

Cane cerró los rociadores del Hummer cuando las avispas se retiraron y Azul Uno afirmó sus cuatro *mattracks*, ascendiendo la pendiente junto a los gigantescos escalones.

El resto de los Humvee lo seguían a corta distancia, cada uno de ellos examinando la cornisa asignada. Azul Uno avanzó poderosamente, ascendiendo otros veinte metros hasta alcanzar la cornisa más alta, un estrato de rocas curvo que sobresalía de la escarpada ladera.

El Hummer giró hacia el reborde de roca plano. A la izquierda se mecían las copas de los árboles similares a palmeras que se elevaban desde el estrato inferior. A la derecha se alzaba una pared de piedra que la cornisa abrazaba, curvándose al llegar a un recodo y perdiéndose de vista más adelante. Por encima de ese acantilado de unos diez metros, los campos verdes se elevaban sin solución de continuidad hasta el reborde de la isla.

Un árbol caído les impedía continuar avanzando por la cornisa.

Cane intentó pasar por encima del tronco, pero era demasiado grueso, demasiado incluso para que los *mattracks* pudieran superarlo. Parecía más el cuello de Godzilla

que el tronco de un árbol.

—Es la cutícula exterior de un artrópodo gigante —explicó el doctor Cato—. Los árboles, de hecho, están relacionados con los bichos voladores de la isla.

—¡Dios mío! —exclamó Thatcher.

—Parece como si un desprendimiento de rocas lo hubiera traído hasta aquí. —Geoffrey señaló hacia un trozo rocoso que faltaba del risco unos metros más arriba—. ¿Esta isla es muy inestable?

—Sí. Ha habido bastante actividad sísmica —dijo Nell.

Cane apagó el motor y todos oyeron algo tan incongruente que, al principio, no pudieron identificarlo: eran los ladridos de un perro.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Cane.

Un bull terrier apareció en la cornisa desde el otro lado del risco, ladrando salvajemente. Luego se volvió y desapareció detrás del recodo.

—¡Copey! —gritó Nell.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Zero mientras afirmaba la mano sobre la cámara.

El bull terrier volvió a salir corriendo desde el recodo del risco, ladrando furiosamente, y luego se alejó hasta perderse de vista.

Nell apretó el hombro de Cane.

—Está tratando de que lo sigamos. ¡Vamos!

Cane intentó pasar una vez más por encima del tronco, pero luego detuvo el vehículo meneando la cabeza.

—No podemos pasar por encima de ese árbol con el Hummer. Y de ninguna manera abandonaremos el vehículo. No con la selva tan cerca de nosotros.

—¡Alguien nos hizo señales y necesita ayuda, sargento! ¡Si Copey pudo sobrevivir aquí, nosotros también podremos hacerlo!

—Imposible. Yo no pienso salir ahí fuera.

—Zero —dijo Nell—, tú conseguiste sobrevivir. ¿Podríamos correr de prisa, echar un vistazo al otro lado del recodo y luego regresar?

Zero frunció el ceño.

—¿Tenemos armas?

—Superremoedores —respondió Cane. Se produjo un momento de silencio—. Es verdad. Están llenos de agua salada. Y si abandonan el Hummer tendrán que calzarse botas estériles. Están en esos paquetes. Antes de volver a entrar en el Hummer, quítenselas y arrójenlas bien lejos. —El sargento miró a Nell y meneó la cabeza—. Pero este asunto no me gusta nada. Esa selva está demasiado cerca de nosotros.

Señaló hacia el costado de la cornisa, donde los árboles se mecían con el viento.

—Apenas si son unas pocas copas de árboles —dijo Thatcher.

—¿Superremoedores? —preguntó Nell—. Déme su arma, Cane.

Él la miró fijamente, dudando. Ella lo fulminó con la mirada.

—De acuerdo —dijo el sargento finalmente y le dio su Beretta M9—. Pero no le servirá de mucho ahí fuera —le advirtió mientras le quitaba el seguro.

—¡Nell! —El doctor Cato se volvió en el asiento delantero y la miró con un gesto de desaprobación—. ¡No puedes salir afuera!

Ella le sonrió con tristeza mientras encajaba la pistola en su cinturón.

—Lo siento, profesor. Pero debo ir.

El anciano profesor meneó la cabeza.

—¡Es demasiado peligroso!

—¡Alguien ha sobrevivido ahí fuera! —repuso ella.

Cato le apretó el brazo.

—No quiero que nadie más muera en esta isla —dijo Nell con determinación.

—¡Eso es exactamente lo que quiero yo también, querida!

—Tendré cuidado —prometió ella.

El doctor Cato cerró los ojos.

Geoffrey ya estaba abriendo uno de los paquetes metalizados que contenían el calzado esterilizado.

—¡Caray! Zapatos de goma.

—Calcetines de seguridad. —Nell le guiñó un ojo mientras se colocaba una bota de plástico sobre su zapatilla Adidas—. ¿Viene con nosotros, doctor Binswanger?

Geoffrey asintió.

—Aún estoy buscando una especie benigna en esta isla —le recordó.

Nell le tocó suavemente la rodilla y lo miró a los ojos.

—Pero no busques demasiado tiempo, ¿de acuerdo? ¿Qué dice usted, Thatcher?

—Yo me quedaré observando desde el coche —contestó el zoólogo.

—Mojaos con agua salada —les dijo Zero, rociándose con uno de los «superremoedores».

—¡Eh, no aquí dentro! —protestó Cane.

—Lo siento —dijo Nell, rociando a Geoffrey—. ¡Aquí! Puede que no sea de gran ayuda, pero debería hacer que un bicho expulsara repelente si aterriza sobre nosotros.

—El agua ya lleva repelente de bichos —dijo Cane—. Lo hemos cogido del foso que rodea la base.

—Eso está bien —dijo Zero—. Más tarde podrá limpiar la tapicería, sargento. Mójame la espalda, Nell.

—¿Algún consejo de cómo debemos movernos allí fuera? —preguntó Nell, rociando a Zero con agua salada mientras Geoffrey hacía lo propio con ella.

Thatcher se encogió al inhalar el olor a almizcle mezclado con el agua salada.

—No corráis en línea recta —dijo Zero—. En zigzag. Y no os detengáis por

ningún motivo, ni siquiera un segundo.

—¿Zigzag? —Cane meneó la cabeza—. Ustedes, los científicos, están todos locos. Buena suerte, muchacho. Yo no tengo absolutamente ninguna responsabilidad en esto.

—Sí, buena suerte —dijo Thatcher.

Cato apretó la mano de Nell.

—¡Ten cuidado, jovencita!

Zero miró a Nell y a Geoffrey.

—¿Preparados?

Empapados y armados con sus rifles de agua salada, Nell, Zero y Geoffrey saltaron del Hummer y pasaron por encima del tronco del árbol.

Geoffrey percibió de inmediato olor a azufre y una pestilencia dulce y cadavérica que surgía de la vegetación que había debajo del risco. El aire era húmedo. La hierba que cubría el terreno era sorprendentemente fina y se desgarraba bajo sus pies. La intensidad del ruido producido por los insectos que llegaba desde la jungla que se extendía debajo de la cornisa lo impresionó; era un sonido compacto de silbidos, zumbidos, chillidos y chasquidos.

Zero accionó la cámara de la NASA que llevaba sujeta a la cabeza cuando saltaron en dirección a la cornisa.

*Copepod* se alejó corriendo y ladrando hasta desaparecer alrededor de la pared curva del risco.

—No os detengáis —susurró Zero.

Los hombres que estaban en el Humvee observaron cómo los tres corrían detrás de *Copepod*. El perro se perdió de vista, luego reapareció cuando la cornisa volvía a describir una curva un poco más adelante. Finalmente, *Copey* desapareció a través de una grieta en el risco.

Mientras contemplaba la escena desde el Hummer, el sargento murmuró:

—No entren allí... Vamos... No lo hagan... Oh, no.

Zero, Nell y Geoffrey se detuvieron asombrados frente a la fisura que se abría en la pared del acantilado.

### 18.22 horas

Unos tres metros dentro de la sombría grieta vieron una figura flaca y huesuda con una brillante camiseta teñida. Tenía un ojo morado y sus gafas rotas habían sido reparadas toscamente. Su mata de pelo rubio estaba sucia y enmarañada.

—¡Largaos de aquí! ¡Atrás! —gritó.

Nell, atónita, lo miraba boquiabierta.

—Oh, Dios mío...

Zero se echó a reír.

—Eh, ¿cómo cono has...?

—¡Atrás! ¡Ya llegan!

A los pies de Andy Beasley, *Copepod* se agachó y comenzó a gruñir. Andy señaló hacia el borde.

Zero se volvió inmediatamente, accionando su rifle de agua salada. Pero el cañón estaba atascado con cristales de sal y sólo lanzó un chorro raquítico.

El ruido procedente de la jungla rugía como un huracán mientras una horda de criaturas invadía desde abajo el saliente rocoso iluminado por el sol. La marea de depredadores se dirigió hacia la pequeña cueva, un auténtico *tsunami* de formas y colores que saltaban, volaban, corrían, zumbaban y giraban en el aire.

Nell, Geoffrey y Zero corrieron hacia Andy, penetrando en el incierto santuario de la fisura que cortaba la roca en diagonal.

Zero se volvió y se apoyó en una rodilla. Golpeó el cañón de su rifle contra la roca, liberando así los cristales salinos, y apretó el gatillo. Al conseguir finalmente que saliera una fina lluvia de agua salada, dirigió el chorro a través de la entrada contra el enjambre que llegaba.

La pared de avispas se replegó en medio de una ola de feromonas de advertencia, pero una de ellas consiguió penetrar a través de la grieta.

La avispa zumbó por encima de ellos, rebotó contra las rocas y cayó finalmente delante de *Copepod*. El perro la cogió entre las mandíbulas con un gruñido, la masticó y luego la escupió, ladrando vigorosamente ante los restos del animal.

El doctor Cato, que observaba la escena desde el Hummer, aferró el salpicadero con ambas manos, tratando de ver algo en la penumbra de la cueva que se abría en la curva más alejada de la cornisa.

—¡Están atrapados! —gritó.

—¡Sabía que pasaría esto! —dijo Cane con furia.

Thatcher observaba fascinado por encima del hombro de Cato.

Geoffrey y Nell dispararon a su vez contra la entrada de la cueva y una niebla de agua salada cubrió la abertura entre ellos y el enjambre.

Del otro lado de la cortina de aerosol, una masa de criaturas voraces continuaban volando y saltando desde el acantilado para congregarse delante de la cueva. La multitud giraba con un movimiento constante y vertiginoso, los bichos voladores describían círculos y ochos mientras avanzaban y retrocedían. Cualquier criatura que se detuviera demasiado tiempo entre ellas perdía altura y era hecha pedazos por las demás. El enjambre se retiraba y volvía a avanzar con cada chorro de los rifles de agua.

—Muy bien —dijo Geoffrey—. Estoy dispuesto a conceder que no hay especies benignas en esta isla, de modo que larguémonos de aquí de una puñetera vez.

Nell se limitó a quedarse boquiabierta, cosa que no tranquilizó a Geoffrey.

Como si surgiera de la fusión de la luz y la niebla y la jungla que había detrás de ella, una forma arácnida apareció colgando en la entrada de la cueva ante ellos. Su pelaje denso y plateado parecía reflejar los colores del cielo y la jungla. Lo que aparentaba ser una cara se hizo visible en la parte inferior del cuerpo, una amplia boca que se abría lentamente encima de dos grandes ojos ovalados, que miraban fijamente a los cuatro humanos. Su cuerpo en forma de violonchelo pendía de un delgado hilo mientras desplegaba seis largos miembros a ambos lados de la cueva y los enjaulaba.

Desde el interior del Hummer, Cane y Thatcher vieron la aparición súbita del enorme animal, colgando sobre la cara del acantilado entre el enjambre de criaturas que avanzaba hacia la cueva y la entrada de la misma.

El sargento maldijo y cogió su rifle de agua.

—¡Les dije que no debían ir allí!

—¡Espere! —Thatcher observó a través del parabrisas al extraño animal que parecía aparecer y desaparecer entre las sombras.

—Oh, Dios mío, Nell... —musitó Cato.

—¡Es una trampa! —susurró Zero, agazapándose en el interior de la fisura—. ¡Andy era el cebo!

Nell luchó contra la sensación de pánico que amenazaba con paralizarla al tiempo que contemplaba el rostro sonriente de la criatura que bloqueaba la entrada de la cueva. Cogió la Beretta y apuntó.

La cabeza del monstruo emitió un sonido estridente como un gorjeo:

—¡Es el DÍAAAA—UVEEEEEEEEEEEE!

Nell, Geoffrey y Zero se quedaron paralizados, sin saber muy bien si su captor había hablado o simplemente emitido sonidos que se parecían misteriosamente a palabras.

Zero recordó al animal que había oído repitiendo su propia voz en la jungla. Se volvió hacia Nell.

—¡Dispara!

En el interior del Hummer, la fascinación de Thatcher se convirtió en alarma al oír la penetrante voz.

—¡Oh, no, no, no...! —murmuró Cato.

La boca de Cane se abrió en una mueca de sorpresa mientras aferraba con fuerza su rifle de agua.

La puerta se abrió de repente y Cane y Thatcher vieron que el doctor Cato saltaba fuera del vehículo.

—¡Mierda! —dijo el sargento.

Cato cerró la puerta y saltó por encima del tronco.

Thatcher observó con asombro al pequeño y delgado científico que corría por el

recodo del acantilado gritando «¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!», al tiempo que agitaba los brazos.

—¿Qué cono cree que está haciendo? —gritó Cane.

Nell ignoró los gritos del doctor Cato. Mantenía la mirada fija en los ojos de la especie de araña que los había atrapado en el interior de la fisura.

Una segunda oleada de bestias llegó chillando hasta el reborde rocoso desde la jungla, incluidos ahora a dos *spigers* del tamaño de leones africanos.

Cato apareció de pronto ante ellos, gritando cerca del borde del risco.

Uno de los *spigers* se volvió hacia el científico.

—¡Venga! ¡Eh! —gritó Cato y, en un nanosegundo, el *spiger* que estaba más cerca lo ensartó con una púa de dos metros que atravesó el polo y salió por la espalda del científico.

—¡Noooooooo! —gritó Nell.

Mientras una oleada de criaturas cubría el cuerpo del doctor Cato, distraídos por un momento de la presencia de los humanos en la cueva, el grito de Nell los hizo retroceder. Como si de una pared de ojos, dientes y garras se tratara, la estampida, encabezada por los *spigers*, uno de los cuales aún estaba tragando la pierna derecha del doctor Cato, corrió hacia la cueva que se encontraba detrás de la araña.

Nell apuntó la Beretta de Cane con manos temblorosas hacia la cara de la criatura, cerró los ojos y apretó el gatillo.

—¡No! —gritó Andy, apartándole la mano, pero era demasiado tarde.

La pistola se disparó justo en el momento en que la criatura giraba sobre su cola con un movimiento deslumbrante hacia los animales que atacaban. Con las seis patas lanzó seis discos oscuros a través del aire.

Los discos curvos impactaron uno tras otro en los dos *spigers* en pleno salto, lanzándolos a tierra con los cerebelos cercenados. Las dos bestias chillaban como sirenas de policía erráticas y se agitaban violentamente, rascando el suelo con sus patas delanteras claveteadas mientras trataban de arrastrarse hacia su atacante arácnido.

Los tejones, las ratas, las avispas y los gusanos perforadores se alejaron de la cueva para cebarse con los *spigers* heridos.

La criatura colgante se dejó caer al suelo. Enrolló sus cuatro brazos de araña en sus dos patas multiarticuladas mientras la cola se replegaba dentro de una cavidad que había debajo del vientre. Alzándose poco más de dos metros, la criatura lanzó otros cuatro discos y abatió otros tantos animales más pequeños.

Luego, súbitamente, la criatura se agachó, reduciendo su altura a un metro y medio cuando sus «rodillas» se doblaron a ambos lados como si de las patas musculosas de un saltamontes se tratara. Avanzando sobre unas segundas pantorrillas que se extendían donde habrían estado los tobillos de un ser humano, sus «piernas» acababan en manos—pies planos y velludos. El pelaje blanco brillaba con los colores

del arco iris sobre la criatura, que Nell pensó de pronto que se parecía a un canguro—cangrejo cruzado con una mantis religiosa.

*Copepod* corrió junto a la criatura agitando la cola.

Nell dio unos pasos para proteger al perro, pero se detuvo al ver que la criatura palmeaba a *Copey* con dos manos izquierdas, haciendo girar sus ojos para observar a los humanos en la cueva. Con una mano acopada les hizo un gesto y luego trotó en dirección al Hummer sobre sus dos patas articuladas. *Copepod* corría junto a él.

—Quiere que lo sigamos. —Andy echó a correr y luego se volvió para mirar a los demás—. Debemos ir con él si queremos seguir con vida.

Zero miró a sus compañeros con la boca abierta. Luego echó a correr detrás de Andy.

Geoffrey dudó apenas un segundo y luego los siguió, tirando de Nell, quien parecía hallarse en estado de choque.

Andy señaló la voraz pila de criaturas que se retorcían junto a la entrada de la cueva mientras ellos corrían en dirección al Humvee.

—Muy pronto habrán acabado de alimentarse. Entonces se multiplicarán. Podéis creerme, no querréis estar cerca de esos bebés. —Miró a Geoffrey y a Nell—. ¡Vamos!

Miraron por encima de los hombros la carnicería que se desarrollaba a sus espaldas mientras las hormigas—disco comenzaban a rodar en lilas blancas sobre la cornisa hacia la explosión de sangre coagulada roja y azul.

El sargento Cane se quedó paralizado cuando la criatura pasó por encima del árbol caído, con el perro saltando junto a sus patas. La criatura se elevó con dos manos apoyadas sobre el capó del Hummer y miró directamente a Cane y a Thatcher a través del parabrisas. Cane podría haber jurado que le estaba sonriendo.

*18.52 horas*

—Aquí Azul Uno. Hemos encontrado al superviviente. Repito, hemos encontrado al superviviente. ¿Me recibís? —La voz de Cane temblaba. A través de la radio oyó las exclamaciones de júbilo ante sus palabras.

Andy abrió la puerta del acompañante y la criatura, ante el asombro de Cane, se metió en el Hummer. *Copepod* y Andy saltaron dentro inmediatamente después, mientras el resto se acomodaba en el asiento trasero, apretando a Thatcher contra la ventanilla. Cane le arrebató la pistola a Nell y apuntó a la criatura.

—¿El superviviente se encuentra bien, Azul Uno? —llegó una voz a través de la radio.

El sargento Cane, con el micrófono de la radio en una mano y la pistola en la otra, apenas si podía respirar mientras miraba a esa cosa grande que ahora estaba sentada a su lado, que había plegado sus brazos y sus patas multiarticulados y girado su largo

cuello para estudiarlo con unos ojos coloridos y giratorios. Su boca se abrió y reveló tres dientes curvos y anchos como hojas de hacha en la mandíbula superior. Cane estaba demasiado asustado como para discernir si la criatura le estaba sonriendo o gruñendo.

—Azul Uno, ¿me recibe? ¿El superviviente se encuentra bien?

—¡Estoy bien, dígaselo! —lo apremió Andy.

—¡Eh... afirmativo! Lo... llevaremos... eh... de regreso a la base —consiguió decir Cane.

Thatcher observaba a la criatura desde el asiento trasero, al tiempo que un sudor frío le perlaba la frente.

Las ratas comenzaron a golpear los costados del Hummer como si fuesen pelotas de golf. Los gusanos perforadores aterrizaron en las ventanillas, moviendo sus fauces sobre los cristales a prueba de balas y dejando profundos arañazos en ellos.

—Será mejor que abra ese grifo —dijo Geoffrey desde el asiento trasero.

—¡Ésas son grandes noticias, Azul Uno! ¡Grandes noticias! En ese caso, tengo a un montón de científicos que quieren recoger algunos especímenes aquí. ¿Recibido?

Cane permaneció paralizado mientras la criatura comenzó a tocar el techo y el volante con sus cuatro manos mientras sus ojos miraban rápidamente en diferentes direcciones.

—Recibido, Azul Dos —musitó Cane en la radio.

—¡Venga, Cane, accione el rociador! —dijo Nell.

El sargento, visiblemente aturdido, dejó el micrófono de la radio y abrió el grifo del techo, rociando el Hummer con agua salada sin dejar de apuntar a la criatura. Un momento después, los bichos se retiraron y la criatura señaló excitada un gusano perforador del tamaño de una langosta que había quedado pegado al parabrisas. Las tres alas del gusano se habían extendido fuera de los paneles debajo de su cabeza y estaban aplastadas contra el cristal por la presión superficial del agua. El retorcido artrópodo desprendía alguna especie de sustancia química oleosa por el abdomen, lo que creó un brillo irisado cuando el limpiaparabrisas lo lanzó fuera del cristal.

La criatura sentada en el asiento delantero asintió mirando a Cane e hizo un gesto parecido al de alzar los pulgares en dirección a Andy utilizando los pulgares de las cuatro manos. Luego giró la cabeza sobre su contorsionado torso y le sonrió a Cane, asintiendo varias veces. Su pelo erizado y transparente brillaba con rayas y colores de luz coloreada.

—¡Azul Uno! ¿Me recibe?

—¡Respóndales, Cane! —dijo Geoffrey.

El sargento volvió a coger el micrófono de la radio.

—Eh..., bien..., nosotros también... Eh..., podríamos recoger algunos especímenes. Azul Uno, corto.

—¡Diríjase hacia donde le está indicando! —gritó Andy.

—¿Qué coño está ocurriendo aquí? —gritó Cane a su vez.

La criatura pareció canturrear mientras sus manos de seis dedos trazaban el contorno del salpicadero, golpeando las palabras en los controles y los indicadores.

—¡Esto no me gusta nada! —exclamó Cane.

La criatura se apartó ligeramente de él. Luego cogió su muñeca con dos manos y le quitó la pistola de los dedos con las otras dos con tal velocidad y fuerza que el sargento quedó desarmado antes de que pudiera pensar siquiera en apretar el gatillo. Con un ojo protuberante, la criatura miró con curiosidad a través del cañón de la pistola.

—¡No, *Hender!* Venga, dame eso, ¿de acuerdo? —dijo Andy—. ¡Muy mal!

La criatura volvió su cabeza hacia él y luego le entregó la pistola, que Andy cogió nerviosamente.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Nell—. ¿Nos entiende?

—¡Devuélvame la pistola! —gritó Cane mientras la ira encendía la adrenalina en su torrente sanguíneo.

—¡No se preocupe! —dijo Andy, entregándole el arma.

La criatura profirió un sonido como el de una cítara desde la pequeña cresta sagital en su cabeza mientras acariciaba los píxeles marrones, tostados y verdes del uniforme de camuflaje de Cane. Por un instante, el dibujo pareció proyectarse sobre el pelaje brillante de la criatura.

—¡Vamos, chicos, tenéis que ver dónde vive!

—¿Esa cosa... habla nuestro idioma? —preguntó Thatcher con un susurro ronco.

—¡No, no habla nuestro idioma! —Andy puso los ojos en blanco y sonrió burlonamente al rubicundo científico—. ¡Esto no es un episodio de «Star Trek», colega! Él me salvó la vida, eso es todo lo que sé. Y también salvó a *Copey*. Y, además, prepara un chile que está para morirse.

—Imposible. —Zero se echó a reír mientras lo registraba todo con su videocámara desde el asiento trasero—. ¡Sir Nigel Holscombe, muérete de envidia, tío!

El sargento no dejada de apuntar a la criatura, que producía unos ruidos musicales mientras investigaba todo lo que la rodeaba sin dejar de mirar a Cane con un ojo inmóvil con tres rayas.

—Este animal —Thatcher habló con un tono de urgencia lento y calmo—es más peligroso que cualquier otra cosa en esta isla.

Geoffrey, que ahora comenzaba a sacudirse la conmoción que le había producido haber escapado por los pelos de la cueva, observó a la criatura, que acariciaba la cabeza del perro.

—Hace poco decía que sería una atrocidad destruir la vida en esta isla, Thatcher.

¿Ha cambiado de idea?

—Esto es diferente.

El Hummer se meció suavemente cuando un poderoso seísmo sacudió la isla.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo Zero—. ¡No deberíamos permanecer mucho tiempo en el mismo lugar!

La criatura se llevó las cuatro manos a la cabeza y sus ojos se replegaron debajo de unos párpados velludos.

—Muchachos, ¿habéis notado eso? —La voz del conductor de Azi Tres crujió en la radio.

—Sí, ha sido muy fuerte —contestó el conductor de Azul Dos—. ¡Vaya! ¡Mirad eso!

Un trozo de pared de roca en la parte meridional de la isla se derrumbó, dejando un colmillo de cielo azul en el borde.

—Podríamos tener menos tiempo del que pensábamos —dijo el conductor de Azul Dos.

—Seguid con la misión hasta que nos ordenen regresar a la base —dijo Azul Tres.

—Recibido —dijo Cane—. Cambio y corto.

Luego se volvió hacia los demás.

—¡No estoy seguro de lo que hacemos viajando con una de las cosas que se supone que debemos eliminar de esta isla con una bomba nuclear, joder!

—¿Qué? —Andy miró a Nell con expresión de asombro.

—El presidente dio la orden de esterilizar la isla, Andy —le explicó ella.

—Genial —repuso él—. Pero ¿qué pasa con la gente?

El sargento Cane transpiraba profusamente.

—¿Llama a eso... una *persona*? —Miró con cautela a la criatura que le estaba examinando—. ¿Está seguro de que no habla nuestro idioma? Quiero decir, ¡lo oímos hablar cuando estaba en la cueva, joder!

Andy miró el uniforme de Cane con suspicacia.

—¿De modo que es él quien está a cargo ahora? ¿Es usted el tipo de las bombas nucleares, comandante G.I. Joe? ¿Qué más me he perdido?

—Está bien, Andy —dijo Nell—. El presidente también nos pidió que comprobáramos si en la isla había alguna forma de vida que pudiera salvarse.

Geoffrey la miró sorprendido por sus palabras.

—¿Has cambiado de parecer, Nell? —preguntó.

Ella lo miró mientras las lágrimas le humedecían los ojos.

—Esto es diferente...

—¡Vamos! —gritó Zero—. ¡Tenemos que echar un vistazo! ¡Esto es asombroso! ¡Vaya a donde él le diga! ¡Vamos! ¡Vamos!

—¡Tenemos que descubrir qué es lo que tenemos aquí y luego informar al presidente cuanto antes, sargento! —dijo Nell—. ¿De acuerdo?

Cane apretó los dientes. Las manos de la criatura lo comprobaban todo a su alrededor, incluido su casco. Cane cerró los ojos y respiró profundamente.

—De acuerdo. Pero he recibido órdenes estrictas de no permitir que ninguna especie no autorizada abandone la isla con vida.

—¿Eso nos incluye a nosotros? —quiso saber Andy, visiblemente irritado—. ¿Piensa volarnos en pedazos a nosotros también, comandante Gilipollas?

—No me presione, señor.

—Sí, no lo presiones, Andy —convino Nell.

Geoffrey asintió.

—Tratemos de llevarnos todos bien —dijo.

Cane retrocedió lentamente con el Hummer y luego aceleró para subir por la pendiente.

—¡Wheeeeeee! —exclamó la criatura.

### 19.03 horas

Los *mattracks* del Hummer rodaron hasta detenerse junto a un árbol parecido a un baobab en el borde norte de la isla. Aproximadamente una docena de esos árboles gigantes colgaban del borde de la misma. Desde la distancia parecían hongos venenosos con amplias sombrillas de follaje verde y denso.

—¿Vive ahí? —preguntó Cane.

—Esperen a ver su agujero de *hobbit* —dijo Andy—. ¡Oh, eh, si vamos a transportarlos fuera de la isla antes de que empiecen a caer los pepinos nucleares, será mejor que busquemos algo para embalar sus cosas!

—¿Transportarlos? ¿Embalar sus cosas? —dijo Cane.

Andy asintió.

—Podemos utilizar las cajas de los especímenes que tenemos aquí —dijo Nell, mirando a Geoffrey; él asintió y buscó las cajas en el asiento trasero.

*Copey* ladraba entusiasmado y fue el primero en saltar fuera del Hummer. Allí arriba, cerca del borde de la isla, el aire era considerablemente más fresco, y el sonido de la jungla que se extendía debajo era un ruido agudo y estridente.

Cada uno de los científicos llevaba una caja de aluminio destinada a los especímenes que habían cogido de la parte trasera del Hummer.

Ahora que estaba fuera del vehículo, Cane llevaba su rifle de asalto M—1 y no dejaba de examinar con cautela las ramas que se entrecruzaban por encima de su cabeza. Se encontraban muy lejos de la bulliciosa jungla que ocupaba el centro de la isla, pero nadie sabía lo que acechaba en el árbol gigante que se alzaba junto a ellos.

—Andy, ¿estás seguro de que no corremos peligro junto a esta cosa? —preguntó

Zero mientras dirigía la cámara de vídeo hacia la espesura que los cubría.

—Sí, estaremos bien si nos mantenemos cerca del árbol.

Un perímetro de sal parecía haber sido excretado en la tierra alrededor del tronco del árbol. Esta medida aparentemente impedía que el omnipresente trébol de Henders atacara la superficie gris cremosa de su tronco, que era amplio como una casa. Unos escalones conducían por encima del perímetro de sal a la manera de los jardines de rocas japoneses.

Aunque al principio les había parecido a todos una araña con seis patas que se extendían cuatro metros, ahora la criatura tenía una apariencia más compacta, con dos patas plegadas hacia atrás como las de una araña, sus brazos medios actuando a modo de patas delanteras, y sus brazos superiores colocados junto a su largo cuello de tal modo que las primeras articulaciones o «codos» parecían hombros puntiagudos de los que colgaban unos brazos sorprendentemente humanos. Las manos en sus seis miembros tenían tres dedos y dos pulgares oponibles. Los científicos y el camarógrafo observaron los detalles de su anatomía con muda admiración al ver cómo se ponía en movimiento sin aparente esfuerzo delante de ellos.

La cola, larga y elástica, de la que había pendido la criatura encima de la cueva ahora estaba enrollada en el interior del vientre. Un brillo de color jugaba sobre su denso pelaje como la aurora boreal. La cabeza tenía forma de cebolla, con un cuerno sagital en la parte superior. Exhibía una frente amplia sobre una boca grande y graciosa, y no había rastros de ninguna nariz. Cuando los miraba, sus grandes ojos ovalados poseían una mirada astuta, felina, moviéndose de forma independiente en direcciones diferentes. Los ojos parpadeaban debajo de sus párpados velludos siempre que se retraían. Unos lóbulos triangulares inclinados se proyectaban a ambos lados del cuerno sagital de la criatura como arcos superciliares sobre los ojos.

La forma de su amplia boca y los labios mostraban una cordialidad como la de un pato, con comisuras sonrientes y un pico animoso en su ancho labio superior. Su expresión transmitía una elegante seguridad que los humanos encontraban desconcertante. La criatura estiró una de sus manos superiores y tocó el cañón del fusil de asalto de Cane con delicada curiosidad.

Cane apartó el fusil con gesto brusco y apuntó a la cabeza de la criatura.

—¡No! —gritó Nell.

*Copepod* comenzó a ladrar frenéticamente.

—¡Tranquilo, amigo! —dijo Zero, bajando la cámara.

—Puedes confiar en él, *Hender* —le dijo Andy a la criatura.

—¿Tiene un nombre? —preguntó Thatcher.

—Todo está bien, Cane. —Geoffrey habló con más seguridad de la que sentía—.

Esta cosa acaba de salvarnos la vida, ¿recuerda?

Cane se sintió acorralado y miró a Thatcher, quien asintió discretamente,

indicándole que tuviese paciencia. Cane retrocedió y asintió en su dirección.

Todos miraron asombrados a la brillante criatura cuando ésta subió delicadamente los escalones y luego se volvió hacia ellos y les hizo señas de que lo siguieran. Luego abrió una puerta redonda que resultaba casi imperceptible en el abultado tronco del árbol.

En el interior, engullidos por la pulpa del inmenso árbol, se encontraron con otra sorpresa.

—Es el fuselaje de un bombardero de la segunda guerra mundial —murmuró Zero.

Andy asintió.

—Así es.

Sólo el morro del avión sobresalía del tronco, colgando sobre el acantilado en el extremo más alejado. Vieron cómo se ocultaba el sol sobre el mar a través del retorcido marco de la ventana de la cabina, que parecía haber sido cubierta con un trozo de plástico claro.

—La casa que construyó *Hender* —anunció Andy.

—¿*Hender*? —dijo Nell.

—Así es como lo llamo a él. O a ella. O a ambos.

—*Hender* no construyó este B-29 —dijo Zero. Tomó varios y amplios planos del lugar.

Con sus cuatro manos, *Hender* imitó a un avión tratando de alzar el vuelo y luego estrellándose, e hizo un ruido que era una extraña aproximación a una explosión.

—¿Creéis que él vio cómo se estrellaba el avión? —preguntó Geoffrey.

—Eso debió de ocurrir hace al menos sesenta años.

—Creo que *Hender* es viejo —dijo Andy—. Realmente viejo.

—No me sorprendería —convino Geoffrey—. ¿Es un animal solitario? ¿Vive solo?

—Sí —dijo Andy.

—¿Y qué tiene que ver eso con la edad que pudiera tener esta criatura? —preguntó Nell mirando a Geoffrey.

—Te lo explicaré más tarde —dijo él.

—Está bien —dijo ella.

—Es una teoría radical.

—Está bien.

—Muy alejada de una perspectiva no ortodoxa.

Ella sonrió y lo miró con una expresión de aprecio.

Ninguno de los humanos podía apartar la vista ni un momento de la criatura mientras ésta se movía hacia el morro del avión, donde había fijado su hogar. El pelo de su cuerpo emitió suaves fuegos artificiales de color cuando señaló el panel de

control de la cabina de los pilotos. Como si fuera una extraña grabadora, dijo:

—«Esto da por terminada la transmisión de la Pacific Ocean Network del 7 de mayo de 1945. ¡Una vez más, es el DÍAAAA-UVEEEEEEEEEEEEE! ¡Victoria en Europa!»

Geoffrey y Nell se miraron estupefactos.

—Debió de oírlo en la radio del avión —sugirió Zero.

—Sí —dijo Andy—. También lo he oído imitar a Bob Hope.

—Pensé que había dicho que no hablaba nuestro idioma —repuso Cane.

—Y no lo habla. Le he enseñado unas pocas palabras. Y repite las cosas que oyó en la radio en aquella época, pero no las entiende.

En el interior de la casa de *Hender* se estaba bien; el aire tenía un olor ligeramente dulce y picante, parecido al incienso japonés, pensó Nell. Vio que *Hender* había coleccionado una amplia variedad de botellas de vino, campanas de cristal, flotadores de pesca, un frasco de mantequilla de cacahuete, un frasco de mayonesa, preciosos recipientes de cristal que habían conseguido sobrevivir milagrosamente a su viaje desde la civilización hasta la isla Henders en contenedores de cargueros, baúles de barcos de vapor, cajones de embalaje y naufragios a través de grandes abismos del tiempo y la distancia.

Con sus tres brazos libres, *Hender* sacudió algunos irascos que contenían criaturas parecidas a insectos, y el brillo de las mismas inundó la estancia con una luz titilante.

—Caza los gusanos perforadores y las avispa colocando un trozo de carne en cada frasco —les explicó Andy—. Tenéis que ver su trampa para ratas.

Los recipientes de cristal brillaron con una luz verde cuando *Hender* los agitó, proyectando esferas de luz. Nell observó que en las paredes y el techo había restos de lo que parecía ser basura o desechos de la playa.

Los huéspedes de *Hender* se sentaron en unos cajones de embalaje dentro del fuselaje del B-29, algunos de los cuales estaban colocados en forma de banco contra la pared con una vieja balsa salvavidas de goma cubriéndolos. En la balsa, con letras negras desteñidas por el tiempo, se podía leer un nombre.

—¿*Electra*? —exclamó Nell, emocionada—. Ésta no pudo haber sido la balsa de Amelia Earhart<sup>[7]</sup>, ¿verdad? Así se llamaba su avión, ¿verdad?

Geoffrey dio unas palmadas sobre la goma cuarteada y meneó la cabeza como si ahora ya nada pudiera sorprenderlo.

—Parece bastante vieja.

*Hender* apareció con una especie de calabaza.

—Andy, ¿cómo pudiste sobrevivir aquí durante seis malditos días, tío? —preguntó Zero.

—El primer día, *Hender* bajó del árbol junto al lago y me atrapó —contestó Andy

—. Pensé que estaba muerto, pero entonces desperté aquí y él había arreglado mis gafas con algo parecido a cinta adhesiva. ¿Lo veis?

Una de las patillas de las gafas estaba vendada en su unión con la montura.

La criatura les sirvió algo en unos vasos de plástico hechos con botellas de refresco cortadas; les sorprendió la destreza que mostraba en sus cuatro manos.

—Es la hora del té —dijo Andy.

—¡La hora del té! —canturreó la criatura.

Thatcher frunció los labios cuando la criatura le sirvió una taza.

Luego le dio una a Nell.

—Gracias —dijo ella—. ¿Qué es? —le preguntó a Andy.

—No te preocupes. De hecho, es muy bueno. Yo lo llamo té Henders. Pero, sin embargo, es más parecido al chile. Y lleva carne. Carne de rata. ¡Sabe a langosta!

Nell detuvo el vaso a medio camino de la boca y arrugó la nariz. Luego bebió un trago y pensó que sabía más a salsa picante que a chile pero, después de la sorpresa inicial, descubrió que estaba muy bueno.

—Sabe a gazpacho de langosta con canela y una pizca de curry.

—Gracias —dijo Geoffrey, aceptando un vaso mientras observaba la anatomía de las manos de la criatura dotadas de dos pulgares opuestos.

—Gracias, gracias, gracias —repitió la criatura.

Nell y Geoffrey se miraron, temblando de asombro.

Cane aceptó un vaso con evidente espanto. Estaba claro que sería mucho más feliz cuando la misión hubiera acabado y toda la isla no fuera más que un montón de cenizas.

—¡Gracias! —dijo la criatura, haciendo que Cane diera un brinco en su asiento.

—Gracias, colega —dijo Zero, dejando la cámara y cogiendo el vaso con el brebaje.

La criatura miró un momento a Zero con la cabeza ladeada.

—Gracias, colega —repitió.

Geoffrey bebió un pequeño sorbo de «té» e hizo una mueca ante su extraño sabor.

—*Hender* lo prepara con las bayas que crecen en esta planta bonsái que alimenta con carne de rata —les explicó Andy.

—No está mal —dijo Zero, soplando su contenido—. ¡Oh, casi lo olvido! —Bajó la cremallera de uno de los bolsillos de su pantalón—. ¡Esto es para ti, colega!

Le mostró a Hender una botella de plástico de Coca-Cola Light.

—Oh —repitió la criatura, desplegando los brazos en una X de satisfacción.

Thatcher se sonrió burlescamente mientras Zero destapaba la botella y se la pasaba a *Hender*.

—Está un poco caliente, pero bueno —le dijo.

Todos observaron a la criatura cuando probó el refresco de cola. Su pelaje

centelleó mientras tragaba el líquido dulce. Ambos ojos se fijaron en Zero y lanzó un ruidoso eructo, sonriendo ampliamente y haciendo chasquear los labios.

Zero sonrió a su vez.

—¡Le gusta!

—Sí —dijo Thatcher con tono seco—. Ya estoy viendo la campaña publicitaria. Hará que Coca—Cola gane una fortuna.

Zero alzó ambos pulgares en dirección a *Hender*.

—¡Genial, colega!

*Hender* alzó una docena de pulgares mirando a Zero.

—¡Genial, colega!

—Es muy bueno con las imitaciones —observó Thatcher.

*Hender* volvió la cabeza para mirarlo.

—Es muy bueno con las imitaciones —dijo en una imitación perfecta.

—*Hender* es muy bueno en todo —señaló Andy.

Thatcher paseó la mirada nerviosamente por la extraña colección de objetos recuperados que decoraban las paredes. Los desechos parecían estar agrupados según los diferentes alfabetos que mostraban las etiquetas: mandarín, japonés, árabe, tailandés, cirílico y latín.

—No hay muchas señales de una cultura. Aparte de nuestra propia basura —dijo.

—Creo que nosotros somos su pasatiempo —dijo Andy, terminándose su bebida—. Creo que ha estado recogiendo nuestros desechos durante mucho, mucho tiempo.

Thatcher frunció los labios despectivamente.

—Las cotorras recogen los desperdicios humanos. Y los mainatos imitan nuestra forma de hablar.

Nell miró fijamente a Thatcher.

—Doctor Redmond, es obvio que este animal tiene una profunda inteligencia.

—Oh, creo realmente que debemos considerar la inteligencia como un factor para determinar con qué clase de organismo estamos tratando aquí, doctora Duckworth —replicó Thatcher—. Esta criatura podría resultar tan letal como nosotros, aunque, sinceramente, espero que no sea así.

—Sea lo que sea *Hender*, no hay duda de que resulta letal para su teoría, Thatcher —señaló Geoffrey—. Su ecosistema perfecto parece haber producido vida inteligente, después de todo. Y ha conseguido no destruir un medioambiente que ha durado más que cualquier otro en este planeta. ¡*Hender* es la prueba viviente de que está equivocado, amigo mío! Parece que, después de todo, no conseguirá esa beca Genius.

Thatcher enrojeció intensamente mientras fulminaba a Geoffrey con la mirada.

—¡No existe la menor prueba de que este organismo posea una inteligencia equivalente a las de los seres humanos! Es...

—¡Esperad, esperad! —les interrumpió Zero—. ¡Mirad! —señaló.

*Hender* había estado rascando la punta quemada de una espina sobre el reverso de lo que parecía el envoltorio de una chocolatina.

*Hender* se la pasó al sargento Cane.

El envoltorio metálico temblaba en la mano del soldado mientras leía lo que parecía ser una palabra garabateada: «Señal.»

Cuando *Hender* oyó que Cane leía la palabra en voz alta, su cabeza se movió arriba y abajo, y el pelo se iluminó con colores caleidoscópicos. *Hender* cogió el papel de manos de Cane. Con uno de los ojos mirando el envoltorio y el otro enfocando a Cane, la criatura dijo en voz alta:

—¿Se-ñul?

Cane retrocedió sobresaltado.

*Hender* volvió a coger la espina quemada y escribió con ella en el interior de la concha de una almeja.

Luego le lanzó la concha a Nell.

Ella leyó la palabra en voz alta:

—«Coca-Cola.»

Le mostró la concha a Geoffrey.

La criatura señaló su boca y luego la boca de Nell, luego la boca de Cane y luego la concha, evidentemente excitado.

Nell asintió.

—Coca-Cola —dijo ella otra vez.

El pelaje de *Hender* se iluminó con vivos colores mientras recuperaba la concha de manos de Nell y pronunciaba la palabra en voz alta.

—¡Coca-Cola!

La criatura se alzó entonces sobre sus patas traseras, apretando la espalda contra el techo y profiriendo una serie de sonidos agudos. Luego, con las cuatro manos extendidas, señaló varios objetos fijados a las paredes y el techo del fuselaje.

Nell se echó a reír ante el primer objeto que *Hender* señaló en la pared.

—¡Tampax! —exclamaron Geoffrey y ella al mismo tiempo.

La criatura extendió los cuatro brazos, indicando una caja de condones.

Nell, Geoffrey, Andy y Zero gritaron al unísono:

—¡Trojan!

—Maravilloso. —Thatcher puso los ojos en blanco—. Veo que nuestra basura ya ha expuesto nuestros detalles biológicos más íntimos ante esta criatura.

*Hender* señaló otros objetos.

Los científicos los nombraron en voz alta:

—¡Kodak! ¡Yoo-Hoo! ¡Vegemite! ¡Bactine! ¡Fresca! ¡Fanta! ¡Nesquick! ¡Orbit!  
¡Milk-Duds! ¡Milky Way! ¡Purina Cat Chow! ¡Orange Crush! ¡Tamiflu! ¡Mylanta

Zagnut!

La criatura alzó una mano y cerró los ojos.

—Paror —dijo.

Geoffrey se percató de que *Hender* debía de haber oído ejemplos de cómo se pronunciaba cada letra en el alfabeto latino.

*Hender* abrió entonces los ojos, que miraron rápidamente en diferentes direcciones mientras examinaba el oscuro interior del avión. Con dos manos agitó un par de frascos colgantes que se encendieron de inmediato produciendo un poco de luz y luego, con una tercera mano, señaló un objeto e indicó que hicieran silencio con la cuarta mano. Con una voz zumbona que resonaba como un oboe, dijo:

—*Sal-mone-to con-glado*.

Los seis humanos se quedaron en completo silencio durante varios segundos. Era obvio que *Hender* estaba aplicando las reglas de la pronunciación por su cuenta, no podía estar copiando simplemente lo que les había oído decir a ellos.

—Salmonete congelado —lo corrigió Geoffrey.

Los ojos de la criatura revolotearon y la boca se hundió en las comisuras.

—¿Salmonete? —Alzó una de las manos y cerró los ojos—. *Paror*.

Geoffrey volvió a corregirlo:

—Parar.

La criatura abrió los ojos y se volvió hacia Geoffrey mientras apoyaba las cuatro manos sobre sus cuatro caderas.

—¿Parar? —dijo. Parecía irritado.

Todos asintieron vigorosamente excepto Thatcher y Cane.

—Realmente no le veo el sentido a todo esto —replicó Thatcher—. Cuando obviamente tenemos que...

—¡Cierre el pico! —gritaron al unísono Nell, Geoffrey, Zero y Andy.

—Está aprendiendo a leer —dijo Geoffrey—. ¡De modo que cierre la boca, Thatcher!

—Cierre la boca, Thatcher —dijo *Hender* con voz aflautada, y su amplia boca pareció sonreír al sonrojado zoólogo.

Thatcher miró a *Hender* con temor y luego a Cane, quien estaba sentado muy rígido y con los ojos fijos en algún lugar de su interior.

—¡No sabe lo que está diciendo! —se mofó Thatcher.

La criatura señaló una serie de latas descoloridas por el sol que estaban ordenadas sobre un estante.

—¡*Coo-ers, Bud-wee-izer, Fahn-tah, Hawaye-ee-an Punch!*

—¡Sí! ¡Coors, Budweiser, Fanta, Hawaiian Punch! —lo alentó Nell.

El sargento Cane tenía los ojos fuertemente cerrados y aferraba con una mano el crucifijo de oro en la cadena que tenía alrededor del cuello mientras la otra no soltaba

la culata de su rifle de asalto.

La criatura agitó sus cuatro brazos hacia el techo y luego se inclinó hacia adelante.

—*Pe-gro. Cui-do. Ma-ria-les pe-gro-sos. En caso de eme-gecia abrir escotilla de escapee. ¡Abandonun baarco!*

Geoffrey asintió, maravillado.

—¡Sí! Peligro. Cuidado. Peligroso. Emergencia. Escapen. ¡Abandonen el barco!

*Hender* asentía ante cada una de las correcciones de Geoffrey.

—Sí, peligro cuidado peligroso. ¡Escapen! *Hender* señal otros. *Hender* señal.

Geoffrey se quedó boquiabierto.

—Habla en serio —dijo Zero.

Nell se inclinó hacia adelante presa de una súbita urgencia.

—¿Cuántos otros? ¿Cuántos? —Contó lentamente con los dedos—. Uno, dos, tres, cuatro...

—Cuatro otros —dijo *Hender*.

Thatcher volvió a apoyarse contra la pared del fuselaje con una conclusión sombría que era evidente en su rostro. Volvió a mirar a Cane, quien ahora murmuraba algo aferrado al crucifijo.

La criatura se dirigió súbitamente hacia ellos y ambos se encogieron antes de darse cuenta de que les estaba haciendo señas para que lo siguieran. Pasó a través del más grande de varios orificios redondos practicados en el costado del arrugado fuselaje del B-29.

—Hora de dar un paseo —dijo Andy.

—¡Paseeeeeoooo! —gruñó la criatura, asintiendo con la cabeza sobre su cuello flexible.

### 19.10 horas

Todos siguieron a *Hender* por una escalera de caracol que parecía a medias natural y a medias excavada en el interior del inmenso árbol.

En nichos excavados junto a la escalera había numerosos recipientes de cristal que brillaban con una tenue luz verde. *Hender* agitó los frascos al pasar junto a ellos y todos se iluminaron intensamente cuando los bichos bioluminiscentes se movieron en su interior, alumbrando el camino y revelando más carteles, desechos, etiquetas y artefactos fijados a las paredes y colgando del techo.

*Hender* hizo una pausa ante un nicho que le llegaba a la cintura y le dio unos golpecitos a un frasco que había en su interior. Los humanos vieron que allí había un coco apuntalado. Llevaba una especie de gorra roja colocada de lado y exhibía una tosca cara de rasgos humanos mezclados con extraños elementos de la anatomía del propio *Hender*. Junto al coco había una navaja con el mango de marfil, que *Hender*

cogió y le entregó a Nell.

—Parece estar tallado —dijo ella—. Aquí han grabado un nombre, ¿lo ves? —Le enseñó la navaja a Geoffrey.

*Hender* cogió la navaja y leyó en voz alta:

—*Heen-ree FERRR-reeeers.*

—Imposible —dijo ella—. ¿Henry Frears?

—¡Sí, muy bien! —dijo *Hender*.

—¿Qué ocurre, Nell? —preguntó Geoffrey.

—Henry Frears era el marinero del *Retribution* que desapareció cuando recogía agua en la isla —explicó ella.

—¿Eh? —dijo Geoffrey.

—El capitán Henders lo dejó registrado en su cuaderno de bitácora cuando descubrió la isla en 1791.

—¿Dónde diablos consiguió *Hender* un coco? —musitó Zero.

—Si ésta es la gorra de Frears —dijo Nell—, entonces *Hender* debió de verlo. ¡Eso supondría que *Hender* tiene más de doscientos veinte años!

—Ya os lo dije —intervino Andy—. Creo que es aún más viejo que eso.

*Hender* silbó y les hizo señas con tres manos para que lo siguieran.

Pasaron junto a otro nicho donde también había un coco tallado, en este caso, cubierto con una gorra de oficial norteamericano de la segunda guerra mundial. Una larga gubia a un lado del coco estaba manchada con pigmento rojo.

—Quizá pertenecía al capitán del B-29 —sugirió Zero con voz grave.

Pasaron por más habitaciones, atisbando dentro de ellas con frustrada curiosidad mientras se apresuraban para seguir el paso del guía por el sinuoso pasadizo.

En otro de los nichos había un coco sin tallar. No tenía cara. A modo de pelo llevaba algas rojas secas y estaba cubierto con una gorra de béisbol de los Mets.

—¡Eh, ésa es mi gorra! —exclamó Nell. La cogió y la calzó en su cabeza con una media sonrisa dirigida a *Hender*—. La dejé olvidada en el StatLab.

La cabeza de *Hender* se volvió hacia ella sobre su largo cuello y asintió.

—¡Nell, sí! —graznó, imitando torpemente su sonrisa.

Ella se volvió y miró a Geoffrey con unos ojos como platos.

—¡Ha dicho mi nombre! —susurró.

A lo largo del serpenteante techo había una colección de boyas de plástico y flotadores de redes de pesca colgando de un cordel. Otros objetos diversos, golpeados y descoloridos por el sol, parecían fijados en cada centímetro cuadrado disponible en el espacio de la pared. Al girar en un recodo pudieron ver, montado encima de ellos e iluminado por una fila de frascos llenos de bichos fluorescentes, lo que parecía ser el desteñido mascarón de proa de un galeón español, una sirena tallada en madera, mitad humana, mitad pez.

—Parece un culto dedicado a los buques de carga —musitó Thatcher al girar en otro recodo de la escalera. En medio de los restos del naufragio vieron entonces un chaleco salvavidas en el que aún se podían leer unas letras azules desteñidas: *Lusitania*.

—¡Gracias, Señor! —dijo Zero, echándose a reír mientras grababa la escena con su cámara manual y también con la que llevaba en la cabeza.

Nell miró a Geoffrey detrás de ella, sin saber si echarse a reír o a llorar. Él asintió y le apretó impulsivamente la mano.

Cuando pasaban a través de un pasadizo llano vieron unos artefactos artificiales que representaban claramente adquisiciones más recientes: piezas de ROV, un casco del ejército e incluso un muñeco del Increíble Hulk.

*Hender* abrió una puerta y todos entraron en una enorme rama debajo de la sombrilla de la copa del árbol.

Abajo, unida al tronco del árbol, colgaba una gran estructura parecida a una noria.

De la noria salía un grueso cable de fibra verde trenzada. El cable discurría a través de una polea en una rama que pasaba por encima del acantilado.

Una cesta del tamaño de la Zodiac más grande del *Trident* colgaba del extremo del cable contra el brillo anaranjado del sol poniente, oscilando lentamente bajo el viento que soplaba a más de doscientos metros sobre el mar.

*Hender* señaló la cesta y luego algunos desechos apilados sobre la amplia rama.

—*Hender* tiene un ascensor —explicó Andy.

—¡Así es como debe de haber reunido su colección! —dijo Nell—. El ascensor debe de llegar hasta una playa donde consiguió todo este material.

—Basura —dijo Thatcher, volviéndose para mirar a Cane—. La tarjeta de visita de la humanidad.

—Hum... ¿Creéis que deberíamos estar aquí fuera? —preguntó Zero mirando nerviosamente a su alrededor.

—No hay peligro, Zero —le aseguró Andy—. El árbol produce una especie de repelente de insectos. Aquí estamos a salvo.

Nell se echó a reír.

—Esto es una planta —suspiró—. ¡La primera planta de verdad en esta isla!

Andy sonrió.

—Es una pena que no dé flores, Nell.

—Me pregunto si evolucionaron juntos. —Geoffrey observó a *Hender* mientras trepaba ágilmente hasta una rama alta y extendía los brazos formando una uve doble. Una llamada entrañable, cadenciosa, resonó a través de una cámara en la cresta craneal de la criatura.

Un coro distante de cuatro llamadas similares respondió a través de la caldera de la isla.

—Hemos oído eso antes —dijo Andy—. ¿Te acuerdas, Nell?

Lágrimas de vergüenza aparecieron en sus ojos al recordar las voces de pesadilla que los micrófonos externos del StatLab habían captado reverberando a través de la isla.

—Sí...

—Hay cuatro más de ellos —dijo Thatcher.

—Muy bien —dijo Geoffrey con decisión—. Debemos celebrar una asamblea. Ahora.

*19.23 horas*

*Hender* los llevó de regreso al fuselaje del B-29, donde Andy consiguió hacerle entender por señas que los humanos y él necesitaban un poco de intimidad.

*Hender* asintió e hizo un gesto con las cuatro manos hacia el morro del avión, donde los humanos se reunieron. Mientras tanto, *Hender* permanecía cerca de la puerta con la espalda discretamente vuelta hacia ellos.

—Tenemos que salvarlos —dijo Nell, de pie delante de la ventanilla de la cabina de los pilotos cubierta con un trozo de plástico. Por la forma en que el avión se asomaba sobre el océano, ella casi tenía la sensación de que estaban volando.

Cane permanecía con los ojos cerrados, como si todo eso no fuese más que una pesadilla. Las palabras habían surgido de la boca de lo que parecía ser un objeto de atrezo en una película de terror. Esa cosa lo había llamado por su nombre y ahora llegarían otros como él. Era incapaz de relacionar todo eso con el mundo del que procedía; tenía la sensación de que el planeta se estaba partiendo en dos debajo de sus pies. No veía el alma de su Creador en ese monstruo. Veía, en cambio, otra fuerza, de increíble poder, que había actuado sin ninguna consideración por su propia sensibilidad al investir a ese animal con la apariencia de una alma. Estaba convencido de hallarse en presencia del mismísimo demonio.

—Estaba a punto de tirar la toalla con respecto a esta isla —dijo Geoffrey—. Pero creo que hemos encontrado la única especie benigna posible aquí: seres inteligentes. ¡Pensad en ello!

—Debemos informar al presidente —dijo Andy—. Tenemos que detenerlos.

—Por supuesto —convino Zero, grabando la escena con ambas cámaras.

—Regresemos al Humvee y llamemos a la base por radio —sugirió Nell.

—Esperad un momento —dijo Thatcher, alzando una mano—. Tenemos órdenes estrictas de los militares en cuanto al transporte de especies fuera de la isla.

Nell lo miró con furia y un claro desafío en los ojos.

—¿Acaso está sugiriendo que destruyamos a esas criaturas, Thatcher? ¿Es eso lo que está diciendo?

—No estoy diciendo nada; sólo pregunto: ¿qué es lo que hace que esta especie

sea más valiosa que los cientos de especies que estamos a punto de incinerar, doctora Duckworth?

—No puedo creer siquiera que esté preguntando eso —replicó Nell, enojada—. *Hender* piensa. Conoce su pasado y planifica su futuro. Es una persona, como usted y como yo.

—¡Sin duda alguna, ésa es su peor recomendación! —Thatcher sacudió la cabeza, riendo despectivamente—. Hace que la especie de *Hender* sea más peligrosa que una plaga de langostas. ¿Es que no lo ven?

—No tienen por qué ser como una plaga de langostas, Thatcher. Pueden elegir —argumentó Nell—. Las langostas no tienen ninguna opción.

—Exactamente —dijo Thatcher—. Y eso nos convierte en seres mucho peores que las langostas. No necesitan muchas de nuestras elecciones para sumar una devastación global a una escala que ninguna otra criatura jamás sería capaz de igualar. No teníamos por qué venir a esta isla, doctora Duckworth, pero lo hicimos. Y, si no lo hubiésemos hecho, ninguna de estas criaturas tendría que morir. ¿O sí?

—Ahórrenos la ironía, Thatcher —dijo Geoffrey—. Ahora estamos aquí y tenemos una obligación moral, maldita sea.

—Antes de que encontrásemos a *Hender*, usted quería salvar la isla —le recordó Nell a Thatcher.

Thatcher la señaló agresivamente agitando el dedo.

—¡Y usted quería lanzarle una bomba nuclear! —Miró a los demás en busca de un aliado—. ¿Acaso a ninguno de ustedes se les ha ocurrido que esta criatura es mucho más peligrosa que cualquier otra cosa en esta isla precisamente porque es inteligente? Por Dios, este planeta puede darse por satisfecho si consigue sobrevivir a una especie inteligente, pero ¿a dos? ¿Es que se han vuelto todos locos?

Geoffrey se mofó de él.

—La vida inteligente debe de haber conseguido vivir en esta isla en perfecta armonía con su medioambiente durante millones de años para evolucionar hasta crear a *Hender*. Afróntelo, Thatcher, esa teoría suya acerca de que la vida inteligente debe destruir su medioambiente es errónea, ¡y estos seres son la prueba de ello! Una de mis propias teorías ya ha sido desmentida por esta isla, si es que eso lo hace sentir mejor. Yo pensaba que un ecosistema con tan escasa cooperación simbiótica ni siquiera podía existir, mucho menos durar más que cualquier otro sistema en la Tierra. Pero yo también estaba equivocado. Acéptelo, Thatcher. Bienvenido al maravilloso mundo de la ciencia.

—Es curioso —dijo Nell—. Yo pensaba que esta isla serviría para demostrar mi teoría de que las plantas polinizadas por insectos exhibirían una variación genética extrema en condiciones de aislamiento. Pero aquí no había ninguna planta que tuviera polen. No hay ninguna planta, excepto este árbol. —Miró a Thatcher con tristeza—.

Pero, en cambio, lo que hemos encontrado aquí es... ¡un milagro, Thatcher!

Él la miró con una sonrisa de desdén.

—Yo también tenía la teoría —terció Zero— de que, si eras capaz de encontrar la isla más remota del planeta, darías con el paraíso. Supongo que mi teoría ha saltado asimismo por los aires.

—La isla Henders... —dijo Andy—. El lugar adonde vienen a morir las teorías. ¿Verdad, Thatcher?

—Lo que le estamos haciendo a esta isla no hace más que subrayar el peligro que entraña hacer cualquier excepción con estas especies —replicó Thatcher bruscamente.

—Esto no es un capítulo de su libro, Thatcher —gruñó Zero—. Aquí no hay que ganar ninguna discusión. ¡Venga, tenemos que salvar a estos chicos!

—¡Son personas, Thatcher! —dijo Andy.

—¡No, no lo son! —farfulló Cane, y luego se quedó en silencio cuando vio que *Hender* lo miraba desde el otro extremo del fuselaje.

—¡Sí, lo son! —gritó Andy.

Cane aferró con más fuerza la culata del rifle de asalto.

—Relájese, amigo —le dijo Zero.

—Mire, Thatcher —prosiguió Nell—, no hay ninguna duda de que sin nuestra inteligencia esta isla jamás habría sido encontrada y nada de esto sería necesario. En nombre de la vida, lamento que cualquier cosa aquí sea destruida. Pero sería un asesinato matar a sabiendas a otros seres inteligentes, del mismo modo que sería un asesinato si permitiéramos que otras especies que habitan en esta isla llegaran al continente. Y sería un asesinato porque, a diferencia de todo lo demás en esta isla, *Hender* y los seres como él pueden obviamente elegir no ser unos monstruos. Y nosotros también podemos hacerlo. Estoy segura de que lo entiende, ¿verdad?

Thatcher la estudió con desprecio.

—Esa elección genera santos y pecadores, doctora Duckworth. Pacifistas y terroristas. Ángeles y demonios. Y no existe ninguna forma de prever cuál de ellos. Llevar a esta criatura y a otros seres como él al continente podría exponer muy bien al resto del mundo a un peligro que no sería capaz de resistir.

—Muy bien, ¿quién está de acuerdo en que los salvemos? —preguntó Zero, fulminando a Thatcher con la mirada al tiempo que levantaba la mano.

Nell, Geoffrey y Andy alzaron las manos.

—¡Sí!

Cane miró a través de la ventana mientras la oscuridad iba cubriendo el cielo.

Luego todos miraron a Thatcher, esperando su respuesta.

Detrás de sus ojos, el mecanismo giraba volviendo a calcular las posibilidades en contra.

De pronto, el zoólogo suspiró, aparentemente resignado.

—Muy bien —asintió al tiempo que alzaba la mano—. Por supuesto, respetaré la decisión del grupo, ya que parece que todo el mundo está de acuerdo. —Entonces se volvió hacia Cane—. Sargento, ¿se encuentra bien? Debería acompañarlo al coche. Vamos. —Cogió a Cane de un brazo y lo hizo girar en dirección a la puerta—. Necesitamos comunicarnos con la base por radio para decirles lo que hemos encontrado.

—Disponemos de veintidós horas y media antes de evacuar la isla —dijo Geoffrey mirando su reloj—. Será mejor que les digan que tenemos que empezar a hacer los arreglos necesarios de inmediato para el transporte de estas criaturas.

Andy los siguió hasta la puerta mientras *Hender* se apartaba para dejarles paso.

Apenas Thatcher hubo abierto la puerta, Cane vomitó fuera del fuselaje.

—¡Ajjj! —exclamó Andy, cerró la puerta tras de sí y volvió a reunirse con los demás.

—¡Ajjj! —repitió *Hender*.

### 19.29 horas

Thatcher palmeó la espalda de Cane, mirando hacia los campos grisáceos que se extendían debajo mientras las ruedas giraban en su cabeza como los engranajes de una máquina tragaperras. Vio que unas formas extrañas surgían del campo púrpura que rodeaba el árbol, atrayendo pequeñas nubes de bichos brillantes.

—No sé qué se les ha metido en la cabeza —dijo el zoólogo—. Esto es exactamente contrario a lo que nos advirtió el presidente, tratar de sacar especies vivas de la isla. ¿Cómo se siente, sargento?

—¡Me siento bien, señor! —mintió Cane.

Thatcher lo ayudó a superar los escalones que llevaban hasta el Humvee. Subió primero al vehículo y se inclinó para ayudar al soldado, pero éste rechazó su ayuda, se cogió del marco de la puerta y se instaló en el asiento del conductor.

Cane cerró rápidamente la puerta detrás de él. Estaba muy pálido y sudaba profusamente. Accionó la palanca de cambios, bajando la cabeza entre los brazos mientras respiraba profundamente varias veces.

Thatcher miró la isla a través de la ventanilla. Enjambres de insectos luminosos vagaban como espectros sobre los campos que se extendían más abajo. El anillo de la selva mostraba un resplandor tenue y rosado mientras un manto de neblina impalpable cubría la depresión alrededor del centro yermo, que sobresalía como una isla en la bruma.

—Bueno, esto es mucho peor de lo que cualquiera podría haber imaginado, sargento. Es una verdadera abominación. —Miró a Cane—. Contra Dios.

Cane cerró los ojos, respirando agitadamente y cogiendo el volante con una mano

y el crucifijo con la otra.

—Estos engendros de la naturaleza no deberían coexistir con los seres humanos en la Tierra. —Thatcher volvió a mirar a través de la ventanilla. Él era ateo, pero, dadas las circunstancias, ese enfoque era el mejor, pensó—. ¿Por qué, si no, iban a mantenerlos separados de nosotros desde el principio de los tiempos, sargento? ¡Por Dios! ¿Qué es lo que estamos tratando de hacer? ¡Los científicos de la base querrán salvar a esta especie precisamente porque es inteligente!

Thatcher lo miró y luego desvió la mirada hacia la ventanilla mientras los enjambres de bichos se movían a través de las colinas cientos de metros más abajo.

—Supongo que después de que obtienes algunos de los premios más prestigiosos de la ciencia tus colegas simplemente dejan de prestarte atención.

—Cualquiera pensaría que le prestarían más atención —musitó Cane.

Thatcher profirió una carcajada y miró en dirección a la base militar, que se encontraba a un kilómetro y medio de distancia. Ese descubrimiento anularía por completo la tesis de su libro justo cuando su carrera comenzaba a despegar. El hecho de que él estuviera allí cuando se descubrió vida inteligente en el ecosistema sustentable más antiguo del planeta causaría sensación, y sería una humillación profesional después de que su Principio Redmond predijera que la vida inteligente debe destruir su medioambiente. Su Premio Tetteridge perdería de inmediato su valor, incluso sería ridiculizado. Hasta podría ser revocado. Los demás premios jamás se materializarían. Pero había algo más, algo irracional que lo impulsaba, una tentación primitiva, una oportunidad reconocida por un impulso, una oportunidad que agudizaba una compulsión a la que se había enfrentado muchas veces, una creencia en su suerte, algo que lo colocaba en oposición natural al mundo. Nunca había podido resistir la tentación de apostar contra la banca.

Thatcher suspiró.

—Me gustaría no haber ganado esos premios, sargento. Tal vez mis colegas me escucharían ahora si nunca los hubiese ganado. Tal vez me escucharían.

La voz de Cane sonó baja y seria:

—¡Yo lo escucho, señor!

Thatcher meneó la cabeza sin mirar a Cane.

—Esas cosas pasarán a formar parte de nuestra sociedad, sargento, si abandonan esta isla. Compartirán nuestros vecindarios, nuestros trabajos, nuestras escuelas, incluso nuestros hospitales y nuestros cementerios. ¿Cómo les va a explicar eso a sus hijos? Esas criaturas son claramente superiores a nosotros física y mentalmente. Es probable que se reproduzcan más de prisa que nosotros. Les estaríamos cediendo nuestro mundo. ¿Podría repetirme cuáles son sus órdenes, sargento? Quiero decir, no quiero inmiscuirme en cuestiones militares, por supuesto, pero ¿qué haría si descubriera que alguien está tratando de sacar de forma clandestina especies vivas de

la isla?...

—¡Tengo órdenes de dispararle a cualquier persona que intente sacar de forma clandestina especies vivas de la isla, señor!

—Ah, sí. Eso es. Dígame, sargento, sólo hipotéticamente, si se encontrara usted en la extraordinaria posición, si fuera lo bastante afortunado como para encontrarse en el lugar preciso en el momento adecuado para salvar la vida de la Tierra, aunque ello significara desobedecer sus órdenes, ¿es usted la clase de persona que lo haría? ¿O es usted la clase de persona que obedecería las órdenes recibidas no importa cuáles pudieran ser las consecuencias para la raza humana?

—¿Hipotéticamente cómo, señor? —preguntó Cane.

—¿Qué pasaría si llamara por radio y dijera a la base que estamos recogiendo especímenes pero sin mencionar lo que realmente hemos encontrado? Ahora son las siete y media de la tarde. ¿Podría reunirse conmigo a las nueve, allí, sin que nos vean?

Thatcher señaló una ligera elevación en el terreno situada a unos treinta metros colina abajo de la casa de *Hender*; probablemente se trataba de una de las alas desmoronadas del B-29, hacía ya mucho tiempo desintegrada y engullida por el extraño trébol.

Cane miró duramente a Thatcher.

—¿Y luego qué, señor?

—Luego podríamos largarnos simplemente de aquí, sargento.

—¿Señor?

Thatcher se encogió de hombros.

—Ellos no tienen otro medio de transporte. Y mientras usted esté fuera puedo asegurarme de que no tengan ningún medio de comunicarse con la base.

—Eso sería un asesinato, señor.

—Llevarse a esas criaturas de la isla sería un genocidio, sargento. De toda la raza humana.

Después de un momento de silencio, Cane dijo:

—¿Adonde podría ir?

—A cualquier parte. Hasta las nueve.

—¿Y qué diríamos?

—Podríamos decir que nos atacaron mientras estábamos recogiendo especímenes y que los demás no consiguieron ponerse a salvo, sargento. Ellos insistieron neciamente en abandonar el vehículo y nosotros, sabiamente, permanecemos protegidos en el interior. Eso ha sido prácticamente lo que ha ocurrido hoy, ¿verdad? Usted no comunicó a la base lo que le pasó al doctor Cato. Diremos que todos murieron con él y en menos de cuarenta y ocho horas toda esta isla será el blanco de una bomba nuclear. ¿Podría ser más sencillo?

Cane miró al frente a través del parabrisas durante varios segundos. Luego puso en marcha el Hummer.

—Reunión a las veintiuna horas, señor —dijo, aunque se negó a mirar a Thatcher.

El zoólogo salió del vehículo y cerró la puerta del Hummer. Observó cuando Cane se alejaba.

En ese momento se percató de que el enjambre que brillaba tenuemente en la distancia cambiaba de dirección y ascendía la colina hacia él.

Thatcher se volvió y echó a correr.

*19.33 horas*

Thatcher irrumpió en el fuselaje y cerró rápidamente la puerta a su espalda.

*Copepod* le gruñó, mostrándole los dientes.

—No bueno, Thatcher —dijo *Hender*, provocándole un sobresalto.

—Estoy de acuerdo con él —dijo Nell—. ¿Qué han dicho, Thatcher?

—¡Por favor, llamen a ese perro! —dijo Thatcher.

*Hender* silbó y *Copey* corrió a su lado. *Hender* acarició la cabeza del perro con sus dos manos derechas y Thatcher lo estudió durante un momento.

—¿Qué fue lo que dijeron en la base, Thatcher? —preguntó Geoffrey.

—La actividad sísmica debe de estar interfiriendo la recepción de las comunicaciones —contestó él—. Cane dijo que tenía que acercarse más para transmitir el mensaje.

—¡Joder, ese tío estaba cagado de miedo! —señaló Zero.

—Tendría que haber ido con él para asegurarse de que al presidente le llegaba el mensaje correcto —dijo Nell, pasándose la mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Le anoté todo lo que tenía que decirles —replicó Thatcher—. ¡Cane ha dicho que regresaría pronto!

Un fuerte seísmo sacudió el fuselaje.

—*Aye-yai-yai-yeesh* —exclamó *Hender*.

—Esto no es bueno —dijo Geoffrey, buscando de dónde cogerse y mirando a Nell.

Todos miraron la variedad de objetos de *Hender*, que ahora bailaban colgados del techo del fuselaje.

—Las sacudidas son cada vez más intensas —señaló Andy—. Los *hendros* están alterados por estos movimientos de tierra.

—¿*Hendros*? —preguntó Thatcher.

—Yo los llamo *hendros* —dijo él—. Es una forma abreviada de *hendrópodos*.

Nell miró su reloj.

—Será mejor que Cane no se retrase demasiado, Thatcher. Teniendo en cuenta

todo lo que debemos hacer para trasladar fuera de la isla sanos y salvos a los *hendros*, no tenemos mucho tiempo.

—Debería ser suficiente —dijo Geoffrey para tranquilizarla, y a continuación miró duramente a Thatcher.

19.54 horas

Veinte minutos después, Andy preguntó por enésima vez:

—¿Dónde está nuestro conductor, Thatcher?

*Hender* y él jugaban a lanzarse mutuamente una pelota de plástico azul; Andy estaba sentado en el suelo delante de él mientras todos esperaban a que Cane regresara.

—¿Cómo voy a saberlo? —repitió Thatcher, mirando nuevamente su reloj.

—Tal vez están organizando un convoy o algo por el estilo.

Geoffrey había estado contemplando maravillado cómo la criatura jugaba a la pelota con Andy, estudiando cómo se movían los brazos y se flexionaban las articulaciones, y observando la psicología y la cultura en su inteligencia, su humor y la alegre interacción con Andy.

—Este lugar muy pronto estará lleno de militares —dijo Zero.

—¿Podéis imaginaros cómo habrá caído la noticia en la base? —preguntó Nell.

Zero dejó escapar una risita socarrona.

—Sí, debe de haber hecho saltar por los aires sus frágiles mentes de cáscara de huevo.

—Tenemos que pensar en alguna forma segura de transportarlos. Andy, tú tendrías que viajar con *Hender* —dijo Nell.

—Asegúrate de que el ejército lo sabe, Nell —repuso él, devolviéndole la pelota a *Hender*—. A mí la gente no me escucha.

—Será mejor que lleguen pronto —dijo Geoffrey.

—Todo cuanto podemos hacer es esperar —dijo Zero encogiéndose de hombros.

—Pero no podemos esperar demasiado —replicó Nell.

A pesar de las torpes devoluciones y los fallos de Andy, *Hender* utilizaba cuatro manos, incluso la quinta y la sexta cuando era necesario, para devolver la pelota en un juego hipnótico. *Copepod* corría entre ambos, jadeando de excitación.

Cuando se estiraba con todos los miembros extendidos, *Hender* tenía la apariencia de una araña. Sin embargo, cuando estaba sentado, mostraba una barriga entre el anillo pélvico y el anillo medio, y tendía a apoyar los antebrazos superiores encima de la misma. Ahora, sentado frente a Andy con los brazos superiores plegados contra su largo cuello como si de hombros se tratara, parecía una mezcla de Buda y Vishnú, con amplios anillos de luz esmeraldas y rosados que emanaban de su pelaje blanco.

Nell y Geoffrey se sorprendieron el uno al otro contemplando el juego. Ambos se echaron a reír compartiendo su asombro y bajaron para sentarse en el suelo junto a Andy.

—¿Sabéis? Creo que alguna especie podría haber salido ya de la isla Henders —especuló Geoffrey.

—Deja que adivine —dijo Andy, golpeando la pelota azul—. ¿Estomatópodos? —No consiguió cogerla de vuelta y *Hender* salvó la pelota.

—Exacto. ¡La esquila de agua! ¿Tú pensaste lo mismo?

—¿Qué crees que fue lo que atacó el vehículo explorador de la NASA? De ese lago salieron unas esquilas de agua de diez metros de largo.

—¡Vaya! —exclamó Geoffrey—. ¡Ángel tendría que estar aquí!

—¿Ángel? —dijo Nell.

—Mi colega en el laboratorio, Ángel Echevarría. Un apasionado de los estomatópodos. Detectó el parecido con la esquila de agua en el último episodio de «SeaLife». *Hender* también guarda un vago parecido con ellas, especialmente en la forma en que pliega sus miembros superiores. Y los ojos.

—¿Crees que la esquila de agua podría haber evolucionado aquí? —preguntó Nell.

—Los estomatópodos evolucionaron hace sólo doscientos millones de años —señaló Andy—. Este lugar ha permanecido aislado durante mucho más tiempo.

—Correcto, Andy —dijo Geoffrey—, pero el Pacífico Sur está considerado el centro de la irradiación adaptativa de la esquila de agua. La isla Henders estaba justo aquí, en el medio. Los atributos superiores de la esquila de agua podrían explicarse por este ecosistema hipercompetitivo, y continúan propagándose por todo el mundo a una velocidad asombrosa. Es posible que se trate de la única especie que escapó de la isla.

—Sí, tal vez —dijo Andy, fallando otra vez al tratar de coger la pelota.

—¿De modo que están diciendo que esta criatura evolucionó de una esquila de agua? —Thatcher había permanecido todo el tiempo en silencio, mirando ocasionalmente el reloj.

—No, por supuesto que no —repuso Geoffrey—. No más de lo que nosotros evolucionamos de un mono araña, pero es posible que tengamos un ancestro común.

—Él no se parece en nada a un crustáceo —dijo Thatcher.

—Pero podría, si los crustáceos hubiesen seguido evolucionando en la misma dirección que lo hicieron finalmente los lagartos y los mamíferos —respondió Geoffrey—. Si los hubiesen dejado solos, ¿habrían seguido un camino similar al de los mamíferos? ¿Sus exoesqueletos se habrían encogido para sumergirse luego debajo de una epidermis impermeable y queratinosa para repeler la deshidratación, como los reptiles, los pájaros y los humanos?

—La sepia tuvo una vez un caparazón similar al del nautilo que absorbió a lo largo de millones de años —señaló Andy.

—Tal vez los mismos genes que llevaron a la exhibición de color de la sepia condujeron también a esa rama evolutiva.

—Me gusta tu manera de pensar, doctor Binswanger —dijo Nell.

Geoffrey sonrió.

*Hender* palmeó con impaciencia la rodilla de Andy y éste cogió la pelota y se la lanzó a la criatura.

—Eso es completamente absurdo —replicó Thatcher, negando con la cabeza—. Las langostas son más primitivas que los estomatópodos, y se cree que fueron sus ancestros. ¡Eso significaría que todos los artrópodos evolucionaron en la isla Henders!

—¡Ja! —exclamó Andy—. Los estomatópodos y las esquilas de agua forman parte de la misma familia de artrópodos, *Malacostraca*, por supuesto, pero pertenecen a subclases completamente distintas. Sólo Schram pensaba que podían ser descendientes del mismo ancestro *Eumalacostraca* primitivo, pero la mayoría de los carcinólogos lo rechazaron como un árbol genealógico innecesariamente complicado, ¡doctor beca Genius! Y nadie, absolutamente nadie, diría que los estomatópodos descienden de las langostas. ¡Joder!

—De acuerdo, puede que mi clasificación de los crustáceos esté un tanto oxidada —concedió Thatcher, intensamente sonrojado—. ¡La cuestión es que todos los artrópodos no pueden haber evolucionado aquí!

—No sólo pienso que no es necesario que todos los artrópodos hayan evolucionado en la isla Henders para que la esquila de agua se haya originado en este lugar —dijo Geoffrey—, sino que también creo que es posible que todos los artrópodos evolucionaran realmente aquí, doctor Redmond. En la época en que este fragmento de tierra formaba parte del supercontinente Pannotia.

—La isla Henders debió de ser mucho más grande durante la mayor parte de su historia —confirmó Nell—. Dios, entonces podría haber existido toda una civilización de la clase de *Hender*. ¿Quién puede saber hasta dónde se remonta su historia?

—¡Caray, tío! —exclamó Zero con una sonrisa mientras lo grababa todo con sus cámaras. Vio un indicador rojo en su cámara manual—. ¡Mierda! —dijo, y se apresuró a cambiar la tarjeta de memoria.

—¡Mierda, mierda, mierda! —canturreó *Hender*.

—No le enseñes a decir esas cosas, Zero —lo reprendió Nell.

—Lo siento —dijo él, enfocando con la cámara recién cargada.

—Aún no entiendo adonde quieren ir a parar —dijo Thatcher mientras volvía a echar un vistazo al reloj.

—La esquila de agua es, con diferencia, el crustáceo más avanzado de este planeta. Es posible que evolucionara de forma independiente en este fragmento de Pannotia antes de escapar de aquí hace doscientos millones de años. Tiene que pensar con una perspectiva más amplia y menos ortodoxa, Thatcher.

Geoffrey le sonrió a Nell.

—La maldición del hombre. —Thatcher frunció los labios debajo de su espeso bigote—. Esa perspectiva dentro de la cual estamos acostumbrados a pensar es el orden natural, doctor Binswanger.

—Esa perspectiva es el pensamiento convencional, doctor Redmond —replicó Geoffrey.

—Aquello que es racional es locura para la naturaleza. Los intentos inocentes de la mente inquisitiva llevan invariablemente a recomponer una sinfonía que ha sido afinada y sincopada durante millones de años.

—La historia de *Hender* demuestra que está equivocado —contestó Geoffrey.

Thatcher apretó las mandíbulas.

—En este momento, presuntamente, hay sólo un puñado de ellos. ¿Cómo puede prever lo que sucederá cuando haya millones?

—¿Y usted?

—Esperad un momento, hay algo aquí que me preocupa —interrumpió Nell—. ¿Estáis diciendo que mi plato favorito, la langosta, podría haber evolucionado en la isla Henders?

Geoffrey asintió.

—Bueno, sí, a partir de una primera oleada de emigración, cuando Henders formaba parte del supercontinente.

Nell sonrió.

—¿Y cómo podría haber aumentado sus expectativas de vida el hecho de vivir aislados? Tú lo mencionaste antes. Por cierto, me encanta cómo funciona tu mente, doctor Binswanger.

El pelo cobrizo de Nell estaba enredado, y su camisa aún estaba húmeda por la llovizna de agua salada. El pulso de Geoffrey se aceleró inesperadamente cuando ella se inclinó hacia adelante, una mano apoyada delante de la otra sobre sus piernas cruzadas, admirando abiertamente una parte de él que la gente raramente notaba mientras Nell lo miraba fijamente a los ojos.

Thatcher volvió a comprobar la hora, mordisqueando nerviosamente los últimos cacahuetes que había deslizado en su bolsillo número cuatro de un paquete del avión.

Andy cogió la pelota y se volvió hacia Geoffrey.

—Oh, sí, casi lo olvido: *Hender* tiene una colección de fósiles.

—¿Qué?

Nell, Geoffrey y Thatcher se dieron cuenta de pronto de que los fósiles de la isla

Henders eran como fósiles de Marte.

Andy sonrió.

—Así es. Y a mí me parecen biota del precámbrico. Tiene el *Anomalocaris* más primitivo que he visto nunca.

—Encontraron algunos restos fósiles cuando excavaron la ladera de la colina para instalar la base del ejército, pero nada que resultara identificable —dijo Nell.

—Puesto que nuestro conductor se está tomando su tiempo para regresar, Thatcher, echemos un vistazo.

—Deben de estar organizando una partida de rescate —repuso él.

—Espero que tenga razón —replicó Zero mirándolo con dureza.

—¿Dónde están esos fósiles? —quiso saber Geoffrey—. ¡Tenemos que asegurarnos de llevarlos con nosotros!

—*Hender* —dijo Andy—. ¿Fósiles?

*Hender* asintió, volviéndose y buscando debajo de una encimera hecha con unas planchas de madera atadas entre sí. Con todos sus brazos en movimiento, sacó una pila de cuatro cestas planas y hexagonales que parecían tejidas con una fibra resistente.

*Hender* giró como si fuera una grúa y, con los cuatro brazos, colocó la pesada pila en el suelo. Luego abrió la tapa de la cesta que había encima.

Geoffrey y Nell se arrodillaron en el suelo casi sin aliento.

Thatcher no pudo resistir la tentación y se levantó para echar un vistazo por encima de sus hombros.

—Son fósiles de cuerpo blando —susurró Geoffrey.

—Dios mío, el detalle es exquisito —murmuró Nell mientras observaba un gusano rojizo en forma de pluma con ojos de caracol perfilados como en una instantánea.

—Parecen más antiguos que los especímenes de Burgess —señaló Geoffrey—. Incluso más próximos al inicio de la explosión cámbrica...

—¡Mirad! Hay una versión primitiva de *Wiwaxia*, y... ¿eso podría ser *Hallucigenia*?

Nell señaló un camafeo rojo de un animal semiesférico con pequeñas púas en su lomo curvo. Un diminuto gusano claveteado estaba incrustado en el trozo de pizarra de color oliváceo.

—Podrían ser sólo crías —dijo Thatcher.

Nell levantó el trozo de pizarra para revelar otra hoja de piedra que mostraba animales fantásticos atrapados en mitad de un salto mortal, medio planeo y media pirueta por una súbita avalancha de lodo hacía seiscientos millones de años.

—Más grandes —dijo ella—. Pero, aun así, más primitivos.

—Los otros podrían ser crías —dijo Geoffrey—. Pero estos adultos siguen siendo

más primitivos que cualesquiera fósiles del Cámbrico que yo haya visto. ¡Observad la simetría radial en estos artrópodos!

—¡Mirad esta alga acolchada! ¡Dios mío, podrían ser los eslabones perdidos entre la vida ediacarana y cámbrica! —exclamó Nell.

—¡Ésta podría ser la página ausente, el momento previo a la explosión cámbrica, antes de que la vida se ramificara hacia nuestro mundo y éste!

Zero lo estaba grabando todo en vídeo.

—No entiendo nada, chicos. ¡Pero no os preocupéis por mí!

—Fósiles —dijo *Hender* con orgullo.

—Sí, *Hender* —asintió Nell extendiendo la mano hacia él.

La criatura la cogió con cuidado entre sus cuatro suaves manos, con los ojos muy abiertos y las seis «pupilas» fijas en ella.

—Está bien, Nell —canturreó *Hender*.

—Sí —dijo ella mientras asentía y se echaba a reír—. ¡Está muy bien!

—Será mejor que guardemos todo esto para llevarlo con nosotros —sugirió Andy—. *Hender* tiene más fósiles en cestas más pequeñas por todas partes.

—¡Oh, *basta!* —dijo Nell echándose a reír.

—¡Joder! —exclamó Zero, y miró al cielo con un solo ojo—. Con este material me puedo retirar a las Fiji. —Se echó a reír—. Aunque no es que quiera hacerlo.

—¿No? ¿Qué harás, Zero? —Nell le quitó la cámara manual, girando alrededor de él y enfocándolo con ella.

—Bueno —sonrió Zero, poco acostumbrado a encontrarse del otro lado del objetivo, con el rostro iluminado—. Probablemente navegue alrededor del mundo para grabar algunos documentales. ¡Quizá hasta escriba un libro!

—¡Genial!

—Supongo que todos podemos escribir un libro después de esta aventura. —Geoffrey soltó una carcajada mientras Nell giraba la cámara hacia él.

—Y probablemente todos ganemos Premios Tetteridge —dijo Andy—. ¿Verdad, Thatcher?

Nell tomó un primer plano de Thatcher en el momento en que el zoólogo sonreía con expresión afectada.

Geoffrey sonrió a su vez.

—Me pregunto quién interpretará mi papel en la película —dijo.

—Tom Cruise, sin duda —murmuró Thatcher.

—Sí, eso sería divertido. Porque soy negro y Tom Cruise es blanco y todo eso, sí.

—Imaginad el libro que escribiré *Hender*. —Nell volvió la cámara hacia él.

—Ahí tenemos el Nobel asegurado —dijo Andy.

De pronto, *Hender* le hizo una seña a Andy y se acercó a la ventanilla de la cabina.

—Quiere un poco de intimidad —tradujo Andy.

Vieron que la criatura miraba hacia el mar, donde raramente había visto los vehículos de los seres humanos pasando en la distancia.

Nell le devolvió la cámara a Zero.

Geoffrey vio un manual de señales de la segunda guerra mundial en el suelo junto a sus pies. Estaba abierto en una página con código morse. Se lo mostró a Nell.

—Andy —preguntó ella.

—¿Sí?

—¿Tú sabes utilizar el código morse?

—No. De pequeño no me admitieron en los exploradores.

—De todos modos, no tenemos ninguna forma de hacer señales a la base desde aquí —les recordó Zero.

Nell cogió el libro de manos de Geoffrey.

—¡*Hender* debió de deducir la palabra correspondiente a la señal de socorro o emergencia y la hizo coincidir de alguna manera con el SOS del código morse!

—Espera un momento, ¿quieres decir que fue *Hender* quien envió esa señal? —exclamó Geoffrey.

—Eso es imposible —replicó Thatcher.

—Fue *Hender* quien activó la EPIRB —susurró Nell.

—Caray —dijo Zero.

—¡Vaya! —exclamó Andy.

—¿Qué es una EPIRB? —preguntó Geoffrey.

—La baliza de emergencia que trajo a «SeaLife» a la isla —explicó Nell—. Quizá estaba preocupado por los terremotos. Tal vez pensó que la isla estaba en peligro. Podría haber visto la palabra «Emergencia» en la EPIRB del velero que quedó varado en la playa y dedujo la manera de activar la baliza.

—¡Sí, tío! —exclamó Zero.

—«Socorro, le dijo la araña a la mosca» —dijo Thatcher.

Una forma apareció en uno de los agujeros oscuros que había en el fuselaje por encima de Nell. Otro ejemplar de la especie de *Hender* observó con cautela a los atónitos seres humanos. Unos brillantes diseños en azul y verde fluctuaban en la sombra sobre su cuerpo y sus miembros cubiertos de pelo blanco antes de que entrara en la cámara iluminada de verde.

Thatcher contuvo el aliento y retrocedió un paso involuntariamente.

Detrás del primer espécimen apareció otro, y luego otro y otro más, cada uno exhibiendo una paleta de colores completamente diferente. En las manos y las espaldas llevaban bultos, morrales y paquetes que contenían un extraño surtido de objetos: herramientas, juguetes o armas personalizadas fabricadas con materiales autóctonos y hechos por el hombre recogidos en la playa y empleados para usos

originales.

Los cuatro recién llegados se inclinaron con elegancia sobre sus patas elásticas y se acercaron a los humanos, desplazándose sobre cuatro o seis miembros con las cabezas gachas, como si se aproximaran a unas deidades.

*Hender* fue a saludarlos. Le hizo a Andy las mismas señas con las manos que habían intercambiado antes y luego sus compañeros lo siguieron a la cabina del avión en el extremo del fuselaje.

Los humanos trataron de espiarlos sin que resultara demasiado obvio cuando las criaturas se reunieron para celebrar una conferencia musical y susurrada.

Ahora el morro del avión estaba a oscuras. Sólo la luz del cielo estrellado perfilaba las siluetas de las cinco criaturas contra la cabina del B-29 que se proyectaba sobre el océano. Desde lejos, los recién llegados parecían seres ligeramente siniestros cuando volvían sus ojos brillantes hacia el grupo de los humanos.

*Hender* dejó de hablar y agitó algunos frascos llenos de bichos fosforescentes para iluminar la cabina del avión. Siguiendo su ejemplo, todos saludaron amablemente a los humanos antes de reanudar su discusión.

El corazón de Nell le golpeaba en las costillas. El hecho de estar en presencia de criaturas terrestres que podrían haber precedido a los seres humanos en millones de años hacía que ella también se sintiera extrañamente alienígena. Era una sensación extraordinaria.

—Una especie inteligente —susurró.

—Parece como si cada uno de ellos estuviera hablando en una lengua diferente —susurró Geoffrey a su vez.

Nell asintió.

—Quizá por eso *Hender* es tan bueno con los idiomas.

—Estas criaturas son un poco más inteligentes de lo que usted pensaba, ¿verdad, Thatcher? —dijo Andy.

El zoólogo no mostró expresión alguna.

—Oh, sí.

—¿Por qué hablarán lenguas diferentes?

—Tal vez son muy, muy viejos —sugirió Nell.

—Tendrás que explicarme eso —dijo Geoffrey.

—Bueno, quizá cada uno de ellos es el último ejemplar de un grupo étnico o cultural independiente. La coloración del pelo es notablemente distinta.

—Tal vez —convino Geoffrey—. Pero en ese caso tendrían que ser increíblemente viejos, Nell, para mostrar semejante variación genética y cultural.

—Como ya he dicho, creo que estos seres son increíblemente viejos —insistió Andy.

Geoffrey consideró su propio principio relativo a la expectativa de vida mientras observaba las siluetas de las criaturas perfiladas contra la ventanilla, iluminada por la luz de la luna de ese avión caído en la isla hacía más de sesenta años.

—Es posible que realmente no tengan una duración máxima de vida.

—¿Cómo? —preguntó Nell—. Tendrás que explicarme eso.

—Lo haré —asintió Geoffrey.

—Los *hendros* tienen túneles que probablemente sean estructuras de raíces fosilizadas que conectan estos árboles gigantes alrededor del borde de la isla —dijo Andy.

—¿Cuántos árboles hay? —preguntó Geoffrey.

—Seis o siete, creo, y estas criaturas viven todas solas en árboles separados. Ese tío multicolor es pintor. El que tiene el pelo de rayas negras y azules aparentemente inventa armas y trampas y algunas otras cosas. El anaranjado es músico y creo que el verde y azul es médico.

Nell se percató de que las combinaciones de colores se volvían más intensas a medida que Andy los señalaba.

—¿Cómo sabes lo que hace cada uno de ellos, Andy?

—Asistí a una cena organizada en el árbol del médico. Después de comer intercambiaron algunos objetos. *Hender* les cambió algunas cosas que había recogido en la playa.

—¡Eso es genial! —dijo Zero.

—Creo que los *hendros* han tomado una decisión —observó Thatcher.

La discusión parecía haber acabado y ahora las criaturas regresaban a donde estaban los humanos. *Hender* se adelantó a los demás y extendió dos brazos.

—*Hender* comer humanos ahora —dijo.

Thatcher palideció.

*Hender* alzó un dedo.

—Broma —añadió.

—Yo le enseñé esa palabra —dijo Andy echándose a reír—. ¡No se asuste, Thatcher!

—Broma, Thatcher —asintió *Hender*.

—Este tío sin duda tiene futuro en «The Tonight Show» —dijo Geoffrey.

Los otros *hendros* observaron cómo se reían los humanos y se miraron entre ellos asombrados.

20.42 horas

A pesar de su apariencia alienígena, los parientes de *Hender* poseían una belleza extraña, con miembros elegantes que expresaban diferentes estilos al moverse. Con capacidad para moverse con dos, cuatro o seis miembros, ya fuese colgando del techo

o caminando por el suelo, cada uno de esos seres se movía de maneras desconcertantemente diferentes de los demás. Era como si cinco antílopes hubieran descubierto cinco formas completamente diferentes de andar utilizando las cuatro patas. Su pelaje también variaba de forma notable, no tanto a la manera de diferentes razas de gatos, sino como personas que usaran ropa distinta. Al observarlos, sólo se podía llegar a la conclusión de que cada uno poseía un estilo original y, en ese sentido, eran esencialmente humanos. Sólo los seres humanos que caminaban, gateaban, nadaban o se lanzaban en paracaídas en caída libre mostraban una elección individual tan notable.

—Ver otros. —La voz aflautada de *Hender* tenía un tono melodioso—. Gracias, gracias, gracias. Salida de emergencia. ¡Peli-gro-so!

—Sí, *Hender*. ¡Peligroso! —Geoffrey asintió. Se señaló a sí mismo y luego hacia la puerta—. Cuando lleguen los demás, puerta de emergencia. ¿De acuerdo?

*Hender* sonrió, revelando los tres grandes dientes que se plegaban alrededor de las mandíbulas superior e inferior, y asintió con decisión.

—¡Sí, peligroso! ¡Salida de emergencia! ¡Gracias, de acuerdo, Geoffrey!

*Hender* tradujo las palabras para sus cuatro compañeros, cuyos ojos se pasearon entre él y los humanos.

—Hablas muy bien la lengua de *Hender* —le dijo Nell a Geoffrey en voz baja.

—*Hender* sólo emplea verbos imperativos y nombres simples, probablemente gracias a la asociación de las palabras con dibujos en direcciones y etiquetas de advertencia. Están diseñadas de modo que nadie necesite saber leer para entenderlas, pero a menudo presentan una variedad de traducciones verbales.

—¡Quién lo hubiera dicho! —musitó Zero—. Yo, que siempre he detestado esas cosas.

Nell sonrió, encantada.

—¿Quién hubiera dicho que las etiquetas de advertencia serían la piedra Rosetta?

Thatcher había permanecido con la mirada perdida, pero rompió súbitamente su silencio.

—Aún no veo cómo pudieron evolucionar aquí.

—Es muy fácil —dijo Andy—. Desaparecieron.

Nell miró a Andy desconcertada.

—Creo que su pelo puede notar la luz y reflejarla de alguna manera en el lado opuesto de sus cuerpos. Eh, *Hender*, ¡desaparece! No os preocupéis, le encanta hacerlo. ¡Sabe que a mí me vuelve loco!

*Hender* asintió y le sonrió a Andy mientras su espeso pelaje se ablandaba.

Aunque lo estaban mirando, *Hender*... desapareció. El fondo parecía emanar a través de él, dejando visibles sólo la sonrisa y dos ojos.

—¡Dios mío! —musitó Thatcher.

—¡Es el maldito gato de Cheshire, colega!

Todos los *hendros* lo imitaron, fundiéndose con el fondo excepto por sus ojos coloridos y la boca sonriente.

—¡Joder! —dijo Zero mientras reía y grababa la escena.

—Así debió de ser como sus ancestros consiguieron aflojar el paso el tiempo suficiente para pensar en este medioambiente —dijo Nell con expresión pensativa.

—Y fabricar herramientas —añadió Geoffrey.

—Ellos pueden salirse de esta demencial cadena alimentaria.

La mirada de Geoffrey se iluminó cuando una idea se encendió en su mente.

—¡Eso es! La muerte por depredación es algo tan común aquí que ninguna de estas especies necesitaba un reloj biológico para implementar una duración máxima de la vida. Cuando estos individuos desarrollaron la invisibilidad... —Geoffrey miró a Nell con evidente excitación—. Es posible que se convirtieran en criaturas virtualmente inmortales, lo que les permitió preservar la integridad de su charca genética reduciendo la procreación a su mínima expresión. Las criaturas inteligentes no podían reproducirse con mucha frecuencia en una isla tan pequeña —murmuró Geoffrey—. En un grupo tan reducido como éste, el riesgo de poner en peligro la charca genética hubiera sido demasiado grande. De modo que, cuanto más tiempo dura cada generación, menos posibilidad existe de que se produzca la corrupción genética. ¡Es un escenario que jamás imaginé!

—¿O sea, que la especie de *Hender* podría ser inmortal? —susurró Nell—. Dios mío...

—En la selva hay versiones de mono de *Hender* que también desaparecen —explicó Andy—. Quentin y yo los llamábamos *camaronees*. A *Hender* no le gustan demasiado porque les roban cosas de sus trampas.

—Por si les interesa mi opinión, parece una especie más segura para rescatar —dijo Thatcher.

—¡Eh, imbécil, hoy *Hender* nos salvó la vida a todos! —replicó Andy—. A los *camaronees* le hubiera servido de almuerzo.

—Docenas de personas han muerto en esta isla en pocas semanas, doctor Redmond —dijo Nell—. Por ahora estamos seguros aquí, pero fuera de este árbol no duraríamos más que unos minutos.

—¡Por cierto! —Andy se levantó y se ajustó las gafas sobre la nariz, enarcando las cejas hacia el rubicundo zoólogo—. Sólo por curiosidad, Thatcher, ¿dónde cono está nuestro conductor?

—Ya tendría que haber regresado —respondió Thatcher acaloradamente.

—¿Qué ha hecho con él, Thatcher?

—¿Qué es lo que está sugiriendo? —farfulló el hombre.

—Estoy empezando a preguntarme cosas acerca de usted. Quiero decir... ¿hasta

dónde sería capaz de llegar para proteger la biosfera de la vida inteligente? Después de todo, los seres humanos somos el mayor peligro para este planeta, ¿no es así?

—No me gusta nada lo que está sugiriendo —replicó Thatcher.

—¡Escuche, si el sargento Cane no regresa pronto, no tendremos ninguna posibilidad de cruzar la isla! —dijo Zero.

—Y aunque permanezcamos aquí dentro, desapareceremos con un *big bang* —dijo Geoffrey, estudiando a Thatcher detenidamente.

—¿Está completamente seguro de que ese chico entendió bien el mensaje que debía transmitir? —preguntó Zero.

—¿O deberíamos empezar a preocuparnos? —añadió Nell.

—¿De qué me están acusando exactamente...?

Otro temblor de tierra hizo que el fuselaje se agitara alrededor de ellos.

Los *hendrópodos* volvieron a aparecer y se acercaron a los humanos.

—Con esta actividad sísmica, los militares ya podrían haber comenzado a evacuar la isla —dijo Geoffrey.

—¡Tal vez el ejército no quiere que los *hendros* abandonen la isla y han decidido largarse sin nosotros!

—Podría haber sufrido un accidente —concedió Thatcher, comprendiendo de pronto que podía ser verdad y rezando para que no fuera así.

—Tal vez sufrió una emboscada por parte de Dios sabe qué ahí fuera —dijo Geoffrey.

—Muy bien —dijo Nell—. Ésas son demasiadas suposiciones, chicos. Zero, ¿puedes hacer un zoom con la cámara en dirección a la base para ver qué es lo que está ocurriendo allí?

*20.47 horas*

Zero colocó la cámara sobre un trípode en el exterior de la puerta de *Hender*. En modalidad de visión nocturna vio un paisaje verdoso con el anillo quebrado de la selva alrededor del fondo de la isla iluminado como una galaxia. Hizo un zoom en dirección al Trígono, situado a un kilómetro y medio, y vio helicópteros y Humvee que regresaban a la base a toda velocidad.

—¡Joder, parece que lo están recogiendo todo para largarse de aquí!

Zero dirigió entonces la cámara hacia el oeste. Vio que la grieta en la pared más alejada de la isla se había agrandado. El agua del mar había convertido el estanque que le había salvado la vida en un auténtico lago.

—Esa grieta se está abriendo. El océano está entrando a través de ella.

—¡Mierda!

Nell se hizo a un lado para que Geoffrey pudiera echar un vistazo.

—Cuando el agua golpea contra antiguas fallas secas... ¡Bang! Un seísmo

instantáneo. —Geoffrey miró a través del visor—. Cada temblor de tierra provocará que entre más agua en el sustrato de la isla.

—Genial —murmuró Zero.

—¿Confiamos en Thatcher? —preguntó Geoffrey de pronto.

Nell frunció el ceño.

—La respuesta está en la pregunta.

—No creo que tenga el coraje de matarse junto con nosotros —dijo Geoffrey.

—Tal vez tengas razón. Es posible que le haya dicho a Cane lo que debía transmitir a la base. Pero también es posible que Cane no lo haya hecho. Y estoy empezando a preguntarme si, aun cuando lo haya hecho, podemos contar con que vengan a rescatarnos. Sé que es terrible pensar algo así, pero debemos ser realistas. Thatcher podría no ser el único a quien no le gusta nada la idea de que vida inteligente abandone la isla. Es posible que no haya sido bien recibida por los jefazos. O, quizá, simplemente Cane nos haya abandonado.

—Estaba pensando exactamente lo mismo. Ese tío estaba trastornado —dijo Zero.

—Y no tenemos ningún medio de transporte ni de comunicación —añadió Geoffrey.

Un enorme enjambre de bichos fosforescentes voló sobre los campos púrpuras bañados por la luz de la luna.

—Es hora de entrar, chicos —advirtió Zero.

*20.50 horas*

Nell, Geoffrey y Zero entraron en el B-29 y cerraron la puerta tras de sí.

Un Thatcher tenso estaba sentado sobre un cajón, rodeado de curiosos *hendros* que le tocaban la barba roja y miraban dentro de los múltiples bolsillos de su chaleco. Uno de ellos descubrió un cacahuete rezagado que Thatcher había pasado por alto y lo examinó atentamente con uno de sus ojos. Luego cogió el cacahuete con los labios y lo mordió mientras exhibía lo que parecía ser una sonrisa de placer con su amplia boca. Con dos dedos arqueados le ofreció a Thatcher una especie de embrión seco en miniatura.

Andy había estado montando guardia a través de la ventanilla de la cabina en el extremo del fuselaje.

—¡Eh, chicos! —gritó—. ¡Se marchan sin nosotros!

Humanos y *hendros* corrieron hacia la cabina y miraron a través de la ventanilla del B-29 cubierta con un plástico.

Thatcher, en cambio, permaneció donde estaba, sentado cerca de la puerta, controlando la hora.

20.51 horas

Dos buques de guerra de la marina dejaban una estela verde de filoplancton luminiscente agitado por sus hélices al alejarse de la isla. Abajo, rodeando el acantilado con rumbo norte, apareció un barco más pequeño.

—¡El *Trident*! —gritó Nell.

Geoffrey enarcó una ceja.

—¿Eh?

—Es el barco del programa «SeaLife» —le explicó Zero.

—Oh —dijo Geoffrey.

—¡Nunca pensé que me alegraría tanto de verlo! —exclamó Nell.

—¡Esperad un momento! —Zero sacó de uno de los bolsillos del pantalón un pequeño videotransmisor de corto alcance y desplegó la antena. Luego colocó un conector a la cámara y otro a un altavoz y le pasó el transmisor a Geoffrey.

—Dirige la antena hacia el *Trident* —dijo—. ¡Tal vez todavía tengamos una oportunidad! Este chisme sólo tiene un alcance de setecientos metros, pero quizá consigamos un rebote en el agua. ¡Venga, Peach!

20:52 horas

Peach estaba jugando al *Halo 5* con los auriculares puestos, mientras escuchaba *Sabotage* de los Beastie Boys y masticaba cortezas de cerdo.

Hizo desaparecer toda una galería de alienígenas monstruosos con furiosa eficacia y, de pronto, su sentido arácnido detectó un mensaje en la esquina superior derecha de la pantalla:

## TRANSMISIÓN ENTRANTE

Peach se quitó un auricular.

—¿Qué coño..?

Pulsó algunas teclas en el teclado y activó rápidamente la transmisión.

Nell, Andy y Zero hacían señas frenéticamente con los brazos en una ventana de la pantalla. Detrás de ellos se veía un grupo de criaturas que parecían salidas de un videojuego.

Por un momento se quedó asombrado pero luego subió el volumen.

—¡Peach! ¡Peach! ¿Estás ahí? ¡Socorro!

Peach no podía mover la lengua. Cogió torpemente el micrófono.

—¿Zero? ¿Eres tú, tío?

Peach estiró otro juego de auriculares provisto de micrófonos que llevaba en la

cabeza y lo colocó delante de su boca.

—¡Jefa! ¡Jefa! ¡Será mejor que vengas aquí ahora mismo!

20.54 horas

La puerta del puente de mando se abrió de pronto y Cynthea entró a la carrera, sobresaltando al capitán Sol y al primer oficial Warburton.

—¡Capitán, tiene que detener el barco! —dijo Cynthea sin aliento—. ¡Eche el ancla!

—¿Es que se ha vuelto loca? No puedo hacerlo cuando la marina de Estados Unidos acaba de ordenarnos que nos alejemos a una distancia segura de un *estallido nuclear*.

—Se trata de Nell, Zero y Andy. ¡Han quedado abandonados en la isla, capitán! ¡Necesitan ayuda!

El capitán Sol ladeó la cabeza y la miró.

—¿Andy? Pensaba que ese pobre chico estaba muerto.

—Si seguimos alejándonos de la isla quedaremos fuera de cobertura —le imploró Cynthea—. ¡Por favor! ¡Detenga el barco!

El capitán Sol frunció el ceño pero le hizo una seña de mala gana a Warburton para que apagara los motores tras comprobar la sinceridad de las palabras de Cynthea en sus ojos.

—Llama por radio al *Enterprise* y diles que hemos recibido una llamada de socorro —ordenó a Warburton.

—¡No! —gritó Cynthea—. Primero será mejor que venga a ver esto.

El capitán Sol frunció el ceño aún más.

—Señora, si es otra clase de maniobra publicitaria...

—¿Qué les digo, capitán? —preguntó Warburton.

El capitán Sol apretó los dientes.

—Diles... que tenemos problemas con un motor.

—¡Usted es mi dios, capitán Sol! —Cynthea lo besó en la mejilla bronceada—. ¡Mi dios del mar!

—¡De acuerdo, ya está bien!

El capitán meneó la cabeza mirando a Warburton y luego abandonó rápidamente el puente tras Cynthea.

El primer oficial se comunicó con el *Enterprise* con la voz suave de un pinchadiscos de medianoche.

—Hola, *Enterprise*, tenemos un pequeño problema con los motores y estamos trabajando en ello. Deberíamos tenerlo solucionado dentro de poco tiempo...

20.55 horas

El capitán Sol y Cynthea observaban el monitor instalado encima de Peach mientras él conectaba el sonido. La imagen estaba borrosa por las interferencias.

—¿Y por qué cono no debería decirle a la marina que envíe una partida de

rescate, maldita sea, Zero? —preguntó el capitán.

—Porque tal vez no quieran rescatar lo que hemos encontrado —repuso él.

—Es posible que nos abandonen deliberadamente en la isla, capitán —dijo Andy.

—Pero ¿qué podrían haber encontrado allí, por todos los diablos? —preguntó el capitán—. ¡Todo lo que hay en esa isla se convertirá pronto en un hongo nuclear! ¿Cuánto más pueden empeorar aún las cosas, joder?

—Capitán Sol, por favor, respire profundamente —dijo Andy—. ¿Ya lo ha hecho? Muy bien. Ahora cierre los ojos y, cuando yo le diga, ábralos...

El capitán Sol no lo hizo.

—Andy —suspiró Nell.

Andy colocó a *Hender* delante del visor y gritó:

—¡Muy bien, ya puede abrirlos!

El pelo de *Hender* brillaba con fuegos artificiales de luz verde y rosada mientras sus ojos miraban en diferentes direcciones.

—¿Alguna vez habían visto nada parecido? —musitó Peach.

El capitán Sol reprimió una maldición.

—No tengo autorización para tomar una decisión tan importante, muchachos. Las órdenes de la marina son disparar primero y preguntar después si algo es sacado a escondidas de esa isla.

—Pero son seres inteligentes —insistió Nell.

—Adelante, *Hender* —dijo Andy al tiempo que susurraba algo al oído de la criatura.

—Hola, capitán Sol —saludó *Hender* con voz cantarina, y agitó dos manos a la manera de los humanos—. Por favor, ayúdenos.

El capitán Sol se cogió del respaldo de una silla para no desplomarse.

Cynthea lo rodeó con un brazo sin apartar la vista de la pantalla.

—Peach, ¿estás grabando todo esto, verdad? —Por supuesto, jefa.

### 20.58 horas

—Estos nuevos motores son muy temperamentales y creo que están un poco oxidados —comunicó Warburton por radio al *Enterprise*—. Uno de ellos perdió la sincronización y eso provocó una reacción en cadena..., y antes de que nos diésemos cuenta se averiaron.

El primer oficial sonrió para sí.

—¿Cuál es el tiempo estimado para la reparación de los motores, *Trident*? —llegó la respuesta del *Enterprise*—. Cambio.

—Oh, no estoy seguro, *Enterprise*.

—Muy bien, *Trident*, quédense cerca de la costa, ¿recibido?

—Sí, *Enterprise*, recibido. Echaremos el ancla y continuaremos con las

reparaciones.

—¡Marcello! —Warburton le hizo señas al tripulante de diecisiete años, quien estaba besando la medalla de san Cristóbal que llevaba colgada del cuello.

Marcello dejó la medalla y echó el ancla al mismo tiempo.

La garra de acero golpeó contra un fondo de roca sólida y quedó enganchada a sesenta metros bajo la superficie.

—Recibido, *Trident*, pensamos que es una buena idea. Tendrán que alejarse de ahí antes de 119 minutos o abandonar el barco. ¿Entendido?

La cadena del ancla se tensó y Warburton dejó que el barco se acercara a la costa.

—Entendido, *Enterprise* —contestó apretando los dientes—. Habitualmente lleva mucho menos tiempo arreglar estos chismes.

—Muy bien, *Trident*. Manténganos informados. Corto.

20.59 horas

—Ellos podrían no querer que abandonáramos la isla, capitán Sol —dijo Andy—. ¿Entiende ahora lo que estamos tratando de decir?

—Sí, Andy —dijo el capitán—. Creo que lo entiendo.

—¿No podríamos enviar el minisubmarino? —sugirió Cynthea.

—¿Con dos submarinos de ataque Sea Wolf esperando precisamente eso? Dios santo, es probable que puedan escuchar lo que estamos hablando a través del casco del barco.

—Muchachos, tenemos que hacer algo —dijo Peach.

El capitán Sol asintió mientras se mesaba la barba.

—Quizá podamos soltar el cabrestante de la Zodiac y dejar que la marea la lleve hasta la costa. Pero ¿cómo demonios vais a bajar hasta nosotros?

En el interior de la cabina del viejo B-29 todos se volvieron hacia la derecha para mirar la gran cesta que colgaba de la rama del árbol de *Hender*.

—*Hender* —dijo Geoffrey señalando la cesta—. ¿Salida?

—Agua peli-gro-sa. *Hender* no agua.

—¡Claro! ¡Ellos bajan a la playa cuando se retira la marea! —dijo Nell.

—Salida buena, *Hender* —dijo Geoffrey—. Salida buena, ¿de acuerdo?

—¡Pe-li-gro! ¡Pe-li-gro! —gritó *Hender* señalando hacia el mar.

—Humanos abajo ayudar —dijo Nell—. No peligro. Balsa. ¡Seguro!

Nell señaló hacia abajo y asintió.

—¡Rescate! ¡Balsa! —añadió Geoffrey—. ¡Seguridad!

—Balsa —dijo *Hender*, y asintió mirando a Nell con una expresión que ella habría jurado que era de escepticismo. *Hender* cerró los párpados un momento y luego volvió a mirarla con ambos ojos—. De acuerdo. Seguridad.

A continuación se volvió y habló con los otros *hendros*.

—De acuerdo, capitán Sol —dijo Andy—. Bajaremos hasta la playa en una especie de ascensor hecho con una canasta...

—¿Qué? —exclamó el capitán Sol.

—Salga a cubierta y mire hacia el acantilado —dijo Geoffrey mirando a la cámara de Zero—. Agitaremos algunas luces para que pueda vernos.

Geoffrey les hizo una seña a sus compañeros y cada uno de ellos cogió un frasco con bichos fosforescentes que agitaron delante de la ventanilla de la cabina.

Thatcher miró a los demás por encima del hombro mientras se deslizaba por la puerta del frente.

Comprobó la hora en su reloj Timex Indiglo, pulsando un botón para iluminar la esfera, y miró colina abajo. Oyó el motor del Humvee y vio las luces de los faros delanteros que se acercaban por detrás del ala podrida del B-29, un poco más abajo de la ladera. Suspiró al tiempo que una oleada de alivio le recorría el cuerpo y echó a correr en dirección a las luces.

### *21.00 horas*

En la sala de control a bordo del *Trident* el vídeo comenzó a nublarse y la imagen se volvió cada vez más borrosa.

—Zero, os estamos perdiendo —dijo Peach.

Antes de que se cortara la transmisión alcanzaron a oír la voz del cámara:

—¡Buscadnos!

### *21.01 horas*

Un momento después vieron que las luces de la cubierta del *Trident* parpadeaban un par de veces.

—Nos han visto —señaló Geoffrey.

—Vamos, Andy —dijo Nell—. Metamos sus cosas en esas cajas para especímenes.

—Sí, vamos allá —dijo Andy.

Ambos corrieron hacia el otro extremo del fuselaje para empezar a embalar las posesiones de los *hendros* en las cajas de aluminio. Los otros *hendros* subieron por el agujero de la escalera de caracol que llevaba al ascensor construido por *Hender*. Pero *Hender* se detuvo junto a Nell y la observó mientras guardaba sus cosas dentro de una de las cajas.

—Vete ahora, *Hender*. Salida —dijo Geoffrey detrás de él—. Nell vendrá con nosotros.

*Hender* volvió la cabeza y miró a Geoffrey.

—Nell vendrá con nosotros —repitió mientras asentía.

Luego se volvió hacia ella y la miró con ambos ojos. De pronto, la abrazó envolviéndola con sus cuatro brazos.

Nell se asustó cuando las cuatro manos le apretaron la espalda, pero su contacto era sorprendentemente delicado, y cuando tocó con sus dedos la suave piel del vientre de *Hender* los colores se expandieron como si fuesen pétalos. Flores de luz rosas y anaranjadas se abrieron sobre todo su cuerpo plateado, junto con rayas y puntos verdes, y Nell se echó a reír. Las lágrimas rodaban por sus mejillas al descubrir que, después de todo, había encontrado su flor.

—Gracias, Nell —dijo *Hender*, y ella sintió que la voz reverberaba en su interior como un oboe.

Pasó los dedos suavemente sobre el pelo grueso y brillante.

—*Hender* irse ahora —dijo ella—. ¿De acuerdo?

*Hender* se separó de Nell y asintió.

—De acuerdo. *Hender* irse ahora.

### 21.01 horas

Mientras Thatcher corría colina abajo, iba sorteando unos extraños brotes transparentes parecidos a helechos que surgían sobre los campos de tréboles en la oscuridad.

A unos treinta metros de él, las luces de los faros se apagaron. Thatcher pudo oír que el motor dejaba de funcionar cuando llegó al Hummer.

### 21.02 horas

El *spiger* alfa impulsó su cuerpo de dos toneladas con las patas traseras y la cola como si de una catapulta se tratara, ascendiendo por la colina con saltos de diez metros de largo mientras seguía las huellas del Humvee por la ladera bañada por la luz de la luna.

Detrás de la bestia roja, dos *spigers* más pequeños, del tamaño de osos polares, los dos miembros de su manada, también subían la colina.

La baba lubricaba sus mandíbulas verticales y sus ojos se movían de prisa sobre los delgados pedúnculos, escudriñando en detalles vividos y vibrantes la colina que los rodeaba. El ejército de parásitos, desde hormigas—disco carroñeras hasta gusanos centípedos, recorría el pelo de la bestia gigante como si fuesen monstruos marinos luchando contra los bichos atacantes y protegiendo sus heridas para que pudieran sanar.

El *spiger* alfa tenía una gran cicatriz en un costado de la cara donde un rival del tamaño de un lobo había conseguido hacerle un corte antes de que la bestia partiera en dos a su joven enemigo. Los otros miembros de la manada se habían encargado de

comer la otra mitad.

El *spiger alia* descubrió el Humvee cuando el vehículo detenía su marcha en la ladera encima de él, y redobló la velocidad.

#### 21.04 horas

Nell y Andy llenaron las cajas de aluminio hasta los topes con los morrales de los *hendros* y comenzaron a guardar la mayor cantidad posible de fósiles en los espacios que quedaban, deslizando algunos incluso dentro de sus bolsillos, reacios a dejar nada detrás.

—Nell —dijo Andy—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por volver a buscarme.

—¡Oh! Está todo bien, cielo —dijo ella, echándose a reír y envolviéndolo en uno de sus característicos abrazos.

—Pensé que estaba muerto —añadió él al borde de las lágrimas—. No podía creer que me hubieran salvado. *Hender* y los demás me acogieron, Nell, realmente lo hicieron. Teniendo en cuenta lo que piensan hacer con esta isla... —Hizo una pausa con los ojos cerrados. Finalmente suspiró y los abrió para encontrarse con los de ella—. Gracias de todos modos —dijo.

—Gracias a ti por haberlos encontrado a ellos, Andy. —Nell se apartó y le apretó el hombro—. Tu nombre entrará en la historia de la ciencia como la persona que salvó a los *hendrópodos* de la extinción. Venga, no tenemos mucho tiempo, salgamos de aquí.

Cada uno de ellos llevó dos cajas llenas por la escalera de caracol, dejando la quinta caja para un segundo viaje.

#### 21.04 horas

La catarata de la Vía Láctea se filtraba a través de la pantalla de hojas de la copa del árbol. Una pesada rama se proyectaba sobre el acantilado, desde la que surgía una fila de ramas más pequeña, como si fuese una de esas estructuras en las que juegan los niños en los parques.

Ambos observaron cómo los *hendros* comenzaban a balancearse en la enorme rama y, con ayuda de sus cuatro patas, se estiraban y se asían a las ramas laterales más pequeñas. Se balancearon a través de ellas, girando con un miembro tras otro.

Cuando los *hendrópodos* llegaron a una polea que colgaba del extremo inferior de la rama, saltaron por el grueso cable de fibra vegetal hasta caer dentro de la gran cesta.

—Hum. No lo sé —dijo Andy, evaluando su ruta de escape—. Eh, ¿dónde se ha

metido Thatcher?

Los demás miraron hacia atrás.

—Yo no pienso quedarme a esperarlo —anunció Zero. Saltó para aferrarse a la primera de las ramas y luego fue pasando de rama en rama sobre el abismo de doscientos metros.

Geoffrey lo siguió. Ambos hicieron que la tarea no pareciera demasiado difícil.

—Parece sencillo, chicos —dijo Nell mientras ambos se deslizaban por el cable hasta la cesta.

—¿Cómo vamos a hacer para llevar todo esto hasta ahí? —dijo Andy, señalando las cajas de aluminio.

—No lo sé —dijo Nell—. *Hend...*

Cuando Nell comenzaba a llamarlos, los *hendrópodos* volvieron a ascender por el cable vegetal y se repartieron rápidamente por las ramas laterales formando una cadena que llegaba a la rama principal. A medida que Nell les alcanzaba las cajas de aluminio, ellos las iban pasando de unos a otros hasta que llegaron a manos de Zero y Geoffrey en la gran cesta del ascensor.

—Es tu turno, Andy —dijo Nell.

—No puedo hacerlo.

—¡Venga, Andy! —gritó Zero—. ¡No mires hacia abajo!

—No sabía que tuvieses miedo a las alturas —apuntó Nell.

—¿Quién no tiene miedo a las alturas?

—¡No está tan lejos, vamos! —lo apremió ella.

Andy saltó lanzando un grito de terror y se aferró a la primera rama.

—¡Una mano después de la otra! —gritó Zero.

Andy miró hacia la pared del acantilado y comenzó a agitar las piernas violentamente.

*Hender* estaba junto a Nell en la rama principal. Los otros cuatro *hendros* colgaban de las demás ramas delante de Andy.

—¡Venga, Andy! —dijo *Hender*.

Andy extendió la mano hacia la siguiente rama y la agarró, pero cuando se balanceaba para coger la siguiente, no consiguió hacerlo y cayó.

*Hender* saltó y cogió el tobillo de Andy con su largo brazo mientras otros dos *hendrópodos* saltaban desde sus respectivos peldaños.

Como si fueran monos, un *hendro* estiró la mano para coger la cola de *Hender* al tiempo que enlazaba su cola con el que estaba detrás, quien a su vez cogió la cola del cuarto, que estaba aferrado a la escalera de ramas con sus seis manos.

Cuando Andy se precipitó al vacío junto a la pared del acantilado, las colas de los *hendros* se tensaron hasta el límite y, luego, al contraerse, tiraron de él hacia arriba como si de una cinta elástica se tratara.

Cuando Andy llegó a lo alto, *Hender* se lo pasó al cuarto *hendro* en la parte superior de la cadena, quien rápidamente se lo entregó a un quinto *hendro* que colgaba de la polea.

El quinto *hendro* dejó caer a Andy, quien no había dejado de gritar en ningún momento, dentro de la cesta.

Zero y Geoffrey lo recibieron con asombradas felicitaciones mientras él levantaba la cabeza, mudo de asombro.

*21.05 horas*

Thatcher se deslizó en el asiento del acompañante del Hummer, con la respiración agitada a causa de la carrera.

—No tienen ningún medio de ponerse en contacto con la base —dijo, cerrando la puerta.

—¿Está seguro de que no tienen uno de estos aparatos?

—¿Qué es eso? —preguntó Thatcher entre jadeos.

—Un teléfono vía satélite.

—No, no. Si lo tuvieran, lo habrían utilizado para comunicarse con la base.

—Los científicos creen que la isla se está hundiendo —susurró Cane—. Piensan destruirla antes de lo previsto, dentro de doce horas, dicen, si es que para entonces queda algo por destruir. Están evacuando el laboratorio y congelando los últimos especímenes para su transporte. Podríamos marcharnos ahora, señor, no hay ningún problema.

—Tenemos un problema. Esos científicos están tratando de escapar con cuatro más de esas criaturas, sargento. Están planeando utilizar para ello el ascensor que construyó esa criatura y han conseguido que venga a recogerlos ese barco del programa de televisión.

Cane metió la mano debajo del asiento con expresión grave y sacó su fusil y algunos cargadores.

—Usted conoce mis órdenes, señor. Mis órdenes son claras.

—¿No pensará... —Thatcher abrió unos ojos como platos—dispararles?

El sargento Cane quitó el seguro del arma.

—Aun a mi pesar, señor.

—Quiero decir... a los humanos...

—Los humanos fueron advertidos de las consecuencias. No son mejores que terroristas que trataran de introducir armas de destrucción masiva en un país.

—Pero... —Las marchas se atascaban en el cerebro de Thatcher. Vio que había cajas para especímenes en la parte trasera del vehículo—. ¿Qué son esas cajas, sargento?

—Cuando me alejaba de aquí me topé con un puñado de intelectuales cagados en

las patas, sin ánimo de ofender, señor, que me pidieron que llevara algunos especímenes de regreso a la base. Fumigaron las copas de los árboles y dejaron fuera de combate a algunas ratas.

Thatcher vio que en las etiquetas de las tapas habían escrito «Ratas Henders».

—O sea, que se trata de especímenes vivos...

—No por mucho tiempo —repuso Cane—. En el campamento base les asestarán algunos golpes y después las congelarán.

—¿Cómo explicaremos eso? Quiero decir, si los demás no regresan con nosotros, ¿cómo explicaremos de qué modo conseguimos esos especímenes?

—Eso ya no tiene importancia, señor. Sólo diremos que sorprendimos a los demás intentando sacar especímenes vivos de la isla: en otras palabras, diremos la verdad. Mis órdenes son claras, no importa lo que usted quiera hacer. Ahora esta misión es oficial y nada hipotética, señor.

—De acuerdo —dijo Thatcher con un hilo de voz. Miró nuevamente las cajas de aluminio con especímenes vivos, pensando a toda prisa en diferentes escenarios posibles y, al ver tres barras en línea, decidió jugar—. Déme una arma, sargento. No quiero quedarme sentado aquí desarmado.

Cane hizo un pausa y estudió al científico durante un momento. Luego llevó la mano a la pistolera que le cruzaba el pecho, la desabrochó y le entregó la Beretta a Thatcher.

Cane se dispuso a abrir la puerta. Thatcher estaba a punto de alzar la pistola hacia la cabeza del sargento tan pronto como se volviera para salir del vehículo, pero el soldado se volvió hacia él. Entonces, a través de la ventanilla detrás de Cane, Thatcher vio al gigantesco *spiger* que se alzaba detrás del soldado como la marquesina de neón del hotel Flamingo.

Thatcher hizo un esfuerzo por mantener la calma y dejó la pistola sobre su regazo.

—¿Está seguro de que no quiere venir conmigo? —El sargento pareció dudar—. Podría ser peligroso quedarse aquí si aparece uno de esos *spigers*.

—Esperaré —dijo Thatcher.

—Regresaré cuando haya acabado mi trabajo —prometió Cane—. Volveré en seguida.

Cuando el joven soldado abrió la puerta para salir del vehículo, una púa negra arrancó la puerta de sus goznes. Una segunda púa abrió en canal a Cane desde el cuello hasta la pelvis y lo levantó fuera del Hummer como si de una grotesca marioneta se tratara.

Thatcher se instaló en el asiento del conductor y giró la llave en el contacto. Cuando el Hummer se puso en marcha, metió primera y aceleró mientras el *spiger*, acompañado de otro, y luego de un tercero, destrozaba al soldado caído.

Thatcher se acomodó en el asiento y aferró el volante con ambas manos. Estaba

seguro de haber visto por el espejo retrovisor que dos de los *spigers* se habían lanzado tras él.

Dirigió el vehículo ladera abajo, cogió el teléfono vía satélite que estaba en el asiento y una de las cajas de especímenes de la parte trasera, luego puso el Hummer en punto muerto y saltó fuera del vehículo, rodando por el suelo.

Thatcher vio que el Hummer vacío aumentaba la velocidad en la ladera oscura, perseguido por los dos *spigers* más pequeños. El grande, después de haber acabado con Cane, se lanzó a la carrera para unirse a la cacería.

Thatcher se levantó y echó a correr. La extraña casa en el árbol de la criatura estaba a unos cincuenta metros, y apenas si podía sostener la caja con el espécimen debajo del brazo. La pistola de Cane se le había caído en alguna parte, pero no pensaba detenerse a buscarla.

Los ojos traseros y el cerebelo del *spiger* alfa detectaron al zoólogo, que corría ladera arriba detrás de ellos. La enorme bestia abandonó la caza del Hummer, se volvió al instante y se lanzó a por Thatcher. Los otros *spigers* lo siguieron.

Thatcher cambiaba la caja de un brazo a otro, respirando» agitadamente mientras una nube de gases pútridos cubría el terreno púrpura.

Los *spigers* avanzaban a toda velocidad, adelantando sus poderosas patas «intermedias» y clavando sus colas y sus patas traseras para impulsarse hacia adelante. A mitad del salto plegaban las colas claveteadas debajo del cuerpo para absorber el impacto del aterrizaje y apoyaban los brazos delanteros provistos de púas en el suelo para seguir avanzando mientras sus patas intermedias se apartaban, y las colas y las patas traseras volvían a impulsarlos hacia adelante.

Thatcher jadeaba y resoplaba mientras saltaba sobre los brillantes tréboles que brotaban en la ladera de la colina bañada por la luz de la luna. Metió el teléfono de Cane en el bolsillo interior del chaleco y no miró hacia atrás. Apenas si registró el ruido distante del Hummer cuando cayó por el risco en dirección a la selva. Cuando el vehículo explotó, distraendo a los *spigers* por un instante, bajó la cabeza y corrió tan velozmente como pudo.

### 21.08 horas

En los monitores del centro de control del Trígono, tres operadores de radio del ejército registraron los movimientos de Azul Uno en el teatro de operaciones.

—¡Azul Uno acaba de hacer un descenso en picado! —informó uno de ellos, volviéndose hacia el oficial al mando en la sala de comunicaciones.

El oficial al mando de guardia abrió un canal de radio.

—Azul Uno, ¿cuál es su situación, maldita sea?

—No creo que puedan responder, señor —dijo el operador con la vista fija en la pantalla—. Deben de haberse precipitado unos quince metros por el acantilado antes

de caer en la selva.

—¿Cuándo se comunicaron por última vez?

—Hace unos veintitrés minutos, señor. Estaban recogiendo especímenes.

El icono que representaba el radiofaro de respuesta del Hummer desapareció de pronto del mapa en sus pantallas.

—¡Mierda! —exclamó el oficial—. Enviad un helicóptero de búsqueda y rescate, pero que nadie salte del aparato. No pienso dejar a ningún soldado más en esta maldita isla, ¿entendido?

—¡Sí, señor! Pero en el Azul Uno viajaban algunos vips, señor. Veamos..., el doctor Cato, el doctor Redmond y el doctor Binswanger... y Nell Duckworth. Además de ese superviviente que recogieron.

—¡Oh, joder! Llamaré al general Harris. ¡La mierda nos salpicará a todos por esto, muchachos! ¡Joder! Mi orden sigue en pie, teniente. Que nadie salte allí bajo ninguna circunstancia.

—¡Sí, señor, coronel! ¡Afirmativo!

#### 21.09 horas

Thatcher recorrió con enorme esfuerzo los últimos tres metros mientras los tres *spigers* acortaban la distancia detrás de él, llegando a sólo un salto de su presa. Thatcher empujó la puerta y la abrió justo cuando el *spiger* alfa aterrizaba en el umbral.

Thatcher alcanzó a oír el silbido de sus brazos claveteados cortando el aire detrás de su cabeza cuando cerró la puerta de la casa de *Hender*, jadeando en busca de aire. Retiró la etiqueta de la tapa de la caja de los especímenes y luego comenzó a subir la escalera de caracol. Mareado y tambaleándose, Thatcher pensó que su presión sanguínea haría que los ojos salieran de sus órbitas despedidos como corchos.

#### 21.09 horas

Las señales de alarma del *spiger* alfa se activaron cuando percibió las feromonas del árbol y las feromonas de alarma de otras criaturas que se habían acercado hasta el lugar. Pero el *spiger* estaba desorientado. El flujo electromagnético generado por la actividad sísmica de la isla interfería con sus instintos y hacía que fallara el encendido en sus cerebros.

El *spiger* adelantó la cola y la clavó en la tierra, alzando sus gigantescas patas traseras mientras bajaba la cabeza frente a la casa de *Hender*.

Luego lanzó su poderoso cuerpo hacia adelante, golpeando con sus brazos claveteados, e hizo añicos la puerta con la cabeza.

Cuando se introdujo en el fuselaje, las fosas nasales del *spiger* alfa situadas en la

frente olisquearon el aire y encontraron el rastro de Thatcher, que ascendía por la escalera.

### 21.10 horas

Nell observó a *Hender*, que llevaba a *Copepod* con cuatro manos mientras se balanceaba hacia la crujiente cesta.

—¿Dónde está Thatcher? —preguntó Andy desde la cesta, y su voz reverberó en el risco.

—No lo sé —dijo Nell mirando a su alrededor.

—Me gustaría saber qué fue esa explosión. —Geoffrey estaba junto a Andy en la cesta.

—¡Que le den a Thatcher, larguémonos! —dijo Andy.

—Iré a recoger la última caja y averiguaré qué le ha pasado —dijo Nell.

Se volvió y entonces vio a Thatcher, con el rostro encendido mientras respiraba agitadamente, abrazado a una gran caja de aluminio. Ella lo miró de arriba abajo.

—Buena sincronización, Thatcher. ¡Vamos!

Nell cogió la caja de sus manos y observó su expresión de sorpresa.

Sin perder un segundo le pasó la caja a *Hender*, quien se balanceó de una rama a otra y arrojó la caja a los que ya estaban dentro de la cesta antes de regresar junto a Nell.

—Es nuestro turno —le dijo Nell a Thatcher.

El zoólogo estaba de pie en el borde del acantilado, mirando la fila de escalones que se proyectaban sobre el abismo.

—¡Dios mío! —exclamó—. No puedo hacerlo.

—¡*Hender*! —llamó Nell.

### 21.10 horas

El *spiger* extendió sus patas delanteras llenas de púas dos metros delante de él y comenzó a subir velozmente por el túnel de escaleras en forma de espiral.

Puesto que carecía de vértebras, la enorme bestia se estiraba hacia adelante mientras las patas unidas a sus tres anillos de hueso encontraban puntos de apoyo y lo impulsaban hacia lo alto de la escalera como si de un poderoso muelle se tratara.

Los otros dos *spigers* se abrieron paso furiosamente como gusanos a través del sinuoso túnel detrás del primero.

### 21.11 horas

Las parejas de *hendrópodos* cogieron a Thatcher. Estaba paralizado por el pánico

y eso hacía que el trabajo de las criaturas fuera mucho más difícil. Lo llevaron a través del puente en forma de escalera de mano hasta dejarlo caer finalmente sin demasiada consideración dentro de la cesta.

La puerta en el tronco del árbol saltó en mil pedazos.

Nell se volvió en el momento en que un par de púas de casi dos metros de largo atravesaban la puerta destrozada.

Un enorme *spiger* alfa pasó apretadamente hasta la rama que estaba a diez metros detrás de ella. La bestia plegó sus patas con púas debajo del cuerpo como una esquila de agua mientras avanzaba velozmente, estudiándola con movimientos rápidos de sus ojos multicolores. Ondas de luz anaranjada, amarilla y rosada recorrían sus rayas sinuosas en torno a sus mandíbulas.

—¡Nell, peli-gro-so! —gritó *Hender*.

—¡Venga, Nell! —gritó *Andy* desde la cesta unos metros más abajo.

Las mandíbulas verticales del *spiger*, de casi un metro de alto, se abrieron completamente y Nell pudo percibir su aliento fétido cuando se elevó sobre sus patas traseras.

—¡Nell! ¡Salta!

Ella saltó, cogiéndose del primer peldaño horizontal. *Hender* estaba allí para ayudarla, pero Nell se balanceó hábilmente de un peldaño a otro mientras *Hender* retrocedía rápidamente delante de ella con cuatro de sus manos y sin dejar de vigilar al *spiger*.

La enorme criatura avanzó hasta el borde de la rama a la que había saltado, olisqueando a Nell, los ojos de la cabeza y las ancas fijos en su presa... Luego se impulsó con las seis patas y la cola a través del aire en pos de Nell.

*Hender* cogió a la joven con las piernas y dos de sus brazos, tirando de ella hacia adelante justo cuando las púas del *spiger* rasgaban el aire a escasos centímetros de su cabeza.

El *spiger* cayó a plomo más allá de la cesta, cerrando las fauces delante de la cara de Thatcher, y continuó la caída con un aullido penetrante que se prolongó durante los doscientos metros hasta el mar.

*Hender* dejó a Nell en la cesta y saltó dentro detrás de ella.

El grueso cable de cuerda había sido tejido aparentemente con alguna clase de fibra de color verde claro. La cesta estaba hecha de la misma fibra amarrada a grandes placas de esqueleto de alguna criatura, quizá de una meguesquila de agua. La cesta crujía y se tensaba, peligrosamente sobrecargada.

—¡Muy bien! —dijo *Hender*.

Los otros *hendrópodos* entonaron una cacofonía musical mientras los dos *spigers* más pequeños atisbaban por encima del borde de la rama, tratando de calcular la distancia que los separaba de la cesta que se balanceaba como un festín delante de

ellos.

—¡Debemos irnos ya! —le gritó Zero a *Hender*.

Pero *Hender* permanecía inmóvil mirando hacia arriba.

—¡Muy bien, colegas! —gritó.

Estiró el brazo un par de metros hacia arriba y tiró de una cuerda que liberaba la polea. La cesta descendió haciendo girar la enorme rueda.

Los *hendrópodos*, normalmente seres solitarios, se aferraban unos a otros en el centro de la cesta sin apartar la vista de los dos *spigers* que habían quedado en la rama unos metros más arriba.

La isla que había sido su hogar y todo su mundo desaparecía en la oscuridad a medida que la cesta continuaba el descenso.

Geoffrey y Nell se encontraron tendidos el uno junto al otro sobre sus estómagos, mirando el mar por encima del borde de la cesta mientras descendían por el antiguo acantilado. Geoffrey agitó un frasco lleno de bichos fosforescentes hacia un lado.

—Unos movimientos impresionantes, los tuyos, Duckworth. Por un momento pensé que te perdíamos.

—Gracias. Siempre he sido un marimacho.

—Por si no lo conseguimos, sólo quería decirte... —La miró con expresión ansiosa—. No existe nada más sexy que una mujer brillante, aunque tenga un apellido divertido.

—¿Quieres decir que no soy guapa? —dijo ella.

—Quizá no he sabido explicarme...

Ella se echó a reír y le dio un beso rápido en los labios mientras seguían el descenso hacia el mar agitado.

—Por si no lo conseguimos -dijo ella.

*21.17 horas*

La tripulación del *Trident* divisó la débil luz que bajaba por el acantilado y el capitán Sol accionó la palanca del cabrestante para soltar la Zodiac.

Dos miembros de la tripulación remaron en la Zodiac mientras se desenrollaba el cable del cabrestante.

—Podría funcionar, capitán -dijo Cynthea, de pie junto a él en la popa del *Trident*.

—Sí, podría funcionar, Cynthea.

El capitán Sol suspiró cuando la cubierta se alzó por efecto de unas grandes olas que se movieron debajo del barco.

El segundo oficial Samir el-Ashwah y el tripulante Winger remaban en la Zodiac.

—Hasta ahora vamos bien -dijo Samir-. Tranquilo, colega.

Winger vio que el *Trident* se alzaba sobre una ola detrás de ellos.

—Parece que la marina está dejando una buena estela al marcharse.

—Genial -repuso Samir.

Unas grandes olas llegaron hasta ellos, sumergiendo el cable de remolque y zarandeando la Zodiac.

Samir señaló hacia arriba.

–¡Allí están! ¿Puedes verlos?

Una pequeña mancha de luz verde descendía lentamente junto a la pared del acantilado.

–¡Sí! – exclamó Winger, entornando los ojos ante el rocío salado de las olas que golpeaban la Zodiac.

Samir encendió una linterna y la afirmó en el fondo de la lancha, iluminando el interior de la Zodiac como si de una pantalla se tratara.

*21.19 horas*

–Allí están. – Nell señaló la lancha iluminada que se balanceaba decenas de metros más abajo-. ¿Podéis verlos? – ¡Sí! – dijo Zero. Mientras descendían los últimos treinta metros todo parecía indicar que la cesta estaba perfectamente alineada con la Zodiac. Demasiado perfecto: la cesta se detuvo justo encima de la Zodiac de tal modo que no podían verla debajo de ellos.

Las olas levantaron la barca y la impulsaron contra la base de la cesta.

–¡Mierda! – gritó Winger.

La marejada se calmó. Samir y Winger remaron frenéticamente para alejar la Zodiac de debajo de la cesta, que ahora se movía peligrosamente.

Las vibraciones recorrían el largo cable de fibra, que pulsaba como la cuerda de un contrabajo.

Desde lo alto del acantilado caían pedazos de roca que se hundían en el mar: un terrible seísmo estaba sacudiendo la isla entera.

–¡La isla está explotando! – gritó Andy.

–Cálmate, Andy -dijo Nell, estirando la mano para apretarle el tobillo. *Copepod* ladraba frenéticamente.

La cesta osciló y se inclinó mientras las rocas caían al agua alrededor de ellos.

Los *hendrópodos* se agruparon cuando el agua de las olas bañó el interior de la cesta.

–Saltad dentro de la Zodiac cuando la cesta se balancee en esa dirección -dijo Geoffrey.

–¿Bromeas? – exclamó Andy.

Llegó el momento y, cuando Andy no se movió, Geoffrey lo empujó fuera de la cesta y aterrizó, gritando, dentro de la Zodiac. Geoffrey se volvió hacia los *hendrópodos* y señaló la barca.

–Saltar, ¿de acuerdo?

*21.20 horas*

–*Trident*, ¿cuál es la situación de los motores? – llegó la transmisión por radio

desde el *Enterprise*.

–Oh. – El primer oficial Warburton contestó desde el puente-. Pensamos que ya casi tenemos los magnetómetros sincronizados, *Enterprise*.

Le sonrió a Marcello, quien estaba musitando una plegaria a su medalla de san Cristóbal.

*21.21 horas*

Mientras la cesta se balanceaba violentamente adelante y atrás, Geoffrey y Nell arrojaron las cajas de aluminio dentro de la Zodiac.

Zero saltó hacia la lancha hinchable y *Copepod* lo siguió ante la llamada de Andy. El pequeño perro parecía feliz de encontrarse en esa embarcación familiar. Los *hendrópodos*, Nell y Geoffrey eran los últimos que quedaban en la cesta, que ahora se bamboleaba violentamente.

–¡Ahí llega otra ola! – dijo Samir, mirando por encima del hombro-. ¡Agachaos!

Los ocupantes de la Zodiac se agacharon cuando otra ola gigantesca los impulsó contra la base de la cesta.

La cesta se inclinó hacia un lado cuando la siguiente ola levantó la barca. Uno de los soportes de la cesta se rompió.

Todo lo que había dentro de la cesta, salvo Nell y Geoffrey, cayó dentro de la Zodiac.

–*Alá Akbar!* -exclamó Samir cuando los cinco *hendros* cayeron en la lancha alrededor de él. Uno de ellos se agarró a sus piernas con tres manos.

Nell y Geoffrey se aferraron a la cesta cuando ésta cayó al agua fría y oscura.

El grueso cable de la cesta comenzó a caer alrededor de ellos en grandes pliegues que chocaban contra el agua.

–Lo conseguimos -jadeó Nell, moviéndose en el agua helada junto a Geoffrey mientras la cesta se hundía y desaparecía al cabo de pocos segundos.

–Todavía no -le advirtió él-. ¡Vamos! ¡Nada, Nell!

Ambos comenzaron a nadar con fuerza hacia la Zodiac al tiempo que grandes codos de cable vegetal caían al agua detrás de ellos.

De pronto se encontraron encima de una masa lanuda que flotaba en el agua.

–¡Sigue nadando! – gritó Geoffrey.

Nell vio la boca del gigantesco *spiger* que se mecía abierta debajo de ella como un rostro en una pesadilla. Para su horror, su pie rozó la mandíbula inferior de la bestia, pero se movía lentamente mientras ella se alejaba presa del pánico. Los brazos con púas del *spiger* reaccionaron lentamente, emergiendo del agua a cada lado de ellos, tratando de coger a los dos científicos mientras nadaban hacia la Zodiac.

–¡De prisa! – gritó Andy.

–¡Venga, chica! – la animó Zero.

Nell avanzó con fuertes brazadas a través del agua helada con una renovada

descarga de adrenalina y superó a Geoffrey. Recorrió los últimos metros y se cogió al borde de la Zodiac, volviéndose para coger la mano de Geoffrey.

–¡Tirad! – gritó Samir en dirección al *Trident* que se encontraba a unos setenta metros.

El capitán Sol accionó el cabrestante para remolcar la Zodiac a toda velocidad.

–¡Mirad allí! – gritó Andy.

–¡Oh, noooooo! – gimió *Hender*.

Una rama gigante del árbol de *Hender* cayó por la pared del acantilado con dos criaturas brillantes aferradas a ella.

Nell, que con una mano remolcaba a Geoffrey, estaba perdiendo el punto de sujeción en la Zodiac contra la fuerza de arrastre del cabrestante. Andy se inclinó para cogerla de la muñeca, pero fue demasiado tarde. La barandilla se escurrió entre sus dedos y Geoffrey y ella se deslizaron detrás de la Zodiac mientras la lancha era arrastrada hacia el *Trident*.

–¡Sigue nadando! – gritó Geoffrey.

Nell se volvió para ver la enorme rama que impactaba contra el agua detrás de ellos; la poderosa onda de choque la levantó a ella y a Geoffrey, lanzándolos dentro de la Zodiac e impulsándola hacia el *Trident*.

La ola también depositó junto a la Zodiac a uno de los *spigers* que había caído al mar aferrado a la enorme rama.

Los *hendrópodos* empezaron a lanzar chillidos y retrocedieron cuando la ola cayó sobre la lancha y arrojó a *Hender* por encima de la borda.

*Hender* lanzó un agudo grito de angustia y se hundió inmediatamente hasta el cuello, agitando los brazos fuera del agua en todas direcciones.

El *spiger* parecía aturdido por efecto de la caída, y flotaba de lado detrás de él.

–¡*Hender*! –gritó Andy.

–¡Andeeeeeeee! – chilló *Hender*.

–¡Parad el cabrestante! – gritó Samir.

Los demás *hendrópodos* emitían un coro de gritos mientras miraban aterrados a *Hender*, incapaces de ayudarlo.

Ante la sorpresa de todos, Andy se lanzó al agua.

21.34 horas

Los *hendros* continuaban con su coro de agudos silbidos en la distancia mientras el capitán Sol desconectaba el cabrestante.

–¿Qué ha ocurrido? – preguntó Cynthea.

–¡No lo sé, pero no parece nada bueno! – dijo el capitán.

21.34 horas

Las gafas de Andy salieron volando cuando cayó al agua, aunque pudo ver a través de la oscuridad el brillo de *Hender*, que se hundía, y se sumergió para cogerlo

del brazo y sacarlo a la superficie. La criatura resopló cuando su cabeza surgió del océano. Andy hizo girar su cuerpo y comenzó a nadar para llevarlo hasta la Zodiac, impulsándose con sus zapatillas del 46 tan fuertemente como podía.

–¡Vamos, *Hender*, vamos! – gritó, escupiendo agua salada.

*Hender* resoplaba y temblaba.

–¡Ya estáis cerca, venga, *Hender*!

Andy oyó el grito de Nell y eso inspiró al biólogo marino para redoblar sus esfuerzos.

Nell vio que el *spiger* flotante se agitaba en la superficie del agua detrás de Andy.

–¡Venga, *Hender*! –suplicó

Los *hendrópodos* chillaban agazapados de miedo en la proa, retrocediendo ante la presencia del *spiger* y del agua que golpeaba contra la Zodiac.

Los humanos se tendieron sobre el borde de la lancha y *Hender* extendió uno de sus largos y temblorosos brazos superiores.

Andy empujó a la criatura hacia adelante con una mano apretada contra el denso pelaje de su espalda mientras golpeaba el agua con la otra.

Nell se lanzó entonces al agua y cogió la mano temblorosa de *Hender*, mientras Geoffrey la tenía cogida del pie, pero su zapatilla Adidas se salió, de modo que la agarró del pie desnudo y luego el resto de los humanos aferraron a Geoffrey por la cintura y tiraron de él para que no cayera por la borda.

*Hender* se soltó de Andy cuando los humanos de la Zodiac cogieron sus numerosas manos. Tan pronto como lo hubieron sacado del agua, todo su cuerpo tembloroso se sacudió violentamente el agua que empapaba su espesa pelambrera. Andy permaneció un momento flotando para recuperar el aliento, pero una gran ola impactó contra el costado de su cabeza y comenzó a toser a causa del agua que había tragado. Alzó la cabeza, desorientado, y se volvió para ver que una mancha velluda de vivos colores se movía hacia él con una gran zona oscura en el centro.

Los espasmos agitaban al aturdido *spiger* mientras movía las patas y alzaba la cabeza fuera del agua.

–¡Andy! – gritó Nell mientras los *hendrópodos* confortaban a *Hender*.

Al tiempo que abría las cuatro mandíbulas en una convulsión final, el *spiger* divisó a Andy.

–¡Gira hacia aquí, Andy, nada, de prisa!

Desorientado, Andy comenzó a nadar hacia el *spiger*.

Los *hendros* se apartaron entonces de la proa y vadearon el agua que había dentro de la Zodiac. En el centro de la lancha se aferraron unos a otros y el último de ellos extendió su largo brazo en dirección a Andy como si de la pluma de una grúa se tratara.

–¡Andy, vuélvete! – gritó Zero-. Maldita sea, ¡vuélvete!

De pronto, Andy se dio cuenta de que aquella mancha velluda no era *Hender* y dio media vuelta en el agua.

La mano del *hendro* colgaba delante de él.

La cogió.

21.35 horas

–¡Adelante!

El capitán Sol oyó a Samir que gritaba desde la cubierta de popa y accionó el cabrestante a máxima velocidad mientras gritaba en dirección al puente por encima del hombro:

–¡Izad el ancla, Cari! ¡A velocidad media!

Warburton exhaló el aire y le hizo una seña a Marceno al tiempo que cogía el micrófono de la radio, acariciándolo un momento antes de hablar con su más impersonal voz de piloto comercial.

–*Enterprise*, hemos solucionado el problema y ya estamos navegando. Cambio.

–Buenas noticias, *Trident* -llegó la respuesta después de un silencio que pareció interminable-. Buena suerte.

Warburton chocó la mano con la de Marcello.

–Gracias, *Enterprise*. Buena suerte para vosotros también. ¡Nos vemos en Pearl!

21.38 horas

Los *hendrópodos* y los humanos subieron a la cubierta de popa del *Trident* desde la Zodiac medio inundada mientras el barco aumentaba la velocidad.

Todo el mundo a bordo se quedó boquiabierto al ver a los nuevos pasajeros.

Cynthea grababa el acontecimiento con su cámara, la mano inmóvil como una piedra mientras registraba ese momento histórico y quedaba frente a frente con un empapado pero decidido Zero, quien a su vez la estaba filmando a ella.

Geoffrey y Nell eran los últimos que quedaban en la Zodiac y, con la atención de la tripulación puesta en los *hendrópodos*, ella aprovechó el momento.

–No hay casi nada más sexy que un hombre que sabe decir la palabra justa en el momento más espeluznante -dijo.

Geoffrey sonrió feliz mientras le pasaba la última caja de aluminio a Thatcher, y dejó que Nell subiera primero la escalerilla. Cuando ella lo ayudó a subir a cubierta tirando de su brazo, él le sonrió antes de fruncir el ceño.

–¿Casi?

Los temblorosos *hendros* se acercaban a los humanos sin dejar de repetir «¡Gracias!» a todo el mundo. *Copepod* ladraba a modo de saludo a la tripulación, quienes estaban demasiado azorados por la presencia de los *hendros* para sorprenderse por el milagro de su resurrección.

–*Madonna!* -Marcello respiraba agitadamente mientras contemplaba la escena a través de la ventana de popa del puente y se persignaba rápidamente.

–Necesitan una ducha -le dijo Nell al capitán Sol-. El agua salada no es buena para ellos.

–Bien, llevadlos abajo -dijo el capitán-. ¡Quitadlos de la vista, maldita sea, hasta que sepamos qué hacer!

Nell y Geoffrey se encargaron de llevar a los *hendrópodos* a la cubierta inferior.

–Iré a buscar algo de comer para *Copey*, capitán.

–¡Dios mío, Andy, el perro también lo consiguió! ¿Acaso los milagros no acabarán nunca? De acuerdo, adelante, chico, busca algo de comer para ese chuchó.

–Usted es el capitán, supongo... -dijo Thatcher. Debajo del brazo llevaba una de las cajas de aluminio que había subido a bordo.

–Sí, señor, ¿y usted es?

–Thatcher Redmond. Soy científico y estoy con los demás. ¿Dónde cree que deberíamos guardar estas cajas?

El capitán Sol vio que había otras cuatro cajas de aluminio sobre la cubierta de popa.

–¿Qué hay en su interior? – preguntó el capitán frunciendo el ceño.

–Sólo artefactos y pertenencias de los *hendrópodos*.

–¿Hendró...?

–Nuestros invitados -dijo Thatcher con una sonrisa.

–¡Oh, sí, comprendo! Samir, ¿puedes ayudar al señor Redmond a guardar esas cajas? Usa uno de los camarotes vacíos en el pontón de estribor.

–Muy bien, capitán. Por aquí, señor Redmond. Yo cogeré dos de ellas -dijo Samir. Cynthea cogió con fuerza la mano de Zero.

–Dime que tienes horas y horas de película, Zero.

Él dio unos golpecitos en la cámara de la NASA que llevaba sujeta a la cabeza; luego se la quitó y la colocó en la cabeza de Cynthea como si fuera una tiara. A continuación dejó caer en sus manos una pequeña bolsa llena de tarjetas de memoria que sacó de uno de sus bolsillos.

–Cynthea, soy tu amo, señor y Dios Todopoderoso para toda la eternidad. ¡Ve acostumbrándote a la idea, muñeca!

Con una sonrisa afilada estilo Gary Cooper, alzó a Cynthea y le dio un fuerte beso en la boca al tiempo que la remojaba.

Cuando se apartó para dejarla respirar, Cynthea parecía haber rejuvenecido diez años.

–¡Vaya, vaya! – dijo ella, moviendo un dedo recatado ante sus narices.

–Un trato es un trato -susurró Zero en su oreja, y ella dejó escapar una risita de placer.

*21.41 horas*

Nell le indicó a *Hender* que la siguiera y él se encargó de decírselo a sus

compañeros, quienes saltaron sobre dos patas por la escalera hacia el casco central del *Trident*, bamboleando las cabezas y estirándose y contorsionando el cuerpo mientras sus ojos miraban en todas direcciones.

–¿Adónde vamos? – preguntó Geoffrey.

–Al gimnasio.

–¿Hay un gimnasio en el barco?

–Querían que todos tuviéramos unos abdominales de acero. ¿Acaso no viste el programa?

–No.

–Gracias a Dios. Muy bien, *Hender*. Por aquí.

Nell los hizo entrar en el gimnasio del barco, una sala grande y blanca llena de flamantes equipos para realizar ejercicios físicos. En una zona en el extremo de la sala había seis cabinas con duchas y, aparte, una zona de vestuario con bancos de madera.

Nell los condujo hasta las cabinas con duchas y abrió la última de la derecha. Estiró la mano y abrió el grifo.

–¡Agua no! – dijo *Hender*.

–Agua buena. No sal. ¿Lo ves? – Nell se mojó la mano y se la llevó a la boca. ¿De acuerdo?

*Hender* acercó la mano con cautela y tocó el agua.

–¡De acuerdo!

–Podéis entrar y...

Antes de que pudiera acabar la frase, *Hender* entró en la cabina y su pelo se convirtió en un tembloroso arco iris mientras sentía que el agua se calentaba.

–Oooohhhh...

–¿Bien?

–Bieeeeeennn. –*Hender* suspiró extasiado.

Nell se echó a reír.

Los demás *hendros* abrieron las otras cabinas sin ayuda, giraron el grifo sin apenas dificultad y entraron.

–¡Caray, lo han entendido a la primera! – dijo Geoffrey.

Se dio cuenta de que le temblaban las manos. Incluso como científico, especialmente como científico, sentía una mezcla de admiración y temor religioso en presencia de los *hendros*. El

simple hecho de ver cómo sus cabezas asomaban por encima de las cabinas de las duchas para mirarse unos a otros, riendo y gorjeando, era una revelación del humilde poder de la vida que podía convertir las fantasías en realidad, e incluso dotar la materia con una chispa divina. Miró a Nell, quien había estado observándolo todo el tiempo. Se encogió de hombros sin decir nada.

–Lo sé -susurró ella.

Andy entró entonces con una pila de toallas.

–¡Justo a tiempo! – dijo Nell-. ¡Se están duchando!

–¡Ahhh! – Uno de los *hendros* lanzó un chillido y la puerta de la ducha más próxima a Geoffrey se abrió de golpe mientras la criatura saltaba fuera, agitándose y goteando.

Geoffrey entró en la cabina y giró el grifo para ajustar la temperatura del agua.

–Así está mejor. ¡Muy bien ahora! – Geoffrey asintió mientras el color del *hendro* viraba lentamente de un rojo intenso a los habituales y cálidos azules y verdes.

El *hendro* entró en la cabina e hizo girar el grifo adelante y atrás con una mano, probando la temperatura del agua con cinco dedos simétricos. Luego canturreó una escala descendente de extrañas consonantes. *Hender* le contestó con una escala ascendente desde su cabina. Entonces el *hendro* azul volvió a meterse en la cabina y cerró la puerta con un suave clic.

–Espero que dejen algo de agua caliente -dijo Geoffrey-. Yo también necesitaría una ducha.

–Todo cuanto quiero es quitarme esta ropa mojada -dijo Nell-. Y dormir una semana seguida. Andy, ¿podrías encargarte de ellos? Puedes darle a cada uno de ellos un camarote en el pontón de estribor.

–Claro, Nell. ¿Adónde vas?

–De compras -contestó ella-. Vamos, Geoffrey.

Geoffrey enarcó las cejas pero no dijo nada mientras la seguía por el corredor hasta una gran habitación que había delante del gimnasio.

Era el vestidor más grande que Geoffrey había visto nunca. Filas de prendas ordenadas por sexo y talla pendían de largos colgadores que se extendían a todo lo largo de la habitación.

–Esto debería quedarte bien. – Le lanzó unos vaqueros y una camiseta-. Calcetines y ropa interior allí.

Nell señaló unas altas estanterías cerca de la puerta.

–Increíble.

–Sí -convino ella, cogiendo unos pantalones caqui de una percha. A continuación buscó una camiseta como la de Geoffrey y sacó unas bragas y unos calcetines de un cajón.

–Con esto debería bastar. Ahora vayamos a tomar esa ducha.

Geoffrey cogió unos calzoncillos de un estante y se alejó de la puerta mientras ella apagaba la luz y la cerraba.

–Estar en un estudio de televisión flotante tiene algunas ventajas -dijo Nell.

–¿Hay suficiente agua para tantas duchas? – preguntó Geoffrey, apurando el paso detrás de ella.

–Sí. Hay una planta desalinizadora a bordo. Doce mil litros por día.

–Asombroso. Pienso usar diez mil ahora mismo.

Cuando regresaron al gimnasio, los *hendros* ya habían salido de las duchas, cada uno de ellos sosteniendo un par de toallas en las manos mientras miraban a Andy imitar los movimientos de alguien que se seca la espalda. Dos de ellos trataron de copiar sus movimientos antes de dejar caer las toallas, sacudir sus cuerpos y lanzar agua en todas direcciones.

–Muy bien, eso funcionará -dijo Andy-. Oh, ¿qué hay, muchachos?

–Hola, Andy.

Zero entró en el gimnasio con la cámara cargada con un nueva tarjeta de memoria.

–¿Me he perdido mucho?

–Acaban de ducharse -dijo Nell.

–¡Oh, vaya!

–Muy bien, *Hender* -dijo Andy-. ¡Vamos a dar un paseo! Los llevaré a sus camarotes, Nell.

–¿Dónde los alojaremos? – preguntó Zero.

–En el pontón de estribor.

–Oh, sí. Iré con vosotros -le dijo Zero a Andy-. ¿Vienes, Nell?

–Tenemos que quitarnos esta ropa. Luego os alcanzamos.

Andy miró a Geoffrey por un momento y luego a Nell.

–Claro. – Sonrió, y estrechó la mano de Geoffrey-. Bueno..., gracias. – Luego miró a Nell y sonrió, asintiendo con la cabeza al marcharse-. ¡Sígueme, *Hender*!

Los *hendros* siguieron a *Hender* y a Andy mientras Zero cerraba el grupo con la cámara en el ojo.

Nell cerró la puerta del gimnasio.

–Bien, imagino que la mejor manera de hacer esto es quitarnos la ropa dentro de las cabinas de las duchas. Luego yo puedo salir primero para vestirme y después sales tú.

–Sí, eso podría funcionar -asintió Geoffrey, contento de tener un plan.

Ambos dejaron la ropa limpia sobre los bancos delante de las taquillas y luego se quitaron los calcetines y el calzado.

Nell miró su única zapatilla Adidas gastada, ya que la otra había caído al mar.

–Mis zapatillas favoritas -murmuró.

–Lo siento, tu pie era más importante. ¿No hay zapatos a bordo?

–Oh, sí. Cuando hayamos terminado de ducharnos iremos a buscar unos pares.

Se dirigieron hacia las duchas aturdidos como adolescentes y ambos se recordaron a sí mismos que eran adultos maduros y dignos de confianza. Geoffrey eligió la ducha que estaba en el extremo de la derecha y ella se metió en la cabina

contigua.

Abrieron los grifos y comenzaron a dejar las prendas mojadas de agua de mar sobre las mamparas divisorias.

–¿Hay champú ahí? – preguntó ella.

–Eh, sí.

El brazo de Geoffrey pasó por encima de la cabina con una botella de champú.

–Gracias.

Nell le tocó la mano al coger el bote y comenzó a canturrear mientras se lavaba el pelo.

–Tú sales primero, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. – Nell se enjabonó y luego se enjuagó, tratando de olvidar que ambos estaban desnudos-. ¿Necesitas el champú?

–No, ya lo he usado.

Nell salió de la ducha y cogió su toalla.

–Muy bien, voy a la taquilla.

–De acuerdo, no miraré.

Nell se envolvió la toalla alrededor de la cintura y caminó de espaldas a él. Cuando giró rápidamente en la zona de las taquillas y comenzó a secarse, estaba pensando en Geoffrey, en tener sexo y más sexo con Geoffrey, mientras mantenía la mirada fija en las fotografías colgadas de las taquillas. Cuando se irguió para secarse el pelo, vio las instantáneas risueñas del aborrecible Jesse y la bella Dawn, el siempre amable Glyn y el fanfarrón de Dante y los demás, y las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Se dejó caer en el banco y se llevó una mano a la cara mientras sollozaba en silencio.

–Nell.

La voz aflautada la sobresaltó. Cuando alzó la mirada, vio a *Hender* en el medio del gimnasio, frotándose la barbilla con una mano y ladeando la cabeza.

Nell tiró de la toalla pero estaba sentada encima de ella y tuvo que levantarse para cubrirse el cuerpo desnudo. *Hender* no había dejado de avanzar hacia ella, sus ojos estudiándola de arriba abajo y también de soslayo.

–¡Hola, *Hender*!

–Nell -dijo él suavemente, acercándose un poco más.

Ella retrocedió y *Hender* se detuvo, volviendo la cabeza para mirar las fotografías de las taquillas. Estiró la mano para tocar a Glyn, Jesse, Dawn y los demás que habían muerto cuando desembarcaron en la isla veinticuatro días antes. *Hender* tocó la foto de Dante con agradecimiento. Volvió la cabeza hacia ella y sus ojos desaparecieron debajo de sus párpados velludos.

–Gracias, Nell.

Luego *Hender* se volvió y se marchó silenciosamente de la habitación sobre sus

seis patas con la cabeza gacha.

Ella suspiró y lo miró cuando se alejaba, dejando la toalla sobre el banco y buscando las bragas.

–¡Aquí llego! – avisó Geoffrey, al tiempo que aparecía en la esquina de las taquillas.

–¡Oh, aún no estoy vestida! – gritó ella.

–¡Oh!

Geoffrey alzó las manos en un gesto de sorpresa, la toalla cayó entonces de su cintura y ambos quedaron desnudos frente a frente.

Geoffrey volvió sobre sus pasos y ambos se echaron a reír en silencio hasta que oyeron la risa del otro y ya no pudieron contener las carcajadas.

–¡Muy bien, vístete, mujer! ¿Cuánto tardas en hacerlo? – gritó él.

–¡Estoy en ello! – repuso Nell, lanzando la toalla en su dirección-. ¡Tápate!

22.17 horas

Nell y Geoffrey, que habían conseguido vestirse sin ningún otro incidente y elegido calzado de la llamativa colección que los generosos patrocinadores de «SeaLife» proporcionaban al programa, entraron en el puente acompañados de Samir y Andy.

Thatcher los vio cuando subían la escalerilla que llevaba al puente de mando y los siguió, deslizándose detrás de ellos.

Warburton, el capitán Sol y Marcello ya estaban allí, visiblemente preocupados.

–Los *hendros* ya están instalados en sus camarotes -informó Andy-. Prefieren estar solos. Cuando Samir y yo les enseñamos a utilizar el lavabo, creo que se enamoraron.

–No hay duda de que les encanta la mantequilla de cacahuete -señaló Samir.

–Y las gambas -añadió Andy.

–Tenemos que controlarlos. – Nell miró a Geoffrey, quien asintió.

–*Copey* se niega a apartarse de *Hender*. De alguna manera se las ingenió para encontrar su camarote.

–¿Ahí es donde está el perro? – preguntó Marcello-. Se tragó el bistec que le dio el cocinero y luego salió disparado.

–¿Dónde está *Cynthea*? – preguntó el capitán Sol.

–Creo que está con Zero.

Warburton y el capitán se miraron.

–Estábamos tratando de organizar un plan -dijo el capitán Sol.

–¿Alguna idea? – preguntó Geoffrey. Llevaba puesta una de las camisetas anaranjadas de «SeaLife».

–Ésa no era exactamente la respuesta que estábamos buscando -dijo Warburton.

–Lo siento. Por cierto, mi nombre es Geoffrey Binswanger.

–Bienvenido a bordo, joven. – El capitán Sol le estrechó la mano con firmeza, mirando a Nell y luego al guapo científico con una expresión de curiosidad-. Hola, señor Redmond, no tiene que quedarse escondido ahí atrás. Venga aquí y únase a la conversación.

Nell y Geoffrey se volvieron y vieron a Thatcher en la puerta del puente de mando con el semblante sonrojado. Saludó débilmente a los presentes.

–Como le estaba diciendo a Cari hace un momento -continuó el capitán-, no me gusta nada tener secretos con la marina.

–Nos están haciendo señales, capitán -dijo Warburton-. Aquí el *Trident*. Cambio.

–*Trident*, vemos que ya se encuentran a una distancia segura. Hemos recibido instrucciones del presidente de que les informemos de que pueden continuar a puerto sin nuevas instrucciones, ¿recibido?

–Muy bien, *Enterprise*. Gracias por la escolta.

–No hay problema, *Trident*. Sólo es parte del trabajo de la marina. Por favor, continúen hacia Pearl Harbor para la inspección y las instrucciones finales. Ha sido un placer trabajar con ustedes. *Enterprise*, cambio y corto.

Todos suspiraron aliviados cuando Warburton apagó la radio.

Thatcher se aclaró la garganta.

–¿Y ahora qué?

–Tenemos que llamar al presidente -dijo el capitán Sol-. Debe estar informado de la presencia de nuestros huéspedes.

–Cuando la marina se haya alejado un poco -rogó Nell.

–Esos barcos permanecerán todavía un tiempo en los alrededores -le recordó el capitán Sol con gesto sombrío-. Dentro de diez horas volarán la isla.

–¿Cómo podemos llamar al presidente? – preguntó Thatcher.

Warburton señaló un teléfono que había en la pared.

–Teléfono vía satélite. Sólo hay que marcar el cero y el prefijo del país.

–¿Cuál es el prefijo telefónico de Estados Unidos? – preguntó Thatcher.

–Uno.

–Hum. Debería haberlo supuesto.

–¿Podemos confiar en el presidente?

–Creo que tenemos que hacerlo, Andy -dijo Geoffrey.

–Es un riesgo -advirtió Nell.

–¡Pero el presidente o la marina nos dejaron deliberadamente abandonados en esa isla!

–Eso no lo sabemos, Andy -dijo Nell, palideciendo.

–Es menos arriesgado que no llamarlo -dijo el capitán Sol-. Primero esperaremos a distanciarnos un poco de la flota del Pacífico y lo llamaremos por la mañana. Dentro de diez horas estallará un artefacto nuclear y mi intención es estar lo más lejos

posible.

–¿Estaremos seguros? – preguntó Nell.

–La marina ha dicho que quince kilómetros es la distancia de seguridad mínima en estos casos, de modo que no tendríamos problemas, pero yo prefiero estar más lejos de todos modos. Sugiero que, entretanto, todo el mundo trate de dormir un poco. Mañana nos espera un día muy duro.

–Capitán -dijo Thatcher-, ¿cómo se puede conseguir algo de comer en este bote?

–*Barco* -lo corrigió el capitán-. Nell, ¿podrías acompañar al señor Redmond a la cocina?

–Es «doctor» -dijo Thatcher.

–¿Eh?

–Doctor Redmond.

–Oh...

–Me muero de hambre -interrumpió Nell-. ¿Qué me dices de ti, Geoffrey?

–Sí, estoy más hambriento que un *spiger*.

Nell se echó a reír.

–Seguidme.

22.34 horas

Los tres científicos se sentaron a una mesa en el comedor, Nell y Geoffrey dando cuenta de unos bocadillos de atún y Thatcher mordisqueando una hamburguesa vegetal con pepinillos.

–Y bien, Thatcher, ¿sigue pensando que tomamos la decisión equivocada? – preguntó Nell.

–La cuestión es debatible -dijo Thatcher mientras se limpiaba el bigote con una servilleta.

–Pero ¿lo piensa? – insistió ella.

–Como dice Geoffrey, todo el mundo se equivoca a veces. ¿No es así, Binswanger? El Principio Redmond es obviamente un error. La vida inteligente no está condenada a destruir su propio ecosistema. A veces ganas, a veces pierdes. Lo que cuenta es disputar el juego.

Thatcher examinaba su hamburguesa mientras hablaba.

–Eso es muy fuerte viniendo de usted, Thatcher -dijo Geoffrey.

–Vaya, gracias, Geoffrey. – Thatcher inclinó ligeramente la cabeza.

–Sí, pensaba que aún podría albergar algún resentimiento -dijo Nell.

–¡De ningún modo! Es obvio que acabamos de salvar una especie cuya inteligencia es al menos tan avanzada como la nuestra.

–Aún no estamos fuera de peligro... No sabemos qué es lo que pasará cuando le hagamos saber al presidente lo que hemos sacado de esa isla. Aquí, en medio de ninguna parte, ellos podrían inventarse cualquier historia para encubrirlo. Pero si no

les decimos nada y nos descubren con este pasaje de contrabando, no tendremos ninguna posibilidad.

–¿Quiénes son «ellos»? – preguntó Thatcher enarcando una ceja.

–No lo sé -dijo Geoffrey-. El presidente, la marina, la Comisión Trilateral, el Club Bilderberg, el Priorato de Sión. ¿Qué más da? Si este barco se perdiera en medio del océano, ¿quién podría beneficiarse de ello?

Thatcher sonrió.

–Un riesgo calculado. – Comió el último trozo de su hamburguesa-. Bueno, chicos, soy un hombre mayor que necesita una cama blanda. Ha sido un día muy largo.

–¿Le han dado un camarote agradable? – preguntó Nell.

–Sí, gracias, querida. – Thatcher se levantó de su silla.

–Buenas noches -dijo Geoffrey.

–Buenas noches. – Thatcher inclinó la cabeza y sonrió. Luego abandonó el comedor.

–Bueno, este bocadillo ha cumplido con su cometido -dijo Geoffrey.

–Sólo lo mejor -dijo Nell-. A prueba de delfines.

–Vayamos a ver cómo se encuentran los *hendros*.

–Me has leído el pensamiento, doctor Binswanger.

23.01 horas

Nell condujo a Geoffrey a través de varios corredores bajo cubierta hasta el pontón de estribor, donde vieron a Cynthea y a Zero frente a uno de los camarotes.

–¿Dónde está *Hender*? -preguntó Nell.

–Ahí dentro -dijo Cynthea amargamente.

–Andy acaba de echarnos -explicó Zero.

–¿Por qué? – preguntó Geoffrey.

–Dice que *Hender* tiene sueño.

Nell se echó a reír y llamó a la puerta del camarote.

–Hola, Andy, soy Nell. ¿Podemos, Geoffrey y yo, darle las buenas noches a *Hender*?

–¡Por supuesto, entrad!

Cynthea frunció el ceño.

La puerta se entreabrió.

–Ya está bien de filmar, ¿de acuerdo? No dejéis entrar a Cynthea.

Nell le sonrió a través de la pequeña abertura.

–De acuerdo. Lo siento, Cynthea.

Andy dejó entrar a Geoffrey y a Nell en el camarote.

*Hender* estaba dando brincos en la litera mientras *Copey* saltaba sobre el colchón y luego bajaba sin dejar de ladrar. *Hender* bajó entonces de la litera y extendió sus

largos brazos hacia ellos mientras asentía con expresión de felicidad.

–Hola, *Hender* -dijo Nell, cogiendo una de sus manos al tiempo que Geoffrey cogía otra-. ¿Bien?

–¡Bien, Nell! ¡Hola, Geoffrey!

Él se echó a reír.

–¡Hola, *Hender*!

–Andy, ¿han comido algo los *hendros*? -preguntó Nell.

–Sí, el cocinero hirvió tres bolsas de gambas congeladas. Les encantaron. Y también a *Copepod*, al que le permitieron que comiera de la misma fuente con ellos.

Nell se echó a reír.

–¿Están todos bien? ¿Necesitan algo?

–Sí, están todos muy bien, Nell.

–Eso es genial -dijo Geoffrey, observando a *Copey*, que se perseguía la cola entre las piernas de *Hender*-. ¿Todo bien, *Hender*? ¿Sí?

–Sí, Geoffrey. Todo bien. ¡Gracias, gracias, gracias!

*Copepod* corrió hacia Nell.

–*Copey*, ¿tú estás bien?

Nell sonrió mientras se arrodillaba y le acariciaba el lomo, aceptando que *Copey* le lamiera la cara.

–*Copey* bueno -gorjeó *Hender*.

–El perro no quiere apartarse de su lado -dijo Andy-.

Hablando de adiestradores caninos, *Hender* podría tener su propia serie de televisión.

–¡Quizá la tenga! – Nell sonrió y meneó la cabeza-. ¿Qué hay de los demás? ¿Cómo están?

–Están dormidos. Se ducharon, comieron, utilizaron los lavabos y se desmayaron al apoyar la cabeza en la almohada.

–¡Vaya! – sonrió Geoffrey-. Muy bien, buenas noches, *Hender*. Adiós, ¿vale?

Nell se acercó a *Hender* y le dio un fuerte abrazo mientras susurraba algo junto a su cabeza.

–Seguridad, *Hender*. ¡Seguridad ahora!

Incluso mientras pronunciaba esas palabras, Nell se preguntó si podría mantener esa promesa.

–¡Seguridad, Nell! – dijo *Hender* suavemente con el pelo cubierto de colores cálidos allí donde ella le había tocado la espalda.

Geoffrey miraba con unos ojos como platos mientras ella se apartaba de *Hender*.

–¡Adiós, Geoffrey y Nell! – dijo *Hender* asintiendo con la cabeza-. Bien, dormir, ¿sí?

–¡Sí, dormir! – lo saludó Nell.

–Buenas noches -dijo Geoffrey agitando la mano.

–¡Buenas noches, buenas noches, buenas noches! – ronroneó *Hender*, saludando con sus cuatro manos.

23.14 horas

–Aprende de prisa -susurró Nell una vez que hubieron cerrado la puerta del camarote de *Hender*.

–¡Dios mío! – Geoffrey sacudió la cabeza. Bostezó súbitamente y se dio cuenta de que hacía treinta y una horas que no había disfrutado de una noche de sueño decente-. ¿Dónde exactamente podría dormir uno en este barco, Nell?

–Sígueme.

Ella lo condujo de nuevo a través de un corredor hasta el pontón de popa y luego torció a la izquierda.

–Aquí -dijo-. Es mi camarote. No te preocupes: yo también estoy agotada.

–Eres una mujer sorprendente -señaló Geoffrey con una sonrisa burlona-. ¿Acaso no están disponibles los otros camarotes vacíos?

–Tal vez...-dijo ella-. No lo sé.

Nell apagó la luz, luego subió a su cama doble, sacó las almohadas de debajo del cubrecama y le lanzó una a Geoffrey.

–¡Es horizontal, me la quedo!

Geoffrey subió a su vez a la cama y rodó a un lado, lejos de ella.

El aire estaba helado en el camarote y Nell se volvió y se abrazó a él.

–No pasa nada -dijo ella-. Duérmete. Es sólo el instinto de acurrucarse, como le ocurre al lobo norteamericano.

–Oh, ¿en serio?

–Es común a todos los mamíferos.

Geoffrey sonrió.

–Venga, duérmete -susurró ella-. ¡Es para entrar en calor!

–Hum -protestó él, sintiéndose a gusto con Nell pegada a su espalda. De pronto notó que la necesidad de sueño tiraba con fuerza de él y volvió a bostezar-. ¿Te has fijado alguna vez cuántos apellidos de científicos coinciden con su campo de estudio? – preguntó arrastrando las palabras-. Estoy pensando en llevar a cabo un estudio estadístico y escribir una pequeña monografía sobre el tema...

Nell bostezó y dejó escapar una risita.

–Bob Brain<sup>[8]</sup>, el famoso antropólogo sudafricano que descubrió a todos esos homínidos de grandes cerebros.

–Steve Salmón, el ictiólogo -dijo ella.

–Mitchell Byrd<sup>[9]</sup>, el famoso ornitólogo.

–Yo tuve un dentista llamado Bud Bitwell<sup>[10]</sup>.

–¡No!

–Sí.

–¿Se cambió el nombre para llamarse así?

–No lo creo, pero, conociéndole, podría haberlo hecho. Ése debería ser un factor estadístico.

–Y, por supuesto, también está Alexander Graham Bell<sup>{11}</sup>.

–Simple, pero se puede incluir.

–Siempre me impresionó cuando era pequeño. Eh, y también está nuestro geólogo, el doctor Livingstone<sup>{12}</sup>.

–Yo tuve un profesor de geología que se llamaba Mike Mountain<sup>{13}</sup>.

–Y yo, uno de botánica llamado Mike Green<sup>{14}</sup>.

–Sí, eso se podría incluir.

–Luego está Charles Darwin -dijo Geoffrey.

–¿Cómo?

–¿Un biólogo darwiniano?

–Sí, casi demasiado obvio. E Isaac Newton, el físico newtoniano.

–Por no mencionar a Freud.

–No mencionar a Freud es como mencionar a Freud.

Nell se apretó aún más contra su espalda y suspiró al borde del sueño.

–Exactamente.

–Estás muy lejos del pensamiento ortodoxo.

–Bueno, los apellidos parecen ser un factor común, doctor Binswanger. Podrías estar sobre la pista de algo -dijo ella contra su cuello, demasiado cansada para mover la cabeza-. Veamos. Según tu teoría, yo debo de ser...

–Según mi teoría, si te dejaras influir por tu apellido, Duckworth, que creo que deriva de *duckworthy*, es decir, alguien que cuida de los patos, hoy por hoy podrías dedicarte al estudio de los dinosaurios palmípedos, como los ornitorrincos.

–Tuve mi fase de dinosaurio palmípedo -sonrió ella.

–¡Aja! Eso da por concluida mi investigación.

–Eres un genio. ¿Y qué significa Binswanger?

–Bueno... -dijo él.

–Lo sé: a veces un Binswanger sólo es un Binswanger.

–¡Ja, ja!

De pronto, por primera vez en mucho tiempo, Nell se sintió a salvo; sabía que estaba a salvo, y que los *hendrópodos* estaban a salvo. Necesitaba volver a sentirse así. Antes de nueve horas, la vida dejaría de existir en la isla Henders.

–Alguna vez tienes que explicarme por qué piensas que los *hendrópodos* podrían ser inmortales -murmuró ella.

–Lo haré, lo haré -asintió él-. Que tengas dulces sueños, cariño.

La palabra brotó de una manera asombrosamente natural.

–Hum, sí, gracias, tú también.

Nell sonrió y, al cabo de un momento, ambos dormían profundamente.

## 17 DE SEPTIEMBRE

02.29 horas

Thatcher pulsó un botón en el reloj para iluminar la esfera de su Indiglo en el corredor en penumbra y utilizó esa mínima luz para iluminar la manija de la escotilla.

Luego la accionó y entró en el cuarto de almacenaje donde había ayudado a apilar las cajas de aluminio. Se quitó el reloj y siguió aprovechando la esfera azulada para inspeccionar las cajas hasta que encontró la que tenía la etiqueta de la tapa arrancada.

Cogió la caja y se deslizó en silencio a través del corredor hasta la sala de comunicaciones del *Trident*, en la banda de estribor.

Primero llamó ligeramente a la puerta para asegurarse de que no había nadie dentro y, al no obtener respuesta, entró sin hacer ruido.

La habitación estaba a oscuras. El miembro de la tripulación que la ocupaba se había marchado finalmente a dormir a su camarote al otro lado del corredor, dejando sus máquinas en modo de descanso. Sus luces rojas titilaban en las sombras como si de ojos se tratara.

Thatcher abrió la tapa de la caja de aluminio y volcó su contenido en el suelo.

Seis ratas de Henders con aspecto de estar muertas cayeron al suelo. Pero, casi de inmediato, sus patas comenzaron a moverse y arañar.

—Bienvenidas a bordo del *Barco plaga* —musitó Thatcher—. Id y multiplicaos.

A continuación salió de la sala de comunicaciones y cerró la puerta con cuidado tras él. El corredor estaba desierto y silencioso, excepto por el leve rugido de los motores del barco. Thatcher corrió hacia la popa.

Un minuto después saltaba dentro de la Zodiac que aún era arrastrada por el *Trident* entre el pontón de babor y el central. Sacó una herramienta Leatherman del bolsillo número once y utilizó su cuchillo de sierra para cortar el cable de remolque de nailon.

La Zodiac se deslizó hacia la estela que dejaba el *Trident* bajo la noche primaveral.

—La supervivencia de los más fuertes, doctor Binswanger —murmuró con tono triunfal hacia el barco mientras se alejaba en la oscuridad.

Sacó el teléfono vía satélite que había cogido del Hummer y luego extrajo de otro de los bolsillos de su chaleco un localizador GPS. Con la mirada puesta en la menguante figura del *Trident* en el mar oscuro, marcó un número en el teléfono.

Después de dos o tres timbrazos, respondió una voz gruñona.

—¡Stapleton! ¡Sabía que estarías levantado, mi viejo amigo!... ¿Cómo dices? Bueno, estás levantado ahora. Soy Thatcher. ¡Sí! Necesito ayuda, *mon frère*. Tuve que abandonar el barco y ahora me encuentro en una lancha hinchable en medio del Pacífico Sur. ¡Sí, por supuesto que hablo en serio! ¡No puedes imaginar cuan serio es

esto! Es una larga historia. Anota las coordenadas de mi GPS antes de que te pierda. Latitud: 46,09' 33,18 grados sur; longitud 135,44' 44,59 grados oeste. ¡Envía a la marina! ¡Más tarde te daré todos los detalles! ¡Necesito que me ayudes, amigo mío! De acuerdo, ¿tienes con qué escribir? Latitud...

*07.09 horas*

El sol primaveral del hemisferio austral calentó las mejillas del dormido doctor Thatcher Redmond cuando asomó en el horizonte.

El teléfono vía satélite que llevaba en el bolsillo comenzó a sonar, despertándolo de un sueño extraño en el que estaba flotando en una balsa en medio del mar...

Se incorporó de pronto en la popa de la gran Zodiac y se sorprendió al ver el enorme costado de la fragata lanzamisiles *Nicholas* navegando junto a él. ¡Stapleton lo había conseguido! Tenía que pensar de prisa.

—¡Sí, hola! —dijo Thatcher en el teléfono—. Soy el doctor Thatcher Redmond. Anoche debí de golpearme en la cabeza y caer dentro de la Zodiac —improvisó casi sin aliento—. ¡A menos que alguien me golpeará!

—¿Es ése el barco, señor? —llegó la voz, aparentemente desde el gigantesco barco de guerra.

Thatcher se volvió y vio la silueta del *Trident* recortada en el horizonte. Había esperado que el maldito barco se encontrara ya a muchos kilómetros de distancia.

—¡Sí, es ése! —dijo, pensando de prisa mientras las probabilidades cambiaban en su mente—. ¡Ese barco está infestado de animales peligrosos sacados ilegalmente de la isla Henders. ¡Soy un reconocido científico y sencillamente estoy asombrado de que puedan suceder esta clase de cosas y nadie haga nada al respecto!

—¿Ha dicho que en ese barco hay animales sacados ilegalmente de la isla, señor?

—¡Sí, sí! ¡Animales peligrosos! ¡De la isla Henders!

Se produjo un largo silencio mientras la Zodiac subía y bajaba en la estela del barco de guerra.

La respuesta le llegó esta vez a través de los altavoces del barco:

—Un helicóptero de rescate del *Stout* vendrá a recogerlo dentro de una hora, señor. ¡Sólo tiene que esperar!

La fragata de la marina se dirigió entonces hacia el *Trident*, haciendo sonar las sirenas de alarma.

Mientras se acercaba a la popa para observar cómo el *Nicholas* se acercaba al *Trident*, Thatcher reprimió una sonrisa. Buscó en sus bolsillos para ver si le quedaba algo que comer.

*07.15 horas*

La sirena del barco comenzó a sonar y la tripulación del *Trident* salió con cara de sueño a la cubierta de proa. Tres barcos de la marina convergían hacia el *Trident* desde diferentes puntos del horizonte.

La voz del capitán Sol resonó en el intercomunicador: —¡Toda la tripulación a cubierta! ¡La marina nos ordena que abandonemos el barco!

Geoffrey y Nell corrieron para unirse a Peach, Cynthea, Zero, Andy, Warburton y el capitán Sol en el puente de mando.

Esta vez, todos pudieron oír la voz severa de un oficial de la marina:

—¡Todos los pasajeros deben abandonar el barco sin llevar ninguna pertenencia! El *Trident* será hundido. ¡Todos los pasajeros deben presentarse en cubierta ahora!

La voz no esperó una respuesta, sino que se limitó a repetir sus implacables órdenes.

—¡Díganles que necesitamos hablar con el presidente! —dijo Nell.

El capitán Sol intervino.

—Aquí el capitán del *Trident*. Tenemos una solicitud especial y nos gustaría hablar directamente con el presidente...

—*Trident*, cumplirán nuestras órdenes de inmediato. ¿Entendido?

—Estamos jodidos —musitó Zero.

—Eh, esperad un momento —dijo Geoffrey—. ¡Estamos en un estudio de televisión flotante!

Cynthea tenía una expresión torturada cuando meneó la cabeza.

—La marina se llevó todo nuestro equipo de comunicación vía satélite cuando perdimos a Dante...

—Yo aún conservo un videoteléfono —la interrumpió Peach.

—¡Peach! —Cynthea le aferró los hombros.

Él le entregó un par de auriculares de reserva que llevaba alrededor del cuello.

—¡Eres mi héroe! —exclamó Cynthea.

—Lo sé, jefa.

—¡Ve a buscarlo y conéctalo! —gritó Cynthea mientras Peach y Zero abandonaban el puente y bajaban rápidamente la escalerilla.

Cynthea se colocó los auriculares y ajustó el micrófono.

—¡Instálalo en la proa, Peach! Asegúrate de tener a los barcos de guerra encuadrados —ordenó a través de los auriculares—. ¡Formaremos un escudo humano!

Cogió el teléfono vía satélite que había en el puente y marcó un número. Luego le guiñó un ojo a Nell al tiempo que decía:

—¡Hola, Judy, soy Cynthea Leeds! ¡Ponme con Barry, querida!

El capitán Sol hizo una mueca al ver que los barcos de la marina crecían rápidamente en el horizonte en la amplia ventana del puente.

07.16 horas

Peach y Zero corrieron a través del pasadizo. Zero abrió la escotilla de la sala de control..., sólo para ver a cinco ratas de Henders que saltaban directamente hacia él.

Los reflejos de Zero apenas si fueron lo suficientemente veloces como para cerrar la puerta justo a tiempo. Lo cubrió un sudor frío.

—¡Joder, joder, joder!

Miró a Peach con unos ojos como platos.

*Hender* asomó la cabeza por la puerta de su camarote un poco más abajo del pasillo y *Copepod* saltó detrás de él. *Hender* bostezó, rascándose la cabeza y el vientre con cuatro manos mientras miraba a los dos humanos. De pronto pareció oír u oler algo que lo hizo correr a cuatro patas a través del pasillo en dirección a Zero y a Peach. *Copepod* corría tras él sin dejar de ladrar.

—¡Ooooooh! —dijo *Hender*, y lanzó una llamada parecida a una escala ascendente de clarinete.

Los demás *hendrópodos* salieron rápidamente de sus camarotes y corrieron a través del pasillo para reunirse con él, ahuyentando a los humanos.

Los cinco *hendros* se apiñaron junto a la puerta de la sala de control y luego entraron, uno tras otro, cerrando la puerta tras de sí.

—Venga, Peach —instó Cynthea a través de los auriculares.

—Eh, tenemos una pequeña demora, jefa —dijo *Peach*.

—¡No hay tiempo para demoras! —gritó ella.

Zero miró a Peach y sacudió la cabeza.

Peach se encogió. Luego, ignorando las objeciones de Zero, abrió la puerta de la sala de control y entró, cerrándola a sus espaldas.

Cogió el videoteléfono, la cámara, el ordenador portátil y los micrófonos mientras los *hendrópodos*, apareciendo y desapareciendo a su alrededor, combatían a las ratas que se lanzaban hacia él. Una de ellas consiguió arañar la frente de Peach con una de sus garras, pero otro *hendro* golpeó a la rata a través de su centro arqueado con un disco de obsidiana. Unos mechones de pelo cortados dejaron al descubierto la frente de Peach, donde comenzaba a manar sangre de un pequeño corte. Pero Peach no gritó, concentrándose en cambio en el equipo que necesitaba.

Luego salió de la sala de control con el equipo debajo de los brazos. Los *hendrópodos*, todavía en el interior, cerraron la puerta tras él con el bajo del pantalón atrapado y con dos patas de rata perforándole los vaqueros. Peach gritó y sacudió el pie para librarse de las bestias. La puerta volvió a abrirse momentáneamente y la rata fue arrastrada hacia atrás antes de que los *hendros* volvieran a cerrar la puerta y liberaran su pierna.

—¡Vamos! —gritó Zero.

—¿Qué pasa con ellos? —*Peach* señaló hacia la sala de control.

*Copepod* ladraba furiosamente junto a la puerta, las orejas de punta mientras saltaba y rascaba la puerta.

Andy llegó corriendo desde la dirección opuesta y pasó junto a Peach.

—¿Dónde está *Hender*?

—Ahí dentro —contestó Zero.

Andy se lanzó hacia la puerta pero Zero lo detuvo.

—No —gritó; luego se volvió y echó a correr detrás de Peach—. ¡Lleva a los *hendros* a cubierta tan de prisa como puedas pero no abras esa maldita puerta!

*07.18 horas*

Thatcher comía ruidosamente una barrita de cereales mientras veía las columnas de espuma blanca que levantaban los proyectiles de artillería junto a la proa del *Trident*.

La *Zodiac* era arrastrada a través de la amplia planicie espumosa de la estela del *Nicholas*. La sal era densa en el aire a causa de los miles de millones de burbujas revueltas por las hélices de la fragata, que producían un sonido sibilante en la superficie del mar alrededor de él.

Thatcher observaba con sombría satisfacción cada golpe que ondeaba sobre las olas. Apostaba a que, una vez que el caos hubiera menguado, cualquiera de los pasajeros y tripulantes a bordo del *Trident* sería muy afortunado de sobrevivir, y ninguno de ellos sería capaz de exonerarse a sí mismo, aunque lo hiciera. También era extremadamente probable que los *hendrópodos* murieran junto con las ratas cuando el barco fuera finalmente abordado por la marina y descubrieran su presencia.

Thatcher sabía que su historia era sólida como una roca, que su reputación ganaría la batalla de la credibilidad, y que esa historia cubriría todas las demás con la sombra de la duda, no importaba cuál fuera el resultado. Las probabilidades eran que él conseguiría aún más estatus ante todo lo que se dijera y se hiciera simplemente oponiéndose a ellos, incluso si conseguían sobrevivir. Después de todo, él había sido testigo de cómo sacaban de manera subrepticia especímenes peligrosos de la isla *Henders*, en una flagrante violación de una orden dictada por el presidente de Estados Unidos. Y la escena del crimen estaba a punto de ser totalmente volatilizada por una bomba nuclear.

Había esperado no tener que llamar la atención del *Trident*. La arriesgada apuesta que había imaginado era que las voraces ratas se apoderaban del barco, que a la larga acabaría encallado o abordado, de modo que las criaturas comenzarían a propagarse en algún puerto de escala o algún punto de desembarco fortuito. Y, de ese modo, se sembrarían las semillas de la destrucción de la humanidad, aunque de un modo demasiado lento como para alcanzarlo en Costa Rica. Qué espectáculo tan fantástico sería contemplar el colapso del ecosistema de la Tierra a través de continentes enteros

durante los últimos veinte años de su vida.

Aunque también podía conformarse con el hecho de que la tripulación y los pasajeros del *Trident* fueran desacreditados como terroristas y muy posiblemente resultaran muertos en un enfrentamiento con la marina. No había realmente ningún aspecto negativo.

—El libre albedrío, doctor Binswanger —espoleó Thatcher al joven científico desde la distancia, recitando el Principio Redmond—, puede y hará cualquier cosa.

Se mordió el labio inferior al darse cuenta de que, después de todo, no era un fraude, y esa idea le provocó un paroxismo de carcajadas. Después de haber matado a su propio hijo, y posiblemente también a su propia especie y miles de otras, había demostrado el Principio Redmond de manera categórica, por sí mismo.

*07.20 horas*

Los barcos de la marina continuaban acercándose al *Trident* al tiempo que otro disparo de advertencia levantaba una columna de agua en la banda de estribor.

—De prisa, Cynthea —la apremió el capitán Sol. Luego, cogiendo el micrófono de la radio, dijo—: ¡Estamos obedeciendo las órdenes! ¡Estamos obedeciendo!

—¡Toda la tripulación en cubierta ahora mismo, capitán! —llegó la respuesta.

Cynthea aún estaba al teléfono.

—¡Barry, esto es historia de la televisión! ¡No..., es más grande que la televisión, Barry! ¡Vamos, di que sí!

*07.21 horas*

Mientras la tripulación se reunía en la proa del *Trident*, Zero y Peach instalaban el equipo de videoteléfono sin dejar de mirar por encima del hombro a los dos enormes barcos de la marina que se acercaban por babor y estribor.

*07.21 horas*

—¡Hender! —gritó Andy a través de la puerta de la sala de control—. ¡Tenemos que irnos!

*07.21 horas*

La Zodiac se desplazó por encima de una serie de olas altas y, desde la cima de una de ellas, Thatcher pudo ver cómo los dos barcos de guerra se acercaban al *Trident*.

En el fondo de la lancha vio un frasco de anacardos Planters enterrado debajo de

unas aletas y un equipo de submarinismo. Lo cogió y se llevó una gran decepción al quitarle la tapa y comprobar que sólo quedaban unos pocos.

*07.21 horas*

Cynthea negociaba furiosamente con los productores de «SeaLife» con el teléfono pegado a la oreja y, finalmente, jugó su carta de triunfo:

—¡Podríamos morir todos, Barry..., en directo!

*07.22 horas*

Cynthea bajó a la carrera la escalerilla desde el puente de mando hacia la cubierta de proa mientras gritaba:

—¡Muy bien, podéis instalar el equipo! ¡Emitiremos en directo desde ahora mismo! ¡No preguntéis nada! ¿Dónde están?

La tripulación del *Trident* estaba apiñada en la proa, con los dos barcos de guerra acechando en un segundo plano, perfectamente encuadrados. Pero los *hendrópodos* no estaban allí.

Cynthea llegó casi sin aliento delante de la cámara y comenzó a actuar como una reportera improvisada.

—Lo que queda de la tripulación del *Trident* está siendo amenazada en este momento por la marina de guerra de Estados Unidos. Sus órdenes son que abandonemos el barco o nos hundirán con él. ¿Por qué? —Miró en vano hacia la escalera pero no había señales de los *hendros* mientras seguía improvisando—. ¡Porque hoy hemos salvado a una especie excepcional de la destrucción total!

Otro proyectil estalló justo delante de la proa del *Trident*.

*07.23 horas*

—¡Tenemos que salir, *Hender*! —gritó Andy a través de la puerta—. ¡Irnos ahora! ¡Ahora, ahora, ahora!

Andy accionó el pomo de la puerta y ésta se abrió hacia adentro.

*Hender* asomó la cabeza.

—Muy bien —dijo *Hender*—. ¡Hola, Andy!

*Copepod* ladró a modo de respuesta.

*07.23 horas*

Cynthea vio a Andy que corría a través de la cubierta de proa, con los cinco *hendrópodos* deslizándose detrás de él.

El barco de guerra más próximo estaba ahora prácticamente sobre el *Trident*, pasando junto a la banda de babor con los altavoces funcionando a toda potencia en las cubiertas.

—¡La marina de Estados Unidos les ordena que abandonen el barco ahora mismo! ¡No lleven nada consigo o abriremos fuego!

Cuando los *hendrópodos* vieron una tromba de agua disparada desde un cañón de agua en la cubierta del destructor, dieron media vuelta y echaron a correr en la dirección opuesta.

Andy cogió a *Hender*.

—¡No, todo bien, *Hender*! ¡Vamos!

Los *hendrópodos* giraron lentamente ante las llamadas musicales de *Hender* y luego continuaron caminando de mala gana detrás de Andy en dirección a la proa.

Detrás de ellos, la última rata *Henders* se agazapó en la boca de la escotilla a través de la cual había subido a cubierta y frotó sus púas mientras elegía un blanco.

La rata corrió a través de la cubierta hacia los *hendrópodos* justo en el momento en que entraban en el cuadro del videoteléfono.

Cuando la rata saltó en el aire, *Copepod* gruñó a escasos centímetros del tobillo de *Hender*.

*Hender* miró el océano con un ojo antes de golpear casi con indiferencia a la rata con el pie trasero y arrojarla al mar por encima de la borda.

La rata chocó contra el agua antes de hundirse.

Nell, Geoffrey, Andy, el capitán Sol, Warburton, Cynthea, Samir, Marcello y el resto de la tripulación del *Trident* reunieron a los *hendrópodos* en la cubierta de proa, formando un escudo humano como les había dicho Cynthea.

Con la tensión del momento y la visión de los dos gigantescos barcos de guerra navegando junto a ellos, los *hendrópodos* se esfumaron.

#### *11.24, hora oficial de la costa Este*

Todas las principales cadenas y los canales de noticias de televisión por cable sintonizados en las pantallas de plasma de la Sala de Situaciones de la Casa Blanca estaban mudos.

El presidente y sus consejeros contemplaban azorados una sola pantalla, la que transmitía en directo las imágenes desde el destructor *Stout*.

—Capitán Bobrow, ¿puede oírme? —preguntó el presidente al capitán del destructor.

—Sí, señor.

—Me gustaría tener una visión más próxima de la gente que está en cubierta, si es posible, capitán.

—Sí, señor. Ahora mismo le ofreceremos una visión más cercana.

La cámara se amplió cuando la cámara en la cubierta del *Stout* mostró a la tripulación del *Trident* apiñada en la proa del barco.

—¿Esa mujer no es Nell? —dijo el presidente—. Creo que es Nell Duckworth, ¿no es así, Trudy? Me dijeron que había muerto en un accidente en la isla. Y también está el doctor Binswanger.

Los presentes se sintieron impresionados una vez más por la prodigiosa memoria del presidente para los nombres y los rostros.

—¿Qué está ocurriendo, Wallace? Basta de proyectiles, capitán Bobrow, maldita sea. Quiero que deje de disparar, ¿me ha entendido?

—Sí, señor presidente, son otros muchachos quienes están disparando.

—Bien, vosotros, otros muchachos, dejad de disparar ahora mismo.

—¡Sí, señor!

—¿Qué es eso?, ¿alguna clase de interferencia? —preguntó el secretario de Defensa.

—Necesitamos una toma más cercana, capitán Bobrow —dijo el presidente.

—Sí, señor, estamos virando.

El secretario de Prensa abrió de pronto la puerta de la Sala de Situaciones y asomó la cabeza.

—¡Señor presidente! ¡Sintonice el Discovery Channel!

—¿Qué?

*07.25 horas*

Las sirenas volvieron a sonar en el barco más cercano al *Trident*.

—¡Abandonen el barco *Trident*! ¡No lleven nada consigo o abriremos fuego!

—Éstos son los asombrosos habitantes de la isla Henders —dijo Cynthea con aire triunfal en el micrófono de Peach.

Marceno besó su medalla de san Cristóbal.

Cynthea hizo un gesto hacia los *hendrópodos*, pero se quedó inmóvil y boquiabierta: habían desaparecido.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están?

*16.25, hora media de Greenwich*

Sesenta millones de personas alrededor del mundo estaban viendo la televisión cuando la transmisión en directo desde el *Trident* interrumpió la programación habitual.

Al cabo de dos minutos, esa cifra había aumentado a más de doscientos millones. La cantidad de telespectadores continuó creciendo a medida que las imágenes aceleraban a través del enjambre de satélites que orbitaban en tiempo real alrededor

de la Tierra.

*11.26, hora oficial de la costa Este*

El presidente escuchaba a Cynthea Leeds que hablaba por televisión desde la proa del barco. Cualquiera que fuera la especie de la isla Henders a la que estuviera refiriéndose, era obvio que no estaba por ninguna parte.

—¡El presidente de Estados Unidos y la marina de guerra de ese país están a punto de destruirnos no sólo a nosotros, sino también una especie nueva e inteligente que tiene tanto derecho como nosotros a vivir en este planeta! ¡Incluso más!

Los altavoces del *Stout* resonaron sobre la cubierta como ruido de fondo.

—¡*Trident*, está contraviniendo las órdenes de la marina de Estados Unidos! ¡Deben comenzar a abandonar el barco antes de treinta segundos o abriremos fuego!

—Esto no me gusta nada, señor presidente —dijo el secretario de Defensa—. ¿Por qué no obedecen las órdenes? ¿Es que se han vuelto locos?

*07.27 horas*

El megáfono del barco de guerra tronó en segundo plano.

—¡Abandonen el barco ahora! ¡Obedezcan!

—Y de esta manera, la marina de Estados Unidos continúa su cuenta atrás hasta ejecutar su sentencia —dijo Cynthea.

El silencio era insoportable. La tripulación del *Trident* miraba sus relojes y se encogía a medida que pasaban los segundos. Los barcos de la marina habían dejado de efectuar disparos de advertencia, pero nadie estaba seguro de si eso era bueno o malo.

Andy susurró junto a lo que esperaba que fuera la oreja de *Hender*.

—Adelante, *Hender*.

La criatura apareció súbitamente exhibiendo unos colores brillantes que ondulaban sobre su espeso pelambre.

—¡Hola, gente! —dijo con su voz aflautada—. ¡Gracias por salvarnos!

Todos los *hendrópodos* se hicieron visibles entonces con vividos colores junto a él y saludaron a la cámara que sostenía Peach, al tiempo que repetían al unísono:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

*11.27, hora oficial de la costa Este*

—Pero... ¿qué demonios...? —La boca del presidente colgaba completamente abierta.

El atónito comandante en jefe miró a su secretario de Defensa y luego otra vez al

grupo de personas atemorizadas que desafiaban las órdenes en la proa del *Trident*.

En ese momento, quinientos millones de personas contemplaban a los *hendrópodos* mientras los ojos omnívoros de la humanidad se abrían a través de la faz de la Tierra.

Algunos reían ante lo que estaban viendo creyendo que se trataba de una broma, otros se burlaban y pensaban que era un fraude. Algunos retrocedieron pensando que era un horror y otros sollozaron ante lo que creían que era un milagro. Y también estaban aquellos que temblaban de ira y creían que había llegado el Apocalipsis.

La gente estaba viendo en tiempo real cómo su mundo era puesto patas arriba. Todos los telespectadores sabían que la raza humana había llegado a un momento que marcaría su destino, su carácter y su mundo para siempre, y la guerra acerca del significado de ese momento ya se había iniciado en las salas de estar, los bares, los cafés y los dormitorios en los cinco continentes.

—¡Que Dios nos coja confesados! —dijo el presidente.

*07.28 horas*

Detrás de las espaldas de la tripulación del *Trident*, la cámara mostraba cómo la marina los rodeaba mientras el segundo barco pasaba frente a la proa y un tercer navío de guerra aparecía en el horizonte.

Nell cogió el micrófono de manos de Cynthea.

—Señor presidente, si nos está viendo, ¡debe tener piedad de estos seres especiales!

Cynthea, admirando el atrevimiento de Nell, volvió a coger el micrófono y susurró:

—Por fin, un poco de drama, Nell. Buen trabajo, chica. —Luego gritó en el micrófono—: ¡Y ahora esperamos con el resto del mundo para ver cuál será su destino, y también el nuestro!

Marcello vio cómo la manecilla más larga de su reloj superaba la marca de los treinta segundos, apoyó la mano en el brazo de *Hender* y cerró los ojos.

*Hender* dio unas palmadas en la mano de Marcello y el hombro de Andy para tranquilizarlos mientras sus ojos se movían en diferentes direcciones.

Entonces, de manera súbita, los megáfonos del destructor cobraron vida nuevamente y una voz resonó en las cubiertas:

—¡El presidente ha ordenado que nos retiremos! ¡Solicitamos permiso para subir a bordo!

—¡Drama! —exclamó Cynthea.

En ese instante todos comenzaron a gritar, los miembros de las distintas especies abrazándose mientras la marina de Estados Unidos se retiraba.

07.29 horas

Thatcher reconoció la tapa azul de un frasco de cristal que estaba encajado entre el fondo y el pontón de la Zodiac. Parecía otro bote con nueces. Dio gracias al cielo, ya que estaba muerto de hambre.

Apoyó los pies en el pontón y tiró del frasco. Luego le quitó la tapa y lo acercó a la cara para echar un vistazo a su contenido.

Avispas Henders y gusanos perforadores salieron del frasco directamente hacia su cara y sus ojos. Al cabo de pocos segundos comprendió que se trataba de uno de los frascos con bichos fosforescentes de *Hender* que habían agitado unas horas antes para llamar la atención del *Trident*.

Thatcher soltó un alarido cuando los gusanos le perforaron los párpados al tiempo que hacían lo propio con uno de los costados de la Zodiac.

Thatcher se retorció de dolor, enredado en las cuerdas y el equipo de submarinismo, chillando mientras la Zodiac, ya parcialmente deshinchada, se plegaba a su alrededor y lo arrastraba pesadamente debajo de los poderosos motores fueraborda. Atrapado debajo del agua, el pánico se convirtió lentamente en horrorizada incredulidad. Thatcher vio un estallido de luz cuando los gusanos se abrieron paso a través de sus nervios ópticos y luego todo quedó a oscuras. Un momento más tarde ya no había nada.

08.12 horas

Durante todo el vuelo desde la base Whiteman de la fuerza aérea norteamericana, en Misuri, el bombardero B—2 negro mate se desplazó a una velocidad Mach 2, a cuatro mil metros sobre el Pacífico Sur.

—¡Zack, mira eso! La isla ya ha comenzado a desmoronarse —dijo el copiloto.

Mientras se acercaban a la isla Henders, podían ver cómo sus altas paredes de piedra caían a las aguas del mar.

—¡Joder! Muy bien, dejemos caer el huevo —dijo el piloto.

Antes de que el enorme avión superara los acantilados de la isla Henders, las puertas del compartimento de las bombas se abrieron y una bomba de gravedad B83 cayó al vacío. Un momento después se desplegó un paracaídas y, como si de un dardo de mil kilos se tratara, la ojiva nuclear cayó desde mil quinientos metros de altura.

Al tiempo que el avión ascendía, la dura nariz de la bomba penetró casi quince metros en las rocosas entrañas de la isla. El ruido seco producido por el impacto del misil contra el núcleo de piedra de Henders congregó a ratas, *spigers* y enjambres de bichos alrededor del limpio agujero abierto en el ojo de buey de la isla. Un temporizador de espera de ciento veinte segundos se activó en el interior de la bomba para que los pilotos pudieran alcanzar una distancia de seguridad antes de que

detonara su ojiva nuclear de un megatón.

—Éste será el bote de Raid más caro de la historia —dijo el piloto mientras se alejaban de la isla a treinta kilómetros por minuto, cubriendo quince kilómetros en aproximadamente treinta segundos. El B—2 en forma de bumerán se inclinó describiendo un enorme círculo a medida que el aparato ganaba altura.

—Compruébalo, Zack —dijo el copiloto.

Los dos hombres miraron por encima del ala compuesta de carbono y grafito mientras una luz brillante se encendía como si fuera un flash en la caldera de la isla.

Un cráter de ochenta metros de profundidad y trescientos de ancho quedó inmediatamente excavado en el centro de la isla como consecuencia de la explosión inicial.

Antes de cuatro segundos, todo bicho viviente en la superficie de la isla Henders quedó volatilizado, y las cenizas se elevaron por encima del borde formando un cono de humo. La arena se convirtió en cristal y la roca fluía líquida e incandescente mientras el infierno llenaba la cavidad de la isla.

Los pilotos del bombardero observaron la erupción de luz en la isla, parecida a una rosa amarilla.

—No lo mires durante demasiado tiempo —advirtió el piloto—. Te quema la retina.

—Hemos superado el límite de los quince kilómetros —dijo el copiloto—. ¡Dios santo, incluso desde aquí se puede sentir el calor de esa cosa!

El intenso resplandor de luz se fue apagando mientras una gigantesca chimenea de cinco kilómetros de humo se elevaba desde la isla hacia el cielo.

—Será mejor que nos mantengamos por delante de la onda expansiva —dijo el piloto, y aceleró hasta casi alcanzar la velocidad del sonido.

—Base, objetivo destruido. ¿Recibido?

—Recibido. Misión cumplida. Regresen a casa, muchachos.

## 18 DE SEPTIEMBRE

*06.34 horas*

Nell y Geoffrey contemplaban el amanecer carmesí desde la proa del *Trident*.

Geoffrey ladeó la cabeza y la miró con expresión burlona por un momento.

—Quería preguntarte una cosa: ¿qué es más sexy que un hombre que sabe decir la palabra justa?

—Un hombre que sabe cuándo no debe decir nada.

Geoffrey le alzó la barbilla con los dedos y juntó sus labios con los de ella.

*06.35 horas*

Oculto en la boca de una escotilla, Zero los grababa mientras se besaban, al tiempo que Cynthea susurraba en su oreja: —¿Estás filmando esa escena? Zero abrió su ojo izquierdo hacia ella. El ojo dijo «sí».

*06.36 horas*

La sonrisa y los ojos de *Hender* surgieron primero cuando pareció materializarse junto a los dos jóvenes científicos en la proa.

Ambos rieron al verlo.

*06.36 horas*

—¡Vaya! —susurró Cynthea-. ¡Graba eso, graba eso, graba eso, cariño!

*06.37 horas*

*Hender* se colocó entre ellos, los abrazó con sus cuatro manos y, juntos, contemplaron la llegada del incierto amanecer.

# AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias al doctor Donald Lovett, una de las principales autoridades en la osmorregulación en los crustáceos, por sus ideas entusiastas y su paciente prudencia, no importaba cuán peligrosa fuera la travesía.

A Jennifer Limber, Mike Fahy, Daren Bader, Phil Steele, Kate Jones y muchos más, quienes fueron los autótrofos del ecosistema de la isla Henders. Especialmente a Michel Limber.

Gracias también al doctor Michael E. Dawson, del laboratorio Associates of Cape Cod, por permitirme realizar la misma visita guiada que hizo Geoffrey. Y al doctor Mark McMenamin, hace ya muchos años, por enseñarme que el fósil que encontré en Marble Mountain, California, era sólo una pelota de algas y una pata de trilobites que habían llegado a una antigua playa de la costa. Eso fue suficiente para mí... ¡Caray!

Gracias a mis preciosas editoras Kate Miciak y Sarah Hodgson, por emocionarse; a Loren Noveck y Glen Edelstein, por ayudarme a hacer realidad este sueño; a Peter McGuigan, Stephanie Abou, Hannah Gordon y al resto de Foundry os deseo lo mejor.

Gracias a Verne, Wells, Conan Doyle, Boule y a Crichton. Y feliz 200 cumpleaños, Charles Darwin.

*Fin*

1) Galeón inglés capitaneado por sir Francis Drake, con el que circunnavegó el globo terráqueo entre 1577 y 1580. (N. del T.)

2) Juego de palabras intraducible entre handy, que significa «cercano», «próximo», «fácil de manejar», y Andy, nombre del personaje. (N. del T.)

3) Célebre paleontólogo y divulgador científico norteamericano. (N. del T.)

4) Nombre de una localidad y un famoso yacimiento de fósiles ubicados en el Parque Nacional Yoho de la Columbia Británica, en Canadá. El esquisto de Burgess es conocido por su riqueza en vestigios de animales invertebrados del período cámbrico medio (cerca de 540 millones de años de antigüedad). (N. del T.)

5) Harold Red Grange, considerado el mejor jugador de fútbol americano de la historia de ese deporte. (N. del T.)

6) En español en el original. (N. del T.)

7) Aviadora norteamericana de principios del siglo XX, célebre por ser la primera mujer en realizar la travesía del Atlántico en solitario y la primera persona en volar con éxito entre la isla de Hawai y el territorio continental de Estados Unidos. En 1937 anunció que intentaría dar la vuelta al mundo utilizando una ruta distinta de la habitual en esas travesías. Tras haber completado más de los dos tercios de la travesía, su avión desapareció en medio de un temporal el 2 de julio, cuando realizaban la penúltima etapa del viaje, que habría de llevarlos desde Lae (Nueva Guinea) a la isla Howland, junto a Australia. (N. del T.)

8) En inglés, brain es «cerebro». (N. del T.)

9) Bird significa «pájaro». (N. del T.)

10) To bite well significa «morder bien». (N. del T.)

11) El inventor del teléfono, cuyo apellido significa «campana», «timbre», «campanilla». (N. del T.)

12) Literalmente, «piedra viviente». (N. del T.)

13) Mountain es «montaña». (N. del T.)

14) Green significa «verde» en inglés. (N. del T.)